

# JOHN SCALZI

EL FIN  
DEL IMPERIO



minotauro

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Prólogo

Primera parte

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Segunda parte

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Interludio

Tercera parte

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Epílogo  
Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

## PlanetadeLibros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Compa**

## Sinopsis

La física rige nuestro universo. Es imposible viajar a una velocidad mayor que la de la luz... Hasta que se produce el descubrimiento del Flujo, un campo extradimensional que se encuentra en ciertos puntos del espacio-tiempo y que puede transportarnos a planetas de otros sistemas solares.

A través del Flujo, la humanidad se expande a nuevos planetas. La Tierra cae en el olvido y se erige un nuevo imperio, la Interdependencia, fundamentado en el principio de que ningún asentamiento humano puede sobrevivir sin los demás. Es una manera de evitar las guerras interestelares... y, para los gobernantes del imperio, un sistema de control.

El Flujo es eterno, pero no es estático. Cambia de la misma manera que lo hace el curso de un río. En casos excepcionales, planetas enteros han quedado aislados del resto de la humanidad. Cuando se descubre que el Flujo se mueve y que es posible que planetas humanos queden aislados para siempre, tres individuos, un científico, el capitán de una nave espacial y la emperox de la Interdependencia, emprenden una carrera contrarreloj para tratar de salvar lo que se pueda de un imperio estelar que está a punto de desmoronarse.

# EL FIN DEL IMPERIO

John Scalzi

**minotauro**

*Para Tom Doherty de manera expresa,  
y para todas las personas de Tor en general.*

*Gracias por creer en mí.*

*Aquí tenéis la próxima década.*

*(Por lo menos.)*

## Prólogo

Los amotinados se habrían salido con la suya de no haber sido por el fallo en el Flujo.

En los gremios, naturalmente, hay un procedimiento legal estándar que regula el amotinamiento de una tripulación, un protocolo que lleva vigente varios siglos. Este consiste en que un miembro destacado de la tripulación, preferiblemente un segundo comandante/primer oficial, pero posiblemente el jefe de máquinas, el jefe de técnicos o el jefe médico (o, en circunstancias mucho más extrañas, el representante de la empresa propietaria de la nave) presenta al adjunto imperial de la nave un documento formal denominado «Relación de quejas de conformidad con un motín», consecuente con el protocolo gremial. El adjunto imperial consulta entonces con el vicario general de la nave, ambos convocan y toman declaración a testigos si procede y, en menos de un mes, llegan a una conclusión y fallan a favor o en contra del motín.

En el caso de que ocurra lo primero, el jefe de seguridad destituye formalmente al capitán de la nave y lo aísla hasta que en la siguiente parada declare en una vista formal de los gremios. Las sanciones a las que se expone van desde la pérdida de la nave, del grado y de los privilegios espaciales, hasta enfrentarse a una causa civil o penal que puede conllevar una pena de cárcel o, en los casos más graves, incluso una sentencia de muerte. En el caso de que se dictamine lo segundo, es el miembro de la tripulación que ha presentado la queja quien es detenido por el jefe de seguridad para comparecer en la vista formal de los gremios, etcétera.

Evidentemente, nadie hacía nada de eso.

Luego está la manera como ocurren realmente los motines: el uso de las armas, la violencia, las muertes súbitas, con los oficiales enfrentados como animales y la tripulación intentando averiguar qué cojones está pasando. Entonces, dependiendo de cómo terminen las cosas, el capitán asesinado es arrojado al vacío, se falsifica la fecha de los hechos para hacerlos parecer legales y limpios, o se les enseña el interior de una esclusa a los oficiales y la tripulación amotinados y el capitán rellena una «Notificación de motín ilegal», que anula los beneficios y las pensiones de los familiares de los amotinados, lo que significa que cónyuges e hijos se mueren de hambre y tienen vetada su entrada en los gremios durante dos generaciones, porque, al parecer, el amotinamiento es genético, como el color de los ojos o el síndrome de colon irritable.

En el puente de mando de la *Cuéntame otra*, la capitana Arullos Gineos se enfrentaba a un motín real (no uno burocrático), y, siendo sinceros, la cosa no pintaba demasiado bien para ella. Y lo más importante de todo, cuando su segundo comandante y los hombres que lo apoyaban terminaran de abrir con los sopletes el boquete en el mamparo, Gineos y las personas parapetadas con ella en el puente de mando se convertirían en las víctimas de un «accidente» cuyos detalles ya se decidirían después.

—El armario de las armas está vacío —declaró el tercer oficial Nervin Bernus tras la pertinente comprobación.

Gineos asintió; por supuesto que estaba vacío. Sólo cinco personas conocían el código que lo abría: la capitana, los dos oficiales del cuerpo de vigilancia y el jefe de seguridad Bremman. Uno de ellos había sacado las armas durante un turno anterior. La lógica apuntaba al segundo comandante Ollie Inverr, que en ese momento estaba haciendo el agujero en la pared con sus amigos.

Gineos no estaba completamente desarmada, ya que en la bota guardaba una pistola de dardos de baja potencia, una costumbre que había adquirido

durante sus correrías juveniles con la banda de los Perros Veloces por el laberíntico Grussgott. El único dardo de la pistola debía ser disparado a quemarropa, ya que a una distancia mayor de un metro la víctima apenas notaría un pinchazo. De todos modos, Gineos no se hacía la falsa ilusión de que la pistola de dardos fuera a salvar su vida ni la de sus tripulantes.

—Situación —pidió la capitana, dirigiéndose a Lika Dunn, que estaba atareada intentando ponerse en contacto con el resto de los oficiales de la *Cuéntame otra*.

—Sin noticias de la sala de máquinas desde que llamó la jefa Fanochi —dijo Dunn. Eva Fanochi había sido la primera en dar la voz de alarma cuando su departamento fue tomado por tripulantes armados liderados por el segundo comandante, lo que había provocado que Gineos se encerrara en el puente de mando y pusiera la nave en estado de alerta—. El jefe de técnicos Vossni no responde. Tampoco el doctor Jutmen. Bremman está confinado en sus dependencias. —Se refería a Piter Bremman, el jefe de seguridad de la *Cuéntame*.

—¿Y Egerti? —Lup Egerti era el representante de la empresa propietaria de la nave, inútil como pocos en la mayoría de las circunstancias, pero probablemente nunca secundaría un motín, pues los motines son malos para los negocios.

—Sin noticias de él. Tampoco de Slavin ni de Preen. —Estos dos últimos eran el adjunto imperial y el vicario general respectivamente—. El segundo oficial Niin tampoco ha respondido.

—¡Ya casi están! —alertó Bernus al mismo tiempo que señalaba el mamparo.

Gineos torció el gesto. Nunca le había gustado su segundo comandante, a quien le habían impuesto los gremios con el respaldo de la Casa de Tois, la propietaria de la *Cuéntame*. Niin, el segundo oficial, había sido su candidato preferido para ocupar el puesto. Ahora se arrepentía de no haber insistido más. La próxima vez.

«No va a haber una próxima vez», pensó Gineos. Estaba muerta; los oficiales que se mantenían leales a ella morirían si es que no lo habían hecho ya. Y puesto que la *Cuéntame* se encontraba en el Flujo y no saldría de él hasta dentro de un mes, no había manera de enviar la caja negra de la nave a nadie para contarle lo que estaba sucediendo. Cuando la *Cuéntame* saliera del Flujo en Fin, se habrían eliminado todas las pruebas y los amotinados se habrían puesto de acuerdo para inventar una historia verosímil. «Fue una tragedia lo que le pasó a Gineos —explicarían—. La explosión fue tremenda. Murió mucha gente. Y ella regresó valientemente para intentar rescatar a otros miembros de la tripulación.» O algo por el estilo.

El soldador finalmente llegó al punto de partida en el mamparo. Un par de segundos después cayó un trozo de metal al interior del puente de mando y tres tripulantes, armados con fusiles, entraron y buscaron con la mirada a la tripulación que se había parapetado allí. En el puente de mando no se movió nadie; ¿para qué?

—Despejado —informó uno de los tipos armados.

El segundo comandante, Ollie Inverr, entró por el agujero, miró a su alrededor buscando a Gineos y se acercó a ella. Otro de los tripulantes armados la apuntaba directamente con su arma.

—Capitana Gineos —dijo Inverr a modo de saludo.

—Ollie —repuso Gineos.

—Capitana Arullos Gineos, de acuerdo con el artículo 38, sección 7 del Código Unificado de los Gremios de Naves Comerciales, por la presente...

—Corta el rollo, Ollie —le espetó Gineos.

Inverr sonrió.

—Está bien.

—He de reconocer que lo tenías muy bien planeado. Has empezado por la sala de máquinas, así podías amenazar con hacerla volar por los aires si las cosas no salían como querías.

—Gracias, capitana. De hecho, mi intención es que esto acabe con el

menor número de bajas posible.

—¿Eso significa que Fanochi sigue viva?

—He dicho «el menor número», capitana. Lamento informarla de que la jefa de máquinas Fanochi no se mostró colaboradora. El ayudante jefe Hybern ha sido ascendido.

—¿Qué otros oficiales están contigo?

—No creo que deba preocuparse por eso, capitana.

—Bueno, por lo menos no finges que no vas a matarme.

—Para que conste, capitana, lamento que hayamos llegado a esta situación. De verdad que la admiro.

—Ya te he dicho que cortes el rollo, Ollie.

Inverr volvió a sonreír.

—Nunca aceptó bien los halagos.

—¿Vas a contarme qué pretendes conseguir con esta insurrección?

—La verdad es que no.

—Concédeme por lo menos ese deseo. Me gustaría saber por qué voy a morir.

Inverr se encogió de hombros.

—Por dinero, naturalmente. Transportamos un importante cargamento de armas para los militares de Fin, para que combatan a los rebeldes. Rifles, fusiles, lanzacohetes... Pero eso ya lo sabe, usted firmó el manifiesto. Cuando estábamos en Alpino, se me acercó alguien para proponerme que se las vendiéramos a los rebeldes. Me ofrecieron una prima del treinta por ciento. Me pareció un buen trato y lo acepté.

—Tengo curiosidad por saber cómo planeas entregarles las armas. El gobierno controla el puerto espacial de Fin.

—Nunca llegarán allí. Cuando salimos del Flujo nos atacaron unos «piratas» que se llevaron el cargamento. Usted y otros miembros de la tripulación que no están de acuerdo con el plan murieron durante el ataque. Simple, fácil, y todo el mundo contento y con los bolsillos llenos.

—La Casa de Tois no estará contenta —observó Gineos, haciendo referencia a los propietarios de la *Cuéntame*.

—Tiene asegurado el cargamento. No será un problema.

—Olvidas a Egerti. Tendrás que matarlo. Es el yerno de Yanner Tois.

Inverr sonrió de nuevo al oír el nombre del patriarca de la Casa de Tois.

—Sé de buena tinta que Tois no se llevaría un disgusto demasiado grande si su hijo favorito enviudara. Un nuevo matrimonio podría proporcionarle otras alianzas interesantes.

—Lo tienes todo planeado, ¿eh?

—No es un asunto personal, capitana.

—A mí me parece que morir por dinero sí es un asunto personal, Ollie.

Inverr abrió la boca para replicar, pero entonces la *Cuéntame* salió del Flujo y se dispararon unas alarmas que nadie a bordo de la nave (tampoco Gineos ni Inverr) había oído fuera del contexto de las simulaciones en una academia.

Gineos e Inverr se quedaron quietos unos instantes, desconcertados por las alarmas. Pero entonces los dos corrieron a sus puestos y se pusieron a trabajar, pues la *Cuéntame* había salido inesperadamente del Flujo y, si no lograban averiguar cómo regresar a él, sin duda estarían irremediablemente jodidos.

Ahora toca proporcionar un poco de contexto.

En este universo no existen los viajes «a una velocidad superior a la de la luz». La velocidad de la luz no sólo es una buena idea, también es una ley. Es inalcanzable; cuánto más se aumenta la aceleración para llegar hasta ella, más energía se necesita para mantener la velocidad alcanzada. Y de todos modos es una idea malísima ir tan rápido, ya que el espacio no está completamente vacío y cualquier obstáculo contra el que choques a una velocidad mínimamente próxima a la de la luz reducirá tu frágil nave a trocitos de metal. Y aun así pasarían años, décadas o siglos hasta que los restos de tu nave espacial pasaran cerca de su destino inicial.

No existen los viajes a una velocidad superior a la de la luz. Pero sí existe el Flujo.

Suele describirse el Flujo a los profanos en el tema como un río de espacio-tiempo alternativo que permite los viajes a una velocidad superior a la de la luz por todo el Sacro Imperio de los Estados Interdependientes y de los Gremios Comerciales, llamado abreviadamente «la Interdependencia». Al Flujo se accede por unos «bajíos» que se crean cuando la fuerza de la gravedad de las estrellas y de los planetas interactúa adecuadamente con el Flujo y permite que la nave entre y se deslice por él hasta otro astro. El Flujo aseguró la supervivencia de la humanidad tras la pérdida de la Tierra, ya que gracias a él prosperó el comercio entre los planetas de la Interdependencia y se garantizó que todos los asentamientos humanos contaran con los recursos que necesitaban para sobrevivir; unos recursos que casi ninguno de ellos habría podido obtener por su cuenta.

Por supuesto, esta es una manera ridícula de explicar el Flujo, porque el Flujo no es un río. Más bien es una estructura multidimensional de branas metacosmológicas que corta el espacio-tiempo local de una manera topográficamente compleja, influida parcial y caóticamente por la fuerza de la gravedad, en la que las naves que acceden a ella no se mueven en el sentido tradicional del concepto, sino que aprovechan su naturaleza vectorial, relativa al espacio-tiempo local, libres del resto de las leyes del universo que rigen la velocidad y la energía, lo que confiere a ojos de quien observe el fenómeno una apariencia de viaje a una velocidad superior a la de la luz.

Incluso esta es una descripción de mierda, porque las lenguas humanas son una mierda cuando hay que describir conceptos más complejos que construir una casa en un árbol. La forma más precisa de explicar qué es el Flujo requiere unos conocimientos de matemáticas que probablemente sólo un par de centenares de seres humanos de los miles de millones que pueblan la Interdependencia comprenderían, y muchos menos podrían describirlos de

una manera inteligible. Probablemente tú no seas uno de ellos. Tampoco lo son, por cierto, la capitana Gineos ni el segundo comandante Inverr.

Pero Gineos e Inverr sabían lo siguiente: era casi imposible (y casi nunca se había dado en los varios siglos de existencia de la Interdependencia) que una nave saliera inesperadamente del Flujo. Una interrupción en el Flujo podía enviar una nave a varios años luz del primer planeta o asentamiento humano. Las naves de los gremios estaban diseñadas para ser autosuficientes durante meses e incluso años (no podía ser de otra manera, ya que los viajes entre sistemas de la Interdependencia a través del Flujo tenían una duración de entre dos semanas y nueve meses), pero hay una diferencia entre ser autosuficiente durante cinco años o una década, como lo eran las naves más grandes de los gremios, y serlo perpetuamente.

Porque no existen los viajes a una velocidad superior a la de la luz. Sólo existe el Flujo.

Y si por alguna casualidad te sacan de él a mitad de camino de un astro, estás muerto.

—Necesito una lectura de datos para determinar nuestra posición —dijo Inverr desde su puesto en el puente de mando.

—Estoy en ello —respondió Lika Dunn.

—Pues saca las antenas —le soltó Gineos—. Si nos hemos salido es porque existe un bajío de salida. Tenemos que encontrar uno de entrada.

—Antenas desplegándose —informó Bernus desde su consola.

Gineos abrió el canal de comunicación con la sala de máquinas.

—Jefe Hybern —dijo la capitana—, hemos sufrido una salida imprevista del Flujo. Necesitamos que las máquinas estén conectadas a la red inmediatamente y que se asegure de que disponemos de suficiente campo presión para contrarrestar las maniobras en unas circunstancias de fuerza de gravedad extrema. No me gustaría que acabáramos convertidos en papilla.

—Hummm —respondieron desde el otro lado de la línea.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Gineos, y se volvió hacia Inverr—. Es

tu secuaz, Ollie. Encárgate tú de él.

Inverr abrió su circuito de comunicación.

—Hybern, le habla el segundo comandante Inverr. ¿Tiene algún problema para comprender las órdenes de la capitana?

—¿No estábamos amotinándonos? —preguntó Hybern. Hybern era un prodigio en ingeniería, lo que le había permitido ascender rápidamente en los gremios. Pero era muy muy joven.

—Acabamos de salir del Flujo, Hybern. Si no encontramos pronto la manera de volver a entrar, estaremos jodidos. Así que le ordeno que siga las instrucciones de la capitana Gineos. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondió tras unos segundos en silencio—. Me pongo a ello. Iniciando protocolo de emergencia. Cinco minutos para potencia máxima. Esto... los motores van a quedar hechos polvo, señor. Y señora.

—Si conseguimos regresar al Flujo, ya veremos cómo lo arreglamos —repuso Gineos—. Avíseme cuando los motores estén preparados. —Cortó la comunicación con Hybern y se volvió a Inverr—. Has elegido un mal momento para organizar un motín.

—Tengo la posición —anunció Dunn—. Estamos a unos veintitrés años luz de Fin y a sesenta y uno de Shirak.

—¿Algún pozo gravitatorio?

—No, señora. La estrella más cercana es una enana roja a unos tres años luz de distancia. No hay nada más reseñable en el vecindario.

—¿Cómo hemos salido del Flujo si no hay un pozo gravitatorio? —preguntó Inverr.

—Probablemente Eva Fanochi te daría una respuesta —señaló Gineos—. Es decir, si no la hubieras matado.

—No es un buen momento para discutir sobre eso, capitana.

—¡Lo he encontrado! —exclamó Bernus—. ¡Un bajío de entrada a cien mil kilómetros de aquí! Pero...

—Pero ¿qué? —inquirió Gineos.

—Se aleja de nosotros —dijo Bernus—. Y está encogiéndose.

Gineos e Inverr se miraron. Por lo que ambos sabían, los bajíos de entrada al Flujo y de salida de él eran estáticos en tamaño y en ubicación. Por eso precisamente podían utilizarse para el tráfico comercial cotidiano. Un bajío que se movía y que encogía era un acontecimiento absolutamente novedoso en sus dilatadas experiencias.

«Ya pensaré en ello más tarde», se dijo Gineos, que preguntó:

—¿Con qué velocidad relativa con respecto a nosotros se mueve y a qué ritmo está encogiéndose?

—Se aleja de nosotros a una velocidad de diez mil kilómetros por hora y está encogiéndose a un ritmo de diez metros por segundo —respondió Bernus unos segundos después—. No puedo decirle si esa velocidad y ese ritmo son constantes. Sólo son los datos actuales.

—Envíemelos —ordenó Inverr.

—¿Te importaría pedir a tus lacayos que esperen fuera? —le pidió Gineos a su segundo comandante, señalando a los tripulantes armados—. Me cuesta concentrarme con fusiles apuntándome a la cabeza.

Inverr lanzó una mirada a los hombres armados y les hizo un gesto de asentimiento. Los tripulantes enfilaron hacia el boquete que habían abierto en el mamparo y salieron del puente de mando.

—No os vayáis muy lejos —les ordenó Inverr antes de que se marcharan.

—¿Puedes trazar el rumbo hasta él antes de que desaparezca? —quiso saber Gineos.

—Deme un momento —respondió Inverr. Se hizo el silencio en el puente de mando mientras el segundo comandante trabajaba—. Sí —dijo al fin—. Si Hybern consigue poner a la máxima potencia los motores en los próximos dos minutos, lo conseguiremos sin problema.

Gineos asintió y abrió el canal de comunicación con la sala de máquinas.

—Hybern, ¿dónde están mis motores?

—Faltan treinta segundos, señora.

—¿Cómo afectará a los campos de presión? Vamos a movernos muy deprisa.

—Depende de lo que fuerce los motores, señora. Si va a invertir toda la energía en impulsar la nave, tendrá que sacarla de algún sitio. Primero la tomarán de todas las demás fuentes, pero al final la absorberán de los campos.

—Prefiero morir corriendo que parada, ¿y usted, Hybern?

—Ajá —respondió el nuevo jefe de máquinas.

—Los motores están en línea —informó Inverr.

—Ya lo veo —dijo Gineos, golpeando su pantalla—. Tú estás a los mandos. Sácanos de aquí, Ollie.

—Tenemos un problema —anunció de pronto Bernus.

—Eso ya lo sé —repuso la capitana—. ¿De qué se trata ahora?

—El bajío ha aumentado su velocidad y está encogiéndose a un ritmo más rápido.

—Voy a ver —dijo Inverr.

—¿Aún lo conseguiremos? —preguntó Gineos.

—Probablemente. Al menos una parte de la nave.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, dependiendo del tamaño del bajío, una parte de la nave podría quedarse fuera. Tenemos el tronco y el anillo. El tronco es largo y estrecho, y el anillo mide mil metros de diámetro. Es posible que el tallo entre. Y es posible que el anillo no.

—Eso destruiría la nave —apuntó Dunn.

Gineos negó con la cabeza.

—No vamos a estrellarnos contra una barrera física. Todo lo que no quepa en la circunferencia del bajío se quedará fuera, cortado como por una navaja. Si cerramos herméticamente los mamparos que comunican con el anillo, sobreviviremos. —Se volvió de nuevo hacia Inverr—. Siempre y cuando podamos formar la burbuja. —La burbuja era una pequeña envoltura de

espacio-tiempo individual, compuesta por un campo de energía generado por la *Cuéntame*, que acompañaba a la nave en su entrada en el Flujo. En realidad, no había un «espacio» dentro del Flujo. Cualquier nave que no llevara su bolsa de espacio-tiempo en el momento de entrar en el Flujo, dejaría de existir en todos los sentidos.

—Podemos formar la burbuja —afirmó Inverr.

—¿Estás seguro?

—Aunque no lo estuviera, daría igual.

Gineos soltó un gruñido y se volvió a Dunn.

—Envíe una alerta general a toda la nave para que todo el mundo abandone el anillo y se meta en el tronco. —Miró a Inverr—. ¿Cuánto tiempo tenemos hasta llegar al bajío?

—Nueve minutos.

—Un poco más —dijo Bernus—. La velocidad del bajío sigue aumentando.

—Dícales que tienen cinco minutos —dijo Gineos, dirigiéndose a Dunn—. Después cerraremos el anillo. Es posible que no podamos hacer nada por quien se quede fuera. —Dunn asintió y envió el mensaje a toda la nave—. Supongo que dejarás salir a algunas de las personas que tienes retenidas en sus habitaciones —añadió la capitana, volviéndose a Inverr.

—Encerramos a Piter en la suya y soldamos la puerta —dijo Inverr refiriéndose al jefe de seguridad, sin apartar los ojos de la pantalla mientras introducía pequeños ajustes en el rumbo de la *Cuéntame*—. No hay tiempo para sacarlo.

—Genial.

—Verá, vamos a ir muy justos.

—¿Para llegar al bajío?

—También, pero me refería a si perdemos el anillo. A bordo de la nave hay doscientas personas. Casi toda la comida y los suministros están en el

anillo y todavía nos queda un mes de viaje para llegar a Fin. Aun en las mejores circunstancias, no todos sobreviviremos.

—Bueno —repuso Gineos—. Supongo que ya estás planeando que cuando se acabe la comida, mi cuerpo será el primero que cocinaréis.

—Sería un noble sacrificio por su parte, capitana.

—No sé si estás de broma o no, Ollie.

—Ahora mismo, capitana, yo tampoco lo sé.

—Supongo que este es un momento tan bueno como cualquier otro para confesarte que nunca me caíste bien.

Inverr sonrió, pero no despegó los ojos de la pantalla.

—Lo sé, capitana. Es una de las razones por las que el motín me pareció una buena idea.

Durante los siguientes minutos, Inverr demostró que, pese a sus posibles deficiencias como segundo comandante, era seguramente el mejor oficial de navegación que Gineos había visto nunca. El bajío de entrada no se alejaba en línea recta de la *Cuéntame*, sino que parecía saltar adelante y atrás, como si intentara darles esquinazo. Era como un bailarín invisible cuyo rastro sólo podía seguirse por los leves zumbidos de frecuencia de radio que se producían a medida que el Flujo se apretaba contra el espacio-tiempo. Bernus le seguía el rastro y comunicaba los datos actualizados, e Inverr introducía las modificaciones en el rumbo y acercaba inexorablemente la *Cuéntame* al bajío. Se trataba de una de las mayores proezas en la historia de los viajes espaciales, y probablemente de la humanidad. A pesar de todo, Gineos se sentía una privilegiada por estar viviéndolo en primera persona.

—Mmm... Tenemos un problema —dijo el jefe de máquinas Hybern por el canal de comunicación—. Hemos llegado al punto en que los motores tienen que empezar a absorber energía de otros sistemas.

—Necesitamos los campos de presión —repuso Gineos—. Todo lo demás es prescindible.

—Yo necesito el sistema de navegación —señaló Inverr sin desviar la

atención de su pantalla.

—Necesitamos los campos de presión y el sistema de navegación —se corrigió Gineos—. Todo lo demás es prescindible.

—¿Y el sistema de soporte vital? —inquirió Hybern.

—Si no lo conseguimos en los próximos treinta segundos, no importará si podemos respirar o no —le dijo Inverr a Gineos.

—Apáguelo todo menos el sistema de navegación y los campos de presión —ordenó Gineos.

—Recibido —respondió Hybern, e inmediatamente bajó la temperatura dentro de la *Cuéntame* y el aire comenzó a oler a cerrado.

—La anchura del bajío se ha reducido a dos mil metros —informó Bernus.

—Será muy justo —convino Inverr—. Quince segundos hasta el bajío.

—Mil ochocientos metros de anchura.

—Vamos bien.

—Mil quinientos metros de anchura.

—Bernus, cierra el pico, por favor.

Bernus cerró el pico. Gineos se puso en pie, se alisó la ropa y se acercó al segundo comandante.

Inverr inició la cuenta atrás de los últimos diez segundos; la interrumpió cuando llegó a seis para anunciar que estaba formando la burbuja espacio-temporal y la reanudó desde tres. Cuando llegó a cero, Gineos vio desde su posición, de pie detrás de él y ligeramente escorada, que el segundo comandante esbozaba una sonrisa.

—Estamos dentro. Estamos todos dentro. La nave entera —anunció Inverr.

—Impresionante, Ollie —lo felicitó Gineos.

—Sí. Yo también lo creo. Y no es que quiera tirarme flores.

—Adelante. Tíratelas. La tripulación sigue viva gracias a ti.

—Gracias, capitana —dijo Inverr. Se volvió hacia ella, todavía sonriendo, y entonces Gineos le apoyó el cañón de la pistola de dardos que acababa de

sacar de la bota contra el globo ocular izquierdo y disparó. El dardo se clavó en su ojo con un leve plaf. El otro ojo de Inverr se la quedó mirando con una expresión de sorpresa, hasta que el cuerpo del segundo comandante se desplomó sin vida.

Los lacayos de Inverr dieron la voz de alarma desde el otro lado del mamparo y levantaron los fusiles. Gineos alzó una mano y por Dios que los detuvo.

—Está muerto —dijo la capitana, y puso la otra mano en la pantalla del puesto de Inverr—. Y acabo de iniciar la orden para que todas las cámaras estancas de la nave se abran a la burbuja. En cuanto mi mano se desprege de la pantalla, toda la gente que hay a bordo morirá, incluidos vosotros. Así que ahora os toca decidir quién muere hoy: Ollie Inverr o todo el mundo. Si me disparáis, todos moriremos. Si no soltáis las armas en los próximos diez segundos, todos moriremos. Vosotros decidís.

Los tres dejaron caer los fusiles. Gineos le hizo un gesto a Dunn para que los recogiera del suelo. La oficial le entregó uno a Bernus y otro a la capitana, que retiró la mano de la pantalla para cogerlo. Uno de los secuaces de Inverr soltó un grito ahogado.

—Pero mira que eres inocentón —le dijo Gineos, ajustó el fusil al modo «no letal» y les disparó a los tres rebeldes en rápida sucesión. Todos cayeron al suelo, inconscientes. Luego se volvió a Dunn y a Bernus—. Ahora tenemos que ocuparnos de un puñado de amotinados. Pongámonos manos a la obra.

## Primera parte

## Uno

Cardenia Wu-Patrick apenas se separó del lecho de muerte de su padre Batrin en su última semana de vida. Cuando se le informó de que su estado había superado los límites de la medicina y de que los cuidados paliativos eran lo único que le quedaba, Batrin decidió morir en casa, en su cama favorita. Cardenia, quien sabía desde hacía algún tiempo que el final estaba cerca, había cancelado todos sus compromisos hasta nueva orden y pedido que pusieran un sillón cómodo junto al lecho de su padre.

—¿No tienes nada mejor que hacer que perder el tiempo sentada aquí? —le preguntó socarronamente a su hija, el único vástago que le quedaba vivo, cuando ella se sentó en el sillón al comienzo de su sesión matinal al lado de su padre.

—Ahora mismo no —respondió.

—Lo dudo. Estoy seguro de que cada vez que sales de esta habitación para ir al baño te asedia una masa de funcionarios para pedirte que les firmes un papel o cualquier otra cosa.

—No —repuso Cardenia—. Ahora mismo los asuntos están en manos del comité ejecutivo. Todas las cosas se encuentran en punto muerto en espera del futuro previsible.

—Hasta mi muerte, querrás decir —dijo Batrin.

—Hasta tu muerte.

Batrin rio débilmente, pues así lo hacía todo en este momento de su vida.

—Me temo que eso es muy previsible.

—Intenta no pensarlo —dijo Cardenia.

—Para ti es fácil decirlo. —Ambos se sumieron en un silencio cómodo que se alargó unos segundos, hasta que Batrin hizo una mueca al oír un ruido y se volvió hacia su hija—. ¿Qué es eso?

Cardenia ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Te refieres a la canción?

—¿Hay alguien cantando?

—Fuera hay una multitud reunida para desearte una pronta recuperación —dijo ella.

Batrin sonrió.

—¿Estás segura de que eso es lo que desean?

Batrin Wu, el padre de Cardenia, era, con el nombre de Attavio VI, emperox del Sacro Imperio de los Estados Interdependientes y de los Gremios Comerciales, rey de Central y de las Naciones Asociadas, jefe de la Iglesia Interdependiente, Sucesor de la Tierra y Padre de Todo, octogésimo séptimo emperox de la Casa de Wu, que se proclamaba descendiente de la emperox profetisa Rachela I, fundadora de la Interdependencia y Salvadora de la Humanidad.

—Estamos seguros —dijo Cardenia.

Se encontraban en Brighton, la residencia imperial en Subcentral, la capital de Central y la residencia favorita de su padre. La sede imperial se hallaba a varios miles de kilómetros a través del pozo gravitatorio de allí, en Xi'an, la vastísima estación espacial que permanecía suspendida sobre la superficie de Central, desde donde se vería como si fuera un gigantesco y brillante plato arrojado a la oscuridad si Subcentral se encontrara en la superficie del planeta. Porque Subcentral, como todas las ciudades del planeta, nació con una voladura con explosivos y una excavación en el subsuelo, y sólo alguna que otra cúpula o estructura con una función muy concreta sobresalía de la superficie. Esas cúpulas asomaban en un perpetuo crepúsculo, esperando un amanecer que el inmóvil planeta nunca ofrecía, y

que, en el caso de hacerlo, asaría a los ciudadanos de Central como si fueran patatas en el horno.

Attavio VI odiaba Xi'an y nunca pasaba allí más tiempo que el imprescindible. Y, por supuesto, no tenía intención alguna de morir en la estación espacial. Brighton era su hogar, y a sus puertas se había congregado alrededor de un millar de personas para desearle una pronta recuperación, vitorearlo y, de vez en cuando, romper a cantar el himno imperial o *¿Qué decís?*, la canción para animar al equipo de fútbol imperial. Cardenia sabía que todas aquellas personas habían sido sometidas a una exhaustiva investigación antes de permitirles acercarse a menos de un kilómetro de la entrada de Brighton, una distancia a la que el emperox podía oír lo que gritaban. A algunas ni siquiera había habido que pagarles para que comparecieran.

—¿A cuántas hemos tenido que pagar? —preguntó Batrin.

—A casi ninguna —respondió Cardenia.

—Yo tuve que pagar a las tres mil personas que acudieron para aclamar a mi madre en su lecho de muerte. Tuve que pagarles un dineral.

—Eres más popular que lo que fue tu madre. —Cardenia no llegó a conocer a su abuela paterna, la emperox Zetian III, pero lo que se contaba de ella era bochornoso.

—Una piedra sería más popular que mi madre —repuso Batrin—. Pero no te engañes, hija mía. Ningún emperox de la Interdependencia ha sido nunca muy popular. No forma parte de los requisitos para ocupar el cargo.

—Tú al menos has sido más popular que la mayoría —señaló Cardenia.

—Por eso sólo has tenido que pagar a una parte de las personas que están ahí fuera.

—Puedo hacer que se vayan, si quieres.

—No me molestan. Ve a ver si aceptan peticiones.

Al rato, Batrin volvió a quedarse dormido. Cuando Cardenia tuvo la certeza de que el sueño de su padre era profundo, se levantó del sillón y se

dirigió al despacho privado del emperox, que este le había cedido durante su postración y que muy pronto sería legítimamente suyo. Cuando salió de la habitación de su padre, Cardenia vio que un ejército de profesionales sanitarios encabezado por Qui Drinin, el médico imperial, se abalanzaba sobre él para limpiarlo, comprobar sus constantes vitales y asegurarse de que estaba tan cómodo como podría estarlo un paciente que nunca se recuperaría de una enfermedad dolorosa e incurable.

En el despacho encontró a Naffa Dolg, a quien su padre había nombrado recientemente jefa del gabinete imperial. Naffa esperó a que Cardenia llegara a la pequeña nevera del despacho, cogiera un refresco, se sentara, abriera la lata, diera dos sorbos y la dejara sobre el escritorio del emperox.

—Posavasos —dijo Naffa.

—Estarás de broma.

—Ese escritorio perteneció a Turinu II —aseveró Naffa—. Tiene seiscientos cincuenta años. Se lo regaló el padre de Genevieve N'don, que después se convertiría en su esposa...

Cardenia levantó una mano.

—Está bien. —Tiró de un libro encuadernado en piel que también estaba sobre la mesa y puso la lata encima. Luego reparó en la expresión de Naffa—. ¿Qué pasa ahora?

—Oh, nada. Sólo que tu posavasos es la primera edición de los *Comentarios sobre las doctrinas rachelinas* de Chao, lo que significa que tiene casi mil años y un valor incalculable. La sola idea de ponerle encima una lata de refresco probablemente sea una blasfemia de la máxima gravedad.

—¡Oh, por el amor de Dios! —Cardenia tomó otro sorbo de refresco y lo dejó en la alfombra, junto al escritorio—. ¿Contenta? Es decir, a menos que la alfombra también sea de un valor incalculable.

—De hecho...

—¿Estamos de acuerdo en que todo lo que hay en esta habitación, aparte de nosotras dos, probablemente tiene varios cientos de años, fue un regalo

que alguno de mis antepasados recibió de algún otro personaje histórico tremendamente famoso y es de un valor incalculable, o por lo menos cuesta más que lo que la mayoría de las personas podría ganar en toda su vida? ¿Hay algo en este despacho que no se ajuste a esa descripción?

Naffa señaló la nevera.

—Creo que eso es un vulgar frigorífico.

Cardenia por fin encontró un posavasos en el escritorio. Recogió la lata de la alfombra y la puso encima de él.

—Seguramente este posavasos es de hace cuatrocientos años y fue un regalo del duque de Fin —dijo, y miró a su ayudante—. No quiero saberlo.

—No te lo diré. —Naffa sacó la tableta.

—Pero lo sabes, ¿verdad?

—El comité ejecutivo te ha presentado algunas peticiones —dijo Naffa, haciendo oídos sordos al último comentario de su jefa.

Cardenia lanzó los brazos al aire.

—¡Cómo no! —El comité ejecutivo estaba formado por tres representantes de los gremios, tres delegados del parlamento y tres arzobispos de la iglesia. En otros tiempos, el comité había sido el enlace directo del emperox con los tres centros de poder de la Interdependencia. Actualmente se encargaba de garantizar el continuismo del gobierno durante estos últimos días del reinado del emperox. Y sus miembros estaban volviendo loca a Cardenia.

—En primer lugar, solicitan que comparezcas en las redes para, y cito textualmente, «aplacar los temores del imperio acerca de la situación de vuestro padre».

—Está muriéndose, y de prisa —dijo Cardenia—. No creo que eso aplaque nada.

—Creo que prefieren algo un poco más esperanzador. Han enviado un discurso para que le eches un vistazo.

—No tiene sentido tranquilizar al imperio. Cuando mi discurso llegue a

Fin, mi padre llevará muerto nueve meses. ¡Si sólo Bremen ya está a dos semanas de aquí!

—No olvides Central y Xi'an y las naciones asociadas dentro del sistema. La más lejana está a sólo cinco horas a la velocidad de la luz.

—Ya saben que está muriéndose.

—No se trata de su muerte, sino del continuismo.

—La dinastía Wu lleva mil años en el poder, Naffa. A nadie le preocupa realmente el continuismo.

—No es ese el continuismo que los preocupa. Los inquieta la vida del día a día. Da igual quien sea el nuevo emperox, las cosas siempre cambian. En este sistema hay trescientos millones de súbditos imperiales, Cardenia. Tú eres la sucesora. Saben que la dinastía no va a cambiar. Los preocupa todo lo demás.

—Me parece increíble que te hayas puesto del lado del comité ejecutivo.

—Incluso un reloj parado da bien la hora dos veces al día.

—¿Has leído el discurso?

—Lo he leído. Es horrible.

—¿Vas a reescribirlo?

—Ya lo he hecho.

—¿Qué más?

—Quieren saber si has cambiado de opinión respecto a Amit Nohamapetan.

—¿Mi opinión sobre qué? ¿Sobre verme con él o sobre casarme con él?

—Supongo que tienen la esperanza de que lo primero desemboque en lo segundo.

—Ya lo conozco. Por eso no quiero volver a verlo. Y te aseguro que no pienso convertirme en su esposa.

—El comité ejecutivo, tal vez en previsión de tus reticencias, quiere recordarte que tu hermano, el difunto príncipe heredero, había aceptado casarse con Nadashe Nohamapetan.

—Preferiría casarme con ella que con su hermano.

—En previsión de que dirías eso, el comité ejecutivo quiere recordarte que esa opción seguramente también sería aceptada por todas las partes implicadas.

—¡No voy a casarme con ella! —exclamó Cardenia—. Tampoco me gusta. Son una gente espantosa.

—Son una gente espantosa cuya casa ocupa una posición predominante en los gremios comerciales. Su deseo de alianza con la Casa de Wu proporcionaría al imperio una influencia en los gremios de la que ha carecido en los últimos siglos.

—¿Esas palabras son tuyas o del comité ejecutivo?

—El ochenta por ciento son del comité ejecutivo.

—¿Estás al veinte por ciento en esto? —preguntó Cardenia con una fingida expresión de estupefacción.

—Ese veinte por ciento reconoce que los matrimonios de conveniencia son una cosa que les pasa a las personas como tú, que están a punto de convertirse en emperox y que, a pesar de que una dinastía milenaria respalda su credibilidad, necesitan aliados para mantener a raya los gremios.

—Ahora viene cuando me cuentas todas las veces que en los últimos mil años los emperox Wu fueron unos meros títeres en manos de los intereses de los gremios, ¿verdad?

—Ahora es cuando te recuerdo que me elegiste para este cargo no sólo por nuestra amistad personal y mi experiencia en los asuntos de la corte, sino también porque me doctoré en historia de la dinastía Wu y sé más sobre tu familia que tú misma —dijo Naffa—. Pero, claro, si quieres te cuento lo otro.

Cardenia suspiró.

—Pero no estamos en situación de convertirnos en títeres de los gremios.

Naffa se quedó mirando a su jefa sin decir nada.

—Estás tomándome el pelo —dijo Cardenia.

—La Casa de Wu es una familia de comerciantes que tiene el monopolio

de la construcción de naves y del armamento militar. Asimismo, el emperox tiene el control militar, no los gremios. Por tanto, para los gremios y para las casas que los controlan sería muy difícil, a corto plazo, hacer un avance en el control de la casa o del imperio. Dicho lo cual, tu padre siempre ha sido muy laxo en el control de las familias de comerciantes y ha permitido que unas cuantas, incluida la Nohamapetan, erijan verdaderos centros de poder sin precedentes en los últimos doscientos años. Por supuesto, dejando al margen la Iglesia, que es en sí misma un centro de poder. Y no te sorprendas cuando todos ellos intenten arañar un poco más de él, porque esperan que seas una emperox pusilánime.

—Gracias —dijo Cardenia con un tono cargado de ironía.

—No es personal. Tu ascenso al trono ha sido inesperado.

—Dímelo a mí.

—Nadie sabe qué pensar de ti.

—Salvo el comité ejecutivo, que me quiere casar.

—No quieren perder la oportunidad de una alianza.

—Una alianza con unas personas espantosas.

—Las personas buenas no suelen llegar al poder.

—¿Insinúas que yo soy una rareza? —inquirió Cardenia.

—No recuerdo haber dicho que fueras una buena persona —respondió Naffa.

—Se suponía que tú no tendrías que preocuparte por nada de esto —le dijo Batrin a su hija unas horas después.

Cardenia había regresado al dormitorio de su padre y estaba sentada en el sillón junto a su cama. El equipo médico que cuidaba de él mientras dormía se había retirado a las habitaciones adyacentes. Volvían a estar a solas, rodeados por toda clase de aparatos médicos.

—Lo sé —repuso Cardenia. Habían tenido esa conversación antes, pero sabía que se iba a repetir.

—Fue tu hermano quien se preparó para todo esto —añadió Batrin.

Cardenia asintió mientras escuchaba la voz monótona de su padre. Su hermano, Rennered Wu, era, en realidad, hermanastro. Hijo de la consorte imperial Glenna Costu, mientras que Cardenia era el fruto de una breve relación entre el emperox y la madre de Cardenia, Hannah, una profesora de lenguas antiguas. Hannah Patrick conoció al emperox cuando le hizo de guía en una visita a la Biblioteca Spode de la Universidad de Subcentral. Los dos mantuvieron una correspondencia sobre temas académicos a partir de entonces, hasta que unos años después de la repentina muerte de la consorte imperial, el emperox obsequió a Hannah Patrick primero con una rara edición del *Qaṣīdat-ul-Burda* y, a continuación, no mucho tiempo después, y para sorpresa de ambos, con Cardenia.

Rennered ya era el heredero. Y Hannah Patrick, tras una profunda reflexión, decidió que prefería saltar al vacío desde una esclusa que convertirse en un muñeco más la corte imperial. Por tanto, la infancia de Cardenia había transcurrido en un ambiente agradable, pero alejado del boato del poder real. Cardenia era reconocida como hija del emperox y veía a su padre con regularidad, aunque con muy poca frecuencia. A veces, los compañeros de clase se metían con ella y la llamaban «princesa», pero no lo hacían a menudo ni con malicia, porque era una princesa de verdad y su cuerpo de guardaespaldas imperiales era muy susceptible a los desaires.

Su infancia y sus primeros años de edad adulta fueron tan normales como pueden serlo para la hija de la persona más poderosa del universo conocido, lo que quiere decir que no lo fueron mucho, pero lo suficiente para que Cardenia los recordara ahora, con la perspectiva de los años, como lo suficientemente tranquilos. Asistió a la Universidad de Subcentral, se graduó en literatura moderna y pedagogía y luego se planteó seriamente la posibilidad de convertirse en una mecenas profesional de programas e iniciativas relacionadas con el arte destinadas a personas desfavorecidas.

Luego a Rennered le dio por morirse en una carrera. Se estrelló contra un

muro con su precioso automóvil antiguo durante una carrera de exhibición con pilotos de carreras profesionales, y básicamente acabó decapitado. Cardenia nunca había visto el vídeo del accidente (era su hermano, ¿por qué iba a verlo?), pero sí leyó el informe del forense, en el que, si bien se descartaba un sabotaje, se hacía hincapié en los impecables elementos de seguridad del vehículo y la poca probabilidad de que se produjera un accidente mortal, mucho menos uno que produjera una decapitación.

Cardenia se enteró más tarde de que Rennered tenía previsto hacer público su compromiso matrimonial con Nadashe Nohamapetan durante la subasta benéfica que debía celebrarse después de la carrera.

Su hermano y ella nunca habían tenido una relación muy estrecha (Rennered era un adolescente cuando Cardenia nació y sus círculos íntimos nunca se mezclaron), pero él la había tratado siempre con afecto. De niña idolatraba a su hermanastro y su actitud de donjuán, y según crecía y se daba cuenta de que su hermano cargaba sobre sus hombros con buena parte de la fama que conllevaba ser miembro de la familia imperial que, de hecho, le correspondía a ella, sintió un alivio inconfesado. Rennered parecía disfrutar de esa celebridad de una manera como ella nunca lo habría hecho.

Rennered murió y de repente el imperio necesitó otro heredero.

—¿Estás escuchándome? —dijo Batrin.

—Perdona, papá. Estaba pensando en Rennered. Ojalá estuviera aquí.

—Ojalá. Aunque quizá cada uno lo desee por razones distintas.

—Preferiría que él fuera tu sucesor. Mucha gente lo preferiría.

—Eso es cierto, hija mía. Pero, Cardenia, escúchame. Yo no lamento que tú vayas a sucederme.

—Gracias.

—Te soy sincero. Rennered habría sido un emperox estupendo. Había nacido para ello, como yo. Tú, no. Pero eso no es malo.

—Yo sí creo que es malo. No sé qué voy a hacer —confesó Cardenia.

—Ninguno de nosotros sabría qué hacer —repuso Batrin—. La diferencia

es que tú eres consciente de ello. Si Rennered estuviera aquí, sentiría la misma incertidumbre que tú, pero estaría mucho más seguro de sí mismo. Por eso se habría dado de bruces con la realidad nada más ser coronado, como me pasó a mí, y como le pasó a mi madre, y a mi abuelo. Tal vez tú rompas la tradición familiar.

Cardenia sonrió.

Batrinladeó levemente la cabeza.

—Todavía no sabes qué pensar de mí, ¿eh?

—Sí —admitió Cardenia—. Me alegra que nos hayamos conocido mejor estos últimos meses, pero... —abrió los brazos con las palmas de las manos vueltas hacia arriba— ¡todo lo demás!

Batrin sonrió.

—Te gustaría conocer bien a tu padre, pero tienes que concentrarte en prepararte para gobernar el universo.

—Suenaridículo, pero sí.

—Es culpa mía. Ya sabes que fuiste un accidente. Al menos por mi parte. —Cardenia asintió con la cabeza—. Todos, incluida tu madre, me dijeron que sería mejor mantenerte alejada de mí. Y yo no me opuse.

—Lo sé, y nunca te lo he reprochado.

—No, no lo has hecho, y me reconocerás que eso es raro —dijo Batrin.

—No sé qué quieres decir.

—Eres una princesa con todas las de la ley, pero no has vivido como tal. Creo que la mayoría de las personas, si se hubieran encontrado en tu situación, habrían desarrollado cierto resentimiento.

Cardenia se encogió de hombros.

—Me ha gustado mantenerme casi siempre al margen. Cuando tenía ocho años sí que me molestaba un poco. Pero cuando crecí lo bastante para saber qué significaba ser princesa, me alegré de haberme ahorrado buena parte de esas cosas.

—Al final has caído en sus redes.

—Sí —dijo Cardenia.

—Sigues sin querer ser emperox, ¿verdad?

—Preferiría que hubieras concedido ese honor a un primo, a un sobrino o a cualquier otra persona.

—Si Rennered se hubiera casado antes y hubiese tenido un hijo, tu problema estaría resuelto. Pero no lo hizo. Y, de todos modos, de haberse casado con esa mujer de la familia Nohamapetan y engendrado a un heredero, ella habría sido regente. Y la idea de que llevara todos los asuntos sin el control de nadie me parece terrible.

—Tú lo obligaste a casarse con ella.

—Política. Supongo que ya están presionándote para que te cases con el hermano.

—Sí.

—Es políticamente ventajoso.

—¿Quieres que me case con él?

Batrin tuvo un acceso de tos. Cardenia llenó un vaso de agua y se lo acercó a los labios para que bebiera.

—Gracias. Y no. Nadashe Nohamapetan es mala y despiadada, pero Rennered tampoco era inocente. En ese sentido me recordaba a mi madre. Él habría sabido mantenerla a raya y disfrutado con el desafío, lo mismo que ella. Tú no eres como Rennered, ni Amit Nohamapetan posee la brillantez que salva a su hermana.

—Es un tipo aburrido.

—Esa es una manera más concisa de describirlo.

—Pero acabas de decir que es políticamente ventajoso.

Batrin hizo un leve encogimiento de hombros.

—Así es, pero ¿qué más da? Pronto serás la emperox.

—Y entonces nadie podrá decirme qué tengo que hacer.

—Oh, no —dijo Batrin—. Todo el mundo te dirá qué tienes que hacer. Pero no siempre tendrás que escucharlos.

—¿Cuánto tiempo le queda? —le preguntó Cardenia a Qui Drinin durante la cena. Para ser más precisos, Cardenia estaba cenando sola en el comedor privado de sus dependencias, decorado con una suntuosidad que resultaba más ridícula que de mal gusto, en delicioso contraste con el resto de las habitaciones de sus dependencias. Drinin no comía, sino que permanecía de pie, esperando el momento de presentar su informe. Cardenia le había preguntado si quería cenar con ella, pero él había rechazado la oferta de un modo tan vehemente que se preguntó si se habría saltado sin querer algún mandamiento del protocolo imperial.

—Menos de un día, creo, señora —respondió Drinin—. Ya le falla el sistema renal, y aunque podemos sustituirlo clínicamente, ese sistema se ha adelantado a todos los demás. Los pulmones, el sistema respiratorio y todos los demás se encuentran en un estado crítico. Vuestro padre ya sabe que podrían tomarse medidas excepcionales, pero sólo conseguiríamos prolongar su vida unos pocos días más en el mejor de los casos. Y ha decidido que no se tome ningún tipo de medidas en ese sentido. En este momento sólo nos preocupa que se sienta cómodo.

—¿Conserva la lucidez? —preguntó Naffa. Ella tampoco comía.

Drinin asintió y se volvió de nuevo para dirigirse a Cardenia.

—No os hagáis ilusiones de que vaya a continuar así, señora, sobre todo porque las toxinas continúan acumulándose en su sangre. Aun a riesgo de parecer presuntuoso, si tenéis algo importante que decirle a vuestro padre, deberíais hablar con él cuanto antes.

—Gracias, doctor —dijo Cardenia.

—No hay de qué, señora. ¿Me permitís preguntaros cómo os encontráis vos?

—¿Desde el punto de vista personal o médico?

—Desde ambos puntos de vista, señora. Sé que os instalaron la red hace un par de semanas. Quiero asegurarme de que no sufrís efectos secundarios.

Cardenia se llevó la mano a la nuca, donde le habían implantado la semilla de la red neural imperial para que se desarrollara por su cerebro a lo largo del siguiente mes.

—Tuve dolores de cabeza al cabo de una semana. Pero ahora me siento bien.

Drinin asintió.

—Perfecto. Los dolores de cabeza son algo habitual. Si experimentáis algún otro efecto secundario, comunicádmelo, naturalmente. A estas alturas ya debería de estar completamente implantado, pero nunca se sabe.

—Gracias, doctor.

—Señora. —Drinin inclinó la cabeza y se dispuso a marcharse.

—Doctor Drinin.

El médico se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Señora?

—Me gustaría que usted y su equipo siguieran al servicio del emperox después de que se produzca la transición.

Drinin sonrió e hizo una honda reverencia.

—Por supuesto, señora —dijo, y salió del comedor.

—Sabes que no tienes que pedirle a todos y cada uno de los miembros del personal imperial que se quede, ¿verdad? —le dijo Naffa cuando se quedaron a solas—. No te quedaría tiempo para hacer otra cosa durante tu primer mes como emperox.

Cardenia señaló en la dirección en la que se había marchado el médico.

—Ese hombre va a estar haciéndome exámenes médicos durante décadas. Creo que está bien pedirle personalmente que se quede. —Miró a Naffa—. ¿Sabes?, me siento rara comiendo sola mientras tú estás ahí de pie con la tableta, esperando para hablarme.

—El personal no come con el emperox.

—Lo hace si el emperox se lo pide.

—¿Estás ordenándome que me sienta a comer contigo esa cosa repugnante

que tienes en el plato?

—No es repugnante. Es bullabesa de pez canela. Y no, no estoy ordenándotelo. Sólo te digo que, si te apetece, puedes sentarte a comer con tu amiga Cardenia.

—Gracias, Car.

—Lo último que necesito en este momento es que seas un miembro del personal las veinticuatro horas del día. Aún necesito amigos, amigos a los que no les importe quién soy. Tú fuiste la única niña en mi infancia que no dio importancia a que yo fuera princesa.

—Mis padres son republicanos —le recordó Naffa—. Si te hubiera tratado de forma distinta por ser tu padre quien es, me habrían repudiado. Todavía están un poco escandalizados porque ahora trabajo para ti.

—Eso me recuerda que cuando me convierta en emperox podré concederte un título nobiliario.

—Ni se te ocurra, Car —replicó Naffa—. No podría volver a casa por vacaciones.

—El de baronesa te iría como anillo al dedo.

—Como no pares, voy a tirarte esa sopa de pescado por la cabeza —le advirtió Naffa.

Cardenia sonrió.

—He visto el vídeo que has grabado —dijo Batrin cuando volvió a despertarse. Cardenia se dio cuenta de que Drinin había acertado en su diagnóstico: su padre parecía confuso y comenzaba a divagar—. Ese en el que hablas sobre mí.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Cardenia.

—Me ha gustado. Lo ha escrito el comité, ¿verdad?

—No. —El comité ejecutivo no cejó en sus protestas contra el discurso reescrito por Naffa hasta que Cardenia los amenazó con no leer ninguno si no era ese. Se había regodeado en su primera victoria sobre el tripartito de

fuerzas políticas que representaba el contrapeso del emperox. Sabía que no obtendría muchas más cuando subiera al poder.

—Bien —repuso Batrin—. Debes ser la emperox que tú quieras ser, hija mía. No la que quieran los demás.

—Lo recordaré.

—Más te vale. —Batrin cerró los ojos un momento y dio la impresión de que volvía a quedarse dormido. Pero los abrió de nuevo y miró a Cardenia—. ¿Ya has elegido tu nombre imperial?

—Había pensado conservar el mío —respondió Cardenia.

—¿Cómo? No, eso no puede ser —dijo Batrin—. Tu nombre está reservado para tu vida privada. Para los amigos, los cónyuges, los hijos y los amantes. Tienes que tener un nombre para tu vida privada. No se lo regales al imperio.

—¿Con cuál de tus nombres te llamaba mi madre?

—Ella me llamaba sobre todo Batrin. ¿Cómo está, por cierto?

—Bien. —Ya hacía tres años que Hannah Patrick había aceptado el puesto de rectora en el Instituto de Tecnología Guelph, que se encontraba a diez semanas de viaje por el Flujo de Central. Era probable que ya le hubieran llegado noticias del empeoramiento de la salud del emperox. No se enteraría de que su hija se había convertido en la nueva emperox hasta bastante tiempo después de que se consumara el hecho. Cardenia sabía que su madre albergaba sentimientos contradictorios acerca de su ascenso al trono.

—Se me pasó por la cabeza casarme con ella —dijo Batrin.

—Ya me lo habías dicho. —Cardenia conocía una historia muy distinta por boca de su madre, pero no era el momento de desenterrarla.

El emperox asintió y cambió de tema.

—¿Puedo sugerirte un nombre imperial?

—Sí, por favor.

—Grayland.

Cardenia frunció el ceño.

—Nunca había oído ese nombre.

—Cuando muera, búscalo. Ya me contarás qué te ha parecido la próxima vez que nos veamos.

—Lo haré.

—Bien, bien. Serás una buena emperox, Cardenia.

—Gracias.

—No te queda más remedio. Al fin y al cabo, el imperio necesitará que lo seas.

Cardenia no supo qué decir, así que simplemente asintió con la cabeza y sepultó la mano debajo de la de su padre. A Batrin pareció sorprenderle el gesto, pero entonces sonrió y la apretó suavemente.

—Creo que ahora voy a dormir —dijo—. Dormiré y tú serás emperox. ¿Te parece bien?

—Me parece bien —respondió Cardenia.

—De acuerdo. Bien. —Batrin apretó la mano de Cardenia de una manera tan débil que esta apenas lo notó—. Adiós, Cardenia, hija mía. Lamento no haber vivido más tiempo para quererte mejor.

—No pasa nada —lo consoló Cardenia.

Batrin sonrió.

—Pásate a verme.

—Lo haré.

—Bien —dijo Batrin, y luego se quedó dormido.

Cardenia se quedó sentada al lado de su padre en espera de ser coronada emperox.

La espera fue breve.

## Dos

Kiva Lagos estaba ocupada tirándose al auxiliar del sobrecargo que llevaba persiguiendo las últimas seis semanas de viaje a bordo de la *Sí, señor, es mi hijo* desde Lankaran hasta Fin, cuando el segundo oficial Wylov Brennir entró en su camarote sin avisar.

—La requieren.

—Estoy un poco liada ahora mismo —dijo Kiva. Por fin había cogido el ritmo bueno, así que, ¡que lo follaran, a Wylov! (figuradamente, porque era feo con ganas). No era fácil coger el ritmo bueno. Estaban follando y él había entrado sin avisar, así que si se los había encontrado así era culpa suya, no de ella. El auxiliar del sobrecargo parecía un poco azorado, pero Kiva ejerció una leve presión para dejar claro que la fiesta continuaba.

—Es importante —insistió Brennir.

—Créeme, esto también lo es.

—Tenemos un funcionario de aduanas que no nos deja descargar las mercancías de la nave —dijo Brennir. Si la actividad de Lagos lo impresionaba o lo escandalizaba, lo cierto era que lo disimulaba bastante bien. Incluso parecía aburrido—. Hemos venido a Fin para descargarlas. Si no las vendemos o no conseguimos las autorizaciones, estaremos jodidos. Usted es la representante de la empresa propietaria. Tendrá que explicarle a su madre por qué este viaje ha supuesto la ruina económica de la familia. De modo que quizá le apetezca unirse al capitán Blinnikka, que en este preciso momento está hablando con ese funcionario de aduanas para tratar de resolver el problema. O puede seguir follando a un miembro auxiliar de la

tripulación, señora. Estoy seguro de que las dos opciones tendrán las mismas consecuencias en su futuro y en el futuro de esta nave, y en el de su familia, por supuesto.

—¡Mierda! ¡Está bien! —espetó Kiva. De todos modos había perdido el ritmo. Además, el auxiliar del sobrecargo, su pequeño proyecto, parecía bastante abatido en ese momento—. Has demostrado tener huevos para hablarle así a alguien que puede ponerte de patitas en la calle, Brennir.

—Despídame si quiere, señora —replicó este—. Tengo un puesto fijo en el gremio. ¿Va a venir o no?

—Estoy pensándolo.

—Yo debería irme —dijo el auxiliar del sobrecargo—. Es decir, ¿puedo irme? ¿Sería mejor que me fuera?

Kiva suspiró y miró a su conquista.

—¿Cuándo empieza tu turno?

—Dentro de tres horas.

—Entonces no te muevas de aquí. —Kiva se desenredó del cuerpo del auxiliar y se vistió con algo aceptable para el mundo exterior, salió de su camarote detrás de Brennir y lo siguió por la nave.

La *Sí, señor, es mi hijo* era una nave de un tamaño y un diseño que teóricamente podía sustentar a la tripulación al completo con sus propios recursos durante unos cinco años estándar. A partir de entonces, todo empezaba a ir mal: los sistemas biológicos internos y los sistemas de soporte comenzaban a fallar, y los miembros de la tripulación se rebelaban unos contra otros en un breve acceso de pánico justo antes del final, como siempre acababa pasando con todas las tripulaciones que quedaban a la deriva en el vasto vacío del espacio sin esperanza de ser rescatadas.

En la práctica, sin embargo, en las corrientes del Flujo que recorrían la Interdependencia, ningún asentamiento humano se encontraba a una distancia mayor de nueve meses de otro. Normalmente se empleaban los recursos de las *fivers* y de las *tenners*, sus hermanas mayores, para sustentar la tripulación

durante un año (se daban tres meses de margen), y el espacio y los sistemas sobrantes se utilizaban para el transporte de mercancías o, en el caso de la *Sí, señor, es mi hijo*, para la astroponia, es decir, el cultivo de productos agrícolas de los que tenían el monopolio los propietarios de la nave. Esta viajaba de un asentamiento a otro entregando los productos.

La Casa de Lagos, la propietaria de la *Sí, señor, es mi hijo*, tenía el monopolio de los cítricos.

Todo el género, desde la raíz hasta el fruto, desde variedades antiquísimas como los limones y las naranjas, hasta híbridos más recientes como las gabinas, las pielduras y las farfullas. Esta última fruta era el que había traído la *Sí, señor, es mi hijo* a Fin con la intención de hacer negocios: vender la cosecha que había cultivado y recolectado durante el viaje a Fin directamente y conseguir una licencia para que las empresas agrícolas la cultivaran en Fin en nombre de la familia Lagos.

En todo caso, ese era el plan. Pero ahora un funcionario de aduanas gilipollas estaba empeñado en joderlo todo.

Kiva entró en la sala de reuniones de la *Sí, señor, es mi hijo*, donde esperaban el capitán Tomi Blinnikka, el sobrecargo Gazson Magnut y un capullo que debía de ser el funcionario de la aduana imperial. Kiva saludó con la cabeza a Blinnikka y a Magnut y se sentó a la mesa con ellos. Blinnikka le dio permiso a Brennir para que se marchara y este salió y cerró la puerta.

—Muy bien, ¿cuál es el problema? —preguntó Kiva cuando Brennir se hubo ido.

—Lady Kiva, soy el inspector Pretan Vanosh, subdirector de la aduana imperial de Fin —comenzó a decir el capullo.

—Encantada —dijo de manera cortante Kiva—. ¿Cuál es el problema?

—El problema es un closterovirus —respondió Vanosh—. Se trata de virus que...

—Mi familia tiene el monopolio de los cítricos desde hace ochocientos

años, señor Vanosh —lo interrumpió Kiva—. Sé lo que es un closterovirus. También sé que hace más de doscientos años desde el último caso confirmado de un cultivo vendido o gestionado por nosotros afectado de citrus closterovirus. Modificamos genéticamente nuestros cultivos para hacerlos resistentes a él.

Vanosh esbozó una leve sonrisa y ofreció a Kiva una carpeta que tenía en la mano. Ella la cogió.

—El contador ha vuelto a ponerse a cero, lady Kiva —dijo el funcionario—. Hace nueve meses llegó su nave gemela, la *No, señor, no quiero decir tal vez*, con un cargamento de pomelos injertados afectados de un nuevo tipo de virus. Se propagó por sus huertos y arrasó los cultivos de su cliente.

—De acuerdo, ¿y qué? —soltó con displicencia Kiva—. En el caso de que haya ocurrido lo que dice, y me gustaría que nuestros equipos echaran un vistazo para confirmarlo, indemnizaremos a los clientes y cerraremos los huertos. No tiene nada que ver con este cargamento de farfullas.

—No es tan sencillo —apuntó Vanosh—. El virus puede afectar a algunos cultivos autóctonos de Fin, como el banu, un producto de primera necesidad aquí. Hemos tenido que poner en cuarentena provincias enteras para detener su propagación. El precio de los alimentos se ha disparado y la gente está preocupada por la posibilidad de una hambruna. El duque de Fin está tratando de sofocar una insurgencia y esto ha empeorado la situación. —Vanosh se inclinó sobre la mesa para acercarse a Lagos—. Hablando claro, lady Kiva, su familia ha contribuido a desestabilizar el planeta entero.

Kiva se quedó mirando boquiabierta a aquel cabronazo.

—No creerán que nosotros teníamos la intención de...

Esta vez fue Vanosh quien interrumpió a su interlocutora.

—Lady Kiva, da igual cuáles fueran las intenciones de su casa, lo importante son los hechos. Y en este caso, los hechos son que han echado gasolina al fuego. Hasta que esto se resuelva en un tribunal, me temo que queda suspendida su autorización para comerciar con Fin.

—Yo no sé nada sobre eso —protestó Kiva.

—En el informe encontrará todo lo que se sabe sobre el virus.

—¡No me refiero al maldito virus! ¡Hablo de la desestabilización, de la hambruna y de toda esa mierda! ¡No puede culparnos a nosotros!

—Le aseguro, lady Kiva, que no culpamos a su familia de todo. Pero sí tiene la culpa de haber provocado esta suspensión.

—¿Todo esto es para sacarnos algo? —preguntó Kiva.

—¿Cómo dice? —preguntó Vanosh desconcertado.

—Ya me ha oído. ¿Quiere sacarnos algo? ¿Está presionándonos para conseguir un soborno?

—¿Un soborno?

—Sí.

—No veo qué parte de nuestra conversación le ha hecho pensar que estaba allanando el terreno para pedirle un soborno, lady Kiva.

—¡Oh, por el amor de Dios, no se haga el ofendido! —le espetó Kiva, colérica—. Finjamos que todos somos adultos aquí y que no tenemos que ponernos remilgados para cerrar una transacción comercial. Dígame qué quiere —apuntó con el dedo pulgar a Magnut, cuya expresión sugería que no podía creerse que esta conversación estuviera produciéndose de verdad—, y Magnut se encargará de todo.

Vanosh miró a Magnut.

—¿Es frecuente que sobornen a funcionarios de aduanas imperiales, sobrecargo jefe Magnut?

—No respondas —le ordenó el capitán Blinnikka a Magnut.

Este pareció aliviado cuando oyó que le pedían que no hablara. Blinnikka se volvió entonces a Vanosh.

—Le pido disculpas, inspector —dijo el capitán—. La representante del propietario de nuestra nave se siente comprensiblemente frustrada en este momento y habla sin pensar. Le aseguro que en la política de nuestra empresa no tiene cabida sobornar a funcionarios imperiales. Tampoco quisiera que la

salida de tono de lady Kiva le haga pensar que alguno de nosotros crea que usted es susceptible de aceptar un soborno. ¿No es así, lady Kiva?

Ella clavó una larga mirada de «tú estás quedándote conmigo» a su capitán y luego, después de recibir otra mirada de «no, no estoy quedándome con usted, idiota», se volvió hacia Vanosh.

—Sí. Sólo ha sido una broma de mal gusto. Lo lamento.

—Tal vez debería evitar entrar en el terreno de la comedia, lady Kiva —dijo Vanosh.

—Gracias por el consejo.

—En todo caso, lady Kiva, capitán Blinnikka, me da la impresión de que creen que yo soy el único responsable de la confiscación de sus productos y de la suspensión de sus privilegios comerciales.

—¿No es así? —preguntó Kiva.

Vanosh sonrió, también levemente esta vez, lo que hizo que Kiva se preguntara si sería capaz de sonreír de otra manera.

—Si dependiera sólo de mí, lady Kiva, habría aceptado el soborno, después los habría amenazado a los tres con detenerlos y me habría metido en el bolsillo un segundo soborno aún más generoso.

—¡Lo sabía! —exclamó Kiva—. Mentiroso cabronazo.

Vanosh asintió con una ligera inclinación de cabeza.

—No obstante, en este caso, la orden procede de arriba. De hecho, lady Kiva, la prohibición del desembarco de su cargamento de farfullas y de cualquier género que transporten a Fin las naves de su familia procede directamente del duque. —Vanosh le tendió otro documento a Kiva, en este caso una carta tradicional escrita en un grueso pergamino enrollado y lacrado con el sello ducal, lo que significaba que el duque de Fin estaba tomándose esto muy en serio—. Tendrá que tratarlo con él personalmente —añadió Vanosh.

Kiva cogió el pergamino.

—Vaya, esto ya es la hostia.

—Ya lo creo —repuso Vanosh—. ¿Me permite que le haga una sugerencia, lady Kiva?

—Dígame.

—El duque de Fin posee buena parte del planeta. Es posible que no le convenga intentar sobornarlo.

Tardaron un día en concertar una reunión con el duque de Fin. El aeropuerto de Subfín no permitía el aterrizaje de transbordadores llegados directamente desde las naves (habían disparado a unos cuantos cuando se disponían a aterrizar), así que Kiva se había visto obligada a trasladarse a la Estación Imperial, la gigantesca estación espacial donde se administraban casi todos los asuntos del imperio, y bajar por el tronco de habichuela, profusamente protegido contra los ataques de los insurgentes, al aeropuerto, donde la recibió un empleado local de la familia que la acompañó hasta su coche.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Kiva cuando vio el vehículo. El coche más bien parecía un pequeño tanque.

—Para llegar al palacio del duque tendremos que atravesar algunos barrios conflictivos, lady Kiva —le explicó el empleado.

—¿No le parece que este vehículo llama un poco la atención? Es como si llevara en el techo un letrero luminoso con el mensaje «Dispárame».

—Lady Kiva, actualmente, casi todo lo que se mueve es blanco de los disparos. —El empleado abrió la puerta del compartimento de los pasajeros—. Lo cierto es que todo lo que se queda quieto más tiempo de la cuenta también es blanco de los disparos. —Le hizo un gesto para que subiera al vehículo, y Kiva entró.

El interior del compartimento para los pasajeros del pequeño tanque por lo menos era hasta cierto punto lujoso. Kiva se sentó, se abrochó el cinturón y saludó a las otras dos personas que estaban dentro, dos directivos de la empresa familiar en Fin.

Uno de ellos le tendió la mano.

—Lady Kiva, soy Eiota Finn, vicepresidenta ejecutiva de la Casa de Lagos en Fin. —Kiva se la estrechó y Finn señaló con la otra mano a su acompañante—. Este es Jonan Rue, el director de su departamento legal aquí. —Rue inclinó la cabeza a modo de saludo.

—¿Qué tal? —le correspondió Kiva.

—Seguramente no lo recuerda, pero ya nos conocemos —dijo Finn—. Antes de que me destinaran a Fin trabajé en la oficina de su madre en Ikoyi. Entonces usted sólo era una niña.

—Ya. Bueno, parece una historia genial, Finn, pero comprenda que en este momento me importa una mierda que nos conociéramos cuando yo tenía seis años. Quiero saber qué cojones está pasando con este veto.

Finn sonrió.

—Es obvio que es hija de su madre. Ella también hablaba siempre claro e iba directa al grano.

—Sí, somos una familia de gilipollas —repuso Kiva. El coche se puso en marcha—. Ahora, infórmeme.

Finn dirigió un gesto de asentimiento a Rue.

—Ahora mismo tenemos dos problemas, lady Kiva. Y están relacionados. El primero es el veto. El segundo es la rebelión.

Kiva frunció el ceño.

—¿Qué tiene que ver la rebelión con nosotros?

—Políticamente, nada. Es una rebelión como otra cualquiera.

—¿Como otra cualquiera? ¿Cuántas rebeliones hay en este maldito planeta?

—Una o dos cada diez años —respondió Finn—. Se llama Fin por una razón, lady Kiva. Es el asentamiento humano más lejano de la Interdependencia, al que es más difícil llegar y el único en el que los residentes no tienen garantizados los privilegios para viajar. Durante siglos ha sido el vertedero al que han ido a parar todos los rebeldes y los disidentes del imperio. No todos se vuelven niños buenos cuando llegan aquí.

Como para subrayar esa afirmación, en uno de los paneles laterales del vehículo se produjo un ruido seco.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Kiva al conductor.

—Sólo un disparo de tanteo, señora. Nada de lo que deba preocuparse.

—¿Que me disparen no es algo de lo que deba preocuparme?

—Si fueran en serio, nos habrían lanzado un cohete.

Kiva miró a Finn.

—¿Y su pueblo hace esto cada diez años?

—Una o dos veces, sí.

—¿No se les ocurre otra cosa para matar el tiempo? ¿Competiciones deportivas? ¿Juegos de mesa?

—Las rebeliones no suelen traspasar las fronteras de las provincias periféricas —dijo Rue—. El proceso suele ser el mismo: se produce un levantamiento, el duque de turno envía la Guardia Nacional y la rebelión se sofoca un par de meses después. Esta es diferente.

—Esta está organizada —añadió Finn—. Detrás de ella hay alguien poderoso.

—Ya, yo sola había llegado a esa conclusión —repuso Kiva—. Pero sigo sin oír qué tiene que ver con nosotros.

—Como ya le he dicho, desde el punto de vista político no tiene ninguna relación con nosotros —continuó Rue—. Pero la lucha contra esta rebelión está saliendo muy cara. Los ingresos por impuestos están cayendo en picado por culpa de la interrupción de la actividad comercial, así que el dinero tiene que llegar de otra parte.

—¿De nosotros?

—De nosotros —confirmó Rue.

—No sólo de nosotros —puntualizó Finn—. El duque está exprimiendo todos los intereses que los gremios tienen aquí. Para empezar, subió los aranceles y los impuestos hasta el máximo permitido por la legislación del imperio.

—Pero no ha sido suficiente —continuó Rue—. Así que el duque se ha puesto creativo.

—Cuando se descubrió el virus en los pomelos, el duque bloqueó las cuentas de la Casa de Lagos —dijo Finn—. En teoría, el dinero está depositado en un fondo de garantía hasta que se fije una indemnización a Fin por los daños causados por la propagación del virus a los cultivos locales.

—¿Hasta qué punto somos responsables nosotros? —inquirió Kiva.

—Es posible que no haya sido culpa nuestra —respondió Rue—. Eso se dirimirá en un tribunal. Pero si el duque puede probar que el virus se introdujo en el ecosistema de Fin por una negligencia nuestra, la ley imperial lo ampara para que exija una compensación.

—Y mientras tanto impide que repatriemos el dinero a Ikoyi para alejarlo de su zona de influencia. Nuestras cuentas están bloqueadas —explicó Finn.

—Pero en realidad no están bloqueadas, ¿verdad? —dijo Kiva, y señaló la pequeña y gruesa ventana blindada—. El duque está utilizando el dinero para financiar la guerra contra esos rebeldes.

Rue esbozó media sonrisa. Al parecer, en Fin nadie sonreía abiertamente.

—Resulta ser que el duque, cuando declaró el estado de emergencia en Fin, también nacionalizó los bancos. La excusa oficial es que se quiere evitar que cunda el pánico en el sistema financiero y atajar las especulaciones. Pero los directivos de los bancos de los gremios afirman que está saqueando las cuentas.

Kiva resopló.

—Vaya, qué bien.

—No es un mal plan, al menos en lo que concierne a la Casa de Lagos —admitió Finn—. Si aplasta la rebelión, dispondrá del tiempo que dure el litigio para reponer los fondos que ha robado, que pueden ser años.

—Y si pierde, le dará igual, porque probablemente estará muerto —señaló Rue.

Kiva soltó un bufido y miró por la ventana. Ante sus ojos pasaba la capital

de Fin, Inverness, con un aspecto triste y decadente. A lo lejos se veía el humo negro de un par de incendios.

—¿Y qué va a pasar?

—¿Qué va a pasar? —preguntó Finn.

—¿Va a perder?

Finn y Rue se miraron.

—No sería la primera vez que un duque de Fin es derrocado —dijo la primera.

—Pero ¿qué va a pasar con este en concreto? —insistió Kiva—. ¿Estamos perdiendo el tiempo hablando de ese capullo?

—Las cosas no pintan bien para el duque —respondió Rue tras pensar unos segundos—. Nos han llegado rumores de deserciones en las provincias y de oficiales de su ejército que están cambiando de bando y llevándose consigo a sus hombres. Probablemente la semana que viene podremos hacernos una idea mejor de cómo va a acabar esto.

—¿Y qué pasa con esos otros capullos? —preguntó Kiva, señalando hacia arriba—. Me refiero a los imperiales. Después de todo, el duque es un jodido noble. Seguramente les parecerá que un duque arrastrado por la calle y linchado sin contemplaciones dará mala imagen.

—Estamos en Fin, lady Kiva —dijo Rue—. Mientras la Interdependencia reciba su comisión por las transacciones comerciales, todo lo demás son asuntos internos.

—¿Incluso la muerte del duque?

—No sería la primera vez que un duque de Fin es derrocado —repitió Finn.

—Ya estamos llegando al palacio —anunció el conductor—. Tardaremos algunos minutos en pasar por los puestos de control. Señora, ¿me permite su invitación para entrar en el palacio?

Kiva se la pasó y devolvió la atención a sus subordinados.

—En pocas palabras, lo que tengo que hacer es entrar ahí y suplicarle a

ese hijo de puta que me deje vender mis farfullas. Y si accede, no debe extrañarme que ingrese mis posibles beneficios en ese depósito supuestamente bloqueado y que no vuelva a verlos nunca más.

—En unos cuantos años, en efecto —repuso Finn—. En el mejor de los casos.

—¿Por qué cojones no se dieron cuenta de que esto iba a suceder? —le preguntó Kiva a Finn, y agitó el dedo en dirección al palacio fortificado que ya se veía a través del parabrisas—. Estamos aquí tocándonos los huevos mientras ese capullo utiliza nuestro dinero para golpear a los insurgentes.

—En realidad, yo sí me di cuenta —señaló Finn—. Por eso saqué la mitad de los fondos de las cuentas bloqueadas en cuanto se conocieron los primeros informes sobre el virus.

—¿Dónde está ese dinero? ¿Enterrado en algún patio trasero?

—Más o menos. La Casa de Lagos se ha convertido, a través de una red de intermediarios, en la propietaria de una buena cantidad de inmuebles.

—Espero que no estén por aquí —dijo Kiva, haciendo un gesto hacia el exterior del vehículo—. El fuego está arrasando esta maldita ciudad.

—No. La mayoría se encuentran en las provincias de Tomnahurich y Claremont. El conde de esas regiones estaba más que dispuesto a deshacerse de un buen número de preciosas propiedades. Necesitaba liquidez imperiosamente.

—Sí, claro. Los nobles no suelen gozar de popularidad en las revoluciones.

—No, creo que no, lady Kiva.

El coche volvió a ponerse en marcha.

—Hay un par de cosas más que debería saber cuando entre en esa reunión con el duque —apuntó Rue.

—Hable.

El director del departamento legal le entregó una hoja.

—La primera es que, tal como nos pidió, hemos investigado el origen de

ese virus. No hay absolutamente ninguna prueba de que los injertos de esos pomelos estuvieran infectados antes de que llegaran a los huertos de Fin. No hemos encontrado nada en los almacenes ni en las muestras que analizamos en la *No, señor* antes de su partida.

Kiva cogió la hoja y le echó un vistazo.

—¿Cree que fue un sabotaje?

—Estoy bastante seguro, sí. Otra cosa es que podamos demostrarlo de una manera convincente ante un tribunal. Eso nos lleva a la segunda cosa. El duque tiene un asesor de una de las casas gremiales. No va a gustarle cuando le diga de qué casa se trata.

Kiva levantó los ojos de la hoja.

—¡Oh, no me joda!

—Nohamapetan.

El castillo ducal se llamaba Kinmylies. Rebosaba un estilo de lujo que sugería que sus residentes habían confundido el exceso con la elegancia. Kiva, que pertenecía a un linaje inmensamente rico al que le traía sin cuidado que su fortuna te impresionara o no, enseguida se sintió incómoda entre sus paredes. «A este lugar le vendría bien un fuego purificador», pensó mientras la conducían por pasillos interminables hasta el despacho del duque de Fin.

—Una cosa —le dijo Finn cuando el paje apareció para rescatarla—. El duque considera que las palabrotas son un síntoma de estupidez. Intente evitarlas en la medida de lo posible.

«Menudo gilipollas», se dijo Kiva mientras entraba en el despacho del duque, tan vomitivamente decorado como el resto del palacio. La leyenda familiar decía que la primera palabra que pronunció Kiva Lagos fue «joder». La leyenda tenía todos los visos de ser realidad, dada la propensión a las salidas de tono de la condesa Huma Lagos, madre de Kiva y cabeza de la Casa de Lagos. Más habría sorprendido que hubiera sido otra palabra, la verdad. Kiva no recordaba etapa alguna de su vida en la que no hubiera dicho

palabrotas; además, como hija de la condesa Lagos, aun siendo la sexta de los hermanos y no tener ninguna posibilidad de heredar el título, nadie iba a decirle que dejara de hablar mal.

Y ahora este gilipollas se tomaba las palabrotas como si fueran pomelos que le metían por el culo.

El gilipollas en cuestión, el que almacenaba pomelos en el recto, estaba en el bar de su despacho, con un vaso lleno de un líquido de color ámbar en la mano. Era alto, con una barba en la que podría haber escondido pájaros, y estaba riendo. Junto a él, también sosteniendo un vaso y pretenciosamente vestido con el negro riguroso típico de su familia, estaba nada más y nada menos que Ghreni Nohamapetan.

El paje carraspeó y el duque dirigió hacia él la mirada.

—Lady Kiva Lagos —anunció el criado, y se marchó.

—Mi querida lady Kiva —dijo el duque de Fin, acercándose a Kiva—. Bienvenida. Bienvenida.

—Excelencia —dijo ella, inclinando ligeramente la cabeza. Como hija de la jefa de la casa y representante de más alta jerarquía de su familia en el planeta, Kiva podría haberse dirigido a él con un simple «duque», pero había ido allí a lamer culos, así que más valía comenzar cuanto antes.

—Permítame que le presente a mi asesor, lord Ghreni, de la Casa de Nohamapetan.

—Ya nos conocemos —dijo Ghreni, mirando al duque.

—¿En serio?

—Fuimos juntos a la universidad —aclaró él.

—¡Qué pequeño es el mundo! —exclamó el duque.

—Sí, ¿verdad? —repuso Kiva.

—Sí, bueno, tome asiento, por favor, lady Kiva —dijo el duque, señalando el sillón de la izquierda de los dos que había delante de su escritorio. Lagos se sentó y casi desapareció en el sillón exageradamente acolchado. Ghreni se sentó en el de la derecha, mientras que el duque se acomodó en su propia y

ridícula parodia de sillón, detrás de un escritorio con el que una familia pobre podría construirse una casa—. Lamento que las circunstancias de nuestro encuentro no sean mejores.

—Lo entiendo, señor. Los insurgentes que se agolpan a las puertas de su casa suponen un desafío.

—¿Cómo? No —replicó el duque, y Kiva vio que Ghreni esbozaba la más leve de las sonrisas—. No, no se trata de eso. Me refiero a los problemas que nos ha ocasionado el virus que ha traído su familia.

—Sea sincero, señor —dijo Kiva—. ¿Está seguro de que lo hemos traído nosotros?

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que nuestros investigadores no han encontrado el virus en las muestras de nuestros almacenes ni a bordo de la *No, señor*. Sólo ha afectado a los huertos de aquí.

—Es la primera noticia que tenemos —apuntó Ghreni.

—¿En serio? —repuso Kiva, mirándolo directamente a los ojos—. Bueno, si es así, mis representantes han redactado un informe. —Miró de nuevo al duque—. Lo han enviado al despacho de su ministro, junto con una solicitud para que se revoque nuestra prohibición para comerciar.

—No creo que la revocación de esa prohibición fuera una decisión inteligente —señaló Ghreni—. Con todo el respeto que me merecen tus representantes y tus investigadores, Kiva, hasta que se analice exhaustivamente ese informe, el duque, cuya prioridad es la seguridad de los ciudadanos de Fin, debe trabajar con la hipótesis de que todos los productos que transportas en tus naves están igualmente infectados.

—Me temo que su amigo tiene razón —repuso el duque—. Ya se habrá enterado de que el virus se ha extendido a nuestros cultivos de banu. Ha arrasado los campos de regiones enteras. No podemos arriesgarnos a que se repita un desastre igual. La escasez de banu ha sido uno de los detonantes de esta rebelión.

—Comprendo su preocupación, señor, y por eso la Casa de Lagos está dispuesta a ayudarlo.

El duque miró con curiosidad a Kiva.

—¿Cómo?

—Tengo entendido que ha bloqueado nuestras cuentas bancarias en espera de un juicio que dirima las responsabilidades en el asunto del virus.

Kiva advirtió un fugaz movimiento en los ojos del duque para mirar a Ghreni.

—Así es. Era lo más prudente.

—Permítame que le ofrezca formalmente esas sumas como préstamo que le hace la Casa de Lagos para contribuir al aplastamiento de esta rebelión. Estaríamos encantados de ofrecerle unas condiciones excelentes.

—Es usted... muy generosa —dijo el duque.

—Son negocios —repuso Kiva—. A la Casa de Lagos no le haría ningún bien que usted perdiera el poder, señor. Y de esta manera podrá disponer de unos fondos que, de lo contrario, no podría tocar. ¿Por qué tener ese dinero bloqueado cuando podría utilizarlo en beneficio propio?

—Me temo que no es tan sencillo —apuntó Ghreni.

—En realidad, es muy sencillo —replicó Kiva—. Podemos poner por escrito en las condiciones del préstamo que, si el tribunal falla en contra de la Casa de Lagos, el dinero prestado sea la contraprestación por los daños y perjuicios ocasionados, y el dinero sobrante y los intereses serán el pago de una multa.

—No es una cuestión de legalismos, sino de percepción —insistió Ghreni.

—¿La percepción de que el duque defiende con todos los medios a su alcance a su pueblo te parece mala? ¿Peor que la percepción de un duque derrocado porque lo incomoda demasiado la posibilidad de parecer malo?

Ghreni miró al duque.

—Señor, esto parece un soborno.

—¿Un soborno para qué? —exclamó Kiva.

—Bueno, esa es la pregunta, ¿no? —dijo Ghreni.

—Lady Kiva, ¿qué espera recibir a cambio de esa muestra de generosidad de la Casa de Lagos? —preguntó el duque.

—Le repito, con todos los respetos, que no es generosidad. Si su demanda no prospera en los tribunales, la Casa de Lagos espera recuperar íntegramente el dinero prestado. Son negocios.

—Pero quieres algo más, ¿verdad? —insistió Ghreni.

—Por supuesto. Quiero poder vender mis pu... —Kiva se contuvo en el último momento— mis deliciosas farfullas, señor. Y cuando lo haga, el dinero que saque de la venta y de las licencias no se irá en la *Sí, señor*. Se quedará aquí, con usted, como parte del préstamo.

—Junto con los virus que puede ser que infecten tus productos —dijo Ghreni.

Kiva miró al duque.

—Señor, en la Estación Imperial hay inspectores que, de todos modos, analizan muestras tomadas aleatoriamente del cargamento. Doy mi consentimiento para que realicen una inspección más exhaustiva de las farfullas y así se aseguren de que están sanas y de que no suponen una amenaza para el ecosistema de Fin.

El duque de Fin parecía estar considerando la propuesta, pero entonces miró a Ghreni, que permanecía impassible sentado en el sillón, y negó con la cabeza.

—Lady Kiva, ha sido usted muy amable, tanto por su oferta como por su preocupación. Pero no creo que esas medidas sean necesarias. Confío en que no tardaremos en sofocar esta rebelión. Por tanto, no necesito lo que me ofrece. En cuanto a sus farfullas, hasta que examinemos minuciosamente el informe que nos ha enviado, debo ser muy cauto. Me temo que no puedo revocar la prohibición hasta la conclusión del juicio. Sé que lo comprende.

—Puede apostar el culo a que sí —le espetó Kiva, poniéndose en pie.

—¿Perdón? —dijo el duque, levantándose también. Ghreni lo imitó.

—Gracias por su tiempo, señor. ¿Puede llamar a un paje para que me ayude a salir de este maldito laberinto?

—Yo acompañaré a lady Kiva hasta la puerta, señor —se ofreció lisonjeramente Ghreni.

—Sí, claro. —El duque se despidió de ambos con una leve inclinación de la cabeza y regresó al bar de su despacho.

—Serás hijo de puta... —le dijo Kiva a Ghreni en cuanto salieron del despacho.

—Yo también me alegro de volver a verte.

—Más te vale que no descubra que tú o la Casa de Nohamapetan estáis detrás de este virus, porque como sea así, volveré a Fin y me comeré tu puto corazón.

—Siempre serás bienvenida, por supuesto.

—¿Lo estáis?

—¿Detrás del virus?

—Sí.

—Es obvio que no, pero aunque no fuera así, no creo que seas tan tonta como para pensar que te lo diría.

—Podrías ahorrarme el viaje.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—No has cambiado, Ghreni.

—Y tú deberías estar más contenta. —Ghreni señaló en dirección al despacho del duque—. Has estado a punto de convencerlo con esa oferta del préstamo. Una jugada brillante, por cierto. Cualquier préstamo de una casa de los gremios a un noble para la defensa del sistema imperial está avalado por el propio imperio. Una manera inteligente de cubrirte las espaldas.

—Hasta que tú lo has jodido.

—Pensaba que a estas alturas ya estarías acostumbrada.

Kiva resopló.

—No creas que no me había dado cuenta de eso, Ghreni. «Fuimos juntos a

la universidad.» Hay que joderse.

—Me pareció más educado que como lo habrías dicho tú: «Me lo tiraba cada vez que venía a visitar a su hermana a la residencia de la universidad».

—No lo habría dicho así —protestó Kiva—. Me advirtieron de que no debía hablar mal. ¿Cómo está la gilipollas de tu hermana, por cierto?

—No muy bien. Iba a convertirse en la princesa del imperio, pero entonces Rennered Wu perdió la cabeza en un accidente durante una carrera.

—Ha debido de ser una verdadera tragedia para ella.

—Eso afirma ella. También ha sido una desgracia para Rennered, claro. Tengo entendido que la hija bastarda del emperox es ahora la heredera al trono. Así que imagino que mi hermano estará detrás de ella.

—Así es la familia Nohamapetan que recuerdo: siempre actuando por amor.

—Hubo un tiempo en el que no te quejabas de eso.

Kiva se detuvo y miró a Ghreni, que también se paró.

—Bueno, hubo un tiempo en el que era una idiota integral. Pero he cambiado.

—Pues serás la primera de los Lagos que lo hace.

—¿Qué estafa tienes entre manos con este duque retrasado?

—En primer lugar, se llama Ferd y no es retrasado. Y, en segundo lugar, me ofende que pienses que quiero estafarlo.

—Has hecho que rechazara un soborno millonario —apuntó Kiva.

—¿Ves? ¡Tenía razón, era un soborno!

—Nadie deja pasar esa oportunidad a menos que tenga una oferta mejor.

—No puedo hablar de ello, Kiva. Y mucho menos contigo.

—Venga ya, Ghreni. Esto no va del virus. Y estamos en el maldito Fin. Voy a tardar nueve meses en volver a Central y otros tres para ir de allí a Ikoyi. Cualquier cosa que me digas habrá dejado de ser novedad para entonces.

Ghreni miró alrededor y reanudó la marcha. Kiva lo alcanzó rápidamente.

—Cuéntamelo. Cuéntame tus planes para Fin.

—Tu primer error, Kiva, es dar por sentado que lo que hago aquí se circunscribe sólo a este planeta.

—Me he perdido.

—No es verdad. No pretendía confundirte. —Ghreni volvió a detenerse y señaló con el dedo—. Sigue por este pasillo, gira en la segunda a la izquierda y luego en la primera a la derecha. Llegarás al vestíbulo por el que entraste.

Kiva asintió.

—Nunca fuiste de los que van hasta el final, ¿eh, Ghreni?

—Te sorprenderías. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla—. Adiós, querida Kiva. No esperaba volver a verte. Nunca viene nadie importante a Fin. Y no espero volver a verte en el futuro. Pero me gustas, a pesar de todo. Así que me alegra que hayamos compartido esto.

—Lo que quiera que sea esto.

Ghreni sonrió.

—Pronto sabrás qué nombre ponerle —le aseguró, y se alejó por el pasillo.

—Suéltalo —espetó Kiva, de vuelta con el capitán Blinnikka y Gazson Magnut en la *Sí, señor*.

—Se suponía que teníamos que recaudar unos sesenta millones en comisiones de licencias y en pagos de derechos en Fin —dijo Magnut—. Y vamos a sacar cero. Las cuentas están bloqueadas y seguramente jamás recuperaremos los fondos. Habíamos calculado que las farfullas generarían unos beneficios de unos veinte millones por la venta de los productos y otros diez millones por el pago inicial de la licencia y por la venta de las acciones. También vamos a sacar cero de esto. Teníamos calculados otros diez millones más o menos en beneficios por productos variados adquiridos en otras paradas que no podemos descargar ni vender. Así que otro cero. Además, transportamos un cargamento de otros vendedores valorado en cerca de un millón de marcos que nos han permitido descargar, pero se ha puesto en

cuarentena en una bodega descubierta expuesta al vacío del espacio, donde pasará varias semanas. Ya nos habremos marchado cuando se realice la entrega, y lo recaudado se entregará a la próxima nave de Lagos que venga a Fin, que creo que será la *Creo que ahora estamos solos*, dentro de unos veinte meses estándar.

—Así pues, cien millones de marcos de pérdidas —dijo Kiva.

—Ganamos cuarenta millones en las últimas tres paradas, así que el saldo negativo es de unos sesenta millones de marcos. Y esta es la última parada de la ruta. De aquí regresaremos directamente a Ikoyi vía Central.

Kiva asintió. El Flujo ofrecía varias rutas para viajar hasta Fin, pero sólo una para regresar: la corriente que iba desde Fin hasta Central. Antes o después, todas las corrientes confluyen en Central. Lo verdaderamente importante de eso era que no había ninguna oportunidad de recuperar las pérdidas en el viaje entre Fin y Central.

—Estoy abierta a ideas —dijo Kiva—. ¿Tomi?

—El objetivo era introducir la farfulla en Fin —dijo el capitán—. El resto de asentamientos de la Interdependencia ya están servidos. Podemos recolectar los frutos, a estas alturas tendremos que hacerlo de todos modos, exprimirlos y vender el concentrado a Central. Pero su familia ya ha vendido licencias allí. Podrían quejarse a la comisión del comercio imperial si aparecemos nosotros y lo vendemos a un precio más bajo.

—El capitán tiene razón —señaló Magnut—. Y aunque no lo vendiéramos a un precio más bajo, saturaríamos el mercado y joderíamos las licencias que procuran beneficios a la Casa de Lagos a largo plazo.

—O sea, que estamos jodidos.

—En lo esencial, sí, señora.

Kiva se tapó la cara con las manos y permaneció así un momento. Luego miró a Blinnikka.

—¿Cuándo partimos de Fin?

—Estamos llevando a cabo algunas operaciones de mantenimiento en la

Estación Imperial y Gazson está reclutando nuevos tripulantes para reemplazar a los que perdimos en Lankaran. Aún estaremos aquí otra semana.

—¿Podemos alargarlo un poco?

—La verdad es que no —dijo Blinnikka—. El muelle que ocupamos está reservado para dentro de nueve días. La Estación Imperial necesita un día entero para la inspección del cargamento y la reprogramación de los parámetros. Nos quedan siete días. Luego tendremos que irnos.

—Pues tenemos siete días.

—¿Siete días para qué? —preguntó Magnut.

—Para que ocurra un puto milagro que nos salve el culo —respondió Kiva. No es pedir demasiado, ¿verdad?

## Tres

En teoría, en el mismo momento del fallecimiento del emperox Attavio IV, Cardenia se convirtió en la nueva emperox. En la práctica, nunca nada es tan sencillo.

—Tendrás que declarar un periodo de luto oficial —le dijo Naffa Dolg en lo que de repente y oficialmente se había convertido en su despacho.

Sólo hacía unos minutos que había muerto su padre, cuyo cuerpo todavía estaban levantando de la cama (ahora la cama de Cardenia) para colocarlo en una camilla que había acogido los cuerpos de casi todos los emperox que habían tenido la suerte de morir en casa. Cardenia había visto la camilla preparada en otra habitación de las dependencias privadas y le parecía espantosa, pero sabía que era muy probable que algún día transportaran sus huesos en ella. La tradición tenía sus pegas.

Cardenia rio para sí.

—¿Car? —inquirió Naffa.

—Estoy teniendo pensamientos morbosos —dijo Cardenia.

—Si quieres, te dejo a solas un par de minutos.

—Pero sólo un par.

—La transición en el trono es un periodo de mucho trabajo —dijo Naffa de la manera más dulce que pudo.

—¿Cuánto tiene que durar el luto oficial?

—Tradicionalmente son cinco días estándar.

Cardenia asintió.

—El resto de la Interdependencia tiene cinco días. Yo, cinco minutos.

—Voy a volver —dijo Naffa, levantándose.

—No —se apresuró a decir Cardenia, negando con la cabeza—. Manténme ocupada, Naf.

Naffa la mantuvo ocupada.

Primero: declaración oficial del luto. Cardenia se dirigió al despacho de Gell Deng, el secretario personal de su padre (y ahora, a menos que ella lo sustituyera, el suyo), quien transmitiría la orden. A Cardenia le preocupaba que tuviera que dictar una declaración que sonara oficial, pero Deng ya la había redactado por ella; cosa que no debería haberla sorprendido, pues había habido muchos emperox a lo largo de la historia de la Interdependencia.

Cardenia leyó una declaración consagrada por la tradición y a la que el tiempo había vaciado de contenido. Le pareció escrita con un lenguaje anquilosado y anticuado, pero no estaba de humor para ponerse a reescribirla. Así que hizo un gesto de conformidad con la cabeza y cogió una pluma para firmarla, pero entonces vaciló.

—¿Qué ocurre, majestad? —preguntó Deng, y una parte de Cardenia se percató de que era la primera vez que se dirigían oficialmente a ella de esa manera.

—No sé cómo firmarlo —dijo ella—. Todavía no he elegido mi nombre oficial.

—Si preferís, podéis firmarlo simplemente con el sello imperial. De momento será suficiente.

—Sí, gracias.

Deng sacó el lacre y el sello. Derritió la pasta y entregó el sello a Cardenia, que colocó el sello sobre el lacre verde y estampó el blasón de la familia Wu con la corona imperial encima. Su corona.

Le devolvió el sello a Deng y reparó en que el secretario tenía los ojos llorosos.

—Esto lo hace oficial —dijo Deng—. Ahora sois la emperox, majestad.

—¿Cuánto tiempo ha estado al servicio de mi padre? —preguntó

Cardenia.

—Treinta y nueve años —respondió el secretario, que desvió la mirada de la suya y rompió a llorar. Cardenia lo tomó entre sus brazos para consolarlo.

—Lo siento —dijo, apartándose de Deng—. No debería haberlo hecho.

—Sois la emperox, majestad —dijo él—. Podéis hacer lo que queráis.

—No permitas que actúe con una familiaridad inapropiada, por favor —le pidió Cardenia a Naffa cuando salieron del despacho del secretario.

—Pues a mí me ha parecido muy tierno —dijo Naffa—. Pobre hombre. Ha tenido un día duro.

—Ha muerto su jefe.

—Sí, pero también piensa que ha perdido el trabajo. Normalmente, a estas alturas, los amigotes del emperox ya están instalándose en los puestos de poder. La suya es una posición de poder, en principio.

—Yo no tengo amigotes —protestó Cardenia—. Es decir, salvo tú.

—No te preocupes, se te ofrecerán muchos voluntarios.

—¿Qué es lo siguiente?

—Tienes una reunión con el comité ejecutivo dentro de media hora.

Cardenia frunció el ceño.

—¿Llegaremos a tiempo a Xi'an?

El comité ejecutivo, como casi todo el aparato del estado imperial, tenía su sede en la inmensa estación espacial que había encima de Central.

Naffa enarcó las cejas.

—Tú no tienes que ir a ningún lado. Ahora eres la emperox. Ellos vendrán. El doctor Drinin los informó hace unas horas de que tu padre estaba a punto de expirar. El comité esperaba estar presente para consolarte cuando llegara ese momento. Las palabras son tuyas, por cierto.

Cardenia imaginó a los nueve miembros del comité ejecutivo revoloteando alrededor del lecho de muerte de su padre, robándoles a él y a ella los momentos finales y la poca intimidad de la que podrían gozar dadas las

circunstancias, y reprimió el sentimiento de rabia que comenzaba a aflorar en su interior.

—Que no se me olvide darles las gracias.

Naffa volvió a enarcar las cejas, pero no dijo nada al respecto.

—Ahora mismo te esperan en el salón de baile. Eso está en el otro extremo del edificio.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Qué te gustaría hacer ahora?

—Creo que necesito mear.

Naffa asintió y acompañó a Cardenia a sus habitaciones.

—Volveré dentro de quince minutos.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó Cardenia.

—Lo mismo que tú, en unas dependencias un poco menos lujosas.

Cardenia sonrió y Naffa se marchó.

La nueva emperox enumeró mentalmente todo lo que hacía por primera vez en sus nuevos aposentos: «Es la primera vez que estoy en esta habitación como emperox. Es la primera vez que cojo la tableta como emperox. Es la primera vez que entro en este cuarto de baño como emperox. Es la primera vez que me bajo la cremallera de los pantalones como emperox. Es la primera vez que me siento en el retrete como emperox. Ahhh, y ahora es la primera vez que meo como emperox».

La primera vez de muchas cosas.

—Háblame sobre la emperox Grayland —le ordenó Cardenia a su tableta mientras estaba sentada en el inodoro.

—La emperox Grayland reinó desde el año 220 FI hasta el 223 FI —dijo la tableta con voz dulce mientras abría una página de búsqueda. El calendario de la Interdependencia comenzaba con la fundación del imperio por la emperox profetisa Rachela I, lo cual era una arrogancia, puesto que ya se utilizaba un calendario perfectamente válido en el que la fundación de la Interdependencia se fechaba a finales del siglo XXVI. Sin embargo, Cardenia

sospechaba que era la clase de arrogancia que caracterizaba a todos los imperios que podían permitírselo—. Entre los hechos notables que tuvieron lugar durante su reinado están la fundación de Lamphun, la desaparición de Dalasýsla y el asesinato de la emperox por Gunnar Olafsen en el año 223.

—¿Por qué la mató?

—En el juicio, Gunnar Olafsen declaró que la emperox no hizo todo lo posible para rescatar a los ciudadanos de Dalasýsla.

—¿Era verdad?

—Realizaré una búsqueda. No tengo opinión sobre asuntos políticos.

Cardenia puso los ojos en blanco. «Punto para ti, ordenador sin cara.»

—¿Cómo se perdió Dalasýsla?

—La corriente del Flujo de acceso al asentamiento desapareció en el año 222 —respondió la tableta.

«Ah, vale.» Recordó la historia de la Interdependencia que había estudiado en primaria. Dalasýsla era uno de los primeros asentamientos que habían tenido un triste final antes de que los emperox Wu y los principios religiosos y sociales de la Interdependencia aislaran al grueso de la oposición. La mayoría de esos asentamientos, sin embargo, habían sucumbido a las guerras, las hambrunas o las enfermedades. Dalasýsla se perdió porque de repente no hubo manera de llegar allí, ni de salir de allí, a través del Flujo. Simplemente... se esfumó, fue borrado del mapa.

Cardenia abrió el artículo de una enciclopedia sobre el asesinato, complementado con una fotografía de Olafsen, un ingeniero de Dalasýsla destinado en la *Toun Sandin*, la *tenner* imperial. Para matar a la emperox Grayland, y a un centenar de miembros de su séquito, había aislado la sección del anillo en la que se encontraban sus camarotes mientras la *Toun Sandin* regresaba por el Flujo de una visita oficial a Jendouba y la había lanzado fuera de la burbuja espacio-temporal al propio Flujo, donde inmediatamente dejó de existir.

—Vaya, esto está bien —dijo Cardenia para sí. No sabía muy bien por qué

su padre le había sugerido el nombre de Grayland, a menos que estuviera convencido de que iba a morir asesinada por un súbdito descontento. Esto la desconcertaba en cierta manera. Leyó por encima el resto de la entrada y se fijó en que Grayland en realidad había hecho caso de los informes elaborados por sus científicos y ordenado la evacuación de Dalasýsla, pero se topó con la oposición del parlamento, de los propios ministros de Dalasýsla y de los gremios, lo que retrasó la evacuación hasta que fue demasiado tarde. Olafsen culpó a la emperox del retraso, cuando sus acusaciones deberían haber apuntado en otra dirección.

«Pero sólo hay un emperox —pensó Cardenia—. Y estaba en su nave.»

—¡Oye! —gritó Naffa desde la otra habitación—. ¿Has acabado?

—Casi —dijo Cardenia. Terminó lo que estaba haciendo, se lavó y salió del cuarto de baño. Naffa sostenía un uniforme muy sobrio hecho a medida para Cardenia.

—¿Qué es eso?

—Estás a punto de reunirte con las nueve personas más poderosas del universo sin contarte a ti —respondió Naffa—. Deberías arreglarte un poco.

El uniforme, muy sobrio, le producía sarpullidos, pero ni de cerca tantos como el comité ejecutivo.

Cuando Cardenia entró en el interminable salón de baile, los nueve miembros del comité se acercaron a ella y la recibieron con una profunda reverencia.

—Majestad —dijo Gunda Korbijn, arzobispa de Xi'an y presidenta del comité ejecutivo, todavía inclinada ante ella—. Nuestro más sincero pésame por el fallecimiento de vuestro padre el emperox. Tenemos la certeza de que estará sentado junto a la profetisa en el más allá.

Cardenia, que conocía la absoluta falta de religiosidad de su padre, a pesar de ser oficialmente el jefe de la Iglesia de la Interdependencia, hizo un esfuerzo para reprimir una leve sonrisa.

—Gracias, eminencia.

—Hablo en nombre de todo el consejo cuando os manifiesto nuestro compromiso de lealtad con la Casa Imperial de Wu y con la Interdependencia.

—Por supuesto, y nosotros se lo agradecemos —dijo, empleando por primera vez el plural mayestático y el estilo imperial en el que llevaban aleccionándola el último año. «Voy a tardar en acostumbrarme», pensó. Miró de soslayo a Naffa, que no reaccionó al cambio con un arqueamiento de las cejas. Seguramente se lo reservaba para más tarde.

El comité permaneció postrado ante ella, lo que confundió a Cardenia, hasta que cayó en la cuenta de que sus miembros estaban esperando a que les diera la venia para levantarse.

—Por favor —dijo la emperox, ligeramente aturdida, acompañando sus palabras con un gesto con la mano. Los integrantes del comité se irguieron. Cardenia señaló entonces la mesa situada en el centro del salón de baile—. Sentémonos y pongámonos a trabajar.

El comité tomó asiento; los miembros más veteranos ocuparon los lugares más próximos a Cardenia, con la excepción de la arzobispa Korbijn, que se sentó justo enfrente de ella. Cardenia se fijó en cómo vestía cada uno de ellos: los obispos de la Iglesia se cubrían con unas elegantes túnicas rojas con el forro morado; los delegados de los gremios vestían con los formales colores negro y dorado; y los parlamentarios llevaban puestos unos anodinos trajes azules. El propio uniforme de Cardenia era del verde oscuro imperial con ribetes de color esmeralda.

«Parecemos una caja de lápices de colores», pensó Cardenia.

—Sonreís, majestad —señaló la arzobispa Korbijn mientras se sentaba.

—Estábamos recordando a nuestro padre, que a menudo hablaba de sus reuniones con este comité.

—Espero que hablara bien de nosotros.

«La verdad es que no lo hacía», dijo para sus adentros Cardenia, pero

respondió en voz alta:

—Sí, naturalmente.

—Majestad, los próximos días son cruciales. Debéis establecer un periodo de luto...

—Ya nos hemos encargado de eso, eminencia. Se han establecido los tradicionales cinco días.

—Perfecto —repuso Korbijn, sin dar la menor muestra de azoramiento por haber sido interrumpida—. Durante ese periodo, lamentablemente estaréis muy ocupada. —Dirigió un gesto de asentimiento al obispo Vear de Central, que estaba sentado a la derecha de Cardenia. El cual sacó una cartera de piel de cuyo interior extrajo a su vez un grueso mazo de papeles que entregó a Cardenia—. Nos hemos tomado la libertad de confeccionaros una agenda, con la voluntad de ayudaros. En ella se incluyen una serie de reuniones además de otros encuentros más o menos formales con los gremios, el parlamento y la Iglesia.

Cardenia cogió los papeles, pero los entregó sin mirarlos a Naffa, que estaba de pie detrás de ella.

—Se lo agradecemos.

—Nos gustaría aseguraros que durante este periodo de transición todo se llevará a cabo de la manera más tranquila y con el cuidado y el respeto máximos. Sabemos que es un momento difícil para vos y que casi todo ahora es nuevo. Nos complacería ayudaros a que esta transición hacia vuestra nueva posición transcurriera con los mínimos sobresaltos, majestad.

«¿Queréis ayudarme o convertirme en vuestro títere?»

—De nuevo les expreso nuestro más profundo agradecimiento, arzobispa. Nos sentimos arropados con su preocupación y su atención.

—Hay otros asuntos que también nos preocupan —apuntó Lenn Edmunk, uno de los representantes de los gremios. La Casa de Edmunk poseía el monopolio del ganado vacuno y porcino y de todos los productos derivados, desde la leche hasta la piel de cerdo—. Vuestro padre dejó pendientes de

resolución una variedad de asuntos relacionados con los gremios, incluidos el traspaso de monopolios y la utilización de las rutas comerciales.

Cardenia advirtió que la arzobispa Korbijn fruncía los labios. Era obvio que Edmunk se había saltado el turno de palabra.

—Se nos ha dado a entender que esos asuntos deben pasar por el parlamento antes de que nosotros votemos a favor o en contra —repuso Cardenia.

—Vuestro padre nos aseguró que resolvería esas cuestiones, majestad.

—¿Mi padre tenía la intención de burlar los privilegios del parlamento, lord Edmunk?

—Por supuesto que no, majestad —respondió este tras un momento de vacilación.

—Nos alegra oírle decir eso. Una de las cosas que nos gustaría evitar en estos momentos iniciales es dar al parlamento la impresión de que tiene un papel de mero consejero, sujeto a los antojos de la emperox. —Se volvió hacia Upeksha Ranatunga, quien encabezaba la representación del parlamento en el comité y estaba sentada a su izquierda. La parlamentaria inclinó la cabeza en señal de agradecimiento—. Nuestro padre creía en el equilibrio de poderes que ha permitido prosperar a la Interdependencia: el parlamento, para las leyes y la justicia; los gremios, para el comercio y la prosperidad; la Iglesia, para la espiritualidad y la comunidad. Y por encima de todos, el emperox, la madre de todas las cosas, para velar por el orden.

—Dicho lo cual, majestad... —comenzó a decir Edmunk.

—No olvide que la Casa de Wu también tiene un gremio —lo interrumpió Cardenia, dejando sin argumentos a su interlocutor—. Por tanto, no vamos a desatender los intereses de los gremios. También somos la madre de la Iglesia y un simple miembro del parlamento. Tenemos intereses en todos los ámbitos para que seamos justos en nuestras decisiones. Nos ocuparemos de los asuntos de los gremios a su debido tiempo, lord Edmunk. Pero no somos

nuestro padre. No renegamos de sus promesas, pero tampoco estamos obligados a cumplirlas. Ahora yo soy la emperox.

«Chúpate esa», pensó Cardenia, sosteniendo la mirada de Edmunk, que inclinó reverencialmente la cabeza.

—Majestad.

—En relación con el parlamento, majestad, hay pendiente otro asunto grave —dijo Ranatunga—. Nos han llegado noticias de que la rebelión en Fin ha entrado en una nueva fase más peligrosa. El duque de Fin nos asegura que tiene la situación controlada, pero los informes elaborados por el comandante del cuerpo de Marines Imperiales apostado allí son menos optimistas. Calcula que el duque caerá antes de dos años estándar. Por supuesto, ese informe nos llegó hace nueve meses. ¿Quién sabe cómo estará ahora la situación?

—¿Ya han intervenido nuestros marines?

—La política de vuestro padre, y de varios emperox anteriores, era la de dejar que Fin resolviera los asuntos de Fin. Los marines están allí básicamente para impedir que nadie salga sin permiso del planeta. El comandante nos ha informado de que la única orden que recibió del emperox, del anterior emperox, fue la de velar por la seguridad del conde de Claremont.

—¿Quién es el conde de Claremont?

—Lo recuerdo, majestad —intervino Korbijn—. Es un noble menor de Sofala a quien vuestro padre concedió el título. Fue amigo de vuestro padre en la universidad. Era un físico que estudiaba el Flujo.

—¿Por qué lo exilió nuestro padre?

—Vuestro padre le concedió el título nobiliario justo antes de que contrajera matrimonio con lady Glenna.

«Qué poca sutileza», pensó Cardenia. La arzobispa estaba insinuando que su padre y ese conde fueron amantes antes de que Batrin se casara en un matrimonio de conveniencia típico de las dinastías, ya que la Casa de Costu controlaba uno de los gremios más poderosos.

Esa posibilidad sólo sorprendió moderadamente a Cardenia, ya que desde que conocía a su padre, este no había sido muy taxativo a propósito de su heterosexualidad. Pero había un momento y un lugar para todo, y en este caso era la universidad. No obstante, este conde no sería el primer amante inoportuno de un emperox que salía del mapa con un nuevo y deslumbrante título nobiliario. Esto también explicaría la vigilancia a la que lo sometían los marines.

Cardenia asintió.

—De momento no cambiaremos lo dispuesto por nuestro padre, pero quiero un informe completo.

—Es uno de los asuntos anotados en nuestra propuesta de agenda —señaló Korbijn—. Y ya que hemos tocado el asunto del matrimonio, aunque sea tangencialmente...

—Va a sacar el tema de Amit Nohamapetan, ¿verdad? —dijo Cardenia en un tono ligeramente menos formal que el que había estado esforzándose por mantener.

—La insistencia de los Nohamapetan es notable —repuso Korbijn casi disculpándose.

—Con todos mis respetos, majestad, la Casa de Nohamapetan considera que el trato no era entre vuestro hermano y lady Nadashe, sino entre la Casa de Wu y la de Nohamapetan. Un caso precedente podría amparar la validez de su argumento. En el año 512, la princesa heredera Davina murió cuando ya se había prometido a un miembro de la Casa de Edmunk, justo antes de la boda. Su hermano fue coronado después con el nombre de Chonglin I y se casó con una prima del pretendiente original con el argumento de que el acuerdo estaba vigente.

Cardenia se volvió hacia Naffa.

—¿Cómo murió la princesa heredera Davina? —preguntó a sabiendas de que su jefa de personal conocería el dato o lo habría buscado al instante.

—Se suicidó, majestad —respondió Naffa—. Saltó de una esclusa en

Xi'an. Su nota de suicidio sugiere que su futuro marido no satisfacía sus expectativas.

Cardenia miró de nuevo a Lenn Edmunk.

—Esperamos que no se tome esto como que tenemos una opinión negativa de usted, lord Edmunk.

—Gracias, majestad.

—Majestad, ¿me permitís que os sugiera que por lo menos consideréis la petición de mano de Amit Nohamapetan? —insistió Korbijn—. Aparte de un teórico acuerdo entre las dos casas, la familia Nohamapetan es poderosa entre los gremios. —Lanzó una mirada a Edmunk, quien no se percató de ella porque estaba mirando a la emperox—. Buena parte de los potenciales problemas y conflictos con los gremios podrían resolverse con toda prontitud gracias a esa alianza.

Cardenia esbozó media sonrisa.

—¿Y el resto de las casas no han mostrado su objeción a ese posible enlace?

—No, majestad —respondió Edmunk.

—Bueno —repuso Cardenia, ciertamente sorprendida—. Sin duda es una rara demostración de unanimidad dentro de los gremios. Casi sin precedentes en los últimos mil años.

—Creo firmemente que todo el mundo coincide en que, por el bien de la Interdependencia, es aconsejable que se resuelva cuanto antes la cuestión de la sucesión —insistió Korbijn.

Estas palabras le escocieron a Cardenia.

—Nos complace, arzobispa, corroborar la aparente unanimidad de este comité en la opinión de que nuestra parte más importante es el útero.

Korbijn tuvo la cortesía de ruborizarse.

—Mis disculpas, majestad. Nada más lejos de la realidad. Pero, como emperox, debéis ser consciente de que, si os ocurriera algo, vuestros numerosos primos dentro de la Casa de Wu se enzarzarían en una

competición por reclamar el trono. Muchos de ellos se llevaron una gran decepción cuando os situaron, legítimamente, justo por detrás de vuestro hermano en la línea sucesoria. Una línea de sucesión clara evita confusiones.

—Evita una guerra civil —agregó Ranatunga.

—¿Están de acuerdo conmigo en que parece poco probable que muramos antes de nuestra coronación? —preguntó Cardenia al comité sin dirigirse a ninguno de sus miembros en particular.

—Parece una afirmación razonable, majestad —respondió Korbijn, sonriendo.

—¿Me permiten entonces que sugiera que dejemos este asunto para más tarde? —Cardenia dirigió un gesto de asentimiento a Korbijn—. Si lo desea, puede asignar a la Casa de Nohamapetan los mejores asientos para la coronación. Así podré hablar después con Amit Nohamapetan.

—Sí, majestad.

—Me gustaría hacer énfasis en la palabra «hablar». Esperamos que así se traslade el mensaje a lord Nohamapetan para que no dé pie a un malentendido.

—Sí, majestad.

—Bien. ¿Qué más?

—Sólo otra cosa —dijo Korbijn. Cardenia esperó—. Deberíamos conocer vuestro nombre imperial.

—Nos llamamos Grayland —contestó Cardenia tras reflexionar un momento—. Grayland II.

—Odio el plural mayestático —le confesó Cardenia a Naffa.

Después de la reunión con el comité ejecutivo, ambas habían subido a Xi'an, la sede de la Interdependencia, con el fin de iniciar el traspaso de poderes a Cardenia, ahora Grayland II. En cuanto puso los pies en la estación espacial, un enjambre de asesores, cortesanos, aduladores y secretarios, cada uno de ellos con sus propios planes y objetivos, rodeó a Cardenia. Al cabo de

una hora ya estaba exhausta, y aún le quedaba toda una vida de convivencia diaria con ellos.

—¿Qué te molesta tanto? —preguntó Naffa.

—Es todo tan falso...

—Eres la emperox —le recordó la jefa de personal—. Precisamente tú eres la única persona en el universo que no necesita fingir.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Lo sé, pero creo que no tienes razón.

—Crees que debería fingir todo el rato, ¿no?

—No he dicho eso —repuso Naffa—. Pero me reconocerás que tienes un poder tremendo: «Ah, ¿eso piensas? Pues te jodes porque mi voto vale el doble».

Cardenia sonrió.

Por fin estaban las dos a solas, en sus vastos aposentos privados del palacio imperial de Xi'an. Naffa había echado a todos los secretarios, cortesanos y asesores. A Cardenia sólo le quedaba una cosa por hacer ese día, y se encontraba al otro lado de una puerta que había en sus dependencias, una puerta que sólo podía abrir y traspasar la emperox.

O eso le explicó Cardenia a Naffa, que se la quedó mirando con extrañeza.

—¿Sólo la emperox?

—Sí.

—¿Y qué ocurre si entra otra persona? ¿Hay perros? Láseres que te reducen a ceniza.

—No lo creo.

—Y tus criados ¿pueden entrar? ¿Y los técnicos? ¿Te encargarás de limpiar esa habitación personalmente? ¿Hay una pequeña aspiradora ahí dentro? ¿Tienes que sacar tú el polvo?

—Me parece que no estás tomándotelo en serio —le recriminó Cardenia.

—Sí que me lo tomo en serio —le aseguró Naffa—. Es sólo que, por cómo me lo presentas, me produce cierto escepticismo.

Ambas se quedaron mirando la puerta.

—¿Y bien? —inquirió Naffa—. ¿Vas a entrar?

—¿Adónde irás tú?

—Puedo quedarme aquí, si quieres, esperando a que acabes.

Cardenia negó con la cabeza.

—No sé cuánto tiempo tardaré.

—Entonces esperaré en mi habitación, la que está en la otra punta del palacio, ya sabes, adonde el mayordomo del palacio me ha exiliado.

—Haré que te den otra habitación.

—No, déjalo —rehusó Naffa—. Necesitas disponer de tiempo para ti, alejada de todos, incluso de mí. —Se puso de pie—. Por lo menos estamos en la misma casa. Sólo nos separan dieciséis alas del palacio.

—No creo que el palacio tenga dieciséis alas.

—Está dividido en veinticuatro secciones principales —precisó Naffa.

—Bueno, tú lo sabrás mejor.

—Sí, lo sé —repuso Naffa—. Y pronto las conocerás todas. —Hizo una reverencia—. Buenas noches, majestad. —Se marchó sonriendo. Cardenia la observó mientras salía de sus habitaciones y luego devolvió la atención a la puerta.

Era una puerta ornamentada, como todo en el palacio, y Cardenia comprendió que ahora su vida estaría ligada para siempre a ese estilo recargado; no podía quemar todo el mobiliario sin más y empezar de cero con objetos de líneas sobrias y espacios diáfanos, por muy tentadora que fuera la idea. A pesar de que era la emperox, tenía ciertos límites.

La puerta no tenía un pomo ni un panel de acceso ni nada que sugiriera que podía abrirse. Cardenia posó tímidamente la mano en ella para buscar a tientas un botón secreto y la puerta se deslizó para dejar franco el paso.

«¿Programada para mis huellas digitales?», se preguntó con incredulidad mientras entraba. La puerta se cerró a su espalda.

La habitación que había al otro lado era amplia, tanto como el dormitorio

de sus dependencias imperiales, lo que quería decir que era más grande que el apartamento en el que había crecido. Además, estaba vacía salvo por un banco que sobresalía de la pared que tenía a su izquierda. Cardenia se acercó a él y se sentó.

—Aquí estoy —dijo sin dirigirse a nadie en particular.

En el centro de la habitación apareció una figura luminosa que enfiló hacia ella. Cardenia alzó la vista mientras se le acercaba y vio una serie de microproyectores en el techo que creaban la imagen que avanzaba hacia ella. Se preguntó distraídamente por los principios físicos en los que se basaría aquella tecnología, pero sólo de una manera fugaz, pues enseguida tuvo la imagen justo delante.

—Emperox Grayland II —dijo la proyección, e hizo una reverencia.

—Sé quién soy —respondió Cardenia, pasando del mayestático imperial.

—Sí —repuso la imagen, en cuyo aspecto no había ningún indicio de su sexo ni de su edad—. Soy Jiyi. Estáis en la Cámara de la Memoria. Por favor, decidme en qué puedo ayudaros.

Aunque sabía por qué estaba allí, Cardenia dudó.

—¿Entra aquí alguien aparte del emperox?

—No —respondió Jiyi.

—¿Puedo traer a algún invitado?

—La luz dirigida y las ondas de sonido impiden el paso por la puerta a todo aquel que no sea el emperox.

—¿Y no puedo anular esas medidas de seguridad?

—No.

—Soy la emperox. —«Y estoy discutiendo con una máquina», pensó Cardenia, pero se lo guardó para sí.

—La profetisa estableció que fuera así —dijo Jiyi—. Y sus mandatos son inviolables.

Cardenia se quedó parada.

—¿Esta cámara data del reinado de la primera emperox?

—Sí.

—Entonces aún no existía Xi'an.

—La cámara se trajo desde Subcentral, junto con otros elementos del palacio, cuando se fundó Xi'an. El resto del palacio se edificó en torno a ella.

En la cabeza de Cardenia se formó la imagen de la construcción de la estación espacial de Xi'an alrededor del palacio imperial. Le pareció tan absurda que estuvo a punto de echarse a reír.

—Así que tú tienes mil años.

—La información que almaceno se remonta a la fundación de la Interdependencia —dijo Jiyi—. Las máquinas en las que se guarda se actualizan con regularidad, así como los elementos funcionales de esta habitación y la manifestación que tenéis delante.

—Pensaba que habías dicho que en esta cámara sólo podía entrar el emperox.

—El sistema de mantenimiento está automatizado, majestad —aclaró Jiyi, y Cardenia creyó percibir una ligera nota de humor en la voz de su interlocutor, lo que la hizo sentirse un poco estúpida. Aunque enseguida le picó la curiosidad.

—¿Estás vivo, Jiyi?

—No —respondió la proyección—. Nada de lo que encuentre en esta habitación está vivo a excepción de vos, majestad.

—Claro —repuso Cardenia, ligeramente decepcionada.

—Tengo la sensación de que esta conversación ha llegado a su fin —dijo Jiyi—. ¿Puedo ayudarla en alguna otra cosa?

—Sí —respondió la emperox—. Me gustaría hablar con mi padre.

Jiyi asintió y se desvaneció. Al mismo tiempo, otra figura cobró forma en el centro de la cámara. Era el padre de Cardenia, Batrin, el difunto emperox Attavio VI. Nada más aparecer, miró a su hija, sonrió y enfiló hacia ella.

La emperox profetisa Rachela I concibió la Cámara de la Memoria poco después de la fundación de la Interdependencia y de su coronación como

primera emperox. En cada uno de los emperox se instalaba una red de sensores personales que le recorría el cuerpo y que no sólo capturaba todo lo que veía y todos los sonidos que oía o producía, sino también el resto de las sensaciones, las acciones, las emociones, los pensamientos y los deseos percibidos por él.

En el interior de la Cámara de la Memoria se almacenaban los pensamientos y los recuerdos de todos los emperox de la Interdependencia, desde el primero de todos ellos: la emperox profetisa Rachela I. Si así lo deseaba, Cardenia podía preguntar lo que quisiera a cualquiera de sus predecesores, tanto sobre ellos como sobre su reinado y su época. La respuesta que ellos le darían se basaría en sus recuerdos, en sus pensamientos y en sus registros, y en la recreación que haría de ellos el ordenador a partir de las décadas de vida grabadas en esta habitación.

Toda esta información sólo tenía un destino: la Cámara de la Memoria. Y sólo tenía un destinatario: el emperox de turno.

Cardenia se tocó inconscientemente la nuca, donde le habían implantado la semilla de la red de sensores para que creciera en su interior. «Algún día todo lo que haga como emperox estará aquí —pensó—, a disposición de mi descendiente y de sus descendientes. Todos los emperox sabrán quién fui mejor que los propios historiadores.»

Contempló la aparición de su padre, que se había detenido ante ella, y se estremeció. Batrin se percató de su reacción.

—¿No te alegras de verme?

—Te vi hace unas horas —respondió Cardenia mientras se levantaba del banco y recorría con los ojos la figura de su padre. Parecía tan real que sintió ganas de tocarlo. Pero no lo hizo—. Estabas muerto.

—Aún lo estoy —dijo Attavio VI—. Mi conciencia ha desaparecido. Pero todo lo demás se conserva almacenado.

—¿Así que ahora no tienes conciencia?

—No, pero puedo responder tus preguntas, si así lo deseas. Pregúntame lo

que quieras. Te responderé.

—¿Qué piensas de mí? —soltó de buenas a primeras Cardenia.

—Siempre pensé que eras una jovencita de buen corazón —respondió Attavio VI—. Lista. Atenta conmigo. No creo que seas una buena emperox.

—¿Por qué no?

—Porque ahora mismo la Interdependencia no necesita un emperox de buen corazón. Lo cierto es que nunca lo necesita, pero puede aceptarlo cuando no se viven tiempos convulsos. Y esta no es una de esas épocas.

—Hoy no he sido especialmente buena con el comité ejecutivo —protestó Cardenia, que se dio cuenta del tono defensivo de sus palabras cuando las oyó pronunciadas por su boca.

—Estoy seguro de que en tu primera reunión con ellos tras mi reciente fallecimiento los miembros del comité habrán hecho un esfuerzo para refrenarse y mostrarse respetuosos. También están comprobando cuánto tienen que soltar la correa con la que te atan para que te sientas cómoda, con el fin de obtener hasta la última cosa que quieran de ti. No tardarán en tirar de ella.

—No sé si me gusta tu sinceridad —dijo Cardenia tras pensarlo un momento.

—Si lo prefieres, puedo configurar mi modo conversacional para que se parezca más a como era cuando vivía.

—¿Estás diciéndome que cuando estabas vivo me mentías?

—No más que cualquier otra persona.

—Vaya, eso me consuela.

—Cuando vivía era un ser humano, con mi ego, como todos los demás. Tenía mis propios deseos y ambiciones. Aquí sólo soy un recuerdo con el único objetivo de ayudarte a ti, como actual emperox. Carezco de un ego que necesite halagos, y sólo te halagaré si tú me lo ordenas. Aunque te sugiero que no lo hagas, porque se resentiría mi utilidad.

—¿Me quisiste?

—Depende de lo que consideres que es el amor.

—Eso parece una respuesta evasiva y rebosante de ego.

—Te tenía cariño. Fuiste un inconveniente hasta que te necesitamos para que me sucedieras. Cuando te convertiste en la princesa heredera, me sentí aliviado de que no me odieras. No podría haberte reprochado que lo hicieras.

—Cuando moriste, dijiste que desearías haber tenido más tiempo para quererme mejor.

Attavio VI asintió.

—Suenas propio de mí.

—¿No lo recuerdas?

—Todavía no. Aún no se han cargado mis últimos momentos.

—He elegido el nombre imperial de Grayland II —dijo Cardenia, cambiando de tema—. Tú me lo sugeriste.

—Sí. Esa información, al menos, ya se ha almacenado en nuestra base de datos. Y me alegro.

—He leído sobre ella.

—Sí, iba a pedirte que lo hicieras.

—Lo hiciste, antes de morir. ¿Por qué me propusiste que adoptara ese nombre?

—Porque esperaba que te sirviera de inspiración para tomarte en serio el futuro que nos aguarda y lo que voy a pedirte ahora —respondió Attavio VI—. ¿Ya sabes quién es un tal conde de Claremont que está en Fin?

—Sí —asintió Cardenia—. Un antiguo amante tuyo.

Attavio sonrió.

—No. Nada de eso. Era un amigo, un muy buen amigo, y un científico. Él me hizo llegar una información que nadie más conocía ni querría conocer. Necesitaba trabajar e investigar aislado de las tonterías de la corte y del gobierno, incluso de la comunidad de científicos de la Interdependencia. Lleva más de treinta años recopilando datos y sabe más sobre el futuro que cualquier otra persona. Un futuro para el que tienes que estar preparada,

porque ahora mismo no lo estás en absoluto. Un futuro para el que temo que no serás lo suficientemente fuerte.

Cardenia se quedó mirando la imagen de Attavio VI, en cuyo rostro se había dibujado una sonrisa serena y distraída.

—¿Y? —preguntó Cardenia al fin—. ¿De qué se trata?

## Cuatro

—¿Quién sabe qué es la Interdependencia? —preguntó Marce Claremont desde el foso del planetario.

Las manos de varios estudiantes de ocho años se alzaron desde los asientos del público. Marce paseó la mirada por las manos levantadas buscando la que pareciera más ansiosa por responder la pregunta. Eligió la de un niño que estaba sentado en la segunda fila.

—Tú. Sí, tú. Dime.

—Tengo que ir al baño —dijo el niño.

Marce vio que uno de los adultos que los acompañaban ponía los ojos en blanco, se levantaba, lo agarraba de la mano y se marchaba con él al cuarto de baño. Marce eligió entonces a una niña.

—Es la nación de los sistemas planetarios en los que vivimos —respondió la estudiante.

—Exacto —dijo Marce, y apretó un botón en la tableta para atenuar las luces y comenzar su presentación—. Es la nación de los sistemas planetarios en los que vivimos. Pero ¿qué significa eso?

Antes de que pudiera continuar, el planetario tembló ligeramente mientras sonaba un zumbido de lo que parecían dos interceptores del centro científico del que formaba parte. Los niños se sobresaltaron con el ruido mientras los adultos que los acompañaban trataban de tranquilizarlos y les repetían que todo estaba bien.

Marce dudaba de que todo estuviera bien. La Universidad de Opole, a la que pertenecía el centro científico, estaba lejos de la capital y del foco de la

lucha, pero las cosas habían dado un giro decisivo en las últimas semanas en contra del duque y de las fuerzas leales a él, y ahora habían surgido rebeldes incluso en las provincias más remotas, junto con la violencia que conllevaban las revoluciones.

Marce se había llevado una sorpresa al ver aparecer en el centro científico el autobús lleno de niños esa mañana, pues suponía que todos los colegios habían cancelado las clases, al igual que la universidad. Pero luego se fijó en los rostros serios de los adultos que los acompañaban; pese a las circunstancias, querían dar a los niños experiencias normales mientras fuera posible.

En realidad, Marce había sido el único aparte de los conserjes que había aparecido aquella mañana en el centro, y sólo se presentó para recoger algunos datos que necesitaba para su trabajo que todavía no estaban disponibles en la red. Pero no tuvo el coraje de defraudarlos, así que los llevó al planetario y hurgó en su memoria para tratar de recordar la presentación que los docentes que hacían de guías en esta clase de visitas solían hacer sobre la Interdependencia.

—No pasa nada —dijo, dirigiéndose a los niños—. Esos aviones sólo han pasado por encima de nosotros. Sus rutas pasan por aquí. No os preocupéis. La universidad es un lugar seguro. Probablemente no fuera cierto, ya que en la Universidad de Opole había no pocos simpatizantes de la revolución, desde estudiantes ansiosos por sumarse a movimientos revolucionarios, hasta profesores capaces de ofrecer sesudos argumentos para defender su posición contraria al duque mientras disfrutaban de un puesto de trabajo fijo. La mayoría de ellos, tanto estudiantes como docentes, probablemente estuvieran escondidos en el sótano en ese momento. Marce, que era, por principios, apolítico, no se lo reprochaba.

En cualquier caso, no había por qué aterrorizar a niños de ocho años con la posibilidad de que la universidad estuviera siendo ocupada por rebeldes o por tropas del duque. Ahora mismo, el trabajo de Marce consistía en distraerlos.

Tal vez hoy fuera el último día relativamente normal que vivieran en algún tiempo. En su mano estaba que lo disfrutaran.

Marce volvió a tocar su tableta y el proyector llenó con estrellas el espacio vacío que había sobre el foso del planetario, acompañado de una música relajante y tintineante. Los niños de ocho años, asustados sólo unos segundos antes, recibieron la aparición con grititos ahogados de asombro. Así como los adultos.

—Ahora estáis viendo todas las estrellas que existen en la zona que abarca la Interdependencia —dijo Marce—. Desde Central hasta Fin. Todas las estrellas que viven a nuestro alrededor. ¿Alguno de vosotros se atreve a identificarlas?

Los niños levantaron los dedos señalando distintos puntos luminosos. Marce pulsó una de las estrellas desde la tableta y su imagen proyectada fue agrandándose hasta que se estabilizó y mostró un sistema solar de cinco planetas: dos terrestres y tres gigantes gaseosos.

—Esos somos nosotros —explicó Marce—. El segundo planeta más cercano al sol. Ese es Fin, llamado así porque es el lugar más remoto de la Interdependencia. —Marce volvió al plano general de esa región del universo—. La Interdependencia reclama la propiedad de todas esas estrellas que hay en el espacio, pero no todas ellas tienen sistemas en los que puedan vivir los seres humanos. De hecho, de esos más de cinco mil sistemas estelares, sólo cuarenta y siete están poblados por personas. —Aumentó el brillo de los sistemas estelares de la Independencia para resaltarlos y que los niños pudieran verlos bien. La mayoría de los sistemas estaban muy alejados unos de otros; parecían distribuidos al azar, como diamantes mezclados con granos de arena.

—¿Por qué están tan separados? —preguntó uno de los estudiantes oportunamente, ya que sobre eso trataba la siguiente parte de la presentación habitual.

—¡Una pregunta magnífica! —exclamó Marce—. Seguramente pensáis

que todos los sistemas humanos deberían estar juntitos para que fuera más fácil viajar de unos a otros. Pero los sistemas no están conectados mediante el espacio, sino mediante el Flujo.

Desde los sistemas humanos salieron una serie de líneas que los unían unos a otros, lo que provocó otra oleada de exclamaciones de asombro entre los niños.

—El Flujo es como un superatajo en el espacio —continuó Marce—. Lo normal sería que los humanos tardaran años, o siglos, en ir de un sistema a otro. Incluso los sistemas más próximos entre sí están a un par de años luz, y si se utilizaran motores normales para cubrir esas distancias relativamente pequeñas, se tardarían veinte o treinta años en ir de uno a otro. Ni siquiera nuestras naves espaciales más modernas, llamadas *tenners*, son capaces de hacer esos viajes. Sin embargo, gracias al Flujo podemos viajar de un sistema a otro en cuestión de semanas, o de meses a lo sumo. Pero hay una condición: sólo podemos viajar a los sistemas que están cerca del Flujo.

Marce amplió la imagen de otro sistema, este formado por diez planetas. Siguió aumentándola para centrarse en uno de ellos.

—¿Alguien sabe qué planeta es ese? —Nadie respondió—. Se llama Central, y es la capital de la Interdependencia. ¿Alguien sabe por qué?

—¿Porque es donde vive el emperox?

—Bueno, sí, pero el emperox vive allí por una razón, y es la siguiente. — Marce toqueteó en la tableta y un remolino de líneas comenzó a rodear el planeta Central—. Central es el único lugar en la Interdependencia donde confluyen todas las corrientes del Flujo. Es el único planeta al que se puede llegar o ir directamente desde casi cualquier sistema de la Interdependencia. Eso lo convierte en el planeta más importante para el comercio y los viajes. Si no se pudiera llegar a ellos a través de Central, algunos sistemas de la Interdependencia estarían separados por distancias que se tardaría varios años en recorrer. Por eso se llama Central. Es el centro de nuestro universo, por así decirlo.

—¿Y no se podría hacer un camino en el Flujo para unir los planetas? —preguntó uno de los adultos, tan cautivado por la presentación que había olvidado que el turno de preguntas estaba destinado a los niños.

—Nos gustaría hacerlo, pero no podemos —respondió Marce de todos modos—. Nosotros no controlamos el Flujo. Lo cierto es que, para ser sinceros, ni siquiera comprendemos muy bien su funcionamiento. Es como una característica natural del universo. Podemos acceder a él, pero la verdad es que no podemos hacer con él nada más que dejarnos llevar por sus corrientes. De hecho, esa es la causa de una de las más insólitas características de la Interdependencia.

Marce regresó al plano general, apagó las estrellas y proyectó un cuadro de los cuarenta y siete sistemas de la Interdependencia. Las estrellas centrales de los sistemas, formados desde uno a doce planetas, eran de lo más variadas, desde enanas rojas hasta estrellas amarillas como el sol. Los sistemas no aparecían representados a escala, y mostraban los planetas moviéndose en sus respectivas órbitas, algunas con tanta rapidez que resultaban incluso cómicas. Se oyeron las risas de algunos niños.

—Los seres humanos vivimos en todos esos sistemas, pero la mayoría de los planetas no reúnen las condiciones aptas para la vida humana. —Marce volvió a agrandar la imagen de Central—. Central, por ejemplo, es un planeta donde no hay oxígeno y que sufre acoplamiento de marea. Es decir, que siempre está de cara al sol el mismo lado del planeta, así que está muy caliente; mientras que el otro lado nunca recibe los rayos del sol y, por tanto, está helado. Los humanos que habitan en Central deben vivir bajo tierra para sobrevivir.

Volvió a agrandar la imagen y eligió otro sistema.

—En el sistema Morobe, todos los planetas son gigantes gaseosos: planetas enormes sin una superficie en la que aterrizar. No podríamos vivir en ellos. Tienen lunas, pero la mayoría tampoco son adecuadas para la vida humana. Por tanto, los humanos que viven en esos sistemas lo hacen en unos

hábitats espaciales ubicados en unos lugares llamados puntos de Lagrange, o en otros sitios que podemos estabilizar. Así es como viven la mayoría de las personas actualmente: bajo tierra en planetas sólidos o en gigantescos hábitats espaciales. Sólo hay un lugar en toda la Interdependencia en el que los humanos viven en la superficie.

Marce regresó al plano general de las estrellas y agrandó el punto que representaba Fin, que apareció como una enorme canica verde y azul cubierta de nubes blancas.

—Esos somos nosotros. Eso es Fin.

—¿Y la Tierra? —preguntó uno de los niños, como ocurría siempre.

—¡Buena pregunta! —exclamó Marce—. La Tierra es el planeta de origen de la humanidad, y, como en Fin, se podía pasear por su superficie. Pero la Tierra no forma parte de la Interdependencia. Perdimos el contacto con ella hace más de mil años, cuando la única corriente del Flujo que nos conectaba con ella desapareció.

—¿Cómo sucedió? —preguntó otra vez el adulto, que inmediatamente fue mandado callar por otro de los acompañantes de los niños. Marce sonrió.

—Es complicado. La respuesta menos técnica que puedo daros es que en el universo todo está en constante movimiento, incluidos los sistemas estelares. Y ese movimiento a veces afecta al Flujo. Básicamente, la Tierra se movió, nosotros nos movimos y la corriente del Flujo se alejó.

—¿Puede volver a ocurrir?

—¡Bint! —reprendió alguien al adulto que hacía las preguntas.

—¿Qué pasa? Quiero saberlo —replicó Bint.

—No pasa nada —dijo Marce, levantando una mano apaciguadora—. De hecho, volvió a ocurrir. Hace más de setecientos años, cuando perdimos el contacto con un sistema llamado Dalasýsla. Sucedió antes de que elaboráramos un mapa tan exhaustivo y preciso de las corrientes del Flujo como el que tenemos ahora. Al parecer, la corriente que comunicaba con Dalasýsla ya estaba desapareciendo cuando se colonizó el sistema. Sólo

pasaron un par de siglos hasta que se extinguió por completo. Ahora bien, el resto de las corrientes del Flujo que unen los asentamientos de la Interdependencia se han mantenido estables y apenas han sufrido cambios en los últimos setecientos años.

La explicación pareció satisfacer a Bint, y Marce se alegró de que el tipo no se hubiera dado cuenta de que en realidad no había respondido su pregunta.

Un lejano y grave estruendo desgarró el silencio momentáneo que se había instalado en el planetario. Uno de los adultos del público comenzó a respirar agitadamente, pero al poco tiempo se tranquilizó.

—Creo que se ha acabado el tiempo por hoy —anunció Marce—. Gracias a todos por venir. Espero que volváis pronto. Nos encantaría veros de nuevo. —«Un día en el que no estén soltando bombas a sólo un par de kilómetros de aquí.» Encendió las luces de la sala y se despidió con la mano de los niños que iban saliendo siguiendo las indicaciones de los adultos que los acompañaban. Uno de esos adultos se volvió hacia él y movió los labios para formar la palabra «gracias». Marce sonrió y siguió agitando la mano.

—¿Haciendo visitas guiadas en medio de la guerra? —dijo alguien a quien Marce todavía no había visto desde la parte posterior del planetario—. Un gesto noble por tu parte. Estúpido, pero noble. —Vrenna Claremont, vestida con el uniforme de la policía, sonrió y enfiló hacia su hermano—. Ser noble en Fin es como ser la persona más rica en un vertedero. No sirve de mucho. Sobre todo ahora que los rebeldes están a punto de aplastar al duque y saquear sus propiedades. No hay que ser muy listo para pensar que los demás nobles van a correr la misma suerte.

—Yo sólo tengo un montón de libros en una residencia de estudiantes —dijo Marce—. Creo que se llevarán una decepción.

—Ahora eres profesor. Deberías dejar la residencia.

—Soy el administrador de la residencia. Así me ahorro el alquiler.

—El hijo de un conde preocupado por el alquiler —se burló Vrenna.

—La verdad es que somos unos nobles un tanto decepcionantes.

Se produjo otro estruendo en la lejanía, aunque esta vez se oyó más cerca que el anterior.

—Te aseguro que estoy haciendo un esfuerzo tremendo para no dejarme dominar por el pánico ahora mismo —dijo Marce.

—Ya me había dado cuenta —repuso Vrenna—. O sea, no iba a mencionarlo, pero me había dado cuenta.

—No todos tenemos hielo en las venas.

—¡Yo no tengo hielo en las venas! Es sólo que sé que esas explosiones están ocurriendo muy lejos de aquí, así que ahora mismo no pienso preocuparme por ellas.

—¿Muy lejos?

—A unos cinco kilómetros. En los muelles, donde las fuerzas del duque están tratando de enterrar a los rebeldes bajo una montaña de contenedores destrozados. Probablemente no les sirva de nada. La mayoría de los rebeldes se han ido de allí hace rato y se han desplegado para ocupar posiciones estratégicas. De todos modos, tú y yo vamos en el sentido opuesto.

—¿Vamos?

—Sí. Papá me pidió que pasara a recogerte.

—¿Por qué?

—Primero: porque estamos en mitad de una guerra, y aunque no creo que nos bombardeen, no hay ninguna garantía de que la universidad, incluida tu residencia de estudiantes, no sea pasto de las llamas antes de que anochezca.

—Eso estaría mal.

Vrenna asintió.

—Por supuesto. Tal vez lo hayas olvidado, pero los Marines Imperiales protegen la casa. Si un rebelde se acerca a menos de un kilómetro de ella, lo más probable es que lo volatilicen desde el espacio. Eso lo convierte en el lugar más seguro sobre la superficie de este planeta ahora mismo.

—¿Papá le ha contado eso al duque?

—Bueno, creo que ha olvidado mencionárselo.

Marce volvió a sonreír.

—Segundo: papá quiere enseñarte algo.

—¿El qué?

—Unos datos.

—Iría bien que no fueras tan ambigua, Vren.

—Me dijo que tú sabrías lo que era y que no era un asunto del que debamos hablar en público.

—Ah.

—Ajá.

Otra explosión.

—Esa ha sonado más cerca —observó Marce.

—No. Pero de todas maneras deberíamos irnos. Si dejamos pasar el tiempo, a alguien se le podría ocurrir la idea de comenzar a disparar al *skimmer*.

De todos modos, a alguien se le ocurrió la idea de disparar al *skimmer* varias veces mientras volaban en él.

—¡Más rápido! —apremió Marce a su hermana.

—Cuando tú estés dispuesto a pilotar un *skimmer* a ras de los tejados de la ciudad sin estrellarte contra una chimenea, avísame —replicó Vren.

En lugar de seguir molestando a su hermana, Marce contempló a través de la esfera del *skimmer* las calles de Opole. La mayoría de las avenidas residenciales se mantenían intactas, y sólo se vislumbraban a unas pocas personas cargando cosas en los coches, como si se prepararan para una mudanza. Las vías principales de la ciudad, sin embargo, estaban atestadas de vehículos, y en varias de ellas los coches permanecían detenidos, atascados por el denso tráfico.

Marce supuso que algunos conductores habían deshabilitado el piloto automático para conducir personalmente los vehículos, ya fuera por el pánico o porque sospechaban que el gobierno iba a intentar alguna jugarrera para

impedir que se desplazaran. En todo caso, el resultado final eran aquellos coches cambiados al modo de conducción manual que estaban estorbando a todo el mundo.

Y de vez en cuando, Marce veía columnas de soldados avanzando por las calles acompañados de carros de combate, desplegados con la misión de proteger o de liberar este o aquel elemento estratégico de la ciudad.

—Esto va a acabar mal —dijo Marce.

—¿Es que alguna vez acaba bien? —preguntó Vren mientras viraba hacia el Warta, el ancho río que discurría por Opole. Siguió por el cauce del río para disuadir a los posibles tiradores. Marce sospechaba que su hermana estaba pilotando el *skimmer* de manera ilegal, ya que estos aparatos debían emplearse con el piloto automático y mantenerse en unas rutas preestablecidas para evitar problemas en el tráfico aéreo. El cauce del Warta no era una de esas rutas. También sospechaba que hoy precisamente las fuerzas del orden locales tendrían otras cosas más importantes de las que preocuparse.

Por fin, el *skimmer* dejó atrás Opole y sobrevoló las ondulantes colinas que se extendían fuera de la ciudad. El Warta recorría formando suaves meandros entre ellas y en las laderas afloraban urbanizaciones residenciales y poblaciones rurales. Vrenna siguió el cauce de un pequeño afluente del Warta que discurría entre otra cadena de colinas y pocos minutos después llegaron a casa.

La casa era en realidad el palacio Claremont, bautizado con el nombre del distrito provincial del que su padre había recibido el título de conde. De eso hacía unos cuarenta años estándar, y a partir de entonces la familia había adoptado ese nombre. Hubo un conde anterior, a quien Marce nunca conoció, pues no había nacido cuando lo convencieron para que renunciara al título a cambio de un nombramiento en la corte imperial. De acuerdo con lo que le habían contado, no hizo falta insistirle mucho para que aceptara el cambio. Resultaba más atractivo ser funcionario en la corte que noble en un planeta

lleno de exiliados. El conde anterior estaba tan impaciente por marcharse que dejó la mayoría de los muebles y un par de mascotas, unos gatos que se mostraron encantados con los nuevos inquilinos, le había contado su padre, siempre y cuando los siguieran alimentando.

—Vamos —dijo Vrenna mientras bajaba del *skimmer* posado en la pista de aterrizaje que había junto al garaje.

Su padre, Jamies, conde de Claremont, estaba en su despacho, observando el desarrollo de la revolución en la pantalla de la pared.

—Mirad cuánta estupidez —dijo señalando las imágenes cuando vio entrar a sus hijos.

—Bienvenido a la revolución —repuso Vrenna.

Jamies resopló.

—Esto no es una revolución. Los supuestos rebeldes seguramente están financiados por los gremios comerciales, que quieren una importante rebaja de los aranceles o alguna otra cosa. El duque no cederá ni hará nada parecido. Así que los supuestos rebeldes derrocarán al duque y pondrán en su lugar a un noble ambicioso que eliminará los aranceles. El emperox lo aprobará de forma rutinaria, porque a nadie fuera de aquí le importa lo que suceda en Fin. Y porque todo el mundo sabe que dentro de veinte años volverá a ocurrir lo mismo.

—Nosotros también, ¿no?

—Esta vez es diferente. —Jamies se acercó a su escritorio, sacó una tableta y se la tendió a Marce—. Por fin lo tenemos. La prueba definitiva. Y los últimos datos que necesitaba para elaborar el modelo de predicción.

Marce cogió la tableta y revisó los datos.

—¿Cuándo ha pasado?

—Hace seis semanas. Una nave llamada *Cuéntame otra* experimentó una anomalía en el Flujo y registró la existencia de un bajío transitorio, lo verificó y lo ubicó. Todos los datos encajan. Es exactamente lo que estábamos buscando. Confirma todas nuestras sospechas sobre el Flujo.

Marce renunció a seguir revisando los datos, ya que habría necesitado horas para leerlos todos y asimilarlos, y miró a su padre.

—¿Estás seguro?

—¿Crees que te diría algo así si no lo estuviera? —inquirió Jamies—. ¿Alguna vez has visto que no fuera excepcionalmente precavido con esta hipótesis? ¿Crees que no la he cotejado con todo lo que tengo a mi alcance para tratar de refutarla? ¿Piensas que deseo que se confirme?

Marce negó con la cabeza.

—No, papá.

—No me malinterpretes. Necesito que revises los datos y que me digas si he pasado algo por alto, si se me ha escapado algún detalle. Porque, si bien el científico que hay dentro de mí está emocionado con este salto que hemos dado en la comprensión de los principios físicos que rigen el Flujo...

—... el ser humano desea equivocarse —concluyó Marce.

—Así es —asintió Jamies—. Nada me gustaría más.

Desde que Marce tenía memoria, su padre lo había llamado el «secreto familiar»: el estudio de los datos de navegación de todas y cada una de las naves que habían llegado a Fin en las últimas cuatro décadas. El cargo oficial del conde de Claremont en la administración del imperio era el de auditor en Fin. Estudiaba los datos de las naves para comprobar que ninguna se había desviado de las rutas comerciales aprobadas por el imperio (para evitar que evadieran el pago de los aranceles y de otros impuestos), que normalmente se planeaban con años o incluso décadas de antelación. El conde era uno más de las docenas de auditores imperiales destinados en los sistemas que garantizaban que el dinero llegaba a donde debía llegar: en primer lugar, al bolsillo del emperox, y en segundo lugar, a los gremios y a todas las personas y entidades que los seguían en la lista.

Pero la verdad era que al conde de Claremont toda esa tontería lo traía sin cuidado. Cumplía sus obligaciones como auditor imperial, sobre todo la de delegarlas en sus subordinados bajo la amenaza de que se castigaría

severamente la entrada furtiva de un injerto. Pero no era esa la razón por la que había llegado a Fin ni por la que su amigo el emperox Attavio VI lo había enviado allí. Estaba en Fin para analizar los datos de navegación de las naves y detectar anomalías, si bien no en el asunto comercial. Estaba buscando información que respaldara su hipótesis, que había formulado cuando aún era estudiante en la Universidad de Subcentral, de que las corrientes del Flujo que determinaban la composición de la Interdependencia no disfrutaban de la «estabilidad por resonancia»: la teoría de que la densidad y la interacción inusuales de las corrientes del Flujo dentro de la Interdependencia contribuían a crear una onda estable dentro del mismo que mantenía activas e inmutables esas corrientes durante milenios.

Jamies estudió las fórmulas matemáticas que sustentaban la teoría y llegó a una conclusión que los demás habían pasado por alto, o que habían preferido no creer: la «estabilidad por resonancia» era una patraña que no se sostenía por ninguna parte, y la desaparición de las corrientes del Flujo que conectaban la Tierra y Dalasýsla no eran meras excepciones, como defendía la teoría moderna del Flujo, sino las primeras manifestaciones del problema. Jamies explicó extensamente su conclusión a su amigo Batrin, el recién coronado Attavio VI, le mostró los datos y lo advirtió de que en menos de un siglo podría producirse la desaparición total del Flujo.

Los datos convencieron a Batrin de que esa posibilidad era real y se dio cuenta de que representaba una amenaza para el comercio y la estabilidad de la Interdependencia, además de que la Iglesia probablemente consideraría la teoría una herejía. Por tanto, hizo dos cosas por su amigo Jamies. La primera fue comprar su silencio con el condado. Y la segunda, enviarlo a Fin, el lugar más remoto dentro de la Interdependencia, y darle un trabajo que le proporcionaría los datos que necesitaba para confirmar o descartar su teoría. Además, le pidió que no hablara con nadie de su investigación.

Jamies le dio su palabra y la cumplió... en gran medida. Primero le contó su hipótesis a su esposa, Guice, y luego, cuando crecieron, también a sus

hijos gemelos, Marce y Vrenna. Supuso que al emperox no le importaría. Guice se llevó el secreto a su trágica y prematura tumba. Vrenna nunca habló de ello con nadie porque se le daba bien guardar secretos. Y Marce lo mantuvo oculto porque, cuando mostro el interés y la aptitud suficientes en física del Flujo, Jamies confió en él para que revisara su trabajo.

Ahora, todos esos años de silenciosa y metódica recopilación e interpretación de datos daban sus frutos. Jamies, el conde de Claremont, había confirmado el descubrimiento más importante para la humanidad desde el propio descubrimiento del Flujo. Si alguna vez llegaba a oídos del resto de la comunidad científica lo que había averiguado, le lloverían los premios.

Eso sí, si para entonces la Interdependencia todavía existía.

—Así que es cierto —les dijo Vrenna a su padre y a su hermano—. El Flujo está esfumándose.

—El Flujo es el Flujo —repuso Jamies—. Él no hace nada. Sin embargo, nuestro acceso a él, definitivamente está desapareciendo. La insólita estabilidad de las corrientes del Flujo que ha permitido el desarrollo de la Interdependencia está llegando a su fin. Una a una, las corrientes irán desapareciendo. Y uno a uno, los sistemas de la Interdependencia se encontrarán solos y aislados en el universo. Y así permanecerán una larga temporada. Quizá para siempre.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Vrenna.

—Diez años —respondió Marce—. En el mejor de los casos. —Lanzó una mirada a su padre—. Si los modelos de predicción de papá son correctos, incluso menos. Probablemente unos siete u ocho años hasta que las corrientes del Flujo locales desaparezcan. La mayoría ya lo habrán hecho para entonces.

Jamies se volvió hacia su hijo.

—Por eso debes irte.

—¿Cómo? ¡Un momento! —exclamó Marce.

—Debes irte —repitió su padre.

—¿Adónde?

—A Central, claro. Debes llevar estos datos al emperox.

—Creía que enviabas con regularidad información al emperox —dijo Vrenna.

—Es obvio que lo he mantenido informado —dijo Jamies—. Los datos se encriptan y se envían mensualmente en las naves que parten de Fin.

—Pues haz lo mismo esta vez —sugirió Marce.

Jamies negó con la cabeza.

—No lo entendéis. Una cosa es mantener informado al emperox mientras estoy recogiendo datos y elaborando el modelo, y otra completamente distinta es que haya verificado el modelo y confirmado que la amenaza para la Interdependencia es real. Necesitará a alguien que lo oriente entre tanta información. Y que oriente a todo el mundo. Y luego ese alguien tendrá que debatir con todos los científicos y los políticos que querrán refutar mi conclusión en defensa de sus propios intereses. Alguien tiene que ir.

—Estoy de acuerdo —dijo Marce—. Y esa persona deberías ser tú.

Jamies abrió la boca para responder, pero entonces, Doung Xavos, el secretario del conde, asomó la cabeza en la habitación.

—Mi señor, lord Ghreni Nohamapetan está aquí. Quiere verlo. Dice que viene a petición del duque.

—Hazlo entrar —dijo Jamies, y se volvió hacia sus hijos.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó Vrenna.

—Preferiría que os quedarais —respondió Jamies. Señaló la pantalla que ofrecía las noticias sobre la revolución y la apagó. Se sentó a su escritorio e indicó a sus hijos que hicieran lo mismo.

Lord Ghreni Nohamapetan entró en el despacho vestido de negro. Marce lo observó mientras se acercaba a su padre para saludarlo. Ghreni y los hermanos Claremont eran de la misma edad, pero estos nunca habían tratado demasiado al noble. Había llegado a Fin sólo hacía unos dos años para administrar los intereses de su familia en el planeta y coincidieron con él un par de veces en el palacio del duque, donde habían tenido lugar las

presentaciones oficiales. Marce recordaba que Ghreni los habían escrutado rápidamente de arriba abajo mientras trataba de discernir si el hecho de conocerlos podría reportarle algún beneficio. Debió de llegar a la conclusión de que no le servirían de nada, pues desde entonces, muy educadamente, había hecho como si no existieran. Marce aún le guardaba cierto rencor por ello, mientras que Vrenna lo encontraba divertido.

—Conde Claremont —dijo Ghreni Nohamapetan, haciendo una reverencia.

—Lord Ghreni. Es un placer. —Señaló a Marce y a Vrenna, que se habían puesto en pie—. Estoy seguro de que recuerda a mis hijos.

—Por supuesto. Lord Marce, lady Vrenna. —Ghreni dedicó una inclinación de cabeza a cada uno, a la que ambos correspondieron antes de volver a sentarse. Cumplidas las formalidades, Ghreni devolvió su atención a Jamies—. Mi señor, el duque me ha enviado en una misión algo delicada, y tal vez sería mejor que conversáramos en privado.

—Mis hijos son mis principales consejeros y no tengo secretos para ellos. Puede hablar en su presencia con las mismas garantías de confidencialidad que si lo hiciera a solas conmigo.

Ghreni permaneció callado un momento. Marce estaba seguro de que el noble iba a insistir en hablar en privado con su padre, pero entonces Ghreni lanzó una mirada a Vrenna, que esbozó una sonrisa irónica, y asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Muy bien.

—¿Qué lo ha traído aquí, lord Ghreni?

—Como seguramente ya sabe, el duque está haciendo frente a un difícil desafío con los rebeldes.

Vrenna resopló.

—Querrá decir que está a punto de perder su ducado, mi señor.

—El duque es ligeramente más optimista que su hija, conde —dijo Ghreni sin apartar los ojos de Jamies—. No obstante, el desafío es real, y el duque

está buscando recursos que incrementen su ventaja táctica.

—¿Como por ejemplo?

—Armas, mi señor.

—Guardo aquí un fusil que dejó el conde anterior —dijo Jamies—. Y creo que Vrenna siempre va armada. Aparte de eso, creo que no disponemos de más armas.

—El duque sabe que no dispone de armas, conde. Pero tiene dinero.

—La verdad es que no. El título de conde de Claremont incluye la posesión de unas tierras notablemente poco rentables y ningún monopolio local ni de otro tipo. En gran medida es un título que se otorga por gentileza. Tengo mi sueldo como auditor jefe y la asignación para el mantenimiento del palacio. Hace poco vendí algunas propiedades, pero la suma sigue siendo pequeña.

Ghreni se echó a reír.

—No me refiero a su dinero, mi señor, sino al del emperox. Queremos utilizarlo para comprar las armas que necesita el duque.

Jamies se puso serio.

—Explíquese.

—El duque sabe que, como auditor jefe, la recaudación de todos los impuestos y las tasas imperiales pasan por su oficina antes de que ser enviados a la Secretaría de Hacienda en Xi'an.

—Mi oficina no envía el dinero. Eso es función del representante del banco imperial en Fin.

—Naturalmente. Y ya hemos hablado con la representante Han, quien ha mostrado su disposición a ayudar al duque en esta empresa. La representante Han también nos ha informado de que todas las transferencias del dinero recaudado que no siguen la ruta habitual hasta Xi'an deben ser aprobadas por su departamento, conde.

—Es cierto, pero la cosa no es tan simple como la presenta. Tengo la potestad para destinar directamente partidas de la recaudación de aranceles y

tasas a proyectos aprobados por el imperio, como los de construcción e infraestructuras. Cosas a las que de todas formas iría a parar el dinero. Así se ahorra tiempo, porque no hay que enviar el dinero y luego volver a traerlo.

—En efecto. Y si consulta sus registros, verá que hace dos años, cuando estalló este levantamiento, el duque presentó una solicitud de fondos, que el parlamento imperial aprobó, para adquirir armas para sofocar la revuelta.

—No necesito consultar los registros, lord Ghreni, para saber que los fondos para esa adquisición ya se transfirieron al duque, se compraron las armas y se enviaron.

—Entonces, estoy seguro de que también sabe ya que la nave que transportaba esas armas, la *Cuéntame otra*, fue atacada por los piratas y abordada cuando salió del Flujo. El capitán y la tripulación lucharon valientemente para repeler el ataque, pero al final, la mayoría de los tripulantes murieron, incluidos el segundo comandante, el jefe de seguridad y el representante del propietario, y la carga de la nave fue robada. La *Cuéntame* a duras penas consiguió llegar de una pieza al puerto.

—Estoy al corriente de lo que le ha sucedido a la *Cuéntame* —repuso Jamies.

—El hecho es que las armas están ahora en manos de los piratas. Unos piratas que pretenden venderlas a los rebeldes, pero a los que aún podemos convencer para que se las vendan al duque.

—Para eso está la tesorería del duque —apuntó Marce.

—¡Ay, lord Marce! Dos años de luchas han diezariado la tesorería del duque y han añadido dificultades a la recaudación de los impuestos y demás ingresos. El duque necesita ayuda.

—Ya obtuvo la ayuda que pidió —señaló Vrenna—. El parlamento autorizó la compra de las armas. También es responsabilidad del duque patrullar el espacio que se extiende entre el bajío del Flujo y el planeta. Si hay piratas operando allí es porque el duque no ha hecho su trabajo.

Ghreni devolvió su atención al conde.

—El duque es consciente de que solicitar este desembolso se sale de lo habitual. Pero su argumento para pedirlo, y creo que es sólido, es que la voluntad del parlamento era que el duque dispusiera de esas armas. Por tanto, si se le conceden esos fondos adicionales para que pueda adquirirlas, se estará cumpliendo esa voluntad.

—A mí no me parece un argumento tan sólido como lo considera el duque —repuso Jamies—. Es más, sé que la guarnición imperial en Fin ha recibido la orden de no intervenir en este conflicto.

Ghreni asintió.

—El duque es plenamente consciente de que el único noble que actualmente cuenta con la protección del ejército es usted, conde Claremont. Encuentra ese hecho curioso.

—No tiene nada de curioso, lord Ghreni. Como ya ha resaltado, el dinero de la Interdependencia pasa por mi oficina. El emperox aprecia su dinero. Por eso mismo no creo que le guste que se desvíen fondos espontáneamente. Tampoco le gustará que yo haya participado en esa operación.

—El duque ha previsto esa eventualidad.

—Es muy amable por su parte —repuso Jamies—. Teniendo en cuenta que no será él quien acabe en prisión.

—Vamos, conde Claremont, reconózcale al duque un poco de inteligencia. Recuerde que nos separa un viaje de nueve meses de Central y de Xi'an. En ese tiempo, el duque puede aplastar esta rebelión y devolver con los correspondientes intereses todos los fondos que se le presten. Defenderá ante el emperox que usted y la representante Han actuaron por los intereses de la Interdependencia. Entretanto, el duque quiere que sepa que recompensará su lealtad.

Jamies se echó a reír al oír aquello.

—Resulta irónico que intente sobornar a alguien a quien pretende sacar dinero, lord Ghreni.

—El duque tiene la convicción de que la lealtad no se compra sólo con

monedas.

—Y ha convencido con ese argumento a la representante Han, ¿verdad?

—Así es, mi señor.

—En fin, resumiendo —dijo Jamies—, está pidiéndome que transfiera ilegalmente fondos del imperio al duque para que pueda comprar las armas que ya compró pero perdió por su negligencia, porque la persona a la que ya ha sobornado no tiene los medios para hacerlo. Y para compensar los diversos delitos contra el estado imperial que me pide que cometa, me ofrece una recompensa aún indefinida que se decidirá más adelante y que no será económica. ¿He entendido bien?

—Yo no lo describiría así —puntualizó Ghreni—. Ni tampoco el duque.

—Claro que no lo describiría así. Pero eso es lo que está pidiéndome que haga.

—¿Está queriendo decir que no va a ayudar al duque? —preguntó Nohamapetan.

—No he dicho eso —respondió Jamies, y sus palabras sorprendieron a Marce por primera vez en lo que llevaban de conversación. Miró de refilón a su hermana, pero no alcanzó a descifrar la expresión de su cara—. Ayudaré al duque. Pero no quiero que usted, ni yo ni el duque finjamos que estamos haciendo otra cosa.

Jamies se puso de pie, dejando claro que la conversación había concluido. Marce y Vrenna también se levantaron. Nohamapetan captó el mensaje e hizo una reverencia.

—¿Qué respuesta desea que traslade al duque?

—Dígale que le responderé antes de una semana.

—Con todos los respetos, conde, en estos momentos, una semana es mucho tiempo.

—No tanto como los cincuenta años que yo pasaré en la cárcel si esto sale mal, lord Ghreni —aseveró Jamies—. Eso si el emperox no decide condenarme a muerte directamente.

—Con toda la humildad, ¿me permite que le diga al duque que recibirá su respuesta en un plazo de cinco días? Estoy seguro de que cinco días le parecerán aceptables.

Jamies se lo pensó.

—Está bien, lord Ghreni. Cinco días —respondió al fin.

—Gracias, señor conde. —Repitió la reverencia—. En el caso de que el duque deseara visitarlo personalmente, ¿dónde podría encontrarlo en los próximos cinco días?

—Estaré aquí —respondió Jamies—. Siempre estoy aquí. Siempre he estado aquí.

Ghreni hizo una tercera reverencia, dio media vuelta y salió del despacho. Marce esperó a que Vrenna cerrara la puerta antes de hablar.

—No puedo creer que de verdad te plantees ayudar al duque —recriminó a su padre.

—¿Por qué no? —preguntó Jamies.

Marce estaba alucinando.

—¿Estás ganando tiempo? —sugirió Vrenna mientras regresaba junto a ellos.

—Así es —afirmó el conde.

—¿Ganando tiempo para qué?

—Pronto ya dará igual. —Jamies señaló la tableta que Marce todavía tenía entre las manos—. He elaborado el modelo de predicción de la desaparición de las corrientes del Flujo, hijo. Pasarán años antes de que desaparezca la última, pero ya estamos a punto de perder unas cuantas. —Dio unos toquitos con el dedo en la tableta—. Una de las primeras será la corriente que lleva de Fin a Central. El modelo muestra que ya ha comenzado a debilitarse.

—¿Cuánto tiempo queda hasta que desaparezca?

—Un año. Pero ha comenzado a disiparse desde el bajío de entrada. En el mejor de los casos, el acceso desaparecerá dentro de un mes. En el peor de

ellos, dentro de una semana. A partir de ese momento, la corriente será inaccesible. Todas las naves que estén entonces en Fin se quedarán aquí para siempre. —Jamies fijó la mirada en su hijo—. Otra razón de peso para que te marches, ahora. Si no lo haces, nunca podrás salir de aquí.

—Deberías ser tú quien se marchara —insistió Marce.

Jamies negó con la cabeza.

—El duque está a punto de ser derrocado. Están vigilando a todos los nobles por si intentan huir del planeta antes de que se produzca su caída. Y ahora tengo que dar una respuesta a Ghreni Nohamapetan acerca del dinero. El solo hecho de que saliera de esta casa ya se interpretaría como que intento escapar. A quien vigilan es a mí, no a ti.

—Parece lógico, Marce —dijo Vrenna—. Eres el único que puede explicar todo esto como lo haría papá. Además, a ti no te siguen los pasos.

—Sobre todo desde que he hecho a Vrenna mi única heredera —añadió Jamies.

—¿Cómo? —exclamó Marce.

—¡Eso! ¿Cómo? —casi gritó Vrenna.

—Nombré oficialmente mi heredera a Vrenna en cuanto descubrí la desaparición del Flujo —dijo Jamies, mirando a su hijo a los ojos—. Y ahora tienes una excusa para marcharte de Fin, porque no heredarás nada. Podrías irte ahora mismo. Nadie se extrañaría.

—¡Yo no quiero ser condesa! —protestó Vrenna—. ¡Y por mis muertos que tampoco quiero ser auditora imperial!

—Tómatelo con calma —le pidió Jamies—. Pronto no habrá nada que auditar.

—Eso es... alentador.

Jamies sonrió a su hija y miró de nuevo a Marce.

—Hace poco vendí unas posesiones. Debería alcanzar para comprarte el billete en una nave y para que te instales en Central cuando llegues.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Marce.

—Unos ochenta millones de marcos.

—¡Dios mío!

—Sí —repuso Jamies—. Quizá le haya mentido a Ghreni Nohamapetan sobre mi liquidez. El caso es, Marce, que ahora dispones de los medios, del motivo y de la oportunidad para marcharte de Fin. Vete. Ahora. Cuéntale al emperox todo lo que sabemos. Con un poco de suerte, aún estará a tiempo para prepararse.

—¿Prepararse para qué?

—Para la caída del imperio —respondió Jamies—. Y el periodo de oscuridad que seguirá.

## Cinco

A Kiva Lagos no le ocurrió el milagro deseado, pero en lo que respectaba a ella, a la semana siguiente obtuvo algo muy parecido: Sivouren Donher.

—Es uno de nuestros franquiciados —le advirtió Gazson Magnut en referencia al pretencioso hombre que holgazaneaba en el hangar de la *Sí, señor* en la Estación Imperial. El franquiciado estaba de pie junto a una pila de cajas de farfullas que estaban en su punto máximo de madurez. El aire del hangar estaba impregnado por un intenso aroma floral que en un par de días se transformaría repentinamente en un hedor a putrefacción. Magnut y Lagos se encontraban en el interior de una oficina cerrada que estaba a disposición de los ocupantes del hangar, mirando al pobre idiota.

—Vale —dijo Kiva—. ¿Y qué?

—Quiere comprar un billete en la *Sí, señor* para él y su familia.

—¿Quiere marcharse de Fin? ¿Para ir adónde?

—Dice que eso ya lo pensará después.

Kiva resopló.

—En la Interdependencia no hay un solo lugar que no esté ya atestado de gente. Hace décadas que no se funda un asentamiento nuevo ni se excava una ciudad.

—Ya se lo he dicho. Y me ha respondido que eso es problema suyo.

Kiva volvió a mirar a Donher.

—No somos una compañía de cruceros de placer.

—No, señora —convino Magnut—. Pero, si me permite decirlo, tampoco nos vendría mal. Andamos escasos de tripulación, y no estamos consiguiendo

reclutar todos los tripulantes que me gustaría en Fin. Podríamos asignarles una escolta a él y a su familia y hacerles pagar un suplemento por el privilegio.

—¿Por qué estás teniendo problemas en el reclutamiento de tripulantes?

Gazson se encogió de hombros.

—Están en guerra.

—Él quiere irse —observó Kiva.

—No es lo mismo, señora. Quiere irse para siempre y llevarse a su familia. Ahora mismo, todo el mundo que tiene familia no quiere separarse de ella. En la superficie hay grandes multitudes de personas huyendo de las zonas de combate. Ha estallado una crisis de refugiados en Fin. Sinceramente, aunque no nos hubieran prohibido descargar la fruta, dudo que la hubiéramos vendido. En estos momentos el mercado es casi inexistente.

—Pero habríamos cobrado las tarifas por las licencias y los beneficios — señaló Kiva. Miró de nuevo al hombre que aguardaba en el hangar—. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Sivouren Donher.

—¿Ha sido un buen franquiciado?

—Uno de los mejores. De ahí su petición. Cree que se lo debemos.

—¿En serio? —preguntó Kiva—. Será mejor que lo traigas.

Gazson asintió con la cabeza y salió a buscarlo.

Visto de cerca, Sivouren Donher era un hombre de mediana edad, con el rostro un poco hinchado y con una expresión que alternaba la arrogancia y el nerviosismo con tal velocidad que Kiva estaba segura de que el hombre no era consciente de los movimientos de su cara. Daba la impresión de ser alguien que hasta sólo hacía un par de días estaba convencido de que sería capaz de capear esta estúpida rebelión y que de pronto se dio cuenta de que se había equivocado.

—Lady Kiva —dijo Donher, inclinándose. Miró la silla de la que Gazson Magnut se había levantado para ir a buscarlo. Era obvio que esperaba que lo

invitaran a sentarse en ella, que esta conversación se desarrollara de igual a igual y esas cosas.

—Así que quiere abandonar Fin —dijo Kiva sin invitarlo a tomar asiento. Magnut, que se había quedado en un rincón de la oficina, también de pie, enarcó ligeramente las cejas ante aquella muestra de descortesía.

—Sí, señora.

Kiva señaló con la cabeza a Magnut.

—Gazson me ha dicho que es uno de nuestros mejores franquiciados.

Donher sonrió y asintió.

—He trabajado duro para su familia, lady Kiva.

—Defíname «duro».

—En este periodo de pago, la Casa de Lagos ha recibido cuatro millones de marcos de mis empresas. Bueno, recibiré, cuando se resuelvan sus actuales desavenencias con el duque de Fin.

—Cuatro millones de marcos —dijo Kiva—. No está mal. Nada mal.

—Gracias, señora.

—¿Por qué cojones querría yo renunciar a esos beneficios?

Donher se quedó boquiabierto.

—¿Perdón, señora?

—Usted es una de las personas que más dinero me hace ganar. Si se marcha de Fin, se acabaron esos beneficios para mí. Por lógica, tendría que pedirle que regresara a sus huertos y fábricas y se quedara allí.

—Señora... hay una guerra.

—¿Y qué? La gente que tengo aquí me ha dicho que están con esa mierda cada dos por tres. Dentro de unos meses la vida volverá a ser como antes.

—Esta vez es distinto, señora. Están a punto de derrocar al duque. Se pondrá el objetivo en la gente que simpatiza con él y la matarán. Y también a sus familias.

—Y supongo que usted es un buen amigo del duque, ¿verdad?

—Frecuento la corte, señora. También mi esposa, que es buena amiga de

la duquesa. Han sido mis huéspedes en alguna ocasión.

Kiva lo miró con sorpresa.

—Pero usted no es noble.

—No, señora. —Donher se encogió de hombros—. Corren rumores de que me concederán un título nobiliario este año. Mi esposa y yo hemos hecho importantes donaciones al hospital benéfico del duque. Pero todo eso está en el aire ahora mismo.

—Ajá. —Kiva escrutó de arriba abajo al pequeño y temeroso arribista y calculó una cifra—. Cuatro millones.

—¿Perdón, señora?

—No sólo está pidiéndome que le venda un billete, Donher. También quiere romper su contrato de franquicia con la Casa de Lagos. Está pidiéndome que renuncie a los beneficios que obtenemos en este planeta. Pues muy bien. El precio son cuatro millones de marcos.

—He alcanzado un acuerdo con mi vicepresidente para que continúe gestionando... —balbuceó Donher.

—Nuestro contrato es con usted, Donher —lo interrumpió Kiva.

—Con mis empresas, señora...

—Ya no son sus empresas —le espetó Kiva, interrumpiéndolo de nuevo—. Está largándose de la ciudad. Nunca hemos firmado un contrato con quienquiera que sea ese capullo vicepresidente suyo. Ni siquiera sabemos si sería capaz de encontrarse el agujero del culo con una linterna y un mapa. La Casa de Lagos va a tener que analizar sus empresas otra vez. Va a tener que determinar si le conviene hacer negocios con ese vicepresidente. Si no es así, nos veremos obligados a retirarle la licencia de explotación de la franquicia, lo que inevitablemente desembocará en un montón de tonterías legales y en la denuncia de ese gilipollas. Y todo eso nos hará perder dinero.

—Lady Kiva, le aseguro...

—Usted no puede asegurarme una mierda, Donher. Ya no. Ya ha abandonado la partida. Usted ya no me sirve para nada. Lo único que quiero

que me asegure es el dinero. Un montón de dinero. En este caso, cuatro jodidos millones de marcos. En metálico, y por adelantado. Ese es el trato.

Siempre es interesante ver cómo el rostro de una persona va perdiendo el color. Kiva había leído sobre ello en los libros, pero nunca lo había visto con sus propios ojos, hasta ahora. El rubor y el sudor en la cara de Donher se transformaron en palidez y en rigidez.

—No sé si tengo ese dinero, señora.

—Oh, estoy segura de que lo tiene —repuso Kiva—. Planea marcharse de este planeta para no volver jamás. Tendrá que empezar una nueva vida en otro lugar, donde no tiene franquicias ni la garantía de un porvenir. La única manera que usted y su familia tienen para sobrevivir el tiempo que le lleve labrarse ese porvenir es disponiendo de un gran montón de dinero en metálico. —Hizo una pausa y escrutó a Donher—. Apuesto a que ahora mismo lleva encima entre diez y quince millones de marcos en una unidad de almacenamiento de datos. Probablemente esté en ese bolsillo de su chaleco —dijo, señalándolo—. ¿Me equivoco?

Donher no respondió.

Kiva asintió.

—Volvamos a los negocios. Cuatro millones a cambio de que lo libere de sus obligaciones como franquiciado.

—De acuerdo, lady Kiva. —Donher dio por cerrado el acuerdo con una leve inclinación de la cabeza.

—Aún no hemos acabado —dijo Kiva—. ¿Cuántas personas lo acompañarán?

—Mi esposa y mis hijos. La madre de mi esposa. Dos criados.

—¿Cuántos hijos tiene?

—Tres. Dos niñas y un niño.

—Qué familia más adorable... Medio millón de marcos por cada persona que transportemos.

Kiva observó que la tez de Donher recuperaba el color.

—¡Eso es un abuso! —consiguió farfullar al fin el hombre.

—Seguramente —admitió Kiva—. Pero me da igual. Su preciosa familia va a pasar nueve meses con nosotros mientras regresamos a Central. Nueve meses de comida, oxígeno y espacio a bordo de nuestra nave.

—¡Eso suponen cuatro millones de marcos más!

—Pero ¡si sabe contar! Impresionante.

—No puedo permitírmelo.

—Oh, vaya.

—Seguro que podemos alcanzar un acuerdo, señora.

Kiva se echó a reír.

—¿Perdón? ¿Es que ha pensado que esto era una negociación? Nada de eso. Usted quiere salir del planeta y esas son mis tarifas. Si no le gustan, puede probar en otra parte. Tengo entendido que la *Cuéntame otra* partirá pronto.

—De hecho, señora, está retenida —dijo Magnut—. El duque ha ordenado el arresto de su capitana. Al parecer, cree que permitió que los piratas abordaran la nave y robaran el cargamento de armas.

—¿En serio?

—Parece ser que los piratas tenían un trato con el segundo comandante, que promovió un motín que no prosperó. La capitana decidió mantener el trato con los piratas de todos modos. Más dinero. Presuntamente.

—Vaya. —Kiva miró de nuevo a Donher—. Una opción menos para usted, entonces.

—Lady Kiva, puedo ofrecerle tres millones de marcos por los billetes de mi familia. Sumados a los cuatro millones que ya hemos acordado, es más de la mitad de todo lo que tengo.

—Supongo que en ese caso dejará en Fin a los criados —dijo Kiva—. A menos que esté pensando en llevarse uno y dejar en tierra a su suegra.

Donher comenzó a ponerse pálido de nuevo.

—¡Iba a hacerlo! —exclamó Kiva—. ¡Iba a abandonar a su suegra! ¡Es

usted un cabrón!

—No es cierto —se defendió Donher, aunque débilmente.

—Le daré un consejo, Donher. Con esa cara que tiene, será mejor que no juegue a las cartas con la gente de esta nave. Acabará endeudado hasta las cejas. En fin, siete millones de marcos. ¿Tiene pensado traer algo con usted? ¿Equipaje?

—Si me lo permite, señora...

—Claro que se lo permito. Mil marcos el kilo, y quiero medio millón de marcos por adelantado por asignarle el espacio en la bodega. La diferencia se le reembolsará.

Donher ya había aprendido que no servía de nada discutir.

—Sí, señora.

—Gazson le cobrará antes de que se marche y se encargará de todo —dijo, señalando a Magnut—. El importe íntegro. Partiremos dentro de cinco días. Gazson le informará de la hora exacta. Si usted y su familia no están a bordo de la nave doce horas antes de la hora señalada, nos quedaremos el dinero. ¿Ha entendido?

—Sí, señora.

—Entonces, hemos acabado. Salga y espere a Gazson.

Donher hizo una reverencia y salió de la oficina. Magnut cerró la puerta.

—Ha sido impresionante, señora —dijo mientras Donher aguardaba en el hangar.

Kiva resopló.

—¿Qué hemos aprendido hoy, Gazson?

—¿Que Sivouren Donher está loco por marcharse de este planeta?

—Hemos aprendido que tiene tantas ganas de largarse de aquí que está dispuesto a pagar siete millones y medio de marcos —dijo Kiva—. Eso significa que hay otras personas como él, dispuestas a pagar esas cantidades o incluso más.

—¿Está pensando en acoger más refugiados, señora?

—¿Refugiados? No. ¿Exiliados? Sí.

—¿Hay alguna diferencia?

—Alrededor de medio millón de marcos por cabeza, Gazson.

—Ah, entonces sí que somos una compañía de cruceros de placer.

Kiva esbozó una sonrisa de satisfacción y señaló a Donher, que esperaba con gesto afligido junto a la pila de cajas de farfullas.

—Acabamos de sacarle siete millones y medio a ese idiota. Eso es el doce y medio por ciento de nuestras pérdidas netas en este jodido viaje. Unos cuantos más como él y saldremos de los números rojos. Vale la pena aguantar unos meses la presencia de sus nobles culos en la nave.

Magnut señaló con la cabeza a Donher.

—Ese tiene los permisos para viajar de su familia y de sus criados. No todas las personas que quieren marcharse de Fin y pueden permitírselo disponen de esos documentos. Y aunque tuvieran la autorización para hacerlo, la mayoría de las oficinas de la administración están cerradas y no podrán conseguirlos.

—¿Y eso es problema nuestro?

—Cuando lleguemos a Central y desembarquen los... exiliados, si no tienen en regla los papeles podemos enfrentarnos a una querrela por el transporte ilegal de personas. Así que, sí, es problema nuestro.

—Sólo nos pueden interponer una querrela si se demuestra que sabíamos que no tenían autorización para viajar, ¿no?

—Más o menos —repuso Magnut—. El asunto es más complejo que eso.

—Pero básicamente es así, ¿no? —quiso saber Kiva—. Si se da el caso de que sí disponían de las autorizaciones para viajar, y luego resulta que los documentos son falsos, cosa que nosotros no teníamos manera de saber, la Casa de Lagos probablemente conseguiría salir absuelta.

—Sí, señora.

Kiva enarcó las cejas, dando a entender a Magnut, sin pronunciar una sola palabra incriminatoria, que debía buscar y contratar los servicios de personas

que pudieran realizar a toda prisa unas falsas autorizaciones para viajar y se asegurara de que esos falsificadores pidieran por los documentos una cantidad de dinero desorbitada, de la que la Casa de Lagos se quedaría una parte como «conseguidora». Y, por supuesto, si alguna vez se descubría el origen de las falsificaciones, el propio Magnut asumiría la culpa antes que implicar a Kiva y, por extensión, a la Casa de Lagos.

El largo suspiro de Magnut confirmó que había comprendido perfectamente la misión que le encomendaba su jefa.

—Haz correr la voz de que aceptamos exiliados a bordo. El que quiera comprar un billete será mejor que se dé prisa. Y es aconsejable que traiga dinero en metálico.

Un montón de exiliados quisieron comprar un billete. Y pagaron encantados en metálico.

No todos ellos tenían los recursos de Sivouren Donher, naturalmente. Ni todos iban acompañados por cinco miembros de su familia y otros parásitos. Pero todo sumaba: los exiliados que iban solos, las parejas y algunas familias de tres o cuatro miembros. Todos a medio millón de marcos por cabeza, más una tarifa por el equipaje, más los documentos, más pagos adicionales si los refugiados eran franquiciados de la familia Lagos o socios en algún negocio, cosa que se daba en la mayoría de ellos, pues Kiva había ordenado a Magnut que los identificara y les diera un trato preferencial.

Al cabo de dos días, las cuentas del viaje arrojaban un beneficio de cinco millones de marcos.

—Soy un genio de las finanzas —le dijo al capitán Blinnikka a bordo de la *Sí, señor*.

—O una especuladora que está aprovechándose de la guerra —repuso este.

—No vendo nada a los combatientes —replicó Kiva, sorprendida, pero intentó disimularlo con un poco de sarcasmo—. Sólo ofrezco un servicio a las

personas que desean huir de la guerra. En realidad, estoy realizando una labor humanitaria. Salvo vidas.

—A cambio de medio millón de marcos por cada una.

—Yo no he dicho que sea una hermanita de la caridad.

—Lo que usted diga.

—Es posible que acabemos este viaje con beneficios —señaló Kiva—. Eso no te parece tan malo, ¿verdad?

—No —admitió Blinnikka—. Incluso unas pérdidas razonables serían una victoria dadas las circunstancias. Por lo menos yo no perderé el trabajo. Y usted podrá mirar a la cara a su madre y al resto de su familia. Desde el punto de vista empresarial, lo que hace es lógico.

—Pero...

—No hay peros. Tiene razón. Esto sirve para recordar cómo afectan a los ricos las guerras. Los que pueden permitirse huir, se van. Los que no, las sufren.

Kiva permaneció en silencio un momento.

—Que os jodan a ti y a tu conciencia, Tomi.

—Sí, señora.

La tableta de Kiva emitió un pitido. Era Gazson Magnut.

—Está a punto de recibir una visita —dijo Magnut cuando Kiva respondió la llamada.

—¿Quién es?

—Un tal lord Ghreni Nohamapetan. Dice que se conocen.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó Kiva—. ¿Qué quiere ese montón de mierda?

—Creo que tiene algo que ver con su plan de evacuación de exiliados. En todo caso, ha estado haciendo preguntas sobre ello.

—¿Y qué le has contado?

—Le he dicho que sería mejor que hablara con usted. Se puso en plan listillo y quiso aprovecharse de su posición para sonsacarme información.

Pero yo me puse a recitar el reglamento comercial de la Interdependencia hasta que se hartó y se dio por vencido. Le pidió a la lacaya que lo acompañaba que le consiguiera un transbordador para ir a la *Sí, señor*. Debe de estar a punto de llegar.

—Entendido. —Kiva cortó la comunicación y se volvió al capitán—. ¿Preparado para hacer de abogado experto en leyes espaciales?

Blinnikka sonrió.

—Por supuesto.

—Perfecto. Vamos.

—Lady Kiva —dijo Ghreni Nohamapetan cuando el hangar del transbordador concluyó el ciclo y el aire volvió a llenar el espacio—. Es un placer volver a verla.

—¿De verdad?

—Ya sabe que sí. —Ghreni saludó con la cabeza al capitán—. Supongo que usted es el capitán Blinnikka.

—Así es, mi señor —Blinnikka hizo una reverencia.

Ghreni hizo una escueta reverencia y depositó toda su atención en Kiva.

—Deberíamos hablar en privado.

—¿Sobre qué? —inquirió Kiva.

—Sobre su manera de aprovecharse de los refugiados.

—No hay nada de qué hablar.

—El duque no opina igual.

—Capitán —dijo Kiva, volviéndose hacia Blinnikka.

—Mi señor, la Interdependencia es muy clara en lo que respecta a los derechos de los refugiados en tiempos de guerra y la libertad de acción de las naves y sus tripulaciones para ofrecerles socorro. De hecho, es uno de los derechos fundamentales de la Interdependencia, instaurado por la mismísima profetisa.

Ghreni esbozó media sonrisa.

—Es una iniciativa noble, capitán, oscurecida por el hecho de que están cobrando medio millón de marcos a cada pasajero.

—Lo cierto es que el capitán y yo estábamos conversando ahora mismo sobre la difícil situación de los más desfavorecidos —apuntó Kiva.

—¿En serio? —preguntó Ghreni con cara de incredulidad.

—Primero, que te jodan, y segundo, sí. —Kiva miró a Blinnikka—. ¿No es cierto?

—Sí, hemos tenido una pequeña charla sobre ese asunto.

—Y supongo que ahora van a decirme que cobrar medio millón de marcos a cada persona que quiere abandonar Fin es una manera de subvencionar a los pobres que también acogerán como demostración de su preocupación por su difícil situación.

—Es posible. Supongo que te costará creerlo, Ghreni, pero, bueno, siempre has sido un capullo condescendiente.

—Hubo un tiempo en el que eso le parecía atractivo, lady Kiva. —Ghreni miró al capitán—. A pesar de las leyes que amparan a los refugiados, sabrá que Fin tiene un estatus especial dentro de la Interdependencia. La mayoría de las personas que viven aquí no pueden marcharse cuando se les antoje. Si están en Fin es por una razón.

—Nuestro sobrecargo jefe está al tanto de la peculiaridad de Fin y de alguno de sus habitantes —respondió Blinnikka—. No sacaremos del planeta a nadie que carezca de la autorización pertinente para salir.

—Supongo que no les importará que yo lleve a cabo una segunda comprobación, ¿verdad?

—Naturalmente que no —respondió Blinnikka—. Estoy seguro de que la oficina de aduanas de Fin le proporcionará toda la información que desee.

—El duque preferiría revisar directamente su lista de pasajeros.

Blinnikka negó con la cabeza.

—Lo lamento, mi señor, pero, de acuerdo con la ley de la Interdependencia, esa información debe solicitarse a la oficina de aduanas,

nunca directamente a la nave.

—Estoy seguro de que, como muestra de cortesía, podría hacer una excepción con el duque.

—¿Estás pidiendo a mi capitán que contravenga las leyes de la Interdependencia? —exclamó Kiva.

—Hay un claro solapamiento de las leyes de la Interdependencia y de los intereses del duque.

—De lo que soy plenamente consciente, gracias al puto embargo de mi cargamento por parte de tu duque. Pero en este caso no se produce ese solapamiento, ¿no es así, capitán?

—No, lady Kiva —respondió Blinnikka.

—Pues no se hable más. —Kiva se quedó mirando fijamente a Ghreni.

—Ya que estoy aquí, me encantaría visitar la nave —dijo Ghreni tras unos momentos de silencio.

—¿Quieres que te hagamos una visita guiada? Hay que joderse —repuso Kiva.

—Si no es molestia.

—Porque no tenemos nada mejor que hacer que satisfacer tus caprichos cuando sólo faltan tres días para nuestra partida.

—¿Y no es así?

—Es tu manera sutil de intentar conversar conmigo a solas, ¿no?

Ghreni hizo un gesto con las manos abiertas, como queriendo decir: «Me pillaste».

Kiva asintió y miró a Blinnikka.

—Lo llevaré a la cubierta de producción. Si vuelvo a necesitarte para que le sueltes un rollo sobre leyes imperiales, te llamaré.

Blinnikka asintió y se marchó.

—Vamos, acabemos esto cuanto antes —dijo Kiva, y le hizo un gesto a Ghreni para que la siguiera.

El hangar del transbordador estaba en la popa de la sección principal de la

*Sí, señor*, un largo tronco segmentado del que partían dos anillos separados que alojaban los módulos de los cultivos y de las plantas procesadoras entre otros. Cada uno de esos anillos rotaba para suministrar una base de 0,5 *g*, con campos de presión que se empleaban para conseguir internamente una gravedad de 1 *g*. Se podían utilizar variaciones de esa fuerza individualmente en cada módulo y zona para influir en la producción y en otros aspectos.

Como Ghreni advirtió cuando entraron en el módulo agrícola.

—Me siento más ligero aquí dentro.

Kiva asintió.

—Las farfullas crecen mejor a 0,8 *g*, así que mantenemos esa fuerza de gravedad en estos módulos.

—En Fin hay una fuerza de la gravedad ligeramente superior a 1. ¿Ibas a darles esa información a tus franquiciados?

—También crece en esas condiciones —repuso Kiva—. No es un problema. Además, ellos cultivan arbustos reales en la tierra, no estos sistemas de hidroponía que tenemos aquí. —Señaló las filas de dispositivos, atestados de luces y de frutos que surgían del medio de cultivo—. Si algo os sobra en Fin son tierras de cultivo. Aunque eso ya da igual, gracias a tu maldito duque.

—Para ser justos, la Casa de Lagos ha dejado suelto un virus que ha arrasado un cultivo de primera necesidad.

—Para ser justos, que te jodan, porque no hemos tenido nada que ver con eso y lo sabes.

—Te he echado de menos, Kiva. A ti y a tu conmovedor amor por la palabra «joder».

—No es cierto, pero gracias.

—¿Qué vas a hacer con todo esto? —preguntó Ghreni, señalando las farfullas.

—Acompáñame al siguiente módulo y lo averiguarás. —El siguiente módulo era una planta de procesamiento, con una fuerza de gravedad de 1,1 *g*

para optimizar los resultados.

—¡Hacéis zumo! —exclamó Ghreni, paseando la mirada por el módulo.  
Kiva asintió.

—Zumo, concentrado, pasta de fruta con los restos... toda esa mierda. No es que vayamos a sacar mucho directamente con estos productos. Sería absurdo competir con nuestros franquiciados. Nos lo planteamos, pero llegamos a la conclusión de que se cabrearían. Así que cuando regresemos a Central intentaremos venderlo como excedente al gobierno imperial. Ellos lo distribuirán a las familias sin recursos o a quien sea, y la Casa de Lagos obtendrá a cambio una deducción en los impuestos.

—Así que, al fin y al cabo, este viaje acabará bien para ti. ¿Es eso lo que quieres decirme?

—Tal vez. Si el gobierno imperial no incluye esta mierda en sus programas de ayuda, tendremos problemas.

—Estoy seguro de que los contables de los Lagos son lo bastante inteligentes para encontrar la manera de tapar las pérdidas. Con eso y con lo que estás sacando de tu extorsión a las pobres personas que intentan salir de Fin, es probable que consigas beneficios.

—Lo dices de una manera que parece que está mal lo que hago.

—En absoluto. ¿Qué sería de las casas de los gremios si no les importara el dinero? Ese es su objetivo. Tu objetivo. El mío.

—Todavía no me has contado qué te traes entre manos —dijo Kiva.

—Pues lo haré ahora, Kiva: al duque le preocupan algunas de las personas que podrías sacar del planeta.

—Vale. ¿Y?

—El duque tiene interés en algunas de esas personas. Por diversos motivos.

—Ahora es cuando vuelvo a preguntar: «¿Y?».

—Y al duque le gustaría que lo informases de si ciertas personas intentan pagarte para que las saques de aquí.

Kiva se echó a reír.

—¡Joder! ¡Tú estás quedándote conmigo, Ghreni! El duque es el culpable de que esté triturando la fruta para convertirla en pasta y de que haya aceptado a unos ricachones imbéciles en mi nave.

—El duque te lo pide como un favor, de un noble a otro noble.

—¡El duque puede meterse una escopeta por el culo si quiere!

Ghreni asintió de nuevo.

—Sabía que dirías eso. Así que también me han autorizado para que te soborne.

—¿Para obtener qué?

—Para que nos avises si ciertas personas intentan comprar un pasaje para tu nave. Y para que nos digas dónde podemos encontrarlas si eso ocurre.

—Vendo los billetes muy caros —dijo Kiva.

—El duque está dispuesto a igualar ese importe a cambio de la información.

—¡Y una mierda igualar! Si quiere mi colaboración, serán dos millones por cabeza.

—¿No te parece, quizá, una cantidad excesiva?

—El duque me ha hecho dejar de ganar por lo menos sesenta millones de marcos, así que, no, no me parece una cantidad excesiva.

—Un millón por persona.

—Mírate, Ghreni, actuando como si de verdad necesitara algo de ti.

—El duque podría juzgar adecuado poner trabas a tu partida de Fin.

—¿Va a arrestar a mi capitán como ha hecho con el de la *Cuéntame otra*?

—Te has enterado.

—El universo es un lugar pequeño. Ya hemos recibido las autorizaciones para marcharnos de aquí, Ghreni. Nuestra partida ya ha sido aprobada. Además, el duque ya está bastante ocupado intentando evitar que lo derroquen y, probablemente, lo maten.

—Un millón y medio de marcos por persona.

—Dos millones y medio. Y te lo advierto, cada vez que intentes negociar el precio, este subirá.

—El duque no es una máquina de hacer dinero.

—A lo mejor puede tomar prestado algo del mío que se ha apropiado ese hijo de puta.

—La verdad es que no es mala idea.

—Que te jodan. Ahora serán tres millones de marcos, sólo por vacilarme.

Ghreni levantó las manos en un gesto apaciguador.

—¡Kiva, vale ya! ¡Tenemos un trato!

—¿Tres millones por cabeza?

—Sí.

—Quiero que dejes un depósito ahora mismo de diez millones para asegurarme de que no vas a jugármela.

—Lo haré en cuanto regrese a la Estación Imperial.

—¿A quién buscáis?

—Al conde de Claremont y a sus hijos.

—¿Niños?

—¿Los hijos? No. Los dos ya son treintañeros. Son mellizos. Un hombre y una mujer.

—¿Por qué los queréis?

—Te lo diré a cambio de tres millones de marcos.

—No seas idiota.

—Eso no es importante. Lo importante es que queremos saber si alguno de ellos intenta salir del planeta.

—¿Qué quieres que haga si se ponen en contacto conmigo?

—Pues quiero que tú te pongas en contacto conmigo. Vendré y me los llevaré a la Estación Imperial, justo cuando vayan a embarcar en la *Sí, señor*.

—Entonces, tú te encargarás de todo.

—Sí.

—¿Vas a tirarlos a un pozo o algo así?

—No creo que tengas que preocuparte por eso.

—Quizá sea una gilipollas, Ghreni, pero no quiero ser cómplice de un asesinato.

—No tenemos planes para matar a nadie. Sólo queremos impedir que se marchen.

—¿Alguien más? Es decir, ya que has ofrecido tres millones por cabeza.

—No. Pero me admira la flexibilidad de tus principios morales.

—Tú mismo lo has dicho: ¿qué sería de nosotros si no nos importara el dinero?

Cuando Ghreni partió de la *Sí, señor*, Kiva llamó a Gazson Magnut.

—Necesito que hagas una cosa por mí.

—En este momento estamos muy ocupados, señora.

Kiva sabía que esa respuesta era lo más cerca que llegaría Magnut de decirle: «¡Que te jodan! ¡Estoy liado!».

—Sí, lo sé, pero es urgente.

—¿De qué se trata? —preguntó Magnut.

—Necesito que me busques discretamente a alguien, y lo de discretamente no lo digo por decir, que me explique quién es el conde de Claremont y por qué el duque estaría interesado en él. Y lo mismo sobre sus hijos.

—De acuerdo, señora. ¿Cuánto tiempo me da?

—Podré esperar una hora.

—Entendido.

—Y de paso, encuéntreme a alguien que sepa decirme qué cojones hace Ghreni Nohamapetan en este planeta y cuál es su relación con el duque.

—Ya sabemos que es su asesor.

—Ya, y también sé que en los últimos tres días su culo se ha cruzado en mi camino dos veces en asuntos relacionados con el duque. Tal vez a ti te parezca una maldita coincidencia, pero a mí no.

—¿Una hora también, señora?

—Sí.

—Costará dinero.

—Págalo.

—¿Límite?

—Sin límite. Añádelo a la tarifa de la siguiente persona que quiera comprar un pasaje.

—Sí, señora.

Kiva cortó la conversación y entró en una de las cámaras exteriores de la *Sí, señor* a través de la tableta, justo la que había junto a la puerta del hangar del transbordador. El vehículo que trasladaba a Ghreni Nohamapetan se hacía más pequeño a medida que se alejaba en dirección a la Estación Imperial.

—¿Qué estás tramando, maldito capullo? —se preguntó Kiva en voz alta—. ¿Y qué trama tu familia?

Porque cualquier cosa que Ghreni estuviera tramando, sólo era una parte de un plan más amplio de los Nohamapetan. Y cualquier cosa que esos cabrones estuvieran tramando no era bueno para nadie, tampoco para la Casa de Lagos. Ni para la Casa de Wu. Ni para la Interdependencia en su conjunto, pensándolo bien.

Kiva siguió mirando el transbordador, ahora un mero puntito en el espacio, y se preguntó por qué no ordenar a la *Sí, señor* que le disparara un misil. Sí, habría que dar explicaciones. Sí, legalmente sería un asesinato. Sí, probablemente desataría una guerra entre las familias Lagos y Nohamapetan que la Casa de Lagos, a pesar de su poder, seguramente acabaría perdiendo.

Por otra parte, en este preciso momento, Kiva se sentiría como nunca en la vida.

Bajó a regañadientes la tableta y decidió emplear su tiempo en otra cosa. Una decisión de la que más adelante, como ella misma terminaría admitiendo, se arrepentiría.

## Seis

El traje para la coronación pesaba un horror, el aceite con el que la habían ungido apestaba como si llevara rancio un siglo y la corona se le clavaba en la frente y le irritaba la piel. Además, estaba sudando, la ceremonia duraba cerca de una hora y, para colmo de males, el periodo le había venido la noche anterior y ahora el útero le dolía como si alguien con un guante de hierro estuviera estrujándolo.

Sí, la emperox Grayland II estaba disfrutando del día de la coronación, gracias por preguntar.

La catedral de Xi'an (su catedral, de hecho, pues además de emperox ahora era la jefa de la Iglesia de la Interdependencia, nominalmente cardenal de Xi'an y de Central, y, por tanto, debía tener su propia catedral) era enorme, una construcción de piedra y cristal de estilo Interdependencia temprana. Cardenia meditó sobre la incongruencia de un monumental edificio de piedra en una estación espacial, pero sólo brevemente, ya que no era menos incongruente la totalidad de Xi'an en sí, con sus colinas, sus arroyos y sus bosques, sus edificios de la administración, sus calles con viviendas, sus comercios ingeniosamente escondidos para evitar la sensación de apiñamiento. Todo ello le provocó unas risitas delirantes.

La catedral de Xi'an disponía de bancos para acomodar a miles de personas, y hoy esos bancos estaban llenos como nunca. Representantes de todos los estados interdependientes, familias de los gremios, personajes famosos y prelados de la Iglesia de la Interdependencia escuchaban, supuestamente con un respeto reverencial, la monótona voz de la arzobispa

Gunda Korbijn durante la liturgia. En un momento dado, Cardenia reparó en que Korbijn llevaba un auricular en la oreja izquierda; un detalle que revelaba que ni siquiera ella se sabía de memoria la ceremonia. En cierta manera, este descubrimiento alivió a Cardenia y dio un carácter ligeramente más mundano a todo el rito.

Cardenia no tenía un auricular en el oído, pero, al fin y al cabo, su papel en la ceremonia era extrañamente limitado: sólo tenía que caminar y sentarse. Había desfilado por la nave de la catedral de Xi'an ataviada con un traje relativamente sencillo de color verde imperial, se había detenido en el crucero, donde había esperado a que Korbijn pronunciara la oración de apertura y la homilía y luego invitara a Cardenia (mejor dicho, a Grayland II) a unirse a ella en el presbiterio. En el centro, encima de un mosaico con el escudo imperial, se había colocado un banco para que se arrodillara en él. Eso hizo Cardenia, con la cabeza inclinada, mientras Korbijn y sus ayudantes le ponían cosas.

Primero, la ungieron con un aceite cuyo olor le produjo arcadas. Luego le colocaron sobre los hombros una túnica ceremonial de color escarlata y un galón dorado con un medallón (el galón era el símbolo de la Iglesia de la Interdependencia y en el medallón había representado un fénix, el símbolo personal de la profetisa). Mediante esos objetos era declarada cardenal de Xi'an y de Central, y, por tanto, jefa de la Iglesia de la Interdependencia.

A continuación le colgaron del cuello una cadena dorada con una llave que representaba el acceso a las cámaras del parlamento, que también se encontraba en Xi'an, en el extremo opuesto de donde estaba el palacio imperial para simbolizar (en teoría, no siempre en la práctica) la independencia del parlamento con respecto al emperox. El hecho de que este también fuera siempre el ministro del parlamento para Xi'an contradecía esa independencia. A pesar de que era un cargo que solía considerarse honorario y simbólico, quien lo ocupaba tenía el mismo derecho a voto que el resto de los ministros. Era una tradición que el emperox se abstuviera en las

votaciones de leyes, incluso cuando era sabida su postura favorable a la ley de turno (cuando la ley no le gustaba, simplemente la vetaba). Pero de vez en cuando, el emperox también votaba, para escándalo de los parlamentarios rasos.

Después de la llave llegó el turno del anillo con el sello, del tamaño de una piedra pequeña, que simbolizaba el ascenso de Cardenia a matriarca de la Casa de Wu. Formalmente, este nombramiento era independiente del cargo de emperox, pues, si bien la Casa de Wu era la dinastía imperial, no había que olvidar que era una familia de los gremios, con monopolios en la industria de los astilleros aeroespaciales y en la del armamento y demás servicios para el ejército. No sería descabellado afirmar que la familia Wu era la casa imperial precisamente porque poseía esos monopolios. Como emperox, Cardenia no participaría activamente en la gestión diaria de los monopolios familiares, cuya administración quedaría en manos de un consejo formado por primos que no verían con buenos ojos sus injerencias. No obstante, era ella quien tenía el sello de los Wu, y lo exhibía en la mano izquierda, ya que la mano derecha se reservaba para el sello imperial.

Y este fue el que le pusieron a continuación. Era un anillo más grande que el de la Casa de Wu. Con él le dieron el cetro ceremonial, rematado con una esmeralda del tamaño de un puño, y le pusieron una corona de rubíes, diamantes y esmeraldas que simbolizaban la Iglesia, el parlamento y la casa imperial. La corona pesaba una tonelada, y comenzó a irritarle la piel casi desde el mismo momento en el que se la colocaron. El cetro, la corona y el sello también la identificaban como la reina de Central y de las Naciones Asociadas, un título menor. Cardenia también tenía varios ducados y condados y un par de baronías repartidos por los estados interdependientes, con los que seguramente nunca tendría nada que ver directamente.

En cada fase de la ceremonia, Korbijn pronunciaba unas palabras. También hablaba mientras colocaban cada objeto en Cardenia, y aun después entonaba una oración o una pequeña homilía, o ambas cosas. Cada cierto

tiempo, Cardenia, sudorosa y acalambada, se preguntaba por qué no podía haber simplemente rellenado un formulario.

Korbijn se volvió y miró directamente a Cardenia a los ojos. Por fin le pidieron que hiciera algo más que permanecer arrodillada en mitad del presbiterio.

—Levantaos, Grayland II, emperox del Sacro Imperio de los Estados de la Interdependencia y de los Gremios Comerciales, reina de Central y de las Naciones Asociadas, jefa de la Iglesia de la Interdependencia, sucesora de la Tierra y madre de todas las cosas, octogésimo octavo emperox de la Casa de Wu, y proclamad vuestro reinado —dijo Korbijn, y luego se apartó.

Cardenia respiró hondo y se puso en pie, ayudándose brevemente del cetro para mantener el equilibrio (seguramente la primera y la última vez que el cetro serviría para algo útil). Tras la ceremonia le retirarían (gracias a Dios) todos los avíos de la coronación y volverían a guardarlos en el baúl, donde reposarían hasta la coronación del siguiente emperox. Pero, de momento, Cardenia tenía que soportar todo su peso.

«No es nada simbólico», dijo para sus adentros.

Se volvió hacia los nobles, los personajes notables y los representantes congregados en la catedral. El comité ejecutivo, salvo Korbijn, ocupaba la primera fila de bancos. Detrás de sus miembros estaban sentados los representantes de la Casa de Wu, entre los que se encontraban (completamente como peces fuera del agua) su tío Brendan Patrick y sus primos Moira y Justin en representación de su madre. Hannah Patrick no se enteraría de la coronación de su hija hasta que pasaran unas cuantas semanas, y lo haría al mismo tiempo que descubriría que se había convertido en la baronesa de Tacuarembó, un título cedido como muestra de cortesía de entre los que poseía la propia emperox. Este título probablemente irritaría y encantaría a su madre a partes iguales.

Varias filas más atrás estaba sentada Naffa Dolg con su familia de republicanos. A Cardenia le conmovió que hubieran acudido para apoyarlas a

ella y a su hija a pesar de sus ideas políticas. Entre la fila de Naffa y las filas más cercanas ocupadas por los Wu estaban sentados las matriarcas y los patriarcas de las diversas familias de los gremios, todos ellos nobles.

Y en la tercera fila, Amit y Nadashe Nohamapetan, ambos con la mirada fija en Cardenia, observándola como si fuera un proyecto a largo plazo, o un trozo de carne.

«O las dos cosas», pensó ella.

La arzobispa Korbijn carraspeó discretamente a su espalda, como queriendo decir: «Date prisa».

—Yo, Cardenia Wu-Patrick, con la aceptación de estos símbolos de la Iglesia y del Estado, como es mi derecho, me convierto en Grayland II, emperox, reina, jefa de la Iglesia, sucesora de la Tierra y madre de todas las cosas. Que los principios de la Interdependencia, establecidos por la profetisa, continúen procurándonos paz y prosperidad a todos.

—¡Larga vida a la emperox! —respondieron los asistentes, desde las primeras hasta las últimas filas, a lo que siguió una ovación ensordecedora que Cardenia disfrutó a pesar del sudor y de los calambres.

Comenzó a sonar la música, la *Marcha de la profetisa*, compuesta por Higeliac en el siglo III y tocada por una orquesta de cámara ingeniosamente escondida en uno de los nichos del crucero con el fin de que pudieran colocarse más bancos en la nave de la catedral. Los altavoces amplificaban la música interpretada por la orquesta encajonada mientras el público se ponía en pie, todavía ovacionando a la nueva emperox, y esta daba sus primeros pasos como Grayland II para bajar del presbiterio y enfilarse por un pasillo lateral, donde la esperaban unos ayudantes para escoltarla a un pequeño cuarto en el que la despojarían de la corona, del cetro y del resto de los complementos, y los guardaespaldas que se apostarían en la puerta hasta que acabaran.

—Creo que ha ido bastante bien, majestad —dijo Naffa.

Cardenia se la quedó mirando, desconcertada, mientras la desnudaban.

—Te he visto entre los asistentes.

—Eso es porque estaba entre los asistentes.

—¿Cómo es que te ha dado tiempo a llegar?

—Es mi trabajo —respondió Naffa, y sacó una tablilla con sujetapapeles como por arte de magia—. ¿Cómo lo llevas?

—Dime que nunca más tendré que hacer esto.

—Es extremadamente extraño que un emperox participe en dos ceremonias de coronación, así que no tendrás que repetirlo nunca.

—Ahora dime que puedo irme a casa.

—Puesto que Xi'an pertenece al emperox, rigurosamente hablando, ya estás en casa.

—Esa idea me resulta aterradora.

—Desde un punto de vista más prosaico, no obstante, todavía no puedes irte a casa. Tienes diez minutos para ponerte el uniforme que está enseñándote Dochae. —Naffa señaló a la ayudante, que ya tenía preparado un uniforme muy formal—. Y luego tienes que aparecer en el balcón para saludar a las decenas de miles de personas que ahora mismo están destrozando el césped de los jardines de la catedral con la esperanza de verte. Estarás allí cinco minutos y luego volveremos al palacio, donde tendrás que dedicar una hora a audiencias de cinco minutos con intervalos de un minuto, y otra hora a audiencias de diez minutos con intervalos de dos minutos. Después asistirás a la fiesta de tu coronación, donde tendrás que pronunciar un breve discurso...

Cardenia soltó un gruñido.

—... que ya he redactado y que nadie escuchará porque carece del menor interés. En lo que respecta al resto de la fiesta, dedicarás tres horas a un besamanos, estrecharás manos y posarás para las fotografías y los vídeos que querrá tomar todo el mundo. Supongo que será el infierno que imaginas. Entonces, y sólo entonces, podrás relajarte y comer algo, así que sugiero que,

mientras Dochae te ayuda a ponerte el uniforme nuevo, también te comas las barritas de proteínas que lleva encima. Y tal vez que bebas un poco de agua.

—¿Tengo tiempo para ir al baño?

—Allí tienes uno. La puerta de la izquierda. Antes de que lo preguntes, hay de todo lo que puedas necesitar en este momento.

—Gracias. Me alegra que alguien recuerde que sigo siendo un ser humano.

—Claro. Tómate el tiempo que necesites teniendo en cuenta que dispones de menos de un minuto.

Cardenia volvió a gruñir y se dirigió al cuarto de baño.

Siete minutos después, el traje de la ceremonia de coronación de Cardenia estaba guardado y ella llevaba puesto el uniforme nuevo, que era sorprendentemente cómodo. Una falange de guardaespaldas la rodeaba en el ascensor que la llevaba al observatorio de la catedral, donde la aguardaba el balcón. Cardenia miró a uno y otro lado y se dio cuenta de que, aparte de cuando se encontrara en el palacio, nunca más volvería a estar sola en un ascensor.

Cuando la puerta se abrió, allí estaba otra vez Naffa, delante del pequeño balcón.

—Tienes que dejar de hacer eso —le pidió Cardenia—. Me pone los pelos de punta.

—Relájate. He subido en el ascensor del otro lado. Tiene incorporado su propio grupo de guardaespaldas.

—Bienvenida a mi mundo.

—Llevo algún tiempo en él. Espero que te hayas dado cuenta.

Cardenia rio y salió del ascensor. Pero fue arrojada de nuevo a su interior cuando el balcón explotó. Perdió el conocimiento antes de estamparse contra la pared del cubículo.

—Existe la posibilidad real de que las corrientes del Flujo que conectan la

Interdependencia desaparezcan durante tu reinado —le dijo a Cardenia en su sueño Attavio VI, o mejor dicho, su imagen proyectada generada por ordenador.

Cardenia sabía que estaba soñando. También sabía que el sueño estaba, al menos de momento, reproduciendo la conversación que había mantenido con su padre en la Cámara de la Memoria. Lo que no sabía era cómo ni cuándo se había quedado dormida, y la parte de su cerebro que conservaba la lucidez suficiente para reconocer que estaba dentro de un sueño rehuía pensar en ello. «Continúa la conversación. No corres peligro», parecía estar diciéndole esa parte de su cerebro, así que Cardenia obedeció y recitó su parte de la conversación como si estuviera leyendo un guion.

—¿Cuándo ocurrirá?

—Yo no soy científico —respondió Attavio VI—. Pero el conde de Claremont sí lo es. Lleva décadas recopilando datos. Me envía información periódicamente para mantenerme al día. Los datos que ha recogido sugieren que la estabilidad del Flujo sólo es una ilusión y que todo está en constante movimiento. Estamos a punto de entrar en un periodo de cambios. El conde afirma que los cambios ya están produciéndose lentamente, pero no tardarán en acelerar el ritmo. Es algo que ya ocurrió en el pasado.

—Con Dalasýsla. Cuando era emperox la primera Grayland.

Attavio VI asintió.

—Así es. Ella fue informada, como lo he sido yo. Ahora tú tienes acceso a esa información.

—Si tenía la información, ¿por qué no actuó? Si sabía que iba a desaparecer la corriente hasta Dalasýsla, ¿por qué no hizo nada?

—Yo podría responderte, pero ¿por qué no se lo preguntas a ella?

Cardenia miró con sorpresa a su padre.

—¿Está aquí?

—Naturalmente.

—Desapareció en el Flujo. Creía que ya no existía.

—Llevó a cabo una actualización antes de partir en su último viaje. Todo salvo esos últimos días está aquí.

Cardenia se quedó perpleja. Por un lado, parecía lógico. Pero por otro, la idea de una persona... incompleta le resultaba extraña.

—Jiyi, muéstrame a la emperox Grayland I.

Apareció la figura luminosa y oscilante de una mujer alta y robusta que enfiló hacia Cardenia.

—¿Sois la emperox Grayland I?

—Sí —respondió la mujer.

—¿Sabéis lo que... os sucedió? ¿Cómo fue vuestra muerte?

—Estoy al tanto de ello, sí.

—¿Y cómo os sentisteis? —Aunque no tenía nada que ver con el asunto, Cardenia necesitaba saberlo.

—No sé qué sentí. Soy la simulación generada por ordenador de una persona. Dicho lo cual, y por la información que tengo, imagino que a la emperox Grayland I la cabreó bastante.

La respuesta hizo sonreír a Cardenia.

—¿Sabíais que la corriente del Flujo que llegaba a Dalasýsla estaba desapareciendo?

—Los científicos me presentaron modelos que sugerían que la corriente corría el riesgo de desaparecer, sí. Teniendo en cuenta los datos y mi comprensión de ellos, pensé que era posible, y probable.

—Pero no evacuasteis el sistema de Dalasýsla.

—No.

—¿Por qué?

—Por una cuestión política —respondió Grayland I—. La evacuación de los veinte millones de personas que vivían en el sistema de Dalasýsla exigía una planificación y unos fondos extraordinarios a la Interdependencia. No hubo la voluntad de hacer el esfuerzo.

—¿El parlamento se negó a salvar la vida de veinte millones de personas?

—No lo consideraron desde el punto de vista de salvar vidas. Lo vieron como la argucia de una emperox a la que creían débil para inventar una crisis inexistente con el único fin de reducir el poder del parlamento. También lo vieron como una amenaza para el comercio y la economía, ya que se habría necesitado una cantidad ingente de naves para la evacuación, con el coste que eso representaría.

—¿Y los datos que predecían la posibilidad de la desaparición de la corriente?

—Crearon una comisión con otros físicos expertos en el Flujo que cuestionaron los estudios y sembraron las dudas suficientes en sus conclusiones para minar cualquier iniciativa política sobre esa cuestión. Incluso los representantes de Dalasýsla votaron en contra de mi criterio de iniciar la evacuación. Lo único que se aprobó fue una recomendación para que se profundizara en el estudio del Flujo. Pero en el presupuesto del imperio no había dinero para eso, así que acabó siendo papel mojado.

—Entonces... —«Entonces no hicisteis nada», iba a decir Cardenia, pero se mordió la lengua, porque habría sido grosero y Grayland I se habría puesto inmediatamente a la defensiva. Pero recordó que estaba hablando con un ordenador que no tenía sentimientos—. Entonces no hicisteis nada.

—Envié una nota oficial a la duquesa de Dalasýsla y ordené al ejército y a los burócratas imperiales destinados allí que ayudaran a abandonar el sistema a todo aquel que deseara hacerlo.

—¿Y?

—No lo sé. La corriente del Flujo se desvaneció casi inmediatamente después de que enviara la nota oficial.

—¿Estáis diciéndome que murieron veinte millones de personas por culpa de la política y de la democracia?

—Sí. No de manera inmediata, por supuesto. Pero la esencia de la Interdependencia es la confianza de cada sistema en la colaboración de los demás. Si desaparece un sistema, y con él su casa gobernante y su

monopolio, las otras docenas de sistemas sobrevivirán, pero ese no, y con el paso del tiempo comenzará a resentirse. Los hábitats en el espacio y en los asentamientos de planetas y lunas inhabitables se averiarán y cada vez será más difícil su reparación. Las granjas y las plantas de producción de alimentos también comenzarán a fallar. Las relaciones sociales se tambalearán, como no podría ser de otra manera, en consonancia con la pérdida de las infraestructuras y la toma de conciencia de que en última instancia nada puede salvar a la población de un sistema aislado. Entre la pérdida de la tecnología y la fractura social que seguirían a la desaparición de la corriente del Flujo, la muerte de todo el sistema es inevitable.

—¿Cuánto tiempo podría aguantar?

—Cuando se produjo la pérdida de Dalasýsla, ordené que los observatorios de radio del sistema de Kaipara se centraran en Dalasýsla. Kaipara era el sistema más próximo, a unos diecisiete años viajando a la velocidad de la luz. Pero mi muerte se produjo antes de que captaran nada.

—Pero ¿captaron algo?

—Sólo brevemente. La mayoría de los sistemas de comunicación en mi época se basaban en la transmisión directa de datos, así que habría sido difícil captar transmisiones al azar. Cuando ordené que los telescopios de radio se dirigieran a Dalasýsla, esperaba que alguien allí hubiera tenido la idea de apuntar hacia Kaipara un transmisor de amplio espectro. Y, por lo que tengo entendido, alguien tuvo esa idea. Mantuvo el transmisor dirigido a Kaipara durante un mes, dos años después de la desaparición de la corriente.

—¿Y qué mensajes enviaba?

—Casi todos eran sobre guerra civil, asesinatos, violencia, sabotaje de los sistemas de soporte vital y de producción de alimentos, surgimiento de sectas... Mi hijo y sucesor Bruno III elaboró un informe clasificado.

—¿Clasificado? —Cardenia se volvió a Attavio VI—. ¿Sigue estando clasificado?

—Yo no lo desclasifiqué.

—¿Por qué no? Sobre todo si creías que el Flujo corría el peligro de desaparecer.

—Porque los problemas que existían en la época de Grayland I existen en la nuestra, o lo hacían en la mía, mejor dicho. Si se hiciera pública la preocupación, el parlamento aún lo interpretaría como un movimiento político para marginarlo. Nadie está dispuesto a entorpecer el comercio ni a recortar los privilegios de las casas de los gremios. Y en este caso no se trataría de un solo sistema, como con Dalasýsla; los afectaría a todos. No habría a donde huir. Lo que pasó en Dalasýsla ocurriría en todas partes. No quise abrir la caja de los truenos a menos que tuviera la certeza absoluta.

Y llegados a ese punto, en su sueño, Cardenia se salió del guion.

—¡Eso es una estupidez! —exclamó, dirigiéndose a Attavio VI y a Grayland I—. Si nos quedamos de brazos cruzados, será nuestra condena. Si sabemos que el Flujo va a desaparecer, hay que reformar la Interdependencia, acabar con los monopolios de las casas, ayudar a todos los sistemas a prepararse.

—Eso es imposible —repuso Attavio VI.

—Eso no lo sabes.

—Claro que lo sé. Soy el emperox. O lo era.

Cardenia miró a Grayland I.

—Vos visteis cómo desaparecía una corriente. En vuestra época, la gente tuvo que reaccionar.

—Me asesinaron —le recordó Grayland I—. La pérdida del sistema de Dalasýsla estuvo en boga durante algún tiempo, pero enseguida todo el mundo prefirió pasar página. El resto de las corrientes del Flujo parecían estables, y pensar en Dalasýsla resultaba incómodo.

—Nadie desea el fin de la Interdependencia. Ni siquiera la Casa de Wu. Hay mucho dinero y mucho poder en juego —dijo Attavio VI.

—¿Y la supervivencia de la humanidad no importa? —espetó Cardenia con incredulidad.

—No si implica el fin de la Interdependencia.

—Pero ¡si la supervivencia de la humanidad es la razón de ser de la Interdependencia! —gritó Cardenia a la simulación generada por ordenador de su padre.

Y entonces fue cuando, en su sueño, Attavio y Grayland se rieron en su cara.

—Hija mía, esa nunca ha sido la razón de ser de la Interdependencia.

—Sólo fue la excusa para crearla —añadió Grayland I, asintiendo con la cabeza.

—Entonces, ¿cuál es su razón de ser? —quiso saber Cardenia, sin bajar el volumen de la voz—. ¿Qué es realmente la Interdependencia?

Y entonces apareció otra figura brillante que se acercó a Cardenia. Esta reconoció en ella a Rachela I, la emperox profetisa, la legendaria fundadora de la Interdependencia. Se suponía que era Rachela I, pero tenía el aspecto de Naffa; Naffa, que había saltado por los aires en la explosión del balcón; Naffa, cuyo cuerpo destrozado por la detonación sería la última imagen que Cardenia tendría de ella; Naffa, cubierta de sangre, que ahora estaba de pie ante ella como Rachela I para contarle qué era y qué no era la Interdependencia.

—La Interdependencia es una estafa.

Y entonces Cardenia, que ni siquiera soñando podía fingir que no sabía lo que había ocurrido, se obligó a despertar, y se encontró tendida en la cama de su muy pequeño y muy seguro hospital, rodeada por guardaespaldas imperiales, una hueste de médicos dirigidos por Qui Drinin, y un reducido contingente de militares imperiales, incluido el que iba a contarle lo que ya sabía: que su amiga Naffa Dolg había muerto.

## Segunda parte

## Siete

Los combates en las proximidades de la Universidad de Opole disminuyeron y Marce Claremont pudo regresar a su apartamento en la residencia de estudiantes a preparar la maleta para un viaje que probablemente sólo sería de ida.

Ese hecho sugería la pregunta: «Si te vas para siempre, ¿qué te llevas?».

Marce tenía que tener en cuenta ciertos factores para hacer la elección. En cuanto a la ropa, ya la había metido en la mochila, pues en la casa de Claremont guardaba tanta ropa que no necesitaba nada de lo que había en su apartamento de Opole. Lo único que había exclusivamente en el apartamento de la universidad eran las camisetas con ingeniosos comentarios sobre astrofísica serigrafiados. Pero Marce estaba seguro de que podría pasar sin ellas. La ropa que se llevaba era en su mayor parte de colores y de diseño neutros. Su padre lo había avisado de que en Central la moda era tan distinta que de todos modos tendría que renovar su vestuario.

Todos los libros, la música, las fotos, las cosas de entretenimiento y de comunicación personal que Marce atesoraba estaban almacenadas en una unidad de datos encriptados del tamaño de su dedo pulgar, junto a unos cien mil marcos de dinero de bolsillo, al que sólo se podía acceder, en teoría, mediante los datos biométricos de Marce.

Por tanto, sólo quedaban los objetos... cosas de un valor sentimental. La mayoría de ellos estaban en el palacio Claremont, tanto porque era donde Marce había vivido la mayor parte de su vida como porque el apartamento de la residencia de estudiantes era ridículamente pequeño. De los objetos que

quedaban allí, Marce eligió cuatro: dos eran libros que le había dado su padre, uno en su trigésimo cumpleaños estándar y el otro cuando se doctoró.

El tercer objeto era un obsoleto reproductor de música que le había regalado Vrenna, que se lo había llevado a un concierto de Green Gods y había conseguido que se lo firmaran tres de los cuatro miembros del grupo. El reproductor ya no funcionaba y los Green Gods se habían disuelto hacía unos años y sus miembros habían caído en el olvido y/o habían seguido unas penosas carreras en solitario. Sin embargo, Marce lo conservaba para recordar esa etapa de su vida, y para recordar que Vrenna, a pesar de que casi siempre era un grano en el culo, de vez en cuando era capaz de ser considerada y cariñosa.

El último objeto era un raído cerdito de peluche llamado *Giggy* que su madre le había regalado cuando cumplió un año. A Vrenna, el mismo día le regaló un osito también de peluche al que llamaron *Howie*. Este desapareció años después (había razones para sospechar que Vrenna lo había lanzado al cielo en un cohete casero), pero *Giggy* seguía a su lado y lo acompañaba en todas sus mudanzas. En una novela, *Giggy* debería ser el único regalo que Marce conservara de su difunta madre, pero esto era la vida real, y Marce aún guardaba muchos regalos y tenía muchas cosas que le había regalado su madre o que le recordaban a ella. *Giggy* sólo era un amuleto.

Metió todas esas cosas en una pequeña mochila y luego se la quedó mirando. «No es mucho equipaje para un viaje a otro planeta», se dijo. Marce se había esforzado por no pensar demasiado en que abandonaba Fin para marcharse a un lugar donde no conocía a nadie y en el que seguramente pasaría el resto de su vida. La corriente del Flujo que traía a Fin desaparecería más tarde que la que partía de él; podría ser que se mantuviera estable durante años. Teóricamente también era posible que algún día regresara. Aunque era muy improbable. La manera que Marce tenía de enfrentarse al hecho de que nunca más volvería a ver a su padre, a su hermana ni a ninguna de las

personas que había conocido en su corta vida era pensar en los problemas prácticos de marcharse del planeta.

De los que ya se había ocupado. El día anterior se había reunido con Gazson Magnut, el sobrecargo jefe de una nave llamada *Sí, señor, es mi hijo* y había comprado un pasaje. No le había salido barato (de hecho, había pagado más dinero por él que el que sumaba todo lo que había comprado a lo largo de su vida), y Magnut había tratado de venderle otras cosas, como una autorización falsa para viajar. A Marce no se le había escapado la ligera decepción de aquel cuando le dijo que él tenía los papeles en regla. Arreglado eso, sólo le quedaba presentar su dimisión y escribir las cartas de despedida, que enviaría una vez que la *Sí, señor* entrara en el Flujo.

Y lo que estaba haciendo ahora: elegir los objetos importantes. El servicio del palacio Claremont recogería todo lo que dejara en el apartamento.

Marce se colgó la mochila del hombro, echó un último vistazo al apartamento y se dijo que no lo echaría de menos. Las características de la estancia eran, como en casi todas en las residencias de estudiantes, las idóneas para que fuera olvidada rápidamente. Luego bajó por la escalera y salió del edificio; continuó por una calle que estaba vacía salvo por un par de personas y una furgoneta que se acercó a él, abrió la puerta y dejó a la vista un par de hombres muy grandes.

La furgoneta se puso de nuevo en marcha, con Marce dentro, porque los hombres grandes habían saltado de ella y lo habían arrastrado a su interior antes de que él supiera qué estaba ocurriendo. La mochila con todos sus objetos personales se quedó en la acera, porque a veces se producen secuestros.

Ghreni Nohamapetan sonreía a Marce Claremont desde el otro lado de la pequeña mesa.

—Lord Marce. Qué placer volver a verlo. Me alegra que podamos celebrar esta reunión tan pronto.

—Lord Ghreni —dijo Marce—. Puesto que me ha secuestrado para traerme aquí, creo que no podría haberla evitado.

Los dos estaban sentados en una habitación sin ventanas que parecía un contenedor de mercancías, lo que significaba que probablemente fuera un contenedor de mercancías al que se le había dado un nuevo uso. Marce no tenía ni idea de su ubicación. Había pasado en la habitación diez minutos a solas, desde que lo metieran en ella los matones que lo habían secuestrado en la calle, antes de que Ghreni entrara por la puerta.

—No me gusta la palabra «secuestrado» —señaló Ghreni.

—Con todos mis respetos, lord Ghreni, en este momento, me trae sin cuidado lo que le guste o le deje de gustar.

—Bien dicho. —Ghreni se arrellanó en la silla y observó a Marce—. Se rumorea que está planeando marcharse de Fin.

—Si así fuera, no veo por qué debería importarle.

—Bueno, verá: estamos en guerra, y el duque se ha percatado de que a varios de sus nobles, o a sus hijos, adultos o no, de repente les ha dado por intentar comprar pasajes para abandonar el planeta.

—Es lo que pasa cuando hay una guerra.

—Supongo —repuso Ghreni—. Sin embargo, el duque no lo ve como un voto de confianza a su capacidad de liderazgo, así que está invitando a quedarse a todo aquel que muestra interés en irse.

—No creo que me haya secuestrado para extenderme esa invitación, lord Ghreni —replicó Marce.

—No, supongo que había maneras más sencillas de hacerlo. Tiene razón. Lo he invitado a venir aquí por otros motivos completamente distintos. Recordará que el otro día le pedí a su padre que ayudara al duque con la cesión de fondos del imperio.

—Recuerdo que él le respondió que quizá lo haría.

—En efecto, lo que yo interpreté como un «no». Y, hablando claro, si esa fue realmente su respuesta, es irreprochable ética y legalmente. Por tanto,

tomó la decisión correcta desde ese punto de vista.

—Se lo diré de su parte.

—Estoy seguro de que lo hará —dijo Ghreni—. Pero aún no he terminado. El problema de la respuesta de su padre, por muy admirable que sea legal y éticamente, es que ahora mismo el duque necesita imperiosamente ese dinero, porque le urge comprar las armas. Y un «quizá» no sirve de nada en el momento frenético en el que nos encontramos. Así que, cuando la persuasión no da sus frutos, habrá que recurrir a la coacción.

—¿Va a pedir un rescate por mí?

—Sí. Y le pido disculpas. Su padre no ha estado receptivo a otros... agasajos que el duque o yo hemos podido ofrecerle. No parecen interesarle el dinero, el poder ni ninguna otra cosa material. Además, no alberga ningún sentimiento de patriotismo hacia Fin ni de lealtad al duque. Pero sabemos que siente un gran amor por usted y su hermana. Sólo era cuestión de elegir a uno de los dos. Pensamos en su hermana...

Marce se echó a reír, y Ghreni, con toda la elegancia que fue capaz de reunir, lo acompañó.

—... pero planteaba problemas en cuanto a la forma de hacerlo.

—¿Quiere decir que habría machacado a los gorilas que enviara a secuestrarla y que cuando estos lo delataran iría a por usted?

—Eso es exactamente lo que quiero decir. Usted era, y le ruego que no se lo tome como una desconsideración, el objetivo más fácil.

Marce asintió. Era una verdad como una casa. Él era científico, y Vrenna, soldado, o lo había sido antes de unirse al cuerpo de policía de los Claremont. De los dos hermanos, era más probable pillarlo a él por sorpresa, además de que en su caso había menos probabilidades de que le rompiera el cuello a alguien.

—Además, está el asunto de que usted pretendía marcharse de Fin y ella no.

—¿Y?

—Usted nunca ha salido de Fin. Jamás ha ido a la estación espacial, ni siquiera cuando su hermana servía en los marines. El hecho de que quiera marcharse ahora resulta interesante.

—Usted mismo ha mencionado la guerra.

—Sí, pero no creo que sea ese el motivo que lo empuja a querer irse. De lo contrario, no se marcharía solo. Su hermana y su padre lo acompañarían, o al menos lo intentarían. Pero sólo quiere irse usted. —Ghreni se metió la mano en el bolsillo y sacó una unidad de almacenamiento de datos encriptados que dejó en la mesa—. Y gracias a esto, sabemos que por lo menos no pretende abandonarnos con la herencia de su familia.

Marce se quedó mirando la unidad de almacenamiento de datos. Se la habían quitado al meterlo en la furgoneta, junto con el resto de los objetos personales que llevaba encima, a excepción de la mochila.

Ghreni la empujó hacia él.

—Cójala.

Marce la cogió y se la metió en el bolsillo.

—¿Está vacía?

—No. No necesito las fotos ni la música, y, lamentablemente, el duque necesita algo más que cien mil marcos de su familia. Hasta que su padre nos ayude, no creo que vaya a ir a ninguna parte. Y, puesto que creo que él desea que se vaya, conseguiremos de él lo que queremos.

—¿Y si no?

Ghreni se encogió de hombros.

—Para empezar, usted no saldrá de este planeta.

—¿Para empezar?

—El duque necesita urgentemente ese dinero.

—¿Tanto como para matarme?

—Él no lo mataría personalmente. Pero ya que lo menciona, en este momento, cientos, quizá miles de personas mueren todos los días por culpa

de esta estúpida revolución. Si con su muerte pueden salvarse miles de vidas, ¿no vale la pena correr el riesgo?

—¿En serio acaba de intentar justificar moralmente mi asesinato?

Ghreni volvió a encogerse de hombros.

—No me cuesta imaginarme al duque empleando ese argumento para tranquilizar su conciencia. En cuanto al hecho de que carezca de fundamento, no creo que eso le quite el sueño. El duque es muchas cosas, pero no es una persona que reflexione mucho sobre sus actos.

—Esto no va a salirles bien.

—Ya veremos. En todo caso, la guerra perdona muchos errores, sobre todo si el duque consigue las armas y aplasta la rebelión. Entretanto, lord Marce, usted averiguará qué valor tiene para su padre. Si no por sí mismo, por lo que quiera que esperara conseguir sacándolo del planeta. Por casualidad no querrá decirme qué misión le ha encomendado, ¿verdad?

—No es asunto suyo.

—Sé que lo cree de verdad, pero se sorprendería si le contara hasta dónde abarcan mis asuntos.

—Dado que sus asuntos incluyen el secuestro, no creo que me sorprendiera demasiado.

—De nuevo, bien dicho. Me encantaría oír cuál es el verdadero motivo de su plan para marcharse de Fin.

Marce miró fijamente a Ghreni en absoluto silencio.

—Está bien —dijo al cabo de un rato este—. Si no recibimos noticias de su padre pronto, lo torturaremos un poco para motivarlo. Grabaremos unos vídeos y todo eso. Les pediré a los chicos que le hagan la misma pregunta mientras se ocupan de usted.

—Con la tortura no se obtienen respuestas fiables.

—Eso dicen. Pero le repito que eso ya lo veremos. —Ghreni se puso en pie y señaló el fondo del contenedor—. Mientras tanto, en aquel rincón tiene un lavabo y allí hay una nevera con agua y algo de comer. —Luego señaló el

lado más cercano—. La puerta está ahí. Si se acerca a menos de un metro y medio de ella, recibirá una descarga eléctrica. Si la toca, probablemente no muera, pero deseará hacerlo. Si, aun así se las ingenia para abrirla, mis chicos harán que desee no haberla abierto nunca. ¿Le ha quedado claro?

Marce asintió con la cabeza.

—Bien. —Ghreni lo miró de arriba abajo—. Lamento todo esto. Yo nunca lo habría hecho así. Y me doy cuenta de que nuestra relación se resentirá a partir de ahora.

—Para empezar —repuso Marce, repitiendo las palabras anteriores de Ghreni. Este sonrió y salió del contenedor.

Marce se acercó a la nevera y sacó una botella de agua, bebió y echó otro vistazo a su alrededor. Una lámpara de mesa, sillas, lavabo, nevera. Ninguna cama. Un frío suelo metálico y unas frías paredes también metálicas. Se acercó a la parte delantera del contenedor y se quedó a una distancia prudencial de la amplia puerta. Oyó voces al otro lado, graves, masculinas. No acertó a descifrar lo que decían.

«Genial», pensó. La única buena noticia en todo este asunto era que Ghreni le había devuelto la unidad de almacenamiento, que era bastante más valiosa de lo que él pensaba. Todo lo demás era desastroso. Seguramente Ghreni Nohamapetan ya se habría puesto en contacto con su padre. Marce ignoraba cómo reaccionaría. Por un lado, esta era exactamente la clase de cosa que deploraba. Pero, por otro lado, Ghreni tenía razón cuando decía que lo único que a su padre le importaba de verdad en esta vida eran sus hijos.

También estaba la cuestión de que en un plazo de entre una semana y un mes los marcos de la Interdependencia no valdrían nada. En ese caso, su padre podría entregar el dinero a sabiendas de que a largo plazo, o incluso a medio, ya no tendría valor alguno.

Pero había que tener en cuenta que este conflicto, que cada vez parecía más cerca de terminar, y no de forma favorable para el duque, podría recrudecerse con las nuevas armas. Más muertos, más destrucción, más

personas desplazadas de sus hogares... En un momento en el que la vida de todos los habitantes de Fin iba a experimentar un vuelco de todas maneras, porque la corriente del Flujo que se empleaba para salir del planeta estaba desapareciendo.

Marce tomó otro trago de agua. Por un lado, lo asustaba y lo preocupaba sobremanera su situación, pues tenía la impresión de que Ghreni Nohamapetan era la clase de sociópata que mandaría torturarlo por puro placer. Pero, por otro lado, sentía una extraña desafección. Y no sabía si se debía a la conmoción que le producían sus actuales circunstancias o simplemente a que el conocimiento que tenía de que la civilización humana estaba a punto de extinguirse le permitía relativizar su situación individual... o ambas cosas a la vez. Tenía miedo, pero también estaba cansado. Al menos todavía estaba en su mano solucionar el problema del cansancio.

Marce Claremont regresó a la silla, se sentó, puso los pies sobre la mesa, cruzó los brazos, cerró los ojos y trató de dormir un poco.

Un tiempo indeterminado después, alguien lo sacudió para despertarlo.

—Mira quién ha venido a verte —dijo una voz que le resultaba familiar.

Marce abrió los ojos, pestañeó y trató de enfocar la vista en el objeto que tenía justo enfrente. Era *Giggy*, su cerdito de peluche. Y la persona que lo sostenía y lo movía delante de su cara era su hermana Vrenna.

—Me has encontrado —farfulló Marce, todavía somnoliento.

—A eso me dedico —repuso Vrenna, tendiéndole la mano con el cerdito.

—¿Cómo es que no has muerto electrocutada?

—¿Cómo dices?

—Da igual. ¿Cómo me has encontrado?

—Me han ayudado. Ya te lo explicaré después. ¿Puedes caminar?

—Sí, estoy bien.

—Pues larguémonos de aquí antes de que se despierten los dos gorilas que he dejado fuera de combate.

Vrenna salió delante de Marce de la habitación, que, como había

sospechado, era un contenedor colocado en el interior de un almacén en ruinas. Y no era el único; había otros dos flanqueando el suyo, probablemente vacíos en ese momento. De la puerta de uno de ellos partía un largo reguero de sangre, como si hubieran sacado a rastras un cuerpo de él. Junto a la puerta del contenedor de Marce, en el suelo, yacían dos hombres, los mismos que lo habían abordado en la calle y metido en la furgoneta. Todavía respiraban, que era más de lo que Marce habría deseado para ellos en ese preciso momento.

—¿Qué es este lugar?

—Parece un centro de detención extraoficial —dijo Vrenna.

—¿Del duque?

—Tal vez. Vamos. —Vrenna condujo a su hermano fuera del almacén y lo empujó para que entrara en un anodino vehículo terrestre. Marce se sentó y se abrochó el cinturón de seguridad mientras Vrenna ponía el vehículo en el modo de conducción manual.

—¿Dónde están los otros? —preguntó Marce, mirando a su alrededor.

—¿Qué otros?

—¿Has venido sola?

—No tenía tiempo para preparar un plan. —Vrenna echó un vistazo fuera y arrancó el vehículo.

—¿Y si hubiera estado herido? ¿Y si no hubiera podido caminar? ¿Y si no hubieras encontrado únicamente a esos dos tipos?

—Ya se me habría ocurrido algo.

—Tengo algunas quejas de este rescate.

—Puedo llevarte otra vez al contenedor, si quieres.

Marce rio alegremente y apretó el cerdito que tenía entre las manos.

—No me lo tengas en cuenta, hermanita. Todavía estoy flipando por el secuestro.

Vrenna agarró la mano de su hermano.

—Lo sé. Flipa tranquilo. Lo entiendo.

Después de un par de minutos de *flipamiento* relativamente silencioso,

Marce sostuvo en alto el cerdito y lo miró fijamente.

—Has traído a *Giggy*.

—Sí, pensé que te mantendría distraído para que no pensaras demasiado mientras te sacaba de allí.

—Ha funcionado. ¿Dónde lo encontraste?

—Me lo dieron. Junto con el resto de las cosas que llevabas en la mochila cuando te secuestraron.

—Vale, pero ¿quién te lo ha dado?

—Las personas que estaban vigilándote.

—¿Las personas que estaban vigilándome?

—Sí.

—¿Quiénes son esas personas?

## Ocho

La llamada de Ghreni Nohamapetan después de que este perdiera a Marce Claremont fue una de las que más satisfacción dieron a Kiva de todas las que había recibido a lo largo de su vida.

—Marce Claremont ha escapado —dijo lord Ghreni.

—¿Quién? —preguntó Kiva.

—No me jodas, Kiva. Quiero saber dónde está.

—No puedo decirte dónde está. No es mi trabajo seguirlo. Mi tarea, según entendí, consistía en avisarte si intentaba comprar un pasaje para mi nave. Eso hizo y te avisé. Me dijiste que esperarías al momento del embarque para detenerlo, si no recuerdo mal. Decidiste no esperar. Así que tengo la impresión de que la culpa es tuya.

—Las personas que dejé con Claremont me han dicho que las atacó una mujer.

—No fui yo.

—Fue Vrenna Claremont.

—¿Te refieres a la hermana que acumula años de entrenamiento para asesinar en nombre del Estado y que luego se hizo policía? Sí, yo también sospecharía de ella.

—Quiero saber cómo se enteró de que íbamos tras su hermano.

—Pues pregúntaselo.

—Kiva.

—Yo no se lo dije, si eso es lo que piensas. ¿Por qué iba a hacerlo? Yo me hubiera metido en el bolsillo tres millones de marcos si lo cogías.

—Alguien de tu tripulación se lo dijo.

—O, y sólo es una teoría, cuando intentaste extorsionar al conde de Claremont delante de sus hijos adultos y no conseguiste de inmediato lo que querías, los chicos imaginaron que un capullo como tú intentaría coaccionarlo con algo como un secuestro, así que tomaron precauciones, sobre todo la que había sido una jodida soldado y ahora es una maldita poli, Ghreni.

Sólo llegó silencio desde el otro lado de la línea.

—Me gustaría saber cómo te has enterado de eso —dijo al fin Nohamapetan.

—¡Joder, lo sé porque el propio Marce Claremont nos lo contó! —le espetó Kiva—. Se lo contó a mi sobrecargo jefe cuando se presentó para comprar el pasaje, y luego mi sobrecargo me lo contó a mí, porque su trabajo consiste en contarme las cosas que afectan a mi nave. ¿En serio eres un engreído tan gilipollas como para pensar que los chicos de Claremont se lo callarían? Si no hubiera una jodida guerra y no se hubiera suspendido *de facto* la aplicación de las leyes mientras el duque se revuelve para ganar un par de días más, tu culo ya estaría en la cárcel por extorsión y el duque te habría utilizado gustosamente como cabeza de turco. ¡Joder, Ghreni! ¡Intentaste extorsionar a un funcionario imperial delante de un puto poli! Hay que ser muy estúpido para arriesgarse a hacer algo tan peligroso y tonto.

De nuevo silencio. Kiva contó con regocijo los segundos que pasaron hasta que Ghreni habló. Fueron seis.

—¿Sabes algo de Marce o de Vrenna Claremont?

Kiva resopló.

—¿Por qué cojones iba a saber algo de ellos? Nunca los he visto. Dudo que sepan siquiera quién soy. Si quisieran ponerse en contacto con alguien, ese sería mi sobrecargo jefe. Y antes de que me lo preguntes, no se han puesto en contacto con él desde tu chapucero secuestro. Si quieres saber mi opinión, sospecho que estarán intentando comprar un pasaje para otra nave que tenga previsto partir de Fin.

—¿Qué naves se marchan en la misma fecha que la tuya?

—¿Te parezco una maldita controladora aérea, Ghreni? No lo sé ni me importa.

—Me gustaría que retrasaras tu partida.

—¿Por qué iba a hacerlo? Y aunque quisiera retrasarla, cosa que no ocurre, nuestro hangar en la Estación Imperial ya está reservado para otra nave. De todos modos, tenemos que marcharnos.

—Tu nave podría permanecer en el sistema.

—O podría irse en la fecha prevista, porque tenemos que seguir un maldito programa que no decides tú.

—Te deberé un favor —propuso Ghreni.

Kiva rio a carcajada limpia.

—¿Puedes repetirlo, Ghreni? Quiero ver si me reiré tanto la segunda vez.

—Éramos amigos.

—Follábamos juntos, que no es lo mismo. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

Otro silencio.

—Me gustaría hablar sobre los tres millones de marcos —dijo Ghreni cuando volvió a hablar.

—Seguro que sí.

—Yo no tengo a Claremont. No veo por qué deberías tener tú los tres millones.

—Debería tenerlos porque el trato era que te avisaría si trataba de comprar un pasaje, cosa que hizo. El resto dependía de ti. No es culpa mía que contrates inútiles para hacerte los trabajitos.

—Kiva, como descubra que tienes algo que ver en su huida, vas a pasarlo mal.

—Bueno. Te diré dos cosas a propósito de eso. La primera es que te jodan, subnormal de mierda. Y la segunda, si tuviera algo que ver en su huida, ¿qué cojones podrías hacerme? Me largo de Fin, imbécil. Antes de un año estaré

de vuelta en casa y comenzaré a trabajar en las oficinas. Mi etapa en las naves habrá terminado. Tú, mientras tanto, seguirás aquí, siendo un grano en el culo del universo. Así que amenázame todo lo que quieras, amoral de mierda, porque no puedes hacerme nada.

Ghreni suspiró.

—Kiva. A pesar de todo, aún me gustas un poco.

—Qué conmovedor, Ghreni. En serio.

—Por eso voy a decirte que no tienes ni idea de lo que está a punto de ocurrir y que te convendría llevarte bien conmigo.

—No tengo ningún problema en llevarme bien contigo, Ghreni. Lo que ya no me gusta tanto es la idea de devolverte los tres millones de marcos porque fuiste un jodido descuidado con las condiciones del trato. Ni voy a fingir que tus amenazas y tus bravatas me intimidan. Madura, joder, Ghreni.

—Me gustaría que me avisaras si alguno de los Claremont se pone en contacto contigo. Y con «contigo» me refiero a cualquier miembro de tu tripulación.

—Estaré encantada de hacerlo a cambio de medio millón de marcos.

—Kiva.

—¿Kiva qué, Ghreni? Estamos haciendo negocios. Tú quieres información. Ya estuviste dispuesto a pagar por ella una vez. Voy a suministrarte más, con un importante descuento.

—Sabes que de todas formas tendré gente en la Estación Imperial para que registren tu nave, ¿verdad?

—Claro. Yo también lo haría si fuera tú. Pero no creo que lo encuentres. Si tiene un poco de cerebro, encontrará a otro que lo saque de este jodido pedrusco. Y no me parece mal. Ya tengo el medio millón que pagó por el pasaje, sin derecho a reembolso, que, por cierto, es lo que ha sacado de los números rojos este viaje de mierda. Bueno, sumando también tus tres millones de marcos.

—Felicidades.

—Gracias.

—¿Dónde estás ahora? ¿En la estación o en el planeta?

—En el planeta. Tengo unas reuniones con nuestros empleados aquí antes de que nos marchemos. Dile a tu maldito duque que esperamos que nos devuelva el dinero, con intereses. Es decir, si es capaz de salir vivo de esta, lo que oficialmente dudo y no me importa lo más mínimo.

—¿Quieres cenar conmigo?

—¿Cómo?

—¿Quieres cenar conmigo antes de irte?

—¿Conoces un restaurante abierto en mitad de una guerra civil?

—Podríamos cenar en mi palacio.

Kiva soltó una risita.

—¿Todavía quieres follar conmigo?

—No te mentiré. No me importaría hacerlo. Antes nos entendíamos bastante bien.

—Es cierto —admitió Kiva—. El acto de joder en sí está bien, Ghreni. Pero no estoy de humor para perdonar su significado metafórico. Ni ahora ni nunca.

—De acuerdo. Avísame si los Claremont se ponen en contacto contigo.

—Ya conoces la tarifa.

—Vale.

—Me gusta hacer negocios contigo, Ghreni.

Ghreni resopló y cortó la llamada.

—Sabe que intentaría matarla si quedara con él para cenar, ¿verdad? —dijo Vrenna Claremont. Ella y Marce estaban sentados en una sala de reuniones de la sede local de la Casa de Lagos.

—Antes le rompería la espalda a ese capullo —dijo Kiva.

Vrenna sonrió.

—Me gustaría hablar sobre la parte en la que avisó a Ghreni Nohamapetan de que compré un pasaje para su nave —señaló Marce.

—¿Por qué?

—¿Lo avisó?

—Ya sabe que sí.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba los tres millones de marcos que me ofreció por la información.

—Ya, pero me secuestró y planeaba torturarme y, tal vez, matarme.

Kiva se encogió de hombros.

—Avisamos a su hermana en cuanto lo secuestraron porque había puesto gente a vigilarlo. Y luego le dimos toda la información que necesitaba para encontrarlo y rescatarlo. ¡Joder, pero si incluso le entregamos la mochila con ese adorable cerdito de peluche como prueba de que no estábamos quedándonos con ella!

—Aun así, ahora podría estar herido. O muerto.

—Pero no lo está.

—Pero...

Kiva levantó una mano para interrumpirlo.

—¿Si digo que me importa una mierda que usted esté cabreado acabaría esta conversación? Si estuviera herido o muerto, me disculparía. Pero no lo está, así que no voy a hacerlo. Según lo veo yo, si Ghreni tenía tantas ganas de cogerlo como para pagarme tres millones de marcos por usted, antes o después le habría echado la mano encima, lo avisara yo o no. Puesto que ese fue el caso, decidí cobrar por la información. Este viaje estaba en números rojos. Ya no. Y le dimos a su hermana toda la información que necesitaba para salvarle el culo. ¡Así que pare de lloriquear, joder!

—Yo... yo... la verdad es que no sé qué decir —balbuceó Marce.

—Un «gracias» bastaría —repuso Kiva, y vio que Vrenna sonreía.

—No estoy de acuerdo —replicó Marce.

—Por mí, bien. De todos modos, aplacemos esta conversación y larguémonos, ¿vale?

Marce se quedó callado, al lado de su sonriente hermana. Kiva advirtió que ambos eran atractivos; Marce de esa manera que lo son los cerebritos atentos y considerados, mientras que Vrenna de esa otra que casi te asegura que te vas a tener que comprar una cama nueva después de una noche de polvos con ella. Ya fuera conscientemente o no, Kiva tenía que reconocer que la alevosa propuesta de Ghreni de quedar con ella le había recordado que hacía una semana desde su última búsqueda de un orgasmo, con aquel ayudante del sobrecargo. Desde entonces había estado demasiado liada o malhumorada para ni siquiera procurarse placer en solitario.

Y eso era una jodida tragedia (el juego de palabras es casual) que Kiva tenía que resolver de una manera u otra. Se preguntó distraídamente si alguno de los hermanos Claremont estaría dispuesto a ayudarla con ese problema. Se respondió que era probable que Marce no se mostrara receptivo a su propuesta, al menos por ahora (todavía parecía cabreado porque Kiva lo había entregado a cambio de tres millones de marcos, y, sinceramente, tenía toda la razón del mundo), pero tal vez con Vrenna tuviera una oportunidad. Kiva lamentó que el tiempo, la necesidad y las circunstancias hicieran a todas luces imposible satisfacer su deseo.

—¿Lady Kiva? —dijo Vrenna en un tono apremiante.

—Lo siento. Me he distraído pensando en sexo.

Vrenna sonrió.

—Aún está el problema de subir a Marce a su nave. Ghreni Nohamapetan va a enviar hombres a la Estación Imperial para que lo busquen.

—Ghreni vigilará la puerta principal —señaló Kiva—. Descuidará la entrada del servicio.

—¿Qué significa eso? —preguntó Marce.

—Significa que no va a embarcar en la *Sí, señor* como Marce Claremont —respondió Kiva, mirándolo—, sino como Kristian Jansen, un miembro de la tripulación.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Supongo que cuando compró el pasaje, Gazson Magnut intentó venderle unos documentos falsos para el viaje.

—Sí, pero no los necesitaba.

—Bueno, pues ahora sí. Siendo más precisos, ya se los hemos conseguido.

—Por lo que, naturalmente, me cobrará un suplemento —apuntó Marce.

—A precio de coste, ¡joder!, no el precio hinchado al que estamos vendiéndoselos al resto de los pasajeros.

—Los documentos no serán suficiente —observó Vrenna—. En las naves comerciales también hay un control biométrico de la tripulación. Con todos los respetos, si Nohamapetan está dispuesto a pagar tres millones de marcos para capturar a Marce, estoy segura de que también vigilará la entrada del servicio, y eso incluye la base de datos biométricos de la Estación Imperial.

—Habla como si fuera la primera vez que intentamos subir a alguien a la nave haciéndolo pasar por un tripulante —dijo Kiva, y miró de nuevo a Marce—. Aféitese la cabeza, le proporcionaremos una peluca dérmica de pelos cultivados. Cabello y barba. Si alguien le arranca un pelo de la cabeza, el ADN coincidirá con el de Kristian, no con el suyo. Además, le daremos unas lentes contacto con unos diseños de iris y de retina falsos y la funda de un pulgar con la huella dactilar y el ADN correctos. Le pondremos alzas en los zapatos. Parecerá otra persona. Todo irá bien siempre y cuando no le extraigan una muestra de sangre.

—¿Y si me extraen una muestra de sangre? —preguntó Marce.

—Bueno, en ese caso supongo que estará jodido, ¿no? Pero nunca lo hacen.

—¿Nadie se dará cuenta de que se ha sacado a una persona de la nada? —inquirió Vrenna.

—Kristian ya ha trabajado algunas veces para nosotros —respondió Kiva—. Tenemos un par de ellos para cada sistema en el que trabajamos. Es una práctica común de todas las familias.

—¿Por qué?

—Porque a veces alguien importante la caga y tiene que salir echando leches de la ciudad antes de que alguien como ella —señaló con el pulgar a Vrenna— lo trinque y lo meta en el trullo. Es probable que Ghreni recurra a uno muy pronto, si sigue por ese camino.

—Entonces, ¿tengo que ser «Kristian» hasta que acabe el viaje?

—Así se llamará, sí. Cuando entremos en el Flujo podrá quitarse los postizos. Actualizaremos sus datos en el sistema. Una cosa: tendrá que actuar como un miembro real de la tripulación durante todo el viaje.

—¿Por qué? —preguntó Vrenna.

—Porque Kristian ocupa el puesto de un miembro real de la tripulación. Si sube a la nave como tripulante, tiene que trabajar como tal. Ese es el trato.

—Supongo que no cobraré.

—Claro que cobrará. El sueldo base. Aunque no podrá gastarlo, porque se le ingresa directamente en Central.

—¿Es posible un reembolso de lo pagado por el pasaje?

—No sea tonto.

Marce sonrió.

—Tenía que intentarlo.

—También voy a cobrarle por la nueva identidad, por cierto. Y también a precio de coste. Aunque no es barato.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Vrenna—. No hace falta que le diga que Nohamapetan enviará gente a vigilar este edificio, si es que no la tiene ya.

—Ninguno de los dos saldrá de aquí todavía —dijo Kiva—. Su hermano se queda aquí. Enviaré gente para que se ocupe de él. Después podrá salir por su propio pie como Kristian.

—Luego señaló a Vrenna—. Usted tendrá que esperar a que nos vayamos. Lo siento.

Vrenna se encogió de hombros.

—No es el peor lugar en el que me he escondido.

Kiva asintió y se puso en pie.

—Ahora regresaré a la nave. —Miró a Vrenna—. No volveré a verla, lo que me figuro que es una tragedia. —Vrenna sonrió. Kiva se volvió entonces hacia su hermano—. A usted lo veré en la nave, pero no nos trataremos mucho, así que, encantada de conocerlo y bienvenido a la *Sí, señor*. Y gracias por darme la oportunidad de joder una última vez a Ghreni Nohamapetan, a quien espero no volver a ver en la puta vida.

Marce sonrió y asintió. Kiva salió de la sala de reuniones. Sus empleados ya habían sido informados sobre lo que debían hacer con los hermanos Claremont. Además se les había advertido de que si alguno de ellos filtraba su identidad o su ubicación a alguien ajeno a la Casa de Lagos, se convertiría en una prioridad joder la vida de todos los miembros de su familia durante seis generaciones por lo menos. Kiva estaba segura de que nadie se iría de la lengua.

Entró en el vehículo terrestre blindado que la llevaría de vuelta al aeropuerto dando un rodeo para evitar los barrios donde estaban teniendo lugar los combates o que ya habían sido reducidos a escombros. Kiva reflexionó sobre dos cuestiones.

La primera era que la guerra civil en Fin daba lo que quitaba: las jodía a ella y a la Casa de Lagos con las farfullas y los monopolios, pero al mismo tiempo arrojaba a sus brazos tanta gente rica que al final sacaría beneficios del viaje. Si a esos beneficios sumaba el dinero que acabaría recuperando en Fin por las licencias y demás ingresos, podía concluirse que la Casa de Lagos estaría en una posición inmejorable con respecto al resto de las familias y podría aprovechar su talento para ejercer el poder entre ellas. Kiva había dado la vuelta a una situación adversa, y eso le resultaría útil en casa.

La segunda cuestión era que, si bien había permitido que los hermanos Claremont escucharan su conversación con Ghreni Nohamapetan, ellos desconocían un dato importante que ella sí sabía, gracias a los investigadores

a los que Magnut había pagado una indecente cantidad de dinero para que lo averiguaran.

El duque de Fin nunca le había solicitado a Ghreni Nohamapetan que intercediera por él con el conde de Claremont para que le entregara esos fondos imperiales. Y tampoco había autorizado a Ghreni para que secuestrara a uno de sus hijos y pidiera un rescate.

«¿Qué cojones tramas, Ghreni? —se preguntó mientras el vehículo arrancaba con dirección al aeropuerto—. ¿Qué planeas? ¿Y qué planea el resto de tu maldita familia mientras nosotros estamos aquí?»

## Nueve

—Las pruebas recogidas en el escenario de la explosión son confusas, majestad —dijo el jefe de la Guardia Imperial sir Hibert Limbar. La Guardia Imperial era la responsable de la seguridad de la emperox, y sir Hibert tenía el convencimiento de que pronto sería relevado en el cargo—. Algunos testigos afirman que vieron salir un objeto arrojado desde la multitud congregada fuera de la catedral e impactar contra el balcón, pero no hay ninguna grabación de vídeo que lo corrobore de una manera concluyente. Aun en el caso de que lanzaran algo desde la multitud, el balcón está diseñado para repeler cualquier clase de proyectil de artillería. Imaginamos que la explosión fue producida por un artefacto colocado en el balcón con antelación. Pero no tenemos la certeza. Necesitaremos tiempo para averiguarlo.

Cardenia asintió. Se encontraba en sus dependencias privadas del palacio. Todavía le pitaban los oídos y se hallaba en observación debido a una conmoción cerebral, pero, por lo demás, estaba ilesa. Al menos físicamente. En el corazón tenía un agujero del tamaño de Naffa. La acompañaban Limbar, la arzobispa Korbijn y Gell Deng, que temporalmente hacía las funciones de Naffa. En la habitación también estaba Amit Nohamapetan, por razones que Cardenia ignoraba, aunque estaba segura de que muy pronto las conocería.

—Las bombas que explotaron casi simultáneamente entre la multitud añaden complejidad a la investigación, ya que aumentan el caos en un escenario ya caótico de por sí —concluyó Limbar.

—¿Cuánta gente ha muerto? —preguntó Cardenia.

—Majestad, no deberíais preocuparos ahora por eso...

—¿Por qué no? —replicó Cardenia, y cambió al modo imperial, que le proporcionaba la distancia emocional suficiente para tratar con aquellas personas que estaban en sus dependencias contándole cosas espantosas—. ¿No somos la emperox? ¿No eran nuestros súbditos? ¿Cuántas personas han muerto?

—Ochenta por lo menos, majestad. Además, hay cien heridos, muchos en estado grave.

—¿Y cuántos murieron en la catedral?

—Dos, majestad. Naffa Dolg y un miembro de la guardia. Otro guardia está gravemente herido.

—¿Y quién ha sido el responsable?

—No lo sabemos con certeza. Nadie lo ha reivindicado. —Limbar señaló con la cabeza a Amit Nohamapetan—. Pero lord Nohamapetan tiene una información que podríais considerar relevante.

Cardenia se volvió hacia Amit y lo miró con aire cansado.

—¿De qué se trata, lord Nohamapetan?

—Majestad, como seguramente ya sabréis, mi hermano menor, Ghreni, partió hacia Fin hace unos años para actuar allí como representante de nuestra familia. Con el tiempo se ganó la confianza del duque de Fin y se ha convertido en su más estrecho consejero. El duque está tratando de sofocar una rebelión perfectamente organizada y financiada. Vuestro padre y el parlamento autorizaron el envío de fondos y de equipamiento para el duque y sus fuerzas, por no hablar de la intervención directa de los marines destinados en la Estación Imperial de Fin. Mi hermano puso por escrito en sus informes confidenciales que, cuando llegó a Fin la noticia de esa decisión, los rebeldes juraron tomar represalias.

—¿Está diciendo que los rebeldes de Fin son los autores del atentado? —preguntó Cardenia.

—Los informes de mi hermano han llegado con mucho retraso, naturalmente, majestad—respondió Amit—. Ese es uno de los problemas de un imperio tan vasto: las noticias tardan en llegar. Pero sí, mi hermano puso énfasis en señalar que planeaban algo.

—¿De cuándo datan esos informes de su hermano?

—Los recibimos hace unos tres meses estándar, majestad, lo que significa que fueron redactados nueve meses antes.

—¿Y no se os ocurrió informar a mi padre?

—La Casa de Nohamapetan no se atrevió a molestar a vuestro padre con ese asunto hasta que lleváramos a cabo investigaciones más profundas, sobre todo durante su enfermedad. Recibimos informes confidenciales de nuestros representantes en todos los sistemas en los que explican a grandes rasgos los motivos del descontento local, dondequiera que estén nuestros intereses. El informe de mi hermano no era en sí alarmante. Además, nuestros analistas concluyeron que las posibles represalias se centrarían en los intereses imperiales en Fin, no aquí. De lo contrario, os aseguro que Ghreni, mi hermano, habría informado a las autoridades imperiales locales para que tomaran las medidas pertinentes. Visto ahora con perspectiva, naturalmente, deberíamos haber compartido esa información. Os suplico que nos disculpéis, majestad.

—Nadie pensó que llegarían tan lejos —dijo la arzobispa Korbijn.

—Usted es aquí la representante del comité ejecutivo —repuso Cardenia—. Cuéntenos cuál es su parecer en este asunto.

—Los miembros del comité están furiosos —respondió Korbijn—. ¡El intento de asesinaros el día de vuestra coronación! ¡Los daños causados a uno de los lugares más sagrados de la Iglesia! ¡Decenas de muertos inocentes en un atentado cobarde! El comité está preparado para apoyaros en cualquiera que sea la decisión que toméis, majestad. También los gremios, el parlamento y, os lo aseguro rotundamente, la Iglesia.

—Todos estamos preparados, majestad —afirmó Amit.

Cardenia asintió con la cabeza.

—Os lo agradecemos. —Se volvió de nuevo hacia Lumbar—. ¿Qué opina usted de esta teoría sobre Fin?

—Necesitamos analizarla en profundidad, pero la información que lord Nohamapetan ya ha compartido con nosotros es convincente. Estamos buscando e investigando a todos los ciudadanos de Fin que se encuentran en Xi'an y en Central para ver qué averiguamos. Si existe alguna conexión con el atentado, la encontraremos.

—Encuéntrela pronto —dijo Cardenia.

—Sí, majestad.

—¿Qué pensáis hacer ahora, majestad? —preguntó Korbijn—. Sé que puedo parecer falta de delicadeza, pero aún hay miles de personas esperando conocer vuestra decisión acerca de la coronación. El resto del sistema Central también está ansioso por conocerla. Ya ha pasado un día entero.

—¿Cuánto tiempo estaba previsto que duraran los festejos de la coronación?

—Cinco días, majestad —dijo Gell Deng.

—Entonces decretamos un periodo de luto de cinco días —repuso Cardenia—. A contar a partir del día de la coronación. Ocúpese de que se honre a las víctimas. —Se volvió a Korbijn—. Esta noche oficiará un servicio en su memoria en la catedral. —Korbijn asintió—. Cuando concluya el periodo de luto, dirigiremos unas palabras a todo el sistema, a la Interdependencia.

—El parlamento no querrá esperar hasta entonces —señaló Korbijn.

—No estamos sugiriendo que se interrumpan el trabajo ni las investigaciones durante este periodo.

—Sí, majestad.

—Entretanto, al menos públicamente, permaneceremos aislados. —Señaló con la cabeza a Deng—. Gell será su persona de contacto estos próximos días. —Miró de nuevo a la arzobispa—. Confiamos en que el comité

ejecutivo no protestará por seguir encargándose de los asuntos administrativos unos cuantos días más.

—No, por supuesto que no.

—Le mandaré informes actualizados cuando los tenga y estaré a su entera disposición por si tuviera preguntas —dijo Limbar.

—Se lo agradecemos. —Cardenia se levantó. Todos captaron la indirecta y se pusieron en pie con ella. Sólo Deng permaneció sentado, pues sabía que la emperox aún lo necesitaba.

—Majestad, ¿me concederíais un momento en privado? —dijo Amit Nohamapetan mientras los demás abandonaban la estancia.

—Sí, lord Nohamapetan —respondió Cardenia. Aún estaba de pie y no lo invitó a tomar asiento, esperando que se diera cuenta de que debería ser breve.

Amit captó el mensaje. Lanzó una mirada fugaz a Deng, quien continuaba sentado, y comprendió que la conversación no sería todo lo privada que había esperado. Se acercó a Cardenia, se detuvo a una distancia respetuosa y comenzó a hablar en voz baja.

—Quería presentaros personalmente mis condolencias en este momento tan triste. Sé que os unía una estrecha amistad con Naffa Dolg. Siempre es duro perder a una persona querida, como desgraciadamente aprendió mi hermana cuando falleció vuestro hermano.

«Vaya, genial», pensó Cardenia. Incluso expresando sus condolencias, Amit Nohamapetan no podía evitar recordarle que su familia todavía consideraba que le pertenecía la posición de consorte del emperox. Se lo quedó mirando y vio su rostro vulgar y su cuerpo vulgar, y, debajo de ellos, la mente vulgar, según se decía, que se deleitaba con la persecución de placeres vulgares. La hermana y el hermano menor eran, al parecer, las mentes pensantes de los Nohamapetan. Este era un zoquete. Era obvio que su presencia en esta reunión sólo era un burdo intento para congraciarse con ella ofreciéndole información útil, que iba a culminar con el momento de

sensiblería que estaba teniendo lugar ahora. Todo cuidadosamente preparado para su degustación.

Cardenia se imaginó casada con él, teniendo hijos con él, con aquel zoquete, y apenas consiguió reprimir un grosero estremecimiento.

—Se lo agradecemos, lord Nohamapetan, y nos complace su preocupación.

Amit no dio la impresión de reparar en que Cardenia todavía utilizaba el plural mayestático.

—Espero que, cuando pase el tiempo apropiado, podamos reunirnos de nuevo en circunstancias más alegres y amistosas.

—Esperemos —repuso Cardenia. «Que esas circunstancias te mantengan alejado de mí más de treinta metros», añadió mentalmente.

Amit, sin embargo, no leía la mente, así que decidió interpretar la respuesta de Cardenia, expresamente ambigua, en un sentido positivo para él, que era exactamente lo que Cardenia había pretendido, a pesar de que detestaba tener la necesidad de hacerlo. Lord Nohamapetan sonrió, hizo una reverencia y se marchó. Cardenia esperó hasta que saliera de la habitación para relajarse ligeramente.

—¿Os encontráis bien, majestad? —preguntó Deng.

—No —respondió Cardenia—. Mi amiga está muerta y ese tipo repulsivo todavía está intentando arreglar un matrimonio conmigo. —Se detuvo de pronto y se volvió a Deng—. Lo siento, Gell. No era mi intención hablar así. Yo... yo estoy acostumbrada a tener a Naffa a mi lado y a hablar con absoluta libertad cuando estamos a solas.

El anciano secretario sonrió.

—Majestad, fui leal a vuestro padre durante casi cuarenta años, y discreto. Es uno de los requisitos del puesto. No pretendo sustituir a vuestra querida amiga, pero os prometo que siempre podréis hablar con absoluta libertad en mi presencia, si así lo deseáis. Ahora mi lealtad es con vos.

—Ni siquiera me conoce, Gell —dijo Cardenia.

—Con todos los respetos, majestad. Os conozco desde hace años. En primer lugar, por vuestro padre y su peculiar pero cariñosa relación con vos. Y durante el último año os he visto lo suficiente para hacerme una idea de cómo sois. Y si una cosa sé, majestad, es que sois una persona a la que merece la pena ser leal.

A Cardenia se le humedecieron los ojos.

—Bueno, por lo menos alguien lo cree. Es un comienzo.

—¿Qué puedo hacer ahora por vos?

—¿Puede devolverme a Naffa?

—No, majestad.

Cardenia señaló con el pulgar en la dirección en la que se había marchado Nohamapetan.

—¿Puede enviar a paseo a ese asqueroso?

—Si así lo deseáis, majestad.

—Pero no me lo aconseja, ¿verdad?

—No considero que me corresponda a mí aconsejar a los emperox, majestad.

—Ahora mismo necesito a alguien que me aconseje. No tengo a nadie más.

—En lugar de daros mi consejo, permitidme que os diga lo que vuestro padre pensaba de los Nohamapetan. Tal vez os ayude a tomar vuestras propias decisiones —dijo Deng—. Estoy seguro de que no le importaría que os lo contara.

—Adelante, por favor.

—Vuestro padre admiraba su ambición. Sin embargo, no la consideraba una familia especialmente inteligente. Pensaba que, como emperox, si no los mantenía vigilados, acabarían por obligarlo a, y cito literalmente, «meterse en un lío para volver a ponerlos a raya». Por eso manipuló a los Nohamapetan con la idea de que Nadashe se casara con vuestro hermano. Tenía el convencimiento de que, unidas las familias, sus ambiciones coincidirían y

que los Nohamapetan tendrían un motivo para actuar de un modo menos estúpido. Esas fueron sus palabras; no son las mías.

—¿Piensa entonces que mi padre querría que me casara con Amit Nohamapetan? ¿Para mantenerlos a raya?

Deng torció el gesto ligeramente.

—¿Qué? —preguntó Cardenia.

—No va a gustaros —respondió Deng.

—Dígalo de todos modos.

—Vuestro padre pensaba que el matrimonio de vuestro hermano y Nadashe saldría bien porque eran complementarios. No creía que vos y Amit fueran complementarios. A vos os consideraba una persona pasiva, y de Amit pensaba que le faltaba inteligencia. Creía que vuestro matrimonio con él no colmaría las ambiciones de Nadashe, que es la verdadera cabecilla de los hermanos Nohamapetan. Y eso se traduciría en problemas para vos. Y para el trono.

—A lo mejor habría preferido que me casara con Nadashe —sugirió Cardenia.

—¡Oh, no! —se apresuró a decir Deng—. Os habría utilizado a su antojo, o eso pensaba vuestro padre —añadió rápidamente.

—Mi padre no tenía una gran opinión de mí.

—Todo lo contrario. Tenía una gran opinión de vos, majestad. Es sólo que lamentaba que vuestro hermano no hubiera vivido para ser emperox.

—Bueno, Gell. Yo también. Pero murió. Esto es lo que hay.

—Sí, majestad. ¿Y qué desea la emperox?

—¿Cuándo es el funeral de Naffa?

—Dentro de dos días.

—Asistiré. —Deng torció otra vez el gesto—. ¿Qué ocurre?

—El representante de la familia Dolg ha enviado una nota, majestad. Llegó hace unas horas y esperaba poder hablaros de ella. La familia quiere manifestar que vuestra presencia en el funeral alteraría el desarrollo normal

de la ceremonia, ya que el contingente de seguridad que os acompaña es enorme, sobre todo ahora. Además, los padres de Naffa son republicanos, como lo serán la mayoría de las personas que asistirán, así que vuestra presencia podría generar algún comentario ofensivo por parte de los amigos de la familia.

—No quieren que provoque un alboroto.

—En esencia, es así, me temo.

—Entonces, me gustaría hablar con sus padres.

—En la carta también se sugiere que dejéis pasar un tiempo para eso. A mi entender, los padres no os culpan de lo ocurrido, pero no es lo mismo no culparos que recordarles que su hija está muerta porque trabajaba para vos. Sería... duro para ellos veros en estos momentos.

Cardenia tomó aire y lo contuvo unos instantes.

—Lo siento, majestad —dijo Deng al fin.

Cardenia hizo un gesto para restarle importancia.

—Por lo menos no quiero que paguen nada.

—¿Sus padres? —inquirió Deng. Cardenia asintió—. ¿Os referís a los gastos del funeral?

—Me refiero a nada, nunca más en la vida. Han perdido a su hija, mi amiga. Es lo único que puedo hacer por ellos ahora mismo, ¿no?

—Sois la emperox —repuso Deng—. Podéis hacerlo si así lo deseáis.

—Pues que así sea, por favor.

—Sí, majestad. —Deng se puso en pie—. ¿Alguna cosa más?

Cardenia negó con la cabeza. Deng hizo una reverencia, recogió sus cosas y se dispuso a marcharse.

—¿Dónde podré encontrarlo? —preguntó Cardenia—. Por si acaso lo necesito.

Deng se volvió y sonrió.

—Siempre estoy cerca, majestad. Sólo tiene que llamarme.

—Gracias, Gell.

—Majestad. —Deng salió de la habitación.

Cardenia esperó a que cerrara la puerta para entregarse a un largo y sentido llanto, por séptima u octava vez desde la muerte de Naffa.

Entonces recordó la última vez que vio a su amiga y lo que ella le había dicho. No en la vida real, sino en el sueño. Se volvió hacia la puerta de la Cámara de la Memoria y la observó pensativa un par de minutos, hasta que por fin se levantó y la abrió.

En cuanto entró en la cámara apareció Jiyi.

—Hola, emperox Grayland II. ¿Cómo estáis?

—Sola —dijo Cardenia, e inmediatamente se reprochó la respuesta de drama adolescente. Pero era cierto que estaba sola.

—Siempre estáis sola en la Cámara de la Memoria —observó Jiyi—. Aunque, desde otro punto de vista, nunca estáis sola aquí.

—¿Eso lo has pensado tú solo?

—Yo no pienso —respondió Jiyi—. Me lo programaron hace años.

—¿Por qué?

—Porque siempre llega un momento en el que todos los emperox me dicen que están solos.

—¿Todos los emperox?

—Sí.

—Eso... es extraño, pero me hace sentir mejor.

—Es la reacción habitual.

—La profetisa está aquí, ¿verdad?, Rachela I.

—Sí.

—Me gustaría hablar con ella, por favor.

Jiyi asintió y su imagen se esfumó. En su lugar apareció una mujer menuda y de mediana edad que se parecía muy poco a las representaciones habituales de la profetisa, que la mostraban en el esplendor de su juventud, con una larga y abundante cabellera y prominentes pómulos. Parecía otra persona.

Tampoco se parecía a Naffa. Cardenia se dejó vencer momentáneamente por la decepción, pero enseguida se reprendió por ello. No había razón para esperar que la profetisa tuviera la apariencia de Naffa fuera de su sueño.

—¿Sois Rachela I? —le preguntó a la imagen.

—Así es.

—La fundadora de la Interdependencia y de la Iglesia Interdependiente.

—Básicamente, sí.

—¿Básicamente?

—En ambos casos participaron más personas, pero decidimos que, por el bien de cimentar la mitología, lo mejor sería que yo asumiera en solitario su fundación, así que eso dijimos.

—¿De verdad fuisteis una profetisa?

—Sí.

—Por tanto, sabíais que lo que afirmabais sobre la Interdependencia y los principios de la misma se haría realidad.

—No, claro que no.

—Pero acabáis de decir que fuisteis una profetisa.

—Todo el mundo puede ser profeta. Sólo hay que decir que tus palabras son las palabras de Dios. O de los dioses. O de cualquier entidad divina. Lo que se quiera. El hecho de que se cumplan no depende de eso.

—Pero vuestras palabras se cumplieron. Profetizasteis la Interdependencia y se hizo realidad.

—Sí, tuve suerte.

—Entonces, ¿no estabais segura de que fuera a ocurrir?

—Ya os he dicho que no. Pero os aseguro que trabajé duro para cumplir mi profecía y darle una apariencia de inevitabilidad. Y, por supuesto, todo el enfoque místico también ayudó.

Cardenia frunció el ceño.

—Fundasteis una Iglesia.

—Así es.

—Pero, escuchándoos, no parecéis una persona especialmente religiosa.

—Lo cierto es que no lo soy.

—Ni que creáis en Dios. O en los dioses.

—La verdad es que no soy creyente. Y cuando diseñamos la Iglesia, hicimos hincapié en conferir al elemento divino la máxima ambigüedad posible. A la gente no le importa que el aspecto divino de una Iglesia sea poco convincente siempre y cuando sus mandamientos sean claros. Y eso hicimos. Cogimos un poco del confucionismo, que en el sentido estricto no es una religión, y le añadimos ingredientes de otras religiones que consideramos útiles.

—Entonces, ¿no creéis en vuestra propia Iglesia!

—Claro que creo en ella —repuso Rachel I—. Concebimos una serie de preceptos morales para aglutinar los sistemas humanos. Y lo hicimos porque pensábamos que era deseable y, hasta cierto punto, necesario. Por tanto, puesto que creo en esos preceptos, creo en la misión de la Iglesia. Al menos en la misión que tenía cuando la fundamos. Las instituciones humanas tienen tendencia a desviarse de las intenciones de sus creadores con el paso del tiempo. Otra razón para establecer unas reglas claras.

—Pero el elemento divino es falso.

—Llegamos a la conclusión de que no era menos falso que el de cualquier otra religión. En todo caso, sólo desde el punto de vista de las evidencias.

Cardenia se sintió un poco desconcertada. Una cosa era considerar que la Iglesia predominante de la Interdependencia era una patraña, cosa que pensaba desde que tenía uso de razón (era un poco incómodo ahora que era la jefa de esa Iglesia, pero podía convivir con ello); pero otra muy distinta era que la fundadora de la Iglesia, o al menos el conjunto de recuerdos que la conformaban, se lo confirmara.

—Naffa tenía razón —dijo Cardenia—. La Interdependencia es una estafa.

—No sé quién es Naffa —repuso Rachel I.

—Era una amiga mía —le aclaró Cardenia—. Se me apareció en un sueño

y me dijo que la Interdependencia era una estafa.

—Yo lo habría explicado como que tuve una profética visión mística —  
apuntó Rachela I.

—Sólo fue un sueño.

—En nuestra posición, los sueños no existen. Los emperox no sueñan.  
Tienen visiones. Eso es lo que nos distingue. O lo que nos distinguía en teoría  
cuando me convertí en la primera emperox.

—Bueno, pues lo tuve yo y no fue una visión, sólo un sueño.

—Un sueño que os dio que pensar. Un sueño que os ha impulsado a  
investigar. Un sueño que os ha hecho venir a consultarme a mí, la profetisa.  
A mí me parece una visión en toda regla.

Cardenia miró boquiabierto a Rachela I.

—Sois increíble.

—Trabajé en publicidad —dijo Rachela I— antes de ser profetisa.  
Después también, pero ya no llamaría así a lo que hice a partir de entonces.

—Me cuesta creer lo que estáis contándome.

Rachela I asintió con la cabeza.

—Estoy acostumbrada. Antes o después, todos los emperox me activan  
para mantener conmigo una conversación parecida. La mayoría reacciona  
como vos.

—¿La mayoría? ¿Y los demás?

—Se alegran de que se confirme lo que ya sospechaban.

—¿Y qué pensáis vos? —preguntó Cardenia.

—Yo no pienso nada. No estoy viva. En realidad, ni siquiera estoy aquí.

—Siempre y nunca estáis sola en la Cámara de la Memoria.

Rachela volvió a asentir.

—Eso dije. O algo parecido, en todo caso.

—¿La Interdependencia es una estafa? —preguntó sin ambages Cardenia.

—La respuesta es demasiado compleja.

—Dadme la versión simple.

—La versión simple es: sí, pero. La versión ligeramente más larga es: no, y. ¿Qué versión prefieres?

Cardenia se quedó unos instantes mirando a Rachela I en silencio. Luego se sentó en el banco de la Cámara de la Memoria.

—Contádmelo todo.

## Diez

—Me pica —se quejó Marce Claremont a su hermana.

—¿Dónde? —le preguntó Vrenna.

—Toda la cabeza.

Marce se había afeitado la cabeza como le habían pedido, a excepción de las cejas y las pestañas, y se había puesto el cabello y la barba de pelos cultivados en una capa de piel real que habían pegado a la suya con un material hecho de colágeno humano, o al menos eso le había asegurado la persona que se la había aplicado en la cara. Luego le colocaron la funda del dedo pulgar, con la que Marce se sentía como si tuviera la mano envuelta en cinta adhesiva y tenía que reprimir el impulso de arrancársela. A continuación le pusieron las lentes de contacto, que le cambiaban el color de los ojos y el dibujo del iris y que contenía unas córneas holográficas falsas para proporcionar un efecto de profundidad en los dibujos de las retinas.

—Además, casi no veo nada con estas lentillas —protestó.

—Pues el color te queda bien. Deberías dejártelas después de subir a la nave.

—Qué graciosa eres.

Los dos hermanos estaban esperando en el ascensor que debía bajar a Marce al vestíbulo. Se había informado a los nuevos tripulantes de la *Sí, señor* que pasarían a recogerlos para comprobar sus documentos y llevarlos luego al aeropuerto, desde donde serían trasladados a la nave. Era lo más adecuado para Marce, ya que de esta manera podría confundirse con el resto de los nuevos tripulantes.

Pero eso también significaba que estos eran, literalmente, los últimos minutos que pasaría con su hermana, posiblemente en toda su vida.

—Dile a papá que me perdone por no despedirme de él.

—Se lo diré. Lo entenderá. No le gustará, pero lo entenderá. No te preocupes por él.

—¿Y por ti, tengo que preocuparme?

Vrenna sonrió.

—Sé cuidar de mí misma. O por lo menos sé mantenerme ocupada. Además, he oído rumores de que pronto todo el mundo en Fin va a estar muy ocupado. De todos modos, tengo la agenda bastante llena.

—¿Qué tienes que hacer?

—Lo primero, colgar sobre el vacío desde la azotea de un edificio a Ghreni Nohamapetan por secuestrar a mi hermano.

Marce se echó a reír. Sonó la campanilla del ascensor y se abrió la puerta.

Vrenna se fundió en un fortísimo abrazo con su hermano y le plantó un beso en la mejilla. Luego lo empujó suavemente al interior del ascensor.

—Vete. Cuéntaselo todo al emperox. Salva a todos los que puedas. Y luego vuelve.

—Lo intentaré.

—Te quiero, Marce —dijo Vrenna cuando la puerta comenzaba a cerrarse.

—Te quiero, Vrenna —dijo Marce cuando se cerró por completo.

Tuvo veinte plantas para poner en orden sus emociones.

La puerta del ascensor se abrió y ante él se arremolinaban un par de docenas de personas, tres de ellas vestidas con el uniforme oficial de los tripulantes de la Casa de Lagos. Una de estas, una mujer, se lo quedó mirando y le soltó:

—¿Qué demonios hace en el ascensor?

—Estoy buscando un baño —respondió Marce.

—Bueno, pues ahí no lo encontrará, así que salga.

Marce salió del ascensor y la mujer le tendió una mano para que le

entregara los documentos. Marce se los dio.

—Kristian Jansen —dijo mirándolos.

—Yo mismo.

—¿Algún parentesco con Knud Jansen?

—Creo que no.

—Viajé con él una vez. También era de Fin.

—Hay muchos Jansen en Fin.

La tripulante asintió y levantó la tableta.

—Pulgar.

Marce apretó la yema de su dedo pulgar falso en la tableta, que la escaneó.

La mujer puso entonces la tableta delante de los ojos de Marce.

—No pestañeé —le ordenó.

La cámara situada en el reverso de la tableta escaneó las lentillas de Marce.

—Bueno. Confirmado que es Kristian Jansen, sin deudas ni cuentas pendientes con la justicia. Está al día del pago de sus cuotas al sindicato de los gremios y tiene valoraciones personales positivas —dijo la tripulante—. Bienvenido a bordo.

—Gracias, eh...

—Ndan. Suboficial Gtan Ndan.

—Gracias, señora.

—Bienvenido, tripulante. —Ndan echó un vistazo a la mochila de Marce—. Viaja ligero de equipaje.

—Me han robado la otra bolsa.

Ndan asintió.

—Vaya putada. Cuando se instale, vaya a la intendencia y consiga un equipo nuevo. Tienen unos precios abusivos, pero ese es su problema. ¿Lleva dinero encima?

—Algo llevo.

—Si no le llega, venga a verme. Le haré un préstamo.

—Es usted muy amable.

—No es amabilidad, son negocios. Cobro unos intereses abusivos. —Ndan señaló un autobús que esperaba fuera del edificio.

—Suba al autobús. Salimos dentro de cinco minutos. ¿Aún necesita aliviarse?

Marce tardó unos segundos en comprender que Ndan retomaba el tema del baño.

—Estoy bien.

—Pues váyase —dijo ella, y miró hacia otro lado en busca de otro tripulante nuevo a quien debiera revisar los documentos.

En los cinco segundos que tardó en ir desde la puerta del vestíbulo hasta el autobús, Marce se sintió completamente desprotegido, pero consiguió subir al vehículo sin que sucediera incidente alguno. Buscó un asiento libre, se sentó y esperó. Observó el edificio de la Casa de Lagos a través de la ventana y se preguntó si Vrenna estaría mirando el autobús desde allí. De repente sintió pena por Ghreni Nohamapetan, a quien su hermana iba dar una paliza en cuanto tuviera la menor oportunidad. Entonces se oyó un estruendo lejano, como el del impacto de un proyectil en un edificio, y Marce recordó que Vrenna y su padre tenían otras preocupaciones más acuciantes.

El autobús lo trasladó al aeropuerto, donde pasó otro control de documentos y de huella digital en la aduana imperial. Luego subió al tronco de habichuela, que le supuso una verdadera decepción, ya que no tenía ventanas y en la única pantalla de la atestada cabina sólo pasaban vídeos de información aduanera para los pasajeros y anuncios publicitarios.

En un momento dado, en pleno viaje por el tronco de habichuela, Marce advirtió que el pelo (falso) se le aplastaba contra el cuero cabelludo. Se lo comentó a la persona que estaba sentada a su lado, quien asintió sin levantar la mirada de lo que quiera que estuviera leyendo en la tableta.

—Es el campo de presión —dijo el hombre, y siguió leyendo.

Marce asintió. Los campos de presión eran lo más parecido a la fuerza de

la gravedad que había sido capaz de desarrollar la humanidad. En ellos, los objetos recibían una presión desde arriba (lo que quiera que fuera «arriba» en cada caso), en lugar de ser atraídos desde abajo, como se consideraba que hacía la fuerza de la gravedad. Los principios físicos que regían los campos de presión se habían descubierto por casualidad. Los investigadores de la Tierra trabajaban en la resolución del problema de formar una pequeña burbuja espacio-temporal individual alrededor de una nave espacial para aprovechar el recién descubierto Flujo, y sus investigaciones acabaron siguiendo diversos derroteros. La mayoría de los cuales no llevaron a nada, pero uno sí lo hizo, y ahora estaba presionando el pelo de Marce.

Alzó la mirada y vio los conductos de los generadores del campo de presión que recorrían el techo de la cabina como si fueran unos tubos fluorescentes. Él, naturalmente, comprendía el funcionamiento de los campos de presión, pues era una parte de la física que estudiaba el Flujo. Pero nunca había salido de Fin. Jamás había experimentado sus efectos como lo hacía ahora, y le generaban cierta inquietud. En concreto, lo que no le gustaba era la sensación de tener una mano gigante presionándole la cabeza y los hombros, ni cómo le aplastaba el pelo falso contra el cuero cabelludo. Miró a su alrededor y comprendió por qué la mayoría de los tripulantes experimentados llevaban el pelo muy corto o recogido en trenzas o coletas.

El tronco de habichuela lo dejó en la Estación Imperial, que constaba de un anillo rotatorio para los marines y los funcionarios imperiales que permanecían en la estación largos periodos de tiempo, y de una sección para las naves comerciales en la que actuaban los campos de presión, donde las naves descargaban y organizaban los cargamentos. Marce y el resto de los tripulantes salieron a la zona reservada para las naves comerciales, e inmediatamente comprendió por qué las personas que pasaban largas temporadas en la estación espacial preferían vivir en el anillo. Aquí, los campos de presión, configurados a una fuerza de la gravedad estándar, ejercían una presión casi insoportable.

Marce y los demás tripulantes fueron conducidos hasta una zona de encuentro para la tripulación de la *Sí, señor*. Antes de llegar, Marce reparó en un grupo de personas que esperaban en el hangar de carga. Estaba seguro de que eran los pasajeros de la *Sí, señor*, con los que debería haber estado si Ghreni Nohamapetan no lo hubiera secuestrado y puesto en busca y captura. La verdad es que los pasajeros parecían cualquier cosa menos refugiados. Tenían el aspecto de lo que eran: gente rica. Se arremolinaban en torno a sus hijos y su equipaje a mil marcos el kilo como si estuvieran a punto de emprender una excitante aventura en lugar de huir del planeta para siempre.

A pesar de que había hecho todo lo posible para ser uno de aquellos exiliados, Marce engendró en su interior un sentimiento de rencor hacia aquellas personas que podían dejar atrás los problemas con dinero.

«¡Serás hipócrita!», le dijo una parte de él. Bueno, tal vez lo fuera, pero de todos modos él no huía; se marchaba porque alguien debía hablar con el emperox y explicar en el parlamento y a todo aquel que quisiera oírlo que el fin estaba cerca. Y a él le había tocado ser ese alguien.

«Nada de eso. Sigues siendo un hipócrita.» El grupo de tripulantes del que formaba parte entró en un túnel que los condujo a la zona de encuentro, donde los esperaba un transbordador.

Tras una última comprobación de documentos y de huellas digitales, el transbordador se desacopló de la Estación Imperial y partió en dirección a la *Sí, señor*. El vehículo tampoco contaba con ventanas (las ventanas eran un riesgo en el vacío del espacio), pero esta vez Marce pudo conectar su tableta a una cámara exterior y vio aparecer en el plano la *Sí, señor*: un largo tronco con dos anillos rotatorios. Pese a su aspecto nada elegante, poseía una extraña belleza. Aquel sería su hogar durante los próximos nueve meses.

—Vaya mierda —dijo su compañero de fila, con la mirada puesta en la pantalla de la tableta de Marce.

—A mí me parece bonita —repuso él.

—De lejos parece bonita. Pero tengo amigos que han trabajado en naves

de la Casa de Lagos y todas han tenido problemas. Los Lagos son unos rácanos. Fuerzan las naves hasta que se caen a trozos y sólo las reparan cuando la alternativa es que exploten. Me dan miedo.

—Y, sin embargo, aquí estás, a punto de embarcarte como tripulante en una de ellas.

—Iba a embarcarme en la *Cuéntame otra*, pero la han confiscado. He oído que la capitana permitió que los piratas le robaran la carga. Cambio de planes de última hora. Pero mejor eso que quedarse aquí. Las cosas van a ponerse muy feas en Fin.

—¿Los rebeldes?

El hombre asintió con la cabeza.

—Los rebeldes y lo otro. Eso de las corrientes del Flujo.

—¿Cómo? —exclamó Marce. Soltó la tableta y depositó toda su atención en su compañero de fila.

—Un amigo mío, que es tripulante de la *Cuéntame*, el que me consiguió el trabajo allí, me ha contado que se salieron del maldito Flujo y que sólo consiguieron volver a entrar por los pelos, justo cuando ya iban a quedarse tirados para siempre. Este amigo tiene un amigo que le dijo que no era la primera vez que ocurría. ¡Joder, las corrientes del Flujo están perdiendo estabilidad por todas partes! Sólo es cuestión de tiempo que desaparezcan. Y no quiero que eso me pille en Fin. Soy de Kealakekua. Vuelvo a casa.

—No sabía nada —mintió Marce.

—Eso es porque no has pisado una nave en los últimos años. Todos los que trabajamos en las naves hemos oídos los rumores.

—Sólo son rumores.

—Sí, claro, sólo son rumores. Pero ¿qué otra cosa iban a ser? —le espetó el hombre con nerviosismo—. Una noticia tarda cinco años en ir de un extremo al otro del espacio y cambia cada vez que se cuenta. Así que lo que llega al final nunca es la noticia, sino una idea general. Y ahora mismo, esa idea general es que algo raro pasa con el puto Flujo.

—¿Y los gremios lo saben?

El hombre miró a Marce como si tuviera delante a un idiota.

—No quieren saberlo. Si una nave entra en el Flujo y no sale, dicen: «Oh, los piratas la capturaron antes de que pudieran informar». O se inventan que hubo un problema en la formación de la burbuja dentro del Flujo y que simplemente desapareció. Siempre tienen una explicación que deja al margen cualquier fallo del Flujo. No quieren creerlo. Y si no lo creen, ¿quién le va a abrir los ojos a la Interdependencia? ¿Tú? ¿Yo? ¡Y una mierda! ¡Como si alguien fuera a creernos!

—A lo mejor sí.

—Bueno, pues inténtalo y después me lo cuentas. Yo me vuelvo a casa. Tengo hijos. Quiero verlos.

Se produjo un estruendo y el transbordador aterrizó en la *Sí, señor*.

—¿No te preocupa que le ocurra algo a esta nave durante el viaje? — preguntó Marce mientras esperaban a que el sistema de ventilación llenara de aire el hangar.

—Tenía que correr el riesgo. No quería quedarme aquí.

—¿Por qué?

—Mi amigo de la *Cuéntame* ha oído que esta corriente, la que parte de Fin... está en las últimas.

—¿Cómo...?

—¿Cómo lo sé? Es un rumor, tío. No te pasan un informe científico. Pero mi amigo está angustiado. Incluso se le pasó por la cabeza cambiarse de nave y venirse con nosotros. Pero toda la tripulación de la *Cuéntame* está en tierra y tiene prohibido abandonar Fin en espera de pasar a disposición judicial, y no sabía dónde conseguir documentos falsos. Es difícil engañar a los comprobadores biométricos.

—Eso he oído.

El hombre asintió.

—Así que no puede moverse de Fin. Y tiene miedo de no poder salir

nunca de allí.

—Hay lugares peores de donde no poder salir que Fin —dijo Marce.

El hombre resopló.

—Un planeta abierto no es sitio para los humanos. Siempre elegiría un anillo con un hábitat decente.

—La Tierra era un planeta abierto.

—Y nos marchamos de ella.

La puerta del transbordador se abrió y la tripulación comenzó a salir en fila.

—¿Cómo se llama tu amigo? —preguntó Marce—. El de la *Cuéntame*.

—¿Por qué? ¿Vas a enviarle un mensaje de condolencia?

—Quizá.

El tipo se encogió de hombros.

—Sjo Tinnuin. Y yo me llamo Tared Brenn, por si acaso tenías curiosidad por saberlo.

—Yo soy Kristian.

—¿Cristiano? Yo soy más de la Iglesia de la Interdependencia. —Brenn se alejó antes de que Marce pudiera aclararle la confusión.

Una hora después, Marce había asistido a la charla informativa y tenía asignado su camarote: una habitación compartida con otros quince tripulantes. Cada uno de ellos disponía de un catre que podía cerrarse para disfrutar de privacidad y un armario; el cuarto de baño y la sala de estar eran compartidos, aunque era bastante improbable que esta última pudiera acoger a los dieciséis a la vez. Por ser el novato le tocó la peor cama de todas, la que estaba más arriba de las cuatro más cercanas al cuarto de baño, a la altura a la que quedaban suspendidos los vapores que salían del baño.

Marce se subió a la litera, que apenas lo separaba del techo la distancia suficiente para sentarse en ella, y conectó la tableta a la red de la nave. Ya tenía un mensaje sin leer; en él lo informaban del lugar donde debía

presentarse a su nuevo superior y la hora, para la que sólo faltaban treinta minutos.

Luego abrió una aplicación que le permitía comunicarse de manera anónima y segura y escribió un mensaje a su hermana:

Soy tu amigo Kristian.

Ya nos dijimos adiós. Acabas de estropear nuestra despedida, respondió Vrenna.

Marce sonrió.

Necesito que busques a alguien. Un hombre llamado Sjo Tinnuin. Es tripulante de la *Cuéntame otra*. Necesito que lo encuentras antes de que la *Sí, señor* llegue al bajío del Flujo.

De acuerdo. ¿Para qué?

Ha oído un rumor sobre un asunto que me interesa.

Me encanta cuando eres tan vago en tus explicaciones.

Es sobre el asunto que me preocupa últimamente. ¿Te parece mejor esta vaguedad?

Entendido.

Bien. Estaría bien saber dónde ha oído ese rumor. Es un asunto tan concreto que me extraña mucho que exista un rumor.

Me pongo a ello. ¿Qué tal la nave?

Estoy en una litera del tamaño de una caja de zapatos.

Qué envidia. Lo único que tengo yo es la cama gigante del palacio, en una

habitación del tamaño de un pueblo.

Te odio.

Yo también te odio, Kristian. Cuídate. Te enviaré un mensaje cuando tenga noticias.

Gracias.

Y aquí Marce estuvo a punto de escribir «hermanita», pero se contuvo y lo dejó correr. Apagó la tableta, cerró la litera y se quedó unos minutos en la desasosegante y claustrofóbica oscuridad, sufriendo los primeros síntomas del mareo.

## Once

—Me dijo que quería que la informara si ocurría algo fuera de lo normal cuando partiéramos de Fin —dijo el capitán Tomi Blinnikka a Kiva.

Hacía dos días que habían abandonado Fin y aún quedaba otro para que llegaran al bajío del Flujo que los conduciría hasta Central. Kiva y Blinnikka se encontraban en el camarote privado del capitán, próximo al puente de mando de la *Sí, señor*, junto con el jefe de seguridad Nubt Pinton. En la habitación sólo había espacio para albergar cómodamente a dos personas, y Pinton era exageradamente grande, así que Kiva casi podía notar en la boca el sabor del sudor de su jefe de seguridad.

—¿Qué ocurre?

Blinnikka desbloqueó una tableta y le mostró a Kiva la pantalla, que mostraba en tiempo real la posición de la *Si, señor* en el espacio junto con la ubicación, obtenida mediante logaritmos, de otros objetos y naves en un radio que medía la distancia que podía recorrerse en un minuto a la velocidad de la luz.

—Una nave viene hacia nosotros.

—¿Hacia nosotros? ¿O hacia el bajío?

—Hacia nosotros. Hemos hecho una previsión de su trayectoria y va a interceptarnos dentro de catorce horas. Cuando supimos de su existencia y de su rumbo, supuse que también se dirigía hacia el bajío y que no se había dado cuenta de nuestra presencia. Aumenté nuestra velocidad un cero coma cinco por ciento para poner distancia de por medio. En un primer momento, no se produjo ningún cambio en la otra nave, pero hace un par de horas que ha

aumentado su velocidad para igualarla a la nuestra. No hay duda de que somos su objetivo.

—Piratas.

—Sí.

—Piratas estúpidos.

El mejor momento para abordar una nave era cuando estaba saliendo del Flujo, no cuando se dirigía a él, ya que la inercia llevaría de todos modos la nave atacada hasta el bajío del Flujo. Las naves pirata solían ser relativamente pequeñas y no demasiado veloces, y casi siempre diseñadas para viajes dentro del sistema local, es decir, no estaban equipadas para formar una burbuja espacio-temporal que las envolviera. Si entraban en el Flujo, dejaban de existir. Una nave pirata que se propusiera atacar otra nave justo antes de que esta entrara en el Flujo disponía de un tiempo muy breve para abordarla, apropiarse del cargamento y desacoplarse de ella.

—Estúpidos, o tienen un plan que nosotros no entendemos.

—Podemos deshacernos de ellos, ¿verdad?

La *Sí, señor* estaba dotada de todo un arsenal de armas defensivas, y también de un pequeño contingente de armas ofensivas. Estas eran en teoría ilegales en una nave comercial, pero ¡qué coño!, cuando estás en el espacio, a veces tienes que disparar primero y luego mentir durante la investigación de los gremios.

—La nave aún está demasiado lejos para ver con claridad sus características, pero si la identificación de su sistema de propulsión es correcta, se trata de una nave de carga de la clase Winston, probablemente modificada de arriba abajo. Aun así, sigue siendo pequeña, lo que limita su capacidad de ataque. Seguramente podremos deshacernos de ella si su intención es abordar la *Sí, señor*.

—¿Qué otra intención podría tener? ¿Invitarnos a tomar el té?

—No lo sabemos. Ahora mismo sólo podemos observar y controlar sus movimientos.

—Podríamos dejarla atrás y llegar con ventaja al bajío. ¿Por qué no aumentamos la velocidad?

Blinnikka negó con la cabeza.

—Si aumentamos notablemente la velocidad, revelaremos que sabemos que nos siguen. Probablemente ellos también acelerarán y nos interceptarán antes. Si el plan es dejarlos atrás, debemos esperar hasta el último momento, hasta que se acerquen lo suficiente para dispararles esos misiles que se supone que no tenemos. Pero insisto, siempre y cuando su intención sea abordarnos como vulgares piratas.

Kiva sintió que le hervía la sangre.

—¿Por qué no iban a abordarnos como unos vulgares piratas?

—No lo sabemos. Esa es la cuestión. Se dirigen a nosotros antes de la entrada en el Flujo en lugar de tras la salida de él y no dispondrían del tiempo suficiente para trasvasar todo el cargamento a su nave aunque no encontraran oposición por nuestra parte. Pero también deben de saber que no transportamos nada de valor. Los piratas tienen espías en las estaciones que les pasan información sobre las naves y sus manifiestos. Así deciden sus objetivos. No hay que ser muy astuto para saber que lo único que cargamos en Fin fueron personas, ya que no lo mantuvimos en secreto. Y a menos que vayan detrás del concentrado de farfullas, a bordo no hay nada de valor.

—¿Saben que no llevamos nada de lo que puedan sacar algo y aun así nos persiguen?—inquirió con sorpresa Kiva.

—Así es. Y eso es lo que me inquieta.

Kiva asintió.

—Está bien. ¿Qué es lo otro?

—Uno de nuestros pasajeros está mostrando un comportamiento extraño —respondió Nubt Pinton.

—Todos nuestros pasajeros son capullos ricachones —dijo Kiva—. Un comportamiento extraño es parte de lo que ellos entienden por encanto.

Pinton esbozó una leve sonrisa.

—Si usted lo dice. No obstante, en este caso el problema no es la excentricidad del pasajero, sino su inusitado interés en la nave.

Pinton levantó la tableta y envió un vídeo a la que Kiva tenía en las manos. En la grabación aparecía un hombre recorriendo los pasillos de la nave, observándolo todo con suma atención.

—¡Oh, Dios mío, ese hombre camina! ¡Matémoslo! —exclamó Kiva

—No se trata de que camine, sino por dónde lo hace. No da inocentes paseos por la nave. Entra en las zonas relacionadas con las máquinas, la propulsión y los sistemas de soporte de vida.

—¿Sólo en esos lugares?

—No —respondió Pinton—. También visita otros sitios. Pero esos son los lugares a los que regresa con frecuencia. Nunca se adentra demasiado ni pasa mucho tiempo en ellos. Pero regresa.

—¿Por qué no aislamos a los malditos pasajeros? —preguntó Kiva, bajando la tableta—. No tenemos ninguna necesidad de que esos capullos estén paseándose por la nave.

—Esa fue la idea original y, de hecho, ya hemos entregado a los pasajeros una lista de las zonas en las que tienen terminantemente prohibido entrar.

—Que ese tipo se pasa por el forro.

—No, pero casi. Pero su interés no se centra, pongamos por caso, en la sala de motores directamente, sino en los distintos lugares de la nave donde es más fácil alterar el funcionamiento del sistema de los propulsores.

—Lo que me lleva a mi pregunta inicial, Pinton.

Este agitó la tableta que tenía en las manos.

—No lo hemos aislado porque un miembro de la tripulación ha identificado al hombre y queríamos averiguar qué tramaba.

—¿Cómo se llama ese capullo ricachón?

—Esa es la cuestión. Nuestro miembro de la tripulación dice que no es un capullo ricachón, sino alguien que trabaja para un capullo ricachón.

—¿Quién es ese miembro de la tripulación?

—Es un nuevo sobrecargo llamado Kristian Jansen. Tengo entendido que lo conoce.

—¿Y para quién dice que trabaja?

—Para Ghreni Nohamapetan.

—Tráelo aquí ahora mismo —ordenó Kiva.

—Verán, trabajé para la familia del conde de Claremont... —comenzó a decir Jansen.

—¡Por el amor de Dios! —lo interrumpió una exasperada Kiva—. ¡Todos los que estamos en esta habitación sabemos quién es usted, lord Marce!

—No estaba seguro de que así fuera —repuso Marce.

—Bueno, pues ahora ya lo está, así que continúe.

Marce asintió.

—No he tenido mucho contacto con lord Ghreni, pero he coincidido con él en algunas recepciones en el palacio del duque y en otras celebraciones y fiestas en las que la presencia de un noble se consideraba un valor añadido. Ghreni era uno de esos nobles que siempre iba acompañado por un séquito de amigos y empleados. —Señaló la tableta de Pinton—. Ese hombre es un empleado suyo. Un antiguo soldado que trabaja como guardaespaldas para él.

—¿Está seguro? —preguntó Blinnikka.

—Estoy seguro. Vrenna me lo señaló una vez porque estuvieron en la misma unidad durante algún tiempo. Me contó que era un soldado competente, pero que como persona dejaba bastante que desear y que una vez estuvo a punto de hacerle comer sus propios testículos porque no paraba de tirarle los tejos. Desde entonces, cada vez que lo veía me lo imaginaba con los huevos en la boca.

—Una imagen preciosa —señaló Kiva.

—Cuando lo vi en la sección del anillo para los pasajeros, quise confirmarlo con la seguridad de la nave. —Señaló con la cabeza a Pinton.

—Supongo que viaja con documentos falsos —dijo Kiva, mirando a su

jefe de seguridad.

—En efecto —confirmó Pinton—. En nuestros registros consta como Tysu Gouko. Recuerde que nosotros le proporcionamos la identidad falsa, así que no podemos utilizar eso contra él. Sin embargo, cuando acudió a nosotros se presentó como un franquiciado de la Casa de Sykes llamado Frinn Klimta.

—¿Existe alguien llamado Frinn Klimta?

—Tal vez. No lo hemos comprobado. No pensamos que le importara saberlo, señora, siempre y cuando el dinero fuera verdadero. Y lo era.

Kiva miró a Marce.

—¿Cómo se llama en realidad ese capullo?

—Su nombre de pila es Chat. Creo que se apellida Ubdal. O Uttal. Uno de esos dos seguro que es.

—¿Alguna idea de qué hace aquí?

—Ninguna —respondió Marce—. Pero si se presentó ante ustedes con una identidad falsa, creo que eso ya es motivo más que suficiente para sospechar de él.

—¿Cuándo compró el pasaje? —le preguntó Kiva a Pinton.

—Justo antes de partir. Fue uno de los últimos pasajeros que admitimos a bordo. Magnut le cobró un suplemento de un cuarto de millón de marcos por comprarlo en el último momento.

—Eso debió de ser después de que lo secuestraran —dijo Kiva, señalando a Marce.

Este asintió.

—Sí.

—¿Es uno de los tipos que lo capturó?

—No, seguro que no. Me acordaría de él.

—Entonces, no sabe quién es usted.

—No lo sé. Probablemente no lo sepa. Aún no nos hemos cruzado.

—Pero ¿lo reconocería sin ese disfraz?

—Sí.

Kiva se acercó a Marce, lo agarró del pelo y tiró de él. Marce soltó un quejido de dolor y de sorpresa.

—¡Pare! ¡No sale tan fácilmente! ¡Hay que disolver el pegamento!

—¿Dónde está ahora ese capullo? —le preguntó Kiva a su jefe de seguridad.

—En la sección del anillo destinada a los pasajeros. ¿Qué quiere hacer?

—Quiero averiguar qué trama.

—La *Sí, señor* está en pleno vuelo —le recordó Blinnikka—. Cualquier cosa que planee hacer necesita mi aprobación. No quiero que ese capullo haga algo que dañe la nave.

—Todo irá bien —le prometió Kiva. Se volvió a Marce—. ¿Y dice que ese capullo fue marine?

—Sí, señora. Ahora es guardaespaldas.

—¿Cree que podría con él?

—¿Yo? ¡Qué va!

—¿Y ese capullo lo sabe?

—Ya lo creo.

—De acuerdo, muy bien.

Esperaron a que Chat saliera de paseo y apostaron a un par de agentes de seguridad que fingieron estar charlando distraídamente al final de un pasillo por el que sabían que pasaría. Chat los vio e hizo como que consultaba algo en su tableta, luego dio media vuelta y regresó sobre sus pasos, pero se topó con otra pareja de agentes de seguridad. Se detuvo y dio la impresión de que consideraba sus opciones. Entonces Marce apareció en el pasillo sin el disfraz de Kristian Jansen y enfiló hacia él.

—Hola, Chat —lo saludó Marce, y fue todo lo que pudo decir antes de que Chat sacara una navaja de quién cojones sabe dónde y arremetiera directamente contra él.

Y sólo un segundo después se vio retorciéndose en el suelo, con tres

dardos aturdidores clavados en el cuerpo.

—¿Te has meado encima? —le preguntó Kiva a Marce diez segundos más tarde, cuando apareció después de que sus hombres dieran el visto bueno. Ella y Pinton habían esperado en el mismo pasillo, unos metros más allá, y observado en la tableta el episodio transmitido por una cámara del pasillo.

—Un poco, quizá —admitió Marce mientras miraba a Chat tirado en el suelo, cuyo cuerpo estaban cargando en ese momento los agentes de seguridad de la nave.

—No hay que avergonzarse por mojarse los pantalones como si te hubieran regado con una manguera cuando un asesino entrenado está a punto de degollarte.

—¿Podemos cambiar de tema? —preguntó lastimeramente Marce.

—¿Por qué no se toma lo que le queda de turno libre y se mete a tiritar en la cama?—sugirió Kiva—. Es lo que yo haría en su lugar.

—¿Qué va a hacer con él? —preguntó Marce, señalando a Chat.

—Voy a animarlo a hablar.

—No le diré nada.

—Usted no sabe nada sobre mis métodos.

—Está entrenado para mantener la boca cerrada.

—También estaba entrenado para matar y miré la chapuza que ha hecho.

—Me gustaría estar presente cuando lo interroge.

—Eso no va a ocurrir.

—Se lo pido por favor.

—Se lo diré de otra manera, lord Marce: ¡Lárguese de aquí de una puta vez!

—Ha estado a punto de matarme. Creo que merezco saber el porqué.

—Y quizá yo se lo diga después. Pero, de momento, si no se larga ahora mismo, lo apuñalaré yo personalmente. Y ninguno de estos tipos de seguridad va a dispararme un dardo, se lo garantizo.

Marce quiso replicar, pero se mordió la lengua, negó con la cabeza y se

marchó de allí.

—Su don de gentes es admirable —le comentó Pinton a su jefa.

—Que te jodan también a ti —le espetó Kiva.

Pinton sonrió y señaló a Chat, que ya estaba maniatado y listo para que se lo llevaran los de seguridad.

—El chico tiene razón, ¿sabe? No va a hablar. Están entrenados para resistir un interrogatorio agresivo.

—¿Un interrogatorio agresivo?

—Es un eufemismo que utilizamos para la tortura en el ejército imperial, señora.

—Pues entonces llámalo tortura.

—Lo que quiero decir es que está entrenado para aguantar cualquier cosa que pueda hacerle otra persona.

—Pues quizá tengamos que dejar de ser personas —repuso Kiva.

—Ya vuelve en sí —anunció Pinton un rato después.

—Enciende el altavoz —ordenó Kiva. Pinton apretó el botón para abrir el canal de comunicación—. Buenos días, caraculo.

Chat miró alrededor.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Estás en una esclusa y llevas puesto un traje espacial —respondió Kiva—. Bueno, el traje casi completo. Quizá no te hayas dado cuenta de que te falta el casco.

—Ya me he dado cuenta.

—Bien. Este es el trato: tú nos respondes con pelos y señales todas las preguntas que te hagamos y yo no te arrojó al espacio desde la esclusa sin el puto casco.

Chat parecía furioso, aturdido y cansado.

—Mira, no sé qué está pasando aquí...

Kiva apretó el botón «Expulsión de emergencia». La puerta de la esclusa se abrió y Chat fue absorbido hacia el vacío.

—Vaya, tiene prisa, ¿eh, señora? —dijo Pinton.

—Ya te he dicho que no me gustan los juegucitos —repuso Kiva. Apretó el botón «Recuperación de emergencia». El torno al que estaba enganchado el cable del traje espacial comenzó a girar a toda marcha y el cable se tensó cuando llegó al final de su recorrido—. De todos modos, ¿cuánto tiempo puede sobrevivir una persona en el vacío?

—Un minuto, tal vez, si no cogió aire.

—Estaba hablando —recordó Kiva—. No tuvo tiempo de coger aire.

Menos de un minuto después, Chat estaba de vuelta en la esclusa, completamente presurizada con una mezcla rica en oxígeno. Un minuto más tarde, Chat había recobrado el conocimiento y estaba tosiendo y vomitando. Miró directamente a la cámara de la esclusa con los ojos inyectados de sangre. Pinton abrió de nuevo el canal.

—Bien —repitió Kiva—. Este es el trato: tú nos respondes con pelos y señales todas las preguntas que te hagamos y yo no te arrojó al espacio desde la esclusa sin el puto casco. No volveré a decírtelo. Como intentes joderme eres hombre muerto. ¿Has entendido?

Chat soltó un gruñido y asintió con la cabeza.

—¿Puedes hablar ya?

Chat levantó un dedo enguantado como queriendo decir: «Dame un momento».

—¿Ya? —preguntó Kiva diez segundos después.

Chat alzó la cabeza, todavía con los ojos rojos y con una expresión de «¿estás de broma, zorra?», pero asintió.

—¿Te llamas Chat Ubdal?

Asentimiento.

—¿Has subido a esta nave con intenciones ocultas?

Asentimiento.

—¿Trabajas para Ghreni Nohamapetan?

Asentimiento.

—¿Él te envió a la nave?

Asentimiento.

—¿Para matar a Marce Claremont?

Chat levantó la mano e hizo un leve gesto de negación con la cabeza.

—Más o menos.

—¿Qué cojones quiere decir eso? —preguntó Kiva.

Chat intentó hablar, pero renunció a ello y tragó saliva. Lo intentó de nuevo.

—No era el primer objetivo —consiguió decir con un graznido.

—¿Cuál era el primer objetivo?

—Cogerlo vivo.

—¿Adónde cojones ibas a llevártelo vivo? ¡No puedes salir de la nave!

Chat se volvió hacia la puerta de la esclusa y devolvió la vista a la cámara, como queriendo decir: «¿Eso crees?».

—No puedes salir de la nave vivo, pedazo de capullo.

—Piratas —masculló Chat.

—Mierda —dijo Kiva, y miró a Pinton.

—Los piratas no vienen a por nuestro cargamento. Son un servicio de transbordador.

—Pero podemos dejarlos atrás cuando queramos —apuntó Kiva, dirigiéndose de nuevo a Chat—. Creo.

Chat negó con la cabeza.

—Bomba —dijo entre dientes.

—¿Bomba? —Kiva no se lo podía creer—. ¿Ibas a colocar una maldita bomba en la nave? —Chat asintió—. ¿Qué ibas a conseguir haciendo volar mi puta nave?

Chat negó de nuevo con la cabeza e intentó hablar, pero eran tantas las palabras que quería decir que se le trabó la lengua.

—Déjeme intentarlo a mí —dijo Pinton, y se inclinó sobre el micrófono para dirigirse a Chat—. No ibas a hacer saltar por los aires la nave, ¿verdad?

Sólo ibas a sabotear los sistemas para que no pudiéramos entrar en el Flujo.

Chat asintió y señaló la cámara como queriendo decir: «Lo has clavado».

—Por eso se paseaba por esos pasillos en particular —dijo Pinton—. Buscaba el mejor lugar para colocar el explosivo.

—¿Y pensaba que no nos daríamos cuenta? —preguntó Kiva. Y se volvió a Pinton—. Blinnikka lo habría arrojado al espacio un segundo después de que lo hubiera hecho.

—Antes tendríamos que habernos ocupado de la explosión y de los daños, y luego habrían aparecido los piratas y estaríamos demasiado liados para preocuparnos por él. Supongo que su plan era escapar en la nave de los piratas con Claremont.

—¿Y de dónde iba a sacar una maldita bomba estando en la nave? ¿No hacemos los jodidos controles para que no se suban esa clase de cosas a bordo?

—Probablemente no necesitara un artefacto de gran tamaño —sugirió Pinton—. Tal vez pensaba fabricarla en la nave. —Pinton se inclinó de nuevo—. Si registramos tu equipaje encontraremos los componentes para fabricar una bomba camuflados en los artículos de aseo y demás enseres, ¿verdad?

Chat asintió.

—Ahí tiene —dijo Pinton.

—Será hijo de puta. Voy a arrojarlo al espacio sólo por principios.

—El micrófono —dijo Pinton, señalándolo.

Kiva reparó en que estaba lo suficientemente cerca de él para que Chat hubiera oído su último comentario. Miró la pantalla y vio la expresión de profunda preocupación en su rostro. Kiva puso los ojos en blanco y se inclinó de nuevo.

—No voy a matarte, pedazo de mierda —lo tranquilizó Kiva—. A menos que pares de hablar. O de graznar. O lo que cojones sea lo que estás haciendo. No pares. —Chat asintió. Kiva se volvió a Pinton—. Apaga eso un momento.

Pinton cerró el canal.

—¿Qué ocurre? —preguntó el jefe de seguridad.

—Algo me huele mal.

—Todo este asunto apesta, señora —convino Pinton.

—No, me refiero a... —Kiva señaló a Chat, que esperaba con los ojos fijos en la cámara—. Quiere capturar a Claremont y para ello está dispuesto a dañar la nave. Ghreni no tiene inconveniente en tratar con piratas para conseguir al chico.

—Usted misma dijo que lord Ghreni secuestró a Claremont para conseguir los fondos imperiales. A lo mejor es que está desesperado por conseguirlos.

—Sí, vale, pero hay algo más. —Kiva señaló de nuevo a Chat—. Intentó matarlo cuando se dio cuenta de que lo habíamos descubierto y de que no tenía escapatoria. Tenía la orden de matarlo si no podía capturarlo vivo. Pero muerto, lord Ghreni no podría utilizarlo como rehén para pedir el rescate, ¿verdad? ¿Qué sentido tiene? ¿Por qué pondría lord Ghreni tanto empeño? ¿Qué quiere en realidad?

—Me ha pillado, señora —admitió Pinton.

—Ya. Abre el canal. —Pinton volvió a activar el micrófono—. Voy a hacerte una pregunta importante, Chat. Si no me creo tu respuesta, te saldrán los pulmones por los agujeros de la nariz. ¿Te ha quedado claro?

Chat asintió.

—¿Por qué tiene tantas ganas tu jefe de capturar a Marce Claremont?

—No lo sé —graznó Chat.

—Recuerda lo que te he dicho de los pulmones, Chat.

—No. Lo. Sé —repitió Chat, con un tono tan rotundo que dijo la última palabra con un jadeo—. Pensaba que era para pedir un rescate, pero no tiene sentido.

—Porque te pidió que lo asesinaras si no podías capturarlo vivo.

Chat asintió.

—Bueno, ¿por qué no me dices qué motivos se te ocurren? —lo presionó

Kiva—. Trabajas con lord Ghreni. Debes de haber oído algo. Seguro que puedes hacer algunas conjeturas.

Chat negó con la cabeza.

—Él no habla. Sólo con los que están involucrados. Conmigo no.

—Tú estás involucrado, Chat.

—Para hacer. No para pensar.

Kiva indicó con la cabeza a Pinton que apagara de nuevo el micrófono.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Creo que dice la verdad.

—Ya sé que ese cabrón dice la verdad. Lo que quiero saber es qué crees que debemos hacer ahora.

—Bueno, pues no arrojarlo al espacio. —Pinton señaló con la cabeza a Chat—. Ha colaborado.

—El vacío ha ayudado.

—Él ya no es un problema. Pero todavía tenemos a los piratas siguiéndonos. Y si lord Ghreni está dispuesto a llegar tan lejos para conseguir a Claremont, es fácil suponer que tiene previsto un plan por si acaso Chat fracasa.

—¿Quieres decir que si que los piratas no consiguen lo que vienen a buscar se asegurarán de que Claremont muera?

—Sí.

—Y si resulta que todos morimos con él, ¿así es como acabará todo? —preguntó Kiva.

—Sí.

—¡Mierda, Pinton, joder! —exclamó Kiva. Miró de nuevo a Chat—. Supongo que será mejor que les entreguemos lo que quieren.

## Doce

Marce recibió en la tableta un mensaje con la orden de presentarse ante Nubt Pinton, el jefe de seguridad de la *Sí, señor*. Por un momento se planteó la posibilidad de no obedecer la orden, pero acudió a la llamada de todos modos y se trasladó por la nave con una sensación de seguridad y de bienestar con el entorno cada vez mayores. La nave estaba acelerando en ese momento, así que la sensación que generaba la gravedad artificial estaba más cerca de la provocada por los campos de presión que la del anillo de rotación, y Marce sentía que lo apretaba contra el suelo. Pero se dio cuenta de que esa sensación lo incomodaba menos que un par de días antes. Al parecer, el cuerpo acababa acostumbrándose.

Nubt Pinton estaba en el calabozo de la *Sí, señor*, una habitación pequeña y triste, con celdas aún más pequeñas y tristes. En una de ellas se encontraba Chat Ubdal. Marce lo miró a los ojos y el matón de lord Ghreni le sostuvo la mirada con aire desafiante.

—Está hecho un desastre —dijo Marce.

—Ya, bueno. Lady Kiva lo arrojó al espacio desde una esclusa —explicó Pinton.

—¿Lo tiraron al espacio?

—Ajá.

—¿Y no murió?

—Sólo lo tiramos un poco.

Marce volvió a mirar a Chat, que tenía los ojos inyectados de sangre.

—Casi me da pena.

—No se ablande, lord Marce. Aún lo mataría si se le presentara la oportunidad.

—Quería verme, ¿verdad? —preguntó Marce, apartando la mirada de Chat.

—Sí. Tengo que mirarle bien la cara.

—Está bien. ¿Para qué?

—Nos persiguen piratas. Ese aspirante a asesino nos ha contado que tienen planeado llevárselo de la nave. Sospechamos que, si no lo consiguen, optarán por destruir la *Sí, señor* antes que dejarlo escapar. Podríamos luchar con ellos, pero si su plan es hacernos trizas en vez de abordarnos, nuestras opciones son limitadas.

—¿Están pensando en entregarme?

—Si ese fuera nuestro plan, ahora no estaría hablando con usted. Lo habría dejado sin sentido en cuanto me hubiera dado la espalda y luego lo habría preparado para la entrega.

—Está bien saberlo.

Pinton asintió.

—Lo que necesito de usted es su disposición a ayudarnos a salvarnos, y a salvarse usted mismo. Y de paso haremos un poco de daño a esos piratas y a la persona que ha hecho un trato con ellos.

—¿Se refiere a Ghreni Nohamapetan?

—El mismo.

—Cuenta conmigo.

—No estará completamente exento de riesgo para usted.

—No me importa. Cuenta conmigo.

—Muy bien.

—¿Cómo lo vamos a hacer?

Pinton señaló a Chat.

—El primer paso es hacer que parezca que ese ha cumplido su misión.

—¿La de matarme?

—La de poner una bomba para impedir que entremos en el Flujo. Estamos bastante seguros de que los piratas se pondrán en contacto con nosotros para plantearnos sus condiciones.

—¿Cuál es el segundo paso? —preguntó Marce.

—Bueno —dijo Pinton—. ¿Se había dado cuenta de que usted y Chat son de una altura y de una complexión similares y de que tienen el mismo color de piel?

—La verdad es que no.

—Bueno, pues yo sí.

La bomba falsa «estalló» media hora después y la *Sí, señor* envió una señal de auxilio a la Estación Imperial. La idea era informar a la estación del suceso para que preparara la operación de rescate, que se pondría en marcha si y cuando la *Sí, señor* enviara otra señal de auxilio más desesperada. El único inconveniente era que las patrulleras imperiales más veloces estaban a más de un día de distancia. La *Sí, señor* estaba sola, salvo por la pequeña nave que la seguía, ahora a sólo un par de horas de interceptarla.

Como era de esperar, esa pequeña nave respondió casi de inmediato a la señal de auxilio de la *Sí, señor*.

—Aquí la nave mercante independiente *Rosa Roja*, ¿me recibe *Sí, señor*, es mi hijo? —dijeron por radio los piratas. Marce oyó el mensaje desde un rincón del puente de mando, donde estaba junto a Kiva para no molestar.

—Aquí la *fiveer* de Lagos *Sí, señor, es mi hijo*, lo recibo —respondió Dreaan Musann, la oficial de comunicaciones de la nave.

—Tenemos entendido que han sufrido un percance. Solicitamos permiso para acercarnos y socorrerlos.

—El capitán les agradece el ofrecimiento, pero no considera que sea necesaria su ayuda en estos momentos. Por favor, manténganse a la distancia actual.

—Tememos que no podremos socorrerlos como es debido si su situación

se agrava. Comenzamos maniobra de acercamiento.

—*Rosa roja*, el capitán reitera su agradecimiento, pero desea informarlos de que, para evitar que su nave se vea afectada por un posible agravamiento de nuestra situación, es mejor que se mantengan a la distancia actual.

—Agradecemos al capitán su preocupación, pero consideramos que vale la pena correr el riesgo. Maniobrando para acercarnos.

—Ya está bien de preliminares —le dijo Blinnikka a Musann.

—Sí, señor —repuso la oficial de comunicaciones, y devolvió la atención a su consola—. *Rosa Roja*, el capitán Blinnikka solicita formalmente que nos dejemos de chorradas y vayamos al grano.

Hubo un momento de silencio.

—Recibido —respondieron al fin desde la *Rosa Roja*—. Por favor, permanezcan en posición.

Blinnikka se volvió a Lagos.

—¿Cómo van los preparativos?

—Están trabajando como hormiguitas —respondió Kiva.

Blinnikka asintió y miró fugazmente a Marce antes de volver a concentrarse en su pantalla.

Pese a todo, Marce estaba emocionado. Era la primera vez que ponía los pies en el puente de mando de una nave y la calma profesional que mantenían los tripulantes de la *Sí, señor* ante lo que podría considerarse una acción enemiga le causaba admiración. Pensó que eran buena gente. Salvo, quizá, Kiva Lagos. Todavía no había calado a esa mujer.

La miró. Tenía una expresión que podía interpretarse como de ensimismamiento, o de suficiencia condescendiente, dependiendo de las inclinaciones personales del observador. Todas las interacciones que había tenido con ella lo hacían pensar que era una persona con la que más valía no meterse. En ese sentido le recordaba a Vrenna, si bien con menos conciencia.

—¿A qué viene esa sonrisita? —le soltó Kiva cuando lo pilló mirándola.

—Estaba imaginándomela arrojando al espacio a Chat —mintió Marce.

—¿Y?

—Me preguntaba si lo habría dejado fuera si no hubiera hablado.

—¡Joder, ya lo creo! Ese hijo de puta iba a hacer explotar una bomba en mi nave. Nadie jode mi nave. Nadie jode a los míos.

—Ahora soy un miembro de la tripulación —dijo Marce—. ¿Eso significa que también soy uno de los suyos?

—Y no vamos a entregarlo a los piratas, ¿verdad?

—Espero que no.

Kiva asintió.

—Ahí tiene. No se ponga tontorrón, Claremont.

Marce sonrió.

El canal de comunicación entre las dos naves volvió a abrirse con un ruido inicial de interferencias.

—Les habla el capitán Wimson de la *Rosa Roja*, solicito comunicación directa con el capitán Blinnikka de la *Sí, señor*.

Blinnikka encendió su dispositivo de comunicación personal.

—Al habla Blinnikka.

—Me han dicho que quiere que nos dejemos de chorradas, capitán.

—Si le parece bien, capitán.

—Ya lo creo. ¿Por qué no comportarnos como personas civilizadas? Supongo que ya sabe por qué estamos aquí.

—Son piratas. Llevan todo el día siguiéndonos.

—Correcto. Y ya se habrá dado cuenta de que uno de nuestros socios ha inutilizado los sistemas que necesitan para entrar en el Flujo.

—Afirmativo.

—No obstante, hoy es su día de suerte, capitán. Estamos dispuestos a renunciar a su cargamento y a dejarles vía libre para que reparen la nave o regresen a la Estación Imperial. Lo único que pedimos a cambio es que nos entreguen a dos personas que van a bordo de su nave.

—¿Qué dos personas?

—La primera es nuestro socio, el que hizo explotar la bomba, a quien seguramente tendrán metido en el calabozo. La segunda es un pasajero, lord Marce Claremont.

—Capitán, no podemos entregarles a su socio.

—«Podemos» es una palabra muy categórica, capitán.

—Permítame que me explique mejor. Podemos entregarlo, pero será en trocitos muy pequeños. Al parecer, calculó mal el tiempo que tenía para alejarse de la bomba. Explotó con ella.

—Es una mala noticia.

—Si lo desea, podemos rascar las paredes y entregarle los restos dentro de una bolsa.

—Gracias, pero no será necesario. Su evacuación era opcional. Sin embargo, la entrega de lord Marce no lo es.

—En nuestra lista de pasajeros no consta ningún Marce Claremont, lord o no.

—Pensaba que habíamos acordado dejarnos de chorradas, capitán. Marce Claremont está a bordo de su nave con el nombre de Kristian Jansen, que es la identidad que la Casa de Lagos utiliza cuando quiere meter en sus naves a alguien al margen del sistema. Tal vez debería informar a sus jefes de que les convendría cambiar las identidades falsas que utilizan más a menudo. Tienen un Kristian Jansen a bordo, ¿verdad?

—Sí.

—Bien.

—Pero hay un problema.

—Capitán Blinnikka, lamento informarle de que, si el «problema» es que Claremont también ha quedado reducido a trocitos, me veré obligado a hacer lo mismo con su nave.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que, como no me entregan vivo a Claremont, destruiré la *Sí, señor*. Esas son sus opciones.

—No moriríamos antes de destruir también su nave, capitán —dijo Blinnikka.

—No lo creo. Y bien, ¿qué problema hay con Claremont?

—No está muerto, pero se encuentra en un estado de coma inducido.

—¿Por qué?

—Porque se encontraba en el pasillo con su... «socio» cuando la bomba explotó. Él y otros miembros de la tripulación trataban de detener a su amiguito. Él ha sobrevivido, pero dos tripulantes murieron.

—Mis condolencias, capitán.

—Acaba de amenazarme con destruir mi nave y matar a toda mi tripulación. Perdóneme si no creo que sus condolencias sean sinceras.

—Está bien. ¿Claremont puede viajar?

—Podemos entregárselo vivo y estable. Lo demás dependerá de usted.

—De acuerdo. Estaremos allí dentro de tres horas y media. Ya tenemos preparado un transbordador para trasladarlo.

—No. Nosotros les enviaremos un transbordador.

—Capitán...

—Ni uno solo de sus hombres va a poner los pies en mi nave. ¿Quiere a Claremont? Perfecto. Se lo entregaré. Pero nosotros lo llevaremos.

—En ese caso, quiero que usted vaya en ese transbordador para hacer la entrega. Sólo para asegurarnos de que no nos envía una bomba del tamaño de un transbordador.

—No iré yo —dijo Blinnikka—. Enviaré en mi lugar a la representante de la familia propietaria. Es una garantía tan válida como yo. Y a un profesional sanitario. Ellos permanecerán en el interior del transbordador y los suyos entrarán para sacar a Claremont. Todo se hará en un máximo de diez minutos. Si se demora, moriremos todos juntos, lo crea o no.

—Entendido. Los avisaremos cuando estemos preparados para recibir el transbordador. La *Rosa Roja* corta y cierra. —La conexión se cortó.

—Gracias por ofrecerme voluntaria, cabrón —le espetó Kiva en cuanto se

cortó la comunicación con los piratas.

—La nave está en travesía —dijo Blinnikka—. Ahora yo estoy al mando, lady Kiva. Y necesito que vaya. Así que cierre el pico y hágalo, señora.

—Está bien. —Kiva señaló a Marce—. Y usted vendrá conmigo. Felicidades, acaba de ser ascendido al equipo médico. —Miró de refilón a Blinnikka—. ¿Te parece bien?

Blinnikka asintió.

—No creo que sea buena idea —protestó Marce.

—Usted no tiene derecho de voto. Y le dijo a Pinton que estaba dispuesto a ayudar. Así que deje de lloriquear como un maldito crío.

—Sólo tenía que haber dicho: «Necesito su ayuda».

—Está bien. Necesito su ayuda. Deje de lloriquear como un maldito crío.

—Eso no ha estado mejor.

—¿Dónde está su disfraz de Jansen?

—Lo he tirado.

—Bueno, pues vaya a buscarlo y luego diríjase a la enfermería. Tenemos trabajo.

—Deme el dedo pulgar —le dijo la técnico sanitario a Kiva.

—Vete a tomar por culo —contestó ella.

La sanitaria suspiró, se volvió y gritó hacia la rampa desplegada del transbordador. Un miembro de la tripulación de la *Rosa Roja* armado con un fusil apareció en la rampa.

—Déjeme el dedo pulgar o Sax le volará la tapa de los sesos —dijo la sanitaria.

Kiva le dio el pulgar y la sanitaria lo pasó por el escáner. Luego sometió a Kiva a un escáner de la retina.

—Lady Kiva Lagos.

—¿Por qué cojones tenéis nuestra base de datos? —preguntó Kiva a la sanitaria.

Esta pasó de ella y se centró en Marce.

—Dedo pulgar —dijo.

Marce se lo tendió.

—Gusteen Obrecht —dijo la sanitaria. Se acercó entonces al cuerpo que estaba tendido en la camilla, le escaneó la huella del pulgar y la retina y le extrajo sangre de una vena del brazo derecho.

Marce observó cómo llevaba a cabo esa última comprobación y esperó los resultados.

—Marce Claremont —confirmó la sanitaria.

Sax llamó entonces a otro tripulante de la *Rosa Roja*, que subió al transbordador y volvió a desaparecer con la camilla con el cuerpo. La sanitaria se despidió de Kiva y de Marce con un gesto con la cabeza y se dio la vuelta.

—Oye —la llamó Kiva.

La sanitaria se volvió y Kiva le tendió la mano con una pequeña mochila (de hecho, la mochila con la que Marce había subido a la *Sí, señor*).

—¿Qué es eso? —preguntó la sanitaria.

—Lo que llevaba encima cuando embarcó. Algunos artículos de aseo y demás enseres.

—A lo mejor quiere afeitarse cuando despierte —añadió Marce.

La sanitaria agarró la mochila y les dedicó otro gesto con la cabeza antes de salir del transbordador.

—Larguémonos de aquí y acabemos con esto de una vez —dijo Kiva.

—Estoy de acuerdo —repuso Marce.

Kiva dio unos golpecitos a la puerta de la cabina del piloto para indicarle que ya se había completado la entrega.

—¿Se ha puesto nerviosa? —le preguntó Marce a Kiva mientras el transbordador volaba de vuelta a la *Sí, señor*.

—¿Nerviosa por qué?

—Por la entrega. Por las comprobaciones que han hecho en el cuerpo de

Chat para cotejarlo con mi ADN.

—No —respondió Kiva—. La funda de pulgar y las lentillas que hemos hecho a partir de las raspaduras son de la misma calidad que las que utilizamos para nuestras identidades falsas. Tenemos unas instalaciones médicas de primera categoría.

Marce asintió y experimentó un ligero escalofrío al recordar el raspado de córnea al que se había sometido para obtener la materia prima para fabricar las lentillas que le habían puesto a Chat. El proceso de crecimiento acelerado de las lentillas y de la funda para el dedo pulgar entrañaba el riesgo de que se desarrollaran anomalías genéticas, lo que los habría delatado. Pero habían tenido suerte.

—También pensaba en la extracción sangre.

Kiva se encogió de hombros.

—La sangre era suya, lord Claremont. Se la extrajimos, bloqueamos la circulación de las venas principales de los brazos de Chat, le sacamos la sangre y le metimos la suya. No es una cosa complicada.

—No sabía si los bloqueadores aguantarían.

—No tardarán en disolverse y volverá a circularle la sangre con normalidad. Si tiene suerte, sus músculos no se verán afectados por la necrosis y conservará los brazos.

—¿Y si no tiene suerte?

—Si no tiene suerte, que se joda. Intentó poner una bomba en mi nave.

—Y matarme —le recordó Marce.

—Exacto.

—¿Qué habría pasado si no hubiera salido bien?

—¿Se refiere a si hubieran descubierto que el de la camilla era Chat mientras estábamos allí?

—Sí.

—Tenía preparado un plan B.

—¿En qué consistía? ¿En huir?

—No, en entregarlo a usted.

—¿Cómo? —Marce se quedó mirando con perplejidad a Kiva.

Ella le sostuvo la mirada.

—No me mire así. ¿Por qué cree que le pedí que me acompañara? ¿Porque me gusta su compañía?

—Creía que ahora era uno de los suyos.

—Sí, pero es el nuevo —repuso Kiva—. Y tengo que pensar en un montón de personas más.

Marce no volvió a dirigirle la palabra a Kiva en todo el viaje.

Cuando bajaron del transbordador en la *Sí, señor* y la nave aceleró para alejarse de la *Rosa Roja*, Marce recibió en la tableta un mensaje de Vrenna:

He investigado eso que me pediste. A Sjo Tinnuin le contó el rumor un amigo que trabaja para la Casa de Nohamapetan. Dice que los Nohamapetan llevan un par de años comprando a las naves sus datos de navegación.

Da la impresión de que saben algo de lo que sabemos nosotros. No sé cómo puede afectarnos eso, pero no creo que sea de una manera positiva. Ten cuidado. Ya te echo de menos.

V.

Kiva dio unos toquitos en el hombro a Marce, que alzó los ojos de la pantalla.

—Acompáñeme.

—Estoy cansado —dijo Marce, bajando la tableta.

—¿En serio piensa que va a irse a dormir antes de que entremos en el Flujo y dejemos atrás a esos malditos piratas? Venga conmigo. —Kiva enfiló hacia la salida del hangar del transbordador.

Marce se la quedó mirando unos segundos y luego echó a andar tras ella.

Llegaron al camarote de Kiva. Marce entró e inmediatamente sintió una envidia tremenda.

—Tiene una habitación del tamaño de una habitación —dijo mientras Kiva entraba detrás de él. Se quedó mirando la vasta pared que tenía enfrente,

en la que había colgados recordatorios, notas y fotografías personales.

—Naturalmente —dijo Kiva—. Mi familia es la propietaria de la nave y yo soy su representante. ¿De verdad esperaba que me hubieran metido en un cuarto con literas?

—No, supongo que no. Pero es raro.

—No es raro.

—Dijo la mujer que no duerme en una litera del tamaño de un ataúd.

—Bueno, de todos modos no va a dormir aquí esta noche.

—¿Cómo dice? —Marce se dio la vuelta y vio a Kiva completamente desnuda.

—Acostémonos —dijo ella.

—Esto... vale —repuso Marce, pero entonces cambió de opinión—. No, espere. Estoy un poco desconcertado.

—Ya ha practicado el sexo, ¿verdad? —preguntó Kiva. Marce asintió—. ¿Con mujeres?—Marce volvió a asentir—. ¿Y le gustó?

—Sí...

—Entonces, ¿qué es lo que lo desconcierta? —inquirió Kiva, arrimándose a él.

—La verdad es que creo que usted no me gusta —dijo Marce.

—Pues a mí me gusta usted. —Le agarró la pretina del pantalón y se lo desabrochó.

—Sólo hace diez minutos que estaba dispuesta a entregarme a los piratas si hubiera sido necesario.

—Sí, ¿y?

—Me dice que cierre la boca casi todas las veces que hablamos.

—Se lo digo a todo el mundo.

—Yo...

—Mire, los dos hemos tenido un día bastante estresante —dijo Kiva mientras le bajaba los pantalones—. Ahora puede seguir reprochándome todas las cosas que no han ocurrido, en cuyo caso lo echaré de mi camarote

de una patada en el culo y tendrá que volver a su diminuto catre y oler sus propios pedos hasta que se duerma, o puede cerrar la maldita boca, desnudarse y follar conmigo hasta que caigamos exhaustos. La elección es suya, pero si yo fuera usted, creo que sé lo que haría. Así que ¿vamos a follar o no?

—¿Esta es su idea de una relación? —le preguntó Marce.

—Básicamente —respondió Kiva, y lo arrastró hasta la cama.

Un par de horas después, mientras Marce dormitaba con Kiva acurrucada junto a él, un largo y suave pitido sonó por toda la nave.

—Mmm... —Kiva abrió un ojo.

—¿Qué es eso? —preguntó Marce.

—Es la señal que anuncia que hemos entrado en el Flujo.

—Ya estamos a salvo, entonces.

—Nada está a salvo dentro del Flujo. Si nuestra burbuja falla, dejaremos de existir.

—Quiero decir que ya no tenemos que preocuparnos de los piratas de Ghreni Nohamapetan —repuso Marce. Pensó en el cuerpo desnudo de Kiva pegado al suyo y tuvo una erección casi instantánea.

Kiva la notó y se puso encima de él, movió a Marce para colocarlo en la posición que quería y se apretó a él para que se introdujera en su interior.

—No, ya no tienes que preocuparte por los piratas ni por los cabrones de los Nohamapetan —dijo mientras se movía rítmicamente sobre él—. Pero deberías preocuparte por mí.

Marce sonrió.

—Si es por esto por lo que tendría que preocuparme, creo que podré manejarlo.

—No es por esto por lo que deberías preocuparte.

—¿A qué te refieres entonces?

—Me refiero a la razón por la que el capullo de Ghreni Nohamapetan estaba dispuesto a matarte, Marce.

—Un momento —dijo este—. ¿Esta conversación es real? ¿Estamos teniéndola ahora? —Intentó incorporarse, pero Kiva lo empujó contra la cama.

—Sí —asintió ella—. Esta conversación es real —añadió mientras aceleraba el ritmo—. Puedo hacer las dos cosas a la vez. Escúchame bien. Vas a contarme lo que quiera que sea que me escondes. Vas a contarme por qué estás en esta nave. Vas a contarme por qué vas a Central. Vas a contarme por qué Ghreni Nohamapetan te quiere muerto. Vas a contarme todo eso, porque si no lo haces, te arrancaré el maldito corazón.

—¿Y cuando quieres que te lo cuente? —preguntó Marce.

—Dame sólo un momento.

## Interludio

Ghreni no estaba teniendo un buen día.

**Primero:** La *Sí, señor* había conseguido entrar en el Flujo a pesar de los daños de los que había informado en sus sistemas a causa de la bomba de Chat Ubdal. Todos los informes que le habían llegado sobre el asunto afirmaban que Ubdal había hecho explotar con éxito la bomba que, supuestamente, también había acabado con su vida. La noticia de la muerte de Chat había apenado ligeramente a Ghreni, pues era uno de sus mejores hombres; por eso precisamente lo había escogido para una misión tan delicada. Por otra parte, ahora no tendría que pagarle la prima por completarla satisfactoriamente, que habría ascendido a una suma de dinero considerablemente alta. Esa era la única alegría que obtenía de este asunto en particular.

**Segundo:** De todos modos Chat no se había ganado la prima, ya que, pensándolo bien, había fracasado; no había capturado ni matado a Marce Claremont. Ghreni creía que Chat había logrado su objetivo, a pesar de matarse con la bomba, al recibir el mensaje desde la *Rosa Roja* en el que lo informaban de que les habían entregado a Claremont, si bien se encontraba en estado grave, y de que las diversas pruebas que habían llevado a cabo confirmaban su identidad.

Pero entonces, más de una hora después, llegó otro mensaje de la *Rosa Roja*:

Claremont ha salido del coma y grita que él no es Claremont, sino su

empleado Chat Ubdal. Se queja de fuertes dolores, sobre todo en los brazos.

Y seguía:

Confirmado que Claremont no es Claremont sino Ubdal. Engañaron nuestros escaneos con lentes de contacto, una funda de dedo pulgar y una sustitución de sangre en sus brazos. Esto último podría ocasionarle daños irreparables.

Y seguía:

Apenas tiene coherencia lo que dice Ubdal, pero afirma que no puso la bomba en la *Sí, señor* y que los sistemas de la nave están en perfecto estado. Nos disponemos a interceptarla y destruirla según nuestro acuerdo.

Y seguía:

Joder, esos cabrones cogieron su maldita bomba y la trajeron a nuestra nave y la puta...

Y seguía, pasado cierto tiempo:

... bomba que Ubdal tenía que hacer explotar en la *Sí, señor* ha explotado en nuestra nave y causado daños en los sistemas básicos. No podemos movernos para interceptar y destruir la nave. El capitán no está nada contento con el hecho de que la bomba de Ubdal haya acabado en nuestra nave. Ha arrojado a Ubdal al espacio desde una esclusa con camilla y todo. El siguiente mensaje es del capitán para usted: «Nos debe el doble por los daños y el triple por las armas. Primero pagará los daños». También dice que se caga en usted y en sus incompetentes secuaces.

**Tercero:** Ghreni ahora no tenía las armas que quería, cosa que lo ponía furioso.

Las armas formaban parte de un cargamento autorizado por el parlamento y el emperox para ayudar al duque a combatir esta estúpida rebelión. La Casa de Nohamapetan había jugado un papel fundamental para que el parlamento diera su aprobación al envío de las armas. Ghreni había jugado un papel fundamental para que las armas acabaran en manos de los piratas. Por lo menos esta parte había salido de acuerdo con el plan.

Pero entonces el capitán Wimson decidió quedarse con las armas y pedir

más dinero a Ghreni a cambio de entregárselas. Esto disgustaba a Ghreni, aparte de por una cuestión de principios, porque ya había financiado su adquisición con fondos de la Casa de Nohamapetan y se encontraba en una desgraciada situación de falta de liquidez. Su plan para pagar por segunda vez su adquisición con fondos imperiales se había topado primero con el escollo del conde de Claremont y su ética y después con el secuestro fallido de Marce Claremont.

El nuevo plan había consistido en capturar a Marce Claremont o destruir la *Sí, señor*. La primera opción era la óptima, pues le habría proporcionado la cooperación del conde Claremont; la segunda, no tan óptima, ya que si se hubiera descubierto su participación en la tragedia se habría exacerbado la inquina que se profesaban mutuamente las familias Nohamapetan y Lagos, lo habría ayudado a convencer al duque para que confiscara los fondos que la sucursal de la Casa de Lagos en Fin recibiría de la Casa de Aiello, que tenía el monopolio de los seguros. Le habría resultado sencillo coger de ese dinero lo que necesitaba para adquirir las armas.

Pero ahora la *Sí, señor* se había marchado, y con ella Marce Claremont, y el precio de las armas no sólo había subido, sino que ahora, además, se sumaba una deuda que tendría que pagar.

**Cuarto:** Y si bien, llegados a cierto punto, Ghreni podría haber embaucado a los piratas de la *Rosa Roja* para que le dieran las armas (ellos eran los que renegaban del trato original, así que tenían que asumir las consecuencias), no veía cómo iba a pagar los daños sufridos por la nave. Lo matarían... lentamente. Ni su título nobiliario, ni su estrecha relación con el duque ni su propio cuerpo de seguridad podrían impedir que fueran a por él. Por tanto, era imperioso que por lo menos consiguiera el dinero para eso.

Ghreni consideró fugazmente la posibilidad de capturar a Vrenna Claremont para pedir un rescate por ella, pero descartó de inmediato la idea porque:

**Quinto:** Vrenna Claremont estaba ilocalizable. Se había volatilizado... no

sin antes enviarle una nota desde su domicilio con el siguiente mensaje:

No duermas dos noches seguidas en la  
misma cama.

Ghreni había leído la hoja de servicio de Vrenna y era plenamente consciente de que no se trataba de una amenaza vana.

Lo que lo llevaba a:

**Sexto:** La llamada que había recibido de sir Ontain Mount, el jefe de operaciones de la Estación Imperial de Fin.

—¿Qué coño es eso que me ha llegado de que ha secuestrado a Marce Claremont?—había preguntado sir Ontain Mount sin preámbulos.

—No sé de qué me habla, señor —había respondido Ghreni.

—¿Seguro?

—Por supuesto. Es una acusación muy grave. Me gustaría saber quién va por ahí calumniándome.

—Me ha llegado de fuentes de confianza, lord Ghreni.

—Es ridículo. En primer lugar, porque tengo entendido que Marce Claremont se ha marchado de Fin. A bordo de la *Sí, señor, es mi hijo*.

—Debe de ser la nave que siguieron y casi atacaron los piratas hace un par de horas, de acuerdo con los informes que he recibido de los marines —había dicho Mount.

—No soy yo quien puede decírselo —repuso Ghreni—. No tengo ningún conocimiento sobre esas cosas. Ya estamos bastante ocupados aquí, señor.

—Su duque está pasándolo mal, ¿verdad?

—Hemos sufrido algunos reveses, pero nada que no podamos arreglar.

—No parece muy convencido, lord Ghreni.

—La intervención de los marines del emperox sería bienvenida —había sugerido entonces Ghreni.

—Le repetiré lo que le digo cada vez que me lanza esa insinuación: la Interdependencia lo considera un asunto interno.

—Salvo por las armas que el parlamento autorizó enviar.

—Para uso de las tropas del duque, no de las mías.

—Una distinción que quizá no se corresponda con una diferencia.

—Para mí sí que hay una diferencia, y eso es lo que importa. Si su duque no resuelve el problema, los rebeldes o alguna otra persona me solicitará que sea el nuevo duque cuando esta estupidez acabe.

—¿Y qué hará entonces?

—Supongo que dependerá de si el actual duque conserva la cabeza sobre los hombros. Por el momento, voy a hacerle una advertencia amistosa, lord Ghreni. El conde de Claremont, su familia y sus tierras están bajo la protección del emperox. Lo que significa que están bajo mi protección. Si me llegan más rumores de que los molesta, ya sea a petición del duque o por propia iniciativa, le prometo que verá lo que es una intervención del imperio, y no le gustará. ¿Le ha quedado claro?

Muy claro.

Y luego venía el punto **séptimo**, que era el mensaje en clave que Ghreni había recibido del general Livy Onjsten, la líder de los rebeldes, que decía:

¿Dónde están esas armas? Nos aseguró que ya las tendríamos. Lanzamos esta última ofensiva porque íbamos a disponer de ellas. Ahora estamos con el culo al aire. Si no las tenemos pronto, o si caen en manos de las tropas del duque, tendremos un problema gordo.

Recuerde lo que le dije cuando empezamos esto por usted: es uno de los nuestros. Si nosotros ganamos, usted gana. Si nosotros caemos, usted cae.

Y si caemos por su culpa, su caída será mucho más dura que la nuestra.

L.O.

«¿Por qué a todo el mundo le ha dado por amenazarme hoy?», se preguntó lord Ghreni.

Bueno, y la respuesta era que se había endeudado y había endeudado a su familia y todos sus activos en Fin para derrocar al actual duque y convertirse en el nuevo duque de Fin. Se había endeudado hasta las cejas y ahora todos sus planes cuidadosamente concebidos estaban a punto de hacerse añicos.

«Es lo que pasa cuando se arriesga todo lo que se tiene —reflexionó Ghreni—. Siempre surgen contratiempos.»

Cierto, pero no deberían ser tan numerosos. Ahora no. Ni tan de repente.

Por lo menos el duque de Fin no lo trataba con malos modos.

Sonó su tableta. El duque lo llamaba.

—¿Ahora se dedica a secuestrar nobles?! —le gritó.

Ghreni esbozó media sonrisa.

—No es eso exactamente lo que ocurrió, excelencia.

—No me venga ahora con lo de «excelencia», Ghreni. Sir Ontain acaba de echarme una bronca por ese asunto. Afirma que secuestró al joven lord Marce Claremont en mitad de la calle, frente a su casa.

—Ha exagerado un poco. Le pedí a lord Marce que se reuniera conmigo para ver si me ayudaba a convencer a su padre para que tuviera un papel más activo en la defensa de Fin.

—¿Y qué le dijo?

—Me dijo que se marchaba del planeta en unas horas y que no estaba en disposición de ayudarnos.

—¿Y de dónde ha sacado sir Ontain lo del secuestro?

—Tal vez actué con un exceso de celo en mis intentos de convencer a lord Marce para que colaborara. La conversación se acaloró. Lo demás son exageraciones de nuestros enemigos, unas exageraciones que debieron de llegar a oídos del conde de Claremont, quien, imagino, se quejó a sir Ontain, que después le trasladaría sus quejas a usted. También me ha llamado a mí hace un momento.

—¿Y qué le ha dicho?

—Pues lo que acabo de decirle a usted, aunque de una manera ligeramente menos detallada y con unas pocas afirmaciones menos.

—No podemos ir por ahí enemistándonos con los nobles, Ghreni. Ahora menos que nunca. Mucho menos con los Claremont. Ontain y sus marines son prácticamente los guardaespaldas del conde. Y si se corre la voz entre los

nobles de que estamos tomando medidas represivas contra el conde o amenazando a sus hijos... Bueno, lo que trato de decirle es que ahora mismo necesitamos su apoyo.

—Lo comprendo, señor. Pero, como ya le he dicho, sólo ha sido un malentendido y un rumor.

—Supongo que entonces no le importará disculparse ante el conde de Claremont personalmente.

—¿Disculparme, señor?

—He invitado al conde a un pequeño encuentro esta mañana. Para tomar algo y charlar en Weatherfair. —Era el palacio en el que el duque hacía sus «escapadas», en las afueras de la ciudad—. Usted, él y yo. Le explicará toda la situación y le pedirá disculpas.

—Perdóneme, señor, pero ¿disculpas por qué? Como le he dicho, todo ha sido un malentendido.

—Entonces pídale disculpas por el malentendido. Ghreni, me da igual si tiene o no algo por lo que disculparse. La cuestión es hacerlo. Ya debería saberlo. Es de primero de diplomacia.

—¿Estaremos los tres solos?

—Sí, creo que es lo mejor. No hay que convertirlo en un espectáculo. De todos modos, acabará haciéndose público.

—¿Lady Vrenna no asistirá?

—¿La hija del conde? No. ¿Por qué?

—Por saberlo.

—Puedo invitarla si quiere.

—Preferiría que no lo hiciera.

—Entonces nos vemos dentro de un par de horas. Vista de manera informal. Tendrá que arrastrarse ante él, así que practique. —El duque colgó.

Y ese es el punto octavo.

Por tanto, recapitulemos: la gente quería a Ghreni muerto o al menos gravemente herido; sus planes para convertirse en el nuevo duque

fomentando una revolución estaban haciendo aguas a marchas forzadas, y dentro de un par de horas debía fingir que lamentaba un acto cuya existencia tenía que negar, a pesar de que no lamentaba nada, salvo, quizá, que no hubiera salido según lo planeado. A menos que ocurriera pronto un milagro, Ghreni acabaría muerto o en la cárcel y la Casa de Nohamapetan con la soga de la ley en el cuello por culpa de sus actos.

Lo peor de todo era que, en un principio, nada de esto había sido idea suya.

Cuando los vástagos de los Nohamapetan eran unos adolescentes, cualquiera que se hubiera molestado en fijarse en ellos se habría dado cuenta de que cada uno de los muchachos tenía un rasgo predominante en su personalidad. Amit era el convencional: vulgar y manso, pero siempre dispuesto a dar la cara por la familia, un hombre de paja manipulable que algún día tomaría públicamente las riendas de la Casa de Nohamapetan. Ghreni era el hábil, el que tenía don de gentes, el negociador (o el hombre que inspiraba confianza), el que era capaz de fascinarte con una idea y hacer que firmaras un contrato, supieras o no lo que estabas comprando.

Pero el cerebro de la operación era Nadashe, la hermana. Era la que le decía al hombre de paja lo que tenía que decir y señalaba el objetivo al negociador; era la que había puesto en marcha unos planes que darían sus frutos años, o incluso décadas, después.

Como ocurrió aquella noche, cuando los hermanos estaban reunidos en Xi'an para celebrar el cumpleaños de Rennered Wu, el príncipe heredero, con quien Nadashe había iniciado negociaciones con vistas a su matrimonio.

—Es un imbécil —le dijo Ghreni a su hermana cuando abandonaron los festejos y regresaron a la residencia de los Nohamapetan, no muy lejos del palacio imperial.

—Pues a mí me cae bien —dijo Amit, repantigado en un sofá con una copa de shiraz de los Nohamapetan en la mano. El shiraz era de contrabando,

o lo sería si alguien que no perteneciera a la familia Nohamapetan lo bebiera, ya que la Casa de Patric tenía el monopolio de la uva y de todos sus productos derivados. Pero cuando se fundó la Interdependencia y se repartieron los monopolios, los viñedos de los Nohamapetan fueron excluidos y se les permitió mantenerlos para el uso exclusivo de la familia. El famoso shiraz, reconocido como uno de los mejores vinos producidos fuera de la ahora perdida Tierra, sólo estaba al alcance de los Nohamapetan. O de sus invitados, ya fuera en una pequeña fiesta privada o en una reunión más íntima. Se sabía de fervorosos amantes del vino que habían hecho proposiciones indecentes a los Nohamapetan con el objetivo de obtener una botella del añejo caldo.

—No me extraña —repuso Ghreni. Desde su punto de vista, Rennered Wu y su hermano estaban cortados por el mismo patrón de aburrido donjuán. A Ghreni no le desagradaba Amit, ni a este le desagradaba su hermano, pero desde que eran adultos apenas se veían. Los dos tenían amigos, cada uno por su lado, que les resultaban más interesantes.

Ghreni tampoco pasaba mucho tiempo con su hermana, aunque no era por falta de interés, sino porque Nadashe tenía planes. Cuando esos planes involucraban a Ghreni, se veían. Y cuando no lo hacían, no. El hecho de que Nadashe hubiese llevado a sus dos hermanos hasta su apartamento y hubiera dado el resto de la noche libre a los guardaespaldas significaba que sus planes los involucraban a ambos de una u otra manera.

Sin embargo, todavía no les había dicho una palabra sobre lo que tramaba, así que Ghreni decidió chincharla un poco, sólo por diversión.

—¿Y cuál es tu excusa, Nada? ¿Por qué te relacionas con ese estirado de Rennered?

Nadashe, que estaba de pie detrás del sofá de Amit, le arrebató la copa de vino a su hermano y le dio un sorbo. Amit protestó sin demasiada convicción y cerró la boca cuando Nadashe se la devolvió.

—¿Aparte de porque algún día será el emperox y una alianza con la casa

imperial proporcionaría a la familia una posición predominante entre los gremios, y porque uno de mis hijos será el próximo emperox y nuestros intereses y los de la Interdependencia coincidirán para siempre?

—Sí —respondió Ghreni—. Aparte de eso.

—No baila mal.

—Bueno —dijo Ghreni. Lanzó una mirada a su hermano, que puso los ojos en blanco—. Menos es nada.

—Hay otra razón, que es por la que os he traído aquí esta noche a los dos. —Volvió a quitarle la copa a Amit.

—¡Para de hacer eso! —protestó él.

—No —dijo Nadashe, y se acercó al bar con la copa en la mano—. Te necesito sobrio. Recuperarás tu copa cuando acabe.

—Da igual lo que sea, ya no me gusta —dijo Amit.

—¿Qué sucede, Nada? —preguntó Ghreni.

—El futuro —respondió Nadashe. Pidió al ordenador de la casa que atenuara las luces y reprodujera la presentación en una pantalla. En esta aparecía un mapa de la Interdependencia con las principales corrientes del Flujo resaltadas. Todas ellas confluían en Central.

—¿Ese es el futuro? —inquirió Amit.

—Eso es el presente —aseveró Nadashe. Chasqueó los dedos y el mapa cambió; no lo hicieron los sistemas estelares de la Interdependencia, sino las corrientes del Flujo, que modificaron sus trayectorias, algunas de una manera radical. Pero lo que más llamaba la atención era que en el espacio que rodeaba Central, antes atestado de los vectores del Flujo que llegaban al planeta o partían de él, ahora sólo había tres corrientes, dos de llegada y una de partida. Otro sistema era ahora el punto donde confluían la mayoría de las corrientes del Flujo, y el espacio que lo rodeaba estaba lleno de figuras que representaban el tráfico en uno y otro sentido.

El sistema era Fin.

—Este es el futuro —declaró Nadashe.

Ghreni se levantó y se acercó a la pantalla para estudiar el mapa.

—¿De dónde lo has sacado?

—Tengo una amiga de la universidad que es física del Flujo. Buscaba algo sobre lo que hacer la tesis doctoral y se encontró por casualidad con una monografía sobre un potencial cambio del Flujo a largo plazo. El autor de la monografía nunca hizo nada con su investigación. Mi amiga buscó su rastro y descubrió que se había convertido en recaudador de impuestos para la Interdependencia. Así que ella siguió investigando, trabajó con los datos y llegó a la conclusión de que, después de más de mil años de relativa estabilidad, las corrientes del Flujo están a punto de experimentar una alteración, probablemente la que muestra este mapa.

—¿Cuándo?

—Mi amiga dice que los datos demuestran que ya ha empezado. Primero lentamente, pero los cambios se sucederán de una manera cada vez más rápida. Probablemente durante la próxima década. —Nadashe señaló la pantalla—. Según ella, este mapa es el aspecto que probablemente tendrá la Interdependencia dentro de treinta años.

Ghreni frunció el ceño.

—¿Probablemente? ¿Qué significa eso?

—Ha creado un modelo con los cambios y las desapariciones de corrientes del Flujo más probables basándose en sus datos. Afirma que su predicción tiene un ochenta y cinco por ciento de probabilidades de cumplirse cuando el Flujo vuelva a estabilizarse. Y entonces, lo más seguro es que se mantendrá estable durante otros mil años.

—¿Y está segura de que Fin va a convertirse en el punto de confluencia de todas esas corrientes? —preguntó Ghreni, señalando el mapa.

Nadashe asintió.

—Dice que esa es la parte más probable de todas las alteraciones. Al parecer, las corrientes del Flujo ya se han movido antes. Sus datos sugieren que el núcleo de la actividad del Flujo pasa de Central a Fin y viceversa cada

mil o dos mil años. Hay una posibilidad entre mil de que otro sistema se convierta en el punto de confluencia de las corrientes del Flujo.

—Vale, ¿y qué? —preguntó Amit.

—Pues que quien controle el sistema en el que confluyen las corrientes del Flujo controlará la Interdependencia —respondió Ghreni.

—Por lo menos uno de los hermanos está prestando atención —dijo Nadashe sonriendo.

—Pero nosotros no controlamos ese sistema —observó Amit—. Estamos en el sistema Terhathum.

—En el presente —repuso Nadashe, y señaló de nuevo la pantalla—. Pero eso es el futuro.

—Pero ya hay un duque de Fin —le dijo Ghreni a su hermana.

—Lo hay. Pero históricamente no duran demasiado. Los derrocan con tanta frecuencia que cuando estalla una rebelión en Fin, la política de la Interdependencia consiste en dejar que se peleen y que el ducado pase al que quede en pie.

—¿Quieres derrocar al duque actual?

—No. Quiero que tú lo derroques, Ghreni.

—¿Cómo? ¿Por qué yo?

—Porque Amit está ocupado preparándose para asumir las riendas de los negocios familiares y yo ando liada intentando emparentarnos con el linaje del emperox. Eres el único que ahora mismo no está ocupado.

—Sí que estoy ocupado —protestó Ghreni. Y era cierto. Era vicepresidente del departamento de relaciones públicas y publicidad de la familia, que era un cargo que le iba como anillo al dedo por su edad y su currículum. Pasado un tiempo, cesaría en el puesto para entrar a formar parte del consejo directivo de la empresa familiar y podría disfrutar de la vida como cualquier tercer hijo de las familias adineradas.

—No estás tan ocupado. Además, si te ponemos al mando de nuestros intereses en Fin, sería un ascenso. Es una propuesta atractiva para ti y el paso

adelante natural en tu carrera.

—Pero es Fin.

—¿Y?

—No hay nada en Fin. Por eso se llama Fin.

—El futuro está en Fin, Ghreni. Te necesitaremos allí para estar preparados.

—Tú ya tienes planeado casarte con el heredero del emperox, Nada —dijo Amit—. ¿Para qué necesitamos entonces a Ghreni en Fin?

—¿Le respondes tú o lo hago yo? —preguntó Nadashe a Ghreni.

—Porque quien controle Fin estará en disposición de competir en poder con el emperox —respondió Ghreni a su hermano—. La única razón por la que la Casa de Wu es la familia imperial es que controla el espacio que rodea Central. No se puede poner un pie allí sin pagar aranceles, impuestos y tarifas. Si todo eso se traslada a Fin, una de las fuentes de ingresos más importantes del emperox se secará.

—Nos casamos con la Casa de Wu para alcanzar el poder ahora —continuó Nadashe—. Y controlamos Fin para mantenerlo cuando las cosas cambien. Y si nuestras familias logran conservar Central y Fin, evitaremos que estalle una guerra civil en la Interdependencia.

—Lo que sería muy malo para los negocios —concluyó Amit—. Para los de todos, incluidos los nuestros.

Ghreni miró de nuevo la pantalla.

—¿Estás dispuesta a jugártelo todo por una tesis doctoral, hermanita?

Nadashe se encogió de hombros.

—Lo peor que podría ocurrir sería que nos equivocáramos al creer que el Flujo cambiará. El resultado: tú serías duque de Fin y yo la consorte imperial.

—En realidad, lo peor que podría ocurrir es que tú no te casaras con Rennered, que Ghreni fuera arrestado por traición y que se produjera el cambio del Flujo —apuntó Amit.

—No ayudas, hermano —le reprochó Ghreni.

—Sólo quiero dejar claras cuáles serían las consecuencias si fracasáramos —repuso Amit—. Sé que vosotros dos pensáis que no soy lo suficientemente inteligente para darme cuenta de que este plan tuyo, Nadashe, entraña muchos riesgos y de que no son pocas las probabilidades de que fracase. Si queréis que salga bien, me necesitaréis para que calme los ánimos en el consejo directivo.

—Sólo será necesario si se lo contamos —señaló Nadashe.

Amit resopló.

—¿Pretendes ocultar a la Casa de Nohamapetan que estás preparando un golpe de Estado a escala interplanetaria?

—¿Por qué no? Usaremos fondos locales. Es Fin, podemos mantener fuera de los libros de contabilidad los gastos durante años si es necesario. No hace falta contarle el plan al consejo directivo hasta que se haya consumado.

—Oh, querida —dijo Amit, y se levantó del sofá—. Creo que necesito una copa. —Enfiló hacia el bar.

—Lo mantendremos en secreto. Sólo lo sabremos nosotros tres.

—Ni siquiera con los fondos locales de Fin conseguiremos mantenerlo en secreto —dijo Ghreni—. Sobre todo si organizamos una rebelión.

—En Fin se levantan grupos en contra del duque de turno un par de veces cada diez años —dijo Nadashe—. No tenemos que organizarla. Busca una que ya esté fraguándose.

—¿Y crees que el duque actual se lo tragará?

—Depende de si descubre que tú tienes algo que ver. Demuéstrale que puedes serle útil.

—Hay demasiadas variables en este plan —observó Amit desde el bar.

—Amit tiene razón —dijo Ghreni. Señaló la pantalla, que todavía mostraba el mapa—. Y no hay ninguna garantía de que tu amiga física no sea un completo fraude. ¿Por qué no sale en las noticias, Nadashe? Es un asunto que preocuparía a la gente si se enterara. El hecho de que nunca hubiera oído nada al respecto me hace pensar que parece más que lo que es en realidad.

—Sólo me lo ha enseñado a mí —repuso Nadashe.

—¿Por qué haría una cosa así?

—Necesitaba dinero y pensó que podría obtenerlo con esto. Le he pagado los gastos que tendrá hasta que acabe la tesis doctoral, que no será sobre este tema, y ella me ha dado esto a cambio.

—¿Quién es?

—Es una amiga de la universidad. Ya te lo he dicho.

—¿Tiene nombre?

—Hatide Roynold.

—¿La conocí?

Nadashe resopló.

—No. Por mucho que te cueste aceptarlo, Ghreni, no conociste ni te acostaste con todas mis amigas de la universidad.

—¿Ningún colega físico ha revisado todos estos datos que te ha dado? —quiso saber Amit. Volvía a tener la copa llena de shiraz.

—No. Obviamente, no queríamos que se filtraran. Supongo que en algún momento podría haber intentado ponerse en contacto con el recaudador de impuestos cuyas investigaciones estaba continuando, pero creo que no llegó a hacerlo.

—Por tanto, salvo por algún burócrata sin importancia que posiblemente no sabía nada sobre el tema ni, obviamente, le importaba, ¿nadie más sabe esto?—insistió Amit. Nadashe asintió—. Bueno, por lo menos nadie se lo esperará.

—¿Ahora tú también quieres participar en esto? —le preguntó Ghreni a su hermano.

—No he dicho que quiera hacerlo —repuso Amit—. Es una inversión de gran riesgo con un posible gran beneficio, que es la manera más educada que encuentro para describir este demente complot. No me gustan los riesgos. Y tenemos un monopolio con franquicias, así que ya obtenemos grandes beneficios. —Señaló la pantalla—. Pero si hay alguna posibilidad de que eso

sea cierto, también existe el riesgo de que la Interdependencia se desmorone si no hacemos nada para evitarlo. Y esa es una situación de riesgo medio y grandes pérdidas. Tengo que decidir si prefiero una cosa o la otra.

—Podemos hacerlo —dijo Nadashe.

—Lo que quieres decir es que yo puedo hacerlo —puntualizó Ghreni—. Estaré separado de ti a una distancia de varios meses.

—Podemos dejarlo todo planeado antes de que te marches.

—Todos esos planes no servirán de nada cuando haya que aplicarlos en la vida real.

—Entonces, improvisa. Gánate la confianza de la gente. Ocúltales tus intenciones. Eso se te da bien.

—Sí —asintió Ghreni—. Pero eso solo no será suficiente.

—Ya se te ocurrirá algo. —Nadashe acarició la mejilla de su hermano—. Y cuando no sepas qué hacer, líate a tiros. No harás daño a nadie.

—De hecho, puede hacer mucho daño —señaló Amit sirviéndose un poco más de shiraz.

—¡Sé atrevido! —dijo Nadashe sin hacer caso a Amit—. ¡Sé atrevido, Ghreni! ¡Y luego, sé el duque de Fin!

Nadashe no convenció a Amit ni a Ghreni esa noche. Demasiadas preguntas y demasiadas posibilidades de que los tres acabaran en diminutas celdas donde pasarían el resto de sus vidas por traición, fraude y terrorismo. Pero la cuestión era cuándo, no si, Nadashe los ganaría para su causa con sus planes y su poder de persuasión. En menos de un mes, sus hermanos aceptaron la idea. Al cabo de otro mes, Ghreni, todavía sin acabar de creerse que estaba participando en este descabellado complot, viajaba a bordo de la *five* de los Nohamapetan ¡*Un poco de nervio!* con destino a Fin.

Echando ahora la vista atrás, su parte del plan había salido sorprendentemente bien. En Fin encontró un grupo furioso con el duque y preparado para derrocarlo al que pudo suministrar dinero y armas para que a cambio llevaran todo el peso de la revolución. Él enseguida se integró en el

círculo íntimo del duque de Fin, que, a pesar de su pretencioso título, era un patán provinciano cuyo padre había conseguido el ducado tras derrocar a su anterior propietario y que quedó profundamente impresionado por Ghreni, cuyos antepasados habían sido nobles desde antes incluso de la fundación de la Interdependencia.

En un par de meses, la revolución ganó fuerza y Ghreni se convirtió en la persona de confianza y en el sicario político del duque; una posición desde la que podía socavar su autoridad discretamente mientras allanaba el camino para su inevitable ascenso cuando rodara la cabeza del duque. Sin duda, le estaba yendo mejor a él con su parte del plan que a su hermana Nadashe con el suyo, aunque lo cierto era que no era sólo culpa suya. Hasta donde Ghreni sabía, Nadashe no había tenido nada que ver en el accidente de Rennered contra el muro. Y si no era así, su hermana se había cuidado de que él no se enterara.

Pero ahora todo estaba haciéndose añicos y Ghreni tenía la sensación de que en cuestión de días, o de horas, lo descubrirían y caería en desgracia. No sólo él, también la Casa de Nohamapetan. Una cosa era cagarla uno, pero otra muy distinta arrastrar en la caída a toda la familia.

«Sé atrevido —le había dicho Nadashe—. Y luego, sé el duque de Fin.» Ghreni sonrió al recordarlo e intentó imaginar lo que su hermana haría en su lugar. Entonces, cuando quedaban menos de dos horas para que se presentara ante el duque de Fin y el conde de Claremont, decidió que haría eso precisamente.

El duque, el conde y Ghreni pasaron una hora tomando el té en la galería oriental de Weatherfair, que ofrecía unas vistas espectaculares de la ciudad, charlando sobre asuntos completamente irrelevantes. Ghreni se dio cuenta de que al conde le suponía un enorme esfuerzo, porque era obvio que pensaba que él había secuestrado e intentado torturar a su hijo. Luego, los tres entraron en el despacho privado del duque y conversaron sobre asuntos

relevantes que no estaban relacionados con el secuestro perpetrado por Ghreni y el intento de tortura al hijo del conde. Así pasaron otra hora.

Entonces el duque le hizo una seña a Ghreni para indicarle que había llegado el momento de la disculpa, y Ghreni asintió, se puso en pie y se situó entre el conde y el duque, que estaba sentado a su escritorio. Ghreni respiró hondo, lo que ya presagió las dificultades que iba a tener para pronunciar las palabras que se disponía a decir. Entonces metió la mano en el bolsillo interior derecho de la chaqueta, donde llevaba escondida una pequeña pistola aturdidora, y disparó con ella al conde, que perdió el conocimiento.

—¡Ghreni! ¿Qué demonios has...? —comenzó a decir el duque, pero no pudo acabar la pregunta porque tenía un agujero en los pulmones, abierto por el pequeño revólver que Ghreni había sacado del bolsillo interior izquierdo de la chaqueta para dispararle, después de dejar caer al suelo la pistola aturdidora para poder empuñar la nueva arma. El duque apenas tuvo tiempo para echarse un vistazo a la herida y mirar luego a Ghreni con una expresión de absoluto desconcierto antes de morir de otro disparo en la cara. Esta segunda bala entró por el ojo derecho del duque, le atravesó el cerebro y, perdida la velocidad, quedó alojada en la parte posterior de su cráneo, sin llegar a traspasarlo.

Ghreni sacó rápidamente un pañuelo, borró sus huellas del revólver y lo colocó en la mano del inconsciente conde. Se aseguró de que las huellas de este quedaran impresas en la empuñadura y en el gatillo del arma. Luego recogió la pistola aturdidora, la limpió también y la llenó con las huellas dactilares del duque antes de depositarla de nuevo en el suelo, justo donde podría haber caído de manera natural. A continuación, abrió el cajón del escritorio del duque, en el que cualquier noble guardaría una pistola aturdidora como medida de seguridad personal.

Lo siguiente que hizo Ghreni fue correr hasta la puerta del despacho y abrirla en el mismo momento en el que el personal y el equipo de seguridad del duque llegaban a toda prisa tras haber oído los disparos.

—¡Se han disparado! —fue todo lo que Ghreni dijo antes de que los miembros del personal y de la seguridad entraran como una exhalación en el despacho. Ghreni se dejó caer junto a la puerta, fingiéndose conmocionado e hiperventilando ostensiblemente a pesar de que era innecesario, ya que un duque muerto en la habitación era algo mucho más serio y nadie le prestaba atención a él.

Para Ghreni era perfecto, porque no quería que nadie le prestara atención. Su deseo era que todo el mundo depositara su atención en el duque y en el conde, que todos vieran lo obvio: el conde había sacado el pequeño revólver, el duque había sacado la pistola aturdidora y uno de los dos había disparado primero, y ahora uno estaba muerto y el otro sin conocimiento. Cuanto más miraran la escena los demás (y a esas alturas la habitación ya estaba a rebosar de empleados del duque), más proclives estarían sus cerebros a creer la historia que iba a contarles Ghreni.

—El duque me llamó para que me disculpara con el conde —le contó este a sir Ontain Mount un tiempo después. El burócrata imperial se había visto obligado a intervenir porque el asesinato de un duque por un conde era un problema imperial, aunque se tratara del duque de Fin, a quien antes del suceso sir Ontain Mount habría dejado que los rebeldes ahorcaran libremente si lo hubieran cogido. Estaban a solas en el depósito de cadáveres del hospital, con el cuerpo del duque tendido sobre una mesa ante ellos.

—Supongo que por secuestrar a su hijo —dijo Mount.

—Presuntamente —lo corrigió Ghreni—. Y me disculpé, aunque no por secuestrar a Marce Claremont, cosa que no hice, sino por haber mantenido una conversación acalorada con él, lo que dio pie al malentendido.

—¿Cómo se lo tomó el conde?

Ghreni señaló el cadáver.

—No lo convencieron mis disculpas.

—¿Y por qué no le disparó a usted, lord Ghreni?

—¿Señor?

—Usted es el que presuntamente secuestró a su hijo. Era el objetivo lógico de su ira. Y lo tenía justo delante.

—El conde pensó que había actuado a petición del duque. Al menos eso dijo antes de que comenzara el tiroteo.

—¿Y qué le hizo pensar eso?

—El duque me había enviado a visitar al conde un par de días antes con el fin de que intentara convencerlo de que desviara unos fondos imperiales para pagar unas armas que los piratas habían robado y por las que pedían un rescate. El conde se negó, como no podía ser de otra manera, así que el conde supuso que el duque también me había pedido que llevara a cabo ese presunto secuestro para presionarlo.

—¿Habló con el joven Claremont en nombre del duque?

—Sí. —Ghreni notó que Mount parecía aceptar este giro en la trama del secuestro, pero obviamente no dijo nada—. El duque estaba al tanto de que yo no aprobaba su plan para «tomar prestados» esos fondos, pero hice lo que me pidió porque él era mi duque.

—Aun así, es extraño que no le disparara también a usted.

—A lo mejor planeaba hacerlo, pero el duque sacó la pistola. Creo que eso cogió por sorpresa al conde.

—Sí —repuso Mount—. También sorprendió al jefe de seguridad del duque. Me dijo que al duque no le gustaba llevar armas encima. Eso lo dejaba para sus guardaespaldas.

—Seguramente el duque quiso tomar precauciones. Sabía que el conde estaba disgustado con él.

—Sí, claro. Pero ¿de dónde sacó la pistola? Los miembros de su equipo de seguridad afirman que no la había visto nunca.

Ghreni aparentó sentirse incómodo.

—¿Le ocurre algo, lord Ghreni? —preguntó Mount.

—Es mía. Yo se la presté. La compré hace algún tiempo, cuando las cosas comenzaron a ponerse feas con la rebelión.

—Usted dispone de su propio equipo de seguridad.

—No me siguen a todas partes. El duque sabía que la tenía... aunque nunca la llevaba cuando estaba con él por razones obvias, así que me pidió que fuera con ella a la reunión. Por su propia seguridad.

—Para eso podría haber pedido a sus guardaespaldas que asistieran a la reunión. O haberles ordenado que registraran al conde cuando llegó.

—Supongo que no quería aumentar la tensión con el conde. La reunión se celebraba con la intención de limar asperezas. Por eso el duque eligió Weatherfair; una residencia privada en vez de un despacho público. Era una reunión entre amigos, no oficial.

—Al parecer —dijo Mount, mirando de nuevo el cadáver—, el duque juzgó mal la situación.

—¿Qué va a hacer con el conde de Claremont?

—De momento está arriba, en una habitación privada, rodeado por media docena de marines. Aún no ha vuelto en sí. Imagino que cuando despierte no me contará la misma historia que usted, ¿verdad?

—No sabría decirle —respondió Ghreni—. Lo único que sé es que aún está furioso conmigo. No me sorprendería que insinuara que yo tuve algo que ver. Aparte de prestar mi pistola al duque, quiero decir. Él no lo sabía. ¿Existe alguna grabación del interior del despacho?

Mount negó con la cabeza.

—El equipo de seguridad del duque me ha dicho que en Weatherfair no hay cámaras. El duque lo llamaba su «refugio». No sé a qué debía de referirse.

Ghreni asintió como si no hubiera sabido ya que en Weatherfair no había medidas de seguridad propiamente dichas.

—El próximo duque será más precavido.

—A ver quién lo sucede. —Mount señaló el cadáver—. No tenía herederos ni parientes cercanos, y en el acuerdo prematrimonial con la

duquesa se especifica que ella no puede sucederlo. Al parecer, tenían problemas de confianza.

—¿No existe un protocolo? Como representante del emperox, usted debe dar su aprobación a quien reclame el título, ¿no?

—En ausencia de un heredero directo, yo debo nombrar al duque, sí. Aunque el emperox tiene que aprobar mi recomendación, por supuesto. Mi primera opción sería conceder el ducado al siguiente noble en orden de posición jerárquica, que en este caso sería el conde de Claremont.

—Dadas las circunstancias, no me parece que sea buena idea —señaló Ghreni.

—No, a mí tampoco. Hay otros condes y barones a los que habría considerado aceptables, pero muchos han huido del planeta, y los que no lo han hecho están escondidos o se han aliado con los rebeldes. Eso los inhabilita para el puesto. De momento, por lo menos.

—¿Y si la líder de los rebeldes, Livy Onjsten, su general, presentara su candidatura?

Mount resopló.

—No voy a nombrarla a ella sólo porque el duque haya muerto y ya no tenga que derrocarlo. La rebelión sigue en marcha. Una rebelión no triunfa por la incomparecencia del oponente.

Ghreni adoptó un afectado gesto pensativo y esperó en silencio hasta que Mount se percatara de ello.

—¿Qué ocurre? —preguntó este al fin.

—En principio, no debería hablar de ello —dijo Ghreni con un titubeo simulado—. Desde hace algunos meses, a petición del duque, he estado tratando con los rebeldes para intentar encontrar una solución consensuada a este desastre. Sus recursos y los nuestros han disminuido considerablemente, y las dos partes estamos buscando un desenlace aceptable para todos. Pero ahora el duque está muerto. Los rebeldes reclamarán el ducado. Si no actuamos deprisa, los rebeldes se escindirán en facciones enfrentadas entre

ellas lideradas por aspirantes a suceder al duque, lo que empeorará la situación de todos en Fin.

—¿Qué sugiere? ¿Qué nombre duquesa a esa tal Onjsten?

Ghreni negó con la cabeza.

—¿Ya se ha dado la noticia de la muerte del duque?

—No —respondió Mount—. De momento, lo único que se sabe es que el conde de Claremont está arriba. Nadie sabe que él está aquí abajo —añadió, señalando el cadáver—. Aunque eso durará poco.

—Puedo ponerme en contacto con Onjsten en cuanto usted y yo acabemos esta conversación y ofrecerle una tregua inmediata, la aceptación de algunas de las exigencias políticas de los rebeldes y un título nobiliario para ella.

—¿Qué título?

—El de condesa.

—¿De Claremont? —inquirió sarcásticamente Mount.

—Posiblemente, si queda vacante tras un juicio. Pero acaba de decir que varios condes han huido. Le podemos dar alguno de esos condados vacantes. Y títulos menores para sus lugartenientes. Amnistía general para los combatientes. Podemos poner fin a esto ahora mismo, sólo con una llamada.

—Me parecen demasiadas cosas para resolverlas con una sola llamada —repuso Mount.

—No se trata de la llamada en sí; detrás hay muchos meses de trabajo —dijo Ghreni—. Su gente y yo ya habíamos negociado la mayoría de esas cosas. Ahora sólo se trata de ponerlas en práctica.

—¿Y si Onjsten no acepta la oferta?

—Entonces le diré que los marines imperiales están preparados para intervenir.

Mount se puso tenso.

—No tenemos intención alguna de hacer eso, lord Ghreni.

—¡Ya lo sé! Pero ella no tiene por qué saberlo, y podría ser definitivo para convencerla. Se lo plantearé en los términos siguientes: «Si no aceptas, la

Interdependencia os aplastará». Sólo será un empujoncito.

—¿Confía en que saldrá bien?

—Creo que es la mejor opción que tenemos ahora mismo y que tendremos en mucho tiempo.

Mount asintió.

—Adelante.

—El caso es, sir Ontain, que no tengo la autoridad para hacer nada de eso. Todavía.

Ghreni esperó a que Mount se hiciera una idea de lo que estaba pidiéndole, cosa que ocurrió enseguida, porque Mount no era idiota. Entonces tuvo que esperar a que Mount considerara todos los aspectos que habían aparecido en su cabeza. Ghreni observó que en el rostro del representante del imperio se sucedían una serie de microexpresiones: la comprensión de que Ghreni básicamente lo había conducido a una trampa y ahora tendría que darle lo que quería; la irritación por haberse dejado manipular de tal manera; la sospecha de que Ghreni podría haber planeado el asesinato con el fin de conseguir su objetivo; una velada admiración si era así; la confirmación de que esta rebelión era un maldito lío y de que cuanto antes acabara, de la manera que fuera, sería mejor para todos; la resignación por el hecho de que aquella pequeña víbora Nohamapetan probablemente era la mejor opción que tenía para quitarse cuanto antes de encima este marrón.

Ghreni supo que Mount iba a ofrecerle el ducado probablemente con varias centésimas de segundos de antelación.

—De acuerdo, lord Ghreni. Consiga un alto el fuego en la próxima hora y una tregua en las próximas veinticuatro como duque interino. Comenzaré con el papeleo para recomendar que su nombramiento sea definitivo. Pero me gustaría dejar clara una cosa, mi joven amigo: si descubro que el asesinato no se ha producido como lo acaba de relatar usted, se convertirá en el duque de una celda de tres metros por tres el resto de su vida. Y me tomaré como un asunto personal que tenga una larga vida. ¿Me ha entendido?

—Por supuesto, sir Ontain.

—En ese caso, felicidades, lord Ghreni, duque de Fin provisional. Póngase a trabajar.—Mount salió con paso resuelto del depósito de cadáveres.

Ghreni reprimió las ganas de lanzar los puños al aire de alegría.

Una hora después había conseguido un alto el fuego y enviado una delegación para acordar una tregua. No había tenido que amenazar a la general Onjsten con los marines imperiales, por supuesto; al fin y al cabo trabajaba para él.

Dos horas después informó al capitán Wimson de la *Rosa Roja* de que el pago por los daños sufridos por su nave y por las armas se produciría cuando fuera oficial su nombramiento como duque de Fin, así que le pidió que, por favor, tuviera un poco de paciencia y no lo matara.

Tres horas después, el nuevo duque interino fue informado de que el conde de Claremont había despertado y estaba al tanto de lo ocurrido. Ghreni decidió hacerle una visita y ordenó a todo el mundo, incluidos los marines imperiales, que esperaran fuera de la habitación. Todos obedecieron, aunque a regañadientes. Ghreni cogió la silla que había en un rincón del cuarto y la colocó junto a la cama para poder hablar en voz baja con el conde.

—Ahora soy el duque de Fin.

—Felicidades —dijo el conde sin un atisbo de entusiasmo en la voz.

No obstante, Ghreni asintió.

—Gracias. Ahora, vayamos al grano. Usted y yo necesitamos ponernos de acuerdo en nuestra versión de lo que sucedió. Esa versión es que usted asesinó al duque porque él me ordenó que secuestrara a su hijo. Ustedes dos tuvieron una discusión, usted sacó su revólver y el disparó la pistola. No recuerda nada de lo que sucedió después porque el aturdimiento le ha borrado la memoria.

—¿Quiere que confiese un asesinato?

—Sí, así es.

—Esperaba un plan mejor, lord Ghreni.

Este no tomó en consideración que el conde no hiciera mención de su nuevo título a la hora de dirigirse a él.

—A cambio, esto es lo que obtendrá de mí: será condenado por el asesinato, pero yo permitiré que cumpla su condena en arresto domiciliario en Claremont. Renunciará a su título y yo me aseguraré de que pase a su hija para evitarle un trance vergonzoso. Dimitirá de su puesto como auditor imperial y en su lugar nombraré a alguien de mi confianza. Pero le garantizo que cobrará la pensión que le corresponde, a la que añadiré un estipendio para el mantenimiento de su residencia. Usted no le contará nada a nadie, ni siquiera a su hija. Ah, y otra cosa: a su hija le pedirá que no intente matarme.

El conde resopló.

—Si acepta todas estas condiciones —continuó Ghreni—, dentro de cinco años lo indultaré. Diré que las amenazas del duque hacia usted y su familia se volvieron tan intensas que no tuvo más elección que matarlo. Usted estaba bajo mucha presión. Y, puesto que yo estuve allí, podré confirmarlo. Eso es todo. Confiese, cinco años en casa y luego el indulto.

El conde se echó a reír débilmente.

—¿De qué se ríe? —preguntó Ghreni.

—Lord Ghreni, no tiene ni idea de lo que va a ocurrir en los próximos cinco años.

—Todo lo contrario, Claremont, lo sé perfectamente. Se avecinan cambios. Fin va a convertirse en el centro de la Interdependencia. Todos los caminos traerán aquí.

—No. Ningún camino traerá aquí. Dentro de cinco años estaremos solos. Es una certeza física.

Ghreni comenzó a inquietarse y se dio cuenta de que la última afirmación del conde había provocado ese cambio en su estado de ánimo.

—¿Qué quiere decir?

—¿Por qué cree que he sacado a mi hijo de aquí, lord Ghreni, justo ahora?

—Porque estamos en guerra, y para que presente su queja al emperox

contra mí por haberlo secuestrado. —Esto último era el motivo por el que Ghreni quería eliminar a Marce en el caso de que no pudiera capturarlo vivo. Ghreni ignoraba qué influencia tenía el conde de Claremont en la corte imperial, pero sabía que Nadashe y Amit no le darían las gracias si llegaba un informe desde Fin que les hiciera la vida más difícil.

El conde negó con la cabeza.

—Lo he sacado de aquí porque, si no se iba ahora, no podría hacerlo jamás.

Ghreni estaba desconcertado.

—¿Está hablando de las corrientes del Flujo? —¿Qué podía saber un auditor imperial sobre las corrientes del Flujo? La especialidad del conde eran los impuestos, no la físi...—. ¡Dios mío!—exclamó Ghreni, y clavó unos ojos como platos en el conde—. ¡Es usted!

El conde de Claremont parecía confuso, pero estaba divirtiéndose.

—¿Quién soy, lord Ghreni?

—¡Es usted! ¡El físico del Flujo! ¡El investigador en cuyo trabajo Hatide Roynold basó sus estudios!

Claremont mantuvo la expresión de confusión, pero entonces Ghreni vislumbró en su rostro un atisbo de comprensión.

—Conozco ese nombre. Lo recuerdo. Me envió una muestra de su trabajo y una lista de preguntas hace algunos años.

—Y no le respondió.

—No. Tenía orden expresa del emperox de que no hablara de mis investigaciones con nadie. —Otra expresión se instaló en la cara de Claremont. En esta ocasión fue de preocupación—. Cree que las conclusiones de sus investigaciones son exactas, ¿verdad? Cree que las corrientes del Flujo están trasladándose a Fin. Es eso, ¿no?

Ghreni se quedó boquiabierto.

Claremont comenzó a dar palmadas en el lado de la cama.

—¡Es eso! ¡Es eso! —Se echó a reír estentóreamente, casi de una manera

demencial.

Uno de los marines abrió la puerta y asomó la cabeza para averiguar qué pasaba. Ghreni le hizo un gesto brusco para que volviera a cerrarla.

Claremont consiguió controlar la risa y se secó las lágrimas de los ojos antes de mirar a Ghreni.

—Necio ambicioso, qué pena me da.

—¿Qué sabe usted? —le preguntó.

—Sé que Hatide Roynold fue descuidada con sus cálculos matemáticos. Sé que si no revisó algunos de los supuestos en los que basaba el desarrollo de su investigación, probablemente se desvió en una dirección que carece de fundamentos en la realidad. ¿Algún colega físico ha revisado algo del trabajo de Roynold que ha llegado a sus manos?

—No —respondió Ghreni.

Claremont asintió.

—Claro que no. Ella es como yo: la financia un mecenas y trabaja sola. La revisión de los colegas es importante, lord Ghreni. Hasta que Marce tuvo la edad suficiente para revisar mi trabajo, yo me movía a ciegas. Cometí algunos errores estúpidos que simplemente pasé por alto. Roynold también los cometió. Lo sé porque los vi. Probablemente nunca los corrigió. — Claremont se incorporó y dio unos débiles golpecitos en el pecho a Ghreni—. Y usted, cobarde ignorante y avaricioso, no sabe nada.

Ghreni se encogió con los golpecitos pese a la escasa fuerza con la que se los dio Claremont.

—¿Qué sabe usted? —repitió.

Claremont sonrió y volvió a tumbarse en la cama.

—No sé nada, lord Ghreni. Hasta que decida enviar un informe a su casa para describir con todo lujo de detalles las circunstancias de su repentino nombramiento como duque. Lo hará, ¿verdad?

—Sí. —El informe se enviaría en una pequeña cápsula de correo, un vehículo sin tripulación que flotaba en las inmediaciones de los bajíos del

Flujo en el que se grababan electrónicamente datos (cartas y fotografías personales, comunicados comerciales, informes, archivos de propiedad intelectual que pudieran digitalizarse...). Cada día, una de esas cápsulas entraba en el Flujo con toda la información grabada; y cada día salía otra del Flujo, con cartas, comunicados, imágenes y cosas así que eran transmitidas a Fin. Se tardaba mucho en recibir el correo, ya que Fin estaba lejos de todo, pero siempre llegaba.

Claremont volvió a asentir.

—Redacte el informe y envíelo. Y luego, una vez que ocurra, vuelva a verme y le diré cuáles son mis condiciones.

—Cuando ocurra el qué.

—Ya lo sabrá.

—¿Y qué condiciones cree que estará en disposición de exigirme?

—Me gustaría no cargar con un asesinato, para empezar. Lo demás ya lo veremos. Pero le diré una cosa, lord Ghreni, está muy equivocado. No lo necesito a usted para nada. Por el contrario, usted podría necesitarme a mí. Más de lo que cree. Así que vaya y escriba ese informe. No diré nada hasta que regrese. —Claremont hizo gestos ostensibles para echar a Ghreni del cuarto.

Más perplejo que otra cosa, el nuevo duque salió de la habitación del conde.

Ghreni regresó a su despacho en el edificio de la sede de la Casa de Nohamapetan en Fin (sería arduo el traslado de sus asuntos al palacio ducal; la sola idea le provocaba dolor de cabeza) y redactó el informe para Nadashe, en clave, por supuesto, y luego encriptó el documento. Después lo envió a la cápsula de correo a través de un servidor seguro y esperó el acuse de recibo correspondiente. Este llegó cinco minutos después, junto con la hora prevista para la partida de la cápsula, para la que quedaban menos de treinta minutos. Ghreni guardó el acuse de recibo y se mantuvo ocupado con otras tareas,

sobre todo revisando los informes del equipo que estaba redactando las condiciones de la tregua con los rebeldes.

Se abstraigo tanto en el trabajo, que habían pasado tres horas cuando se dio cuenta de que había recibido un mensaje adicional del servicio de correo en el que se le informaba de que su envío no llegaría a tiempo. La razón era un «fallo en la cápsula», lo que significaba que esta había sufrido alguna clase de avería. Los archivos almacenados en ella, incluido su informe, serían transferidos a otra (había docenas de cápsulas en las inmediaciones del bajío del Flujo) y enviados.

Ghreni tomó nota de ello, y ya iba a cerrar la ventana del correo cuando se dio cuenta de que había otros dos comunicados de retraso debido a un fallo en las cápsulas. Mientras leía el tercero recibió un cuarto.

Ghreni llamó a su secretario.

—¿Qué está pasando con las cápsulas de correo?

—No lo sé, señor. Todo el mundo está quejándose de ello. Todo el correo está saltando de una cápsula a otra.

Antes de que Ghreni pudiera replicar, en la tableta le apareció el mensaje de llamada entrante de sir Ontain Mount. Ghreni cortó la llamada con su secretario y respondió la de Mount.

—Parece ser que tenemos un problema —dijo Mount.

—¿Con las negociaciones para la tregua? —preguntó Ghreni.

—No, se trata de otra cosa. Una *five* llamada *Porque yo lo digo* acaba de enviar un informe a la Estación Imperial. Estaba a punto de entrar en el Flujo.

—¿Tiene algún problema la nave?

—La nave está bien. Se trata del bajío.

—¿Qué le pasa?

—No está, lord Ghreni. Ha desaparecido.

Varias horas y un número considerable de reuniones frenéticas después, Ghreni regresó al hospital y a la habitación del conde de Claremont.

—¡Oh, ha vuelto! Bien —dijo este. Señaló a los marines imperiales—. Me

han dicho que ya estoy bien y van a darme el alta. Están a punto de entregarme a las autoridades locales, que supongo que ahora están controladas por usted. Al parecer, me van a meter en la cárcel.

—Necesito que dejen la habitación —ordenó Ghreni, dirigiéndose a todo el mundo menos al conde. La habitación se vació y Ghreni puso su atención en Claremont—. Usted lo sabía. Sabía lo del Flujo.

Claremont asintió.

—Existía la posibilidad de que aún no hubiera desaparecido cuando enviara el informe, en cuyo caso estaríamos teniendo una conversación completamente distinta. Al menos hoy. Pero si no hubiera desaparecido hoy, lo habría hecho mañana, o pasado mañana. Antes de que pasara una semana, en todo caso. Y estaríamos teniendo esta conversación entonces.

—Si la corriente del Flujo ha desaparecido, ha enviado a su hijo a la muerte.

—No. Predije la desaparición del bajío de entrada a la corriente. El bajío de salida todavía seguirá estable varios meses. Aunque eso da igual, porque nada más puede entrar. Así que cuando todas las naves que ahora viajan por la corriente salgan de ella, también podremos darlo por desaparecido. Todas las personas que están en Fin permanecerán aquí mientras dure el fenómeno.

—¿Y cuánto tiempo es eso? ¿Cuánto durará el... «fenómeno»?

—Bueno, lord Ghreni. Perpetuamente, por supuesto.

Ghreni se quedó mudo.

—Hay otra cosa —dijo Claremont.

—¿Qué?

—La corriente del Flujo para salir de Fin está cerrada. Pero, de acuerdo con mis predicciones, la corriente para venir aquí seguirá estable durante algunos años, si bien ya está mostrando síntomas de declive. Pero aún debería aguantar algún tiempo. Incluso podría ser la última corriente del Flujo en toda la Interdependencia que desapareciera por completo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que deberíamos prepararnos para recibir visitantes.

—¿Visitantes?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Calculo que tantos como puedan llegar vivos aquí —afirmó Claremont, y dio una palmada—. Ahora, lord Ghreni, usted es un asesino y un usurpador, e intentó hacer daño a mi hijo. En un mundo perfecto, usted estaría muerto o pudriéndose en una celda por lo que lleva haciendo estos últimos años. Cualquiera de las dos opciones me haría feliz. Pero ahora mismo, para bien o para mal, es el duque de Fin. Y supongo que, dada su nueva situación, ha encontrado una fórmula mágica para poner fin a esta rebelión. ¿Me equivoco?

Ghreni negó con la cabeza.

—Lo que significa que usted, mediante sus mentiras, participaba activamente en la rebelión, ¿cierto?

Ghreni encogió los hombros con resignación al oír la acusación.

—Justo lo que pensaba. No obstante, ahora estamos en paz, y vamos a necesitarla para afrontar el futuro que nos espera. Y, muy a mi pesar, usted es esencial para mantenerla. Eso significa que deshacernos de usted en este momento causaría más problemas que los que solucionaría. Podría intentar refutar esta afirmación; supongo que podría llamar a sir Ontain y montar un escándalo. Pero, puesto que está al tanto de que el Flujo está desapareciendo, sabe que tenemos problemas más graves que las rebeliones y los golpes de Estado. Así que voy a ofrecerle mi apoyo.

—¿Cómo? —Ghreni no podía creérselo—. Con todos los respetos, señor, creo que está juzgando mal quién necesita el apoyo de quién.

—Nada de eso. Usted tiene que tomar algunas decisiones que determinarán si la humanidad, la parte de ella que vive aquí y las partes que llegarán, sobrevive a la desaparición del Flujo. Es usted ambicioso y codicioso, y es obvio que sólo es una pieza de un plan más amplio de su familia para controlar la Interdependencia. Perfecto.

—¿Perfecto?

—Lo último es perfecto. Significa que su ambición y su codicia están al servicio de algo más que su propia satisfacción. Significa que quizá sea algo más que un sociópata ambicioso, que tal vez le preocupe de verdad la Interdependencia, su gente y la suerte que pueda correr. Si es así, o si al menos es capaz de hacer que sea así, lo ayudaré. De lo contrario, puede decirles a esos marines que esperan fuera que me disparen ya. Llegados a este punto, me da igual. Pero, si va a utilizarme, y le conviene hacerlo, quiero poner algunas condiciones y tengo un par de exigencias. Necesito que me demuestre que puedo confiar en que no seguirá siendo el estafador superficial y egocéntrico que ha sido hasta ahora. Necesito creer que es capaz de salvar el mundo.

Ghreni se quedó sin palabras. Era como si la lengua y el cerebro, sus dos puntos fuertes, se hubieran marchitado y el viento se hubiera llevado sus restos.

Claremont observó detenidamente a Ghreni.

—No era así como esperaba que fueran las cosas cuando se convirtiera en duque, ¿verdad? Cuando consiguiera su objetivo.

Ghreni abrió la boca para responder y le salió un graznido. Tragó saliva, avergonzado, y volvió a intentarlo.

—No.

—Bueno, pues, ¡sorpresa, lord Ghreni! Y ahora dígame, ¿qué piensa hacer? ¿Va a utilizarme o no?

## Tercera parte

## Trece

Menos de diez minutos después de que la *Sí, señor, es mi hijo* saliera del Flujo en el sistema de Central y comenzara su viaje espacial real de treinta y siete horas hasta la Estación Imperial de Central, una bomba explotó en el barrio de ocio de la ciudad de Chadwick. La bomba se había colocado en un restaurante y explotó justo después del ajetreo de la hora de la comida. Diez personas murieron en el local y otras dos en la calle. El restaurante quedó totalmente destrozado.

La reacción fue rápida: las unidades antiincendios automatizadas emergieron de los huecos que las escondían para reducir el peligro y los sistemas de ventilación públicos de la zona cambiaron al modo de filtración de partículas para mantener el aire respirable. Las enormes puertas de esa sección de Chadwick, que rara vez se utilizaban, se cerraron para evitar la propagación de un posible incendio, cuyas consecuencias serían devastadoras en un lugar cerrado y subterráneo como era aquel. Los conductos de transporte para entrar y salir de la zona se cerraron herméticamente. Hasta que las autoridades locales y las imperiales reabrieran los conductos, la única manera de entrar o de salir de la ciudad era por vía terrestre, en un entorno de vacío extremo. Pero incluso los accesos a los túneles que conducían a la superficie estaban cerrados y custodiados.

Sin embargo, daba igual.

—Han verificado las grabaciones de las cámaras de seguridad de toda la semana previa a la explosión, tanto del restaurante como de las calles cercanas —declaró Gjiven Lobland, la investigadora imperial que aparecía en

la pantalla de la sala de reuniones del comité ejecutivo en el palacio imperial, tres horas después de la explosión—. No hay nada. Ningún objeto abandonado, nada dejado por algún comensal, ninguna actividad sospechosa. Hemos identificado a todos los clientes y a los trabajadores que comieron o trabajaron allí ese día y estamos interrogándolos, empezando por los que tienen antecedentes penales. Hasta el momento todos están limpios.

—¿Cómo entró allí la bomba, entonces? —preguntó la representante del parlamento Upeksha Ranatunga.

—Estamos investigándolo. Todas las grabaciones de vídeo muestran que la explosión se originó en la parte trasera del restaurante, en las zonas de almacenaje. Tenemos allí un equipo especializado.

—Si explotó en las zonas de almacenaje, podría haber sido un repartidor —señaló la arzobispa Korbijn—. En ese caso, la bomba podría haber estado allí días o semanas.

—Así es, eminencia —asintió Lobland—. También tenemos gente investigando los albaranes de las entregas. Lo encontraremos.

—¿Alguien ha reivindicado el atentado? —preguntó Cardenia.

—No, majestad. Todavía no. Estamos analizando las comunicaciones de todo el planeta. En cuanto sepamos algo os informaremos.

Cardenia asintió e hizo un gesto para que cortaran la comunicación.

—Creo que ya sabemos quién lo ha hecho —dijo una voz desde la otra punta de la mesa.

Cardenia miró en su dirección y vio a Nadashe Nohamapetan, el miembro más reciente del comité ejecutivo. Había sustituido a Samman Temamenan, quien desgraciadamente había muerto y dejado la plaza vacante. Cardenia lamentaba la muerte de Temamenan por diferentes razones.

—¿Va a acusar a los separatistas de Fin? —preguntó Cardenia.

—Es el cuarto atentado con bomba en Central en los últimos dos meses —continuó Nadashe—. Todos ellos con un *modus operandi* casi idéntico.

Hemos recibido informes de actividades similares en otros tres sistemas, que se iniciaron cuando llegó a ellos la noticia de vuestra coronación.

—Podrían ser imitadores —sugirió Ranatunga—. Y detuvimos a los autores del atentado del día de la coronación.

—Querrá decir que matamos a los autores del atentado —la corrigió Korbijn.

—Presuntos autores —señaló Cardenia. Los dos presuntos autores del atentado eran oriundos de Fin, pero, por lo demás, poco se sabía de ellos, salvo que se suicidaron con unos pequeños artefactos explosivos justo cuando las fuerzas imperiales echaban abajo la puerta de su apartamento en Central, donde luego encontraron pruebas que los vinculaban con el atentado del día de la coronación.

—Matamos a dos personas —dijo Nadashe—. No sabemos si acabamos con toda la célula o si formaban parte de un grupo más numeroso.

—¿Qué sugiere que hagamos, lady Nadashe, aparte de lo que ya estamos haciendo, que es bastante? —preguntó Korbijn.

—Arzobispa, estoy de acuerdo en que nuestros investigadores locales e imperiales están haciendo todo lo que pueden. El problema no es ese, sino Fin. Ha llegado la hora de que la Interdependencia dé un paso adelante, tome el control del planeta y aplaste a los rebeldes.

—Como ha propuesto en ocasiones anteriores y como ya ha hecho que sugieran sus parlamentarios —repuso Ranatunga.

—No es una opinión exclusiva de los parlamentarios de Terhathum, ministra Ranatunga.

—Cuando he dicho «sus parlamentarios» no me refería sólo a los que representan a su sistema, lady Nadashe. También a los del resto de los sistemas a los que ha comprado para que defiendan su causa.

Dio la impresión de que Nadashe se crispaba.

—No me gusta que se insinúe que la Casa de Nohamapetan actúa de un modo indebido o distinto al de cualquier otra casa o gremio cuando tiene un

interés especial.

—¿Y cuál es su interés especial, lady Nadashe? —preguntó Cardenia.

—Nuestro interés especial es evitar una posible alteración del comercio y de la vida de los ciudadanos de la Interdependencia. También es de nuestro interés asegurarnos que los terroristas que atentan contra la emperox sean castigados. Un emperox que muestra debilidad o vulnerabilidad invita al caos.

—¿Quiere que subyuguemos un sistema entero de la Interdependencia sólo para guardar las apariencias? —inquirió Cardenia.

—No se trata sólo de guardar las apariencias —repuso Nadashe—. Ni únicamente de eso. Sin embargo, las apariencias son importantes.

Cardenia se volvió a Ranatunga.

—¿Qué se comenta en el parlamento sobre el asunto?

Ranatunga miró a Nadashe antes de responder.

—El parlamento sintió indignación cuando se produjo el atentado el día de vuestra coronación, majestad. Creo que se llevaron una decepción con la muerte de los presuntos terroristas. En vista de esta oleada de atentados, hay un apoyo mayoritario a que se dé una respuesta más contundente.

—¿Qué dicen los parlamentarios de Fin?

—Cuando he hablado con ellos me han dicho que no han recibido noticias ni instrucciones de su duque. Dudan de que los responsables del actual levantamiento tengan los medios para atacar en el resto de la Interdependencia...

—¿Y qué van a decir? —la interrumpió Nadashe.

—... ni sus intereses —continuó Ranatunga, ignorándola—. Ha habido innumerables revoluciones en Fin anteriormente. Forma parte de la esencia del lugar porque la Interdependencia envía allí a sus súbditos conflictivos. Pero las revueltas nunca traspasan sus fronteras. De manera que son escépticos.

—Eso no es consuelo para las familias de las víctimas —apuntó Nadashe.

—A pesar de su escepticismo, si se aprobara una resolución para que el gobierno imperial tomara el control de Fin, sería de esperar su apoyo. Sobre todo ahora que los ataques parecen haberse recrudecido.

—Los gremios también la apoyarían —afirmó Nadashe.

—Eso alteraría el comercio —señaló Cardenia.

—Alteraría temporalmente el comercio con Fin, lo que es preferible a que los ataques alteren el comercio de toda la Interdependencia. Además, Fin es Fin. No es una fuente de ingresos importante para la mayoría de las casas y de los gremios. Sólo supone un uno por ciento de los ingresos de mi casa. Creo que el porcentaje es muy parecido en el resto de las casas.

—¿Qué piensa la Iglesia? —preguntó Cardenia, volviéndose a Korbijn.

—Las preocupaciones de la Iglesia tienen que ver con las cuestiones humanitarias—respondió la arzobispa—, como siempre es el caso en épocas de conflictos. Pero recordad, majestad, que la bomba del día de la coronación no fue sólo un ataque contra vos, sino contra la institución de la Iglesia y contra la catedral. Y, en un sentido más amplio, la Iglesia teme por la seguridad de todas las almas de la Interdependencia. Si esos atentados están relacionados con la revolución de Fin, por el bien de todos deberíamos considerar la posibilidad de actuar.

Cardenia, con gesto pensativo, se quedó mirando a la arzobispa unos instantes.

—Gracias —dijo al fin.

—¿Qué pensáis, majestad? —preguntó Nadashe.

—Pensamos que, hasta que sepamos con certeza quiénes son los responsables de estos atentados y cuáles son sus objetivos, no deberíamos actuar en Fin. —Cardenia levantó una mano para mandar callar a Nadashe, que se disponía a protestar—. No estamos en desacuerdo en que parecen ser actos de terroristas de Fin, pero llevar a cabo una acción de esa magnitud sin pruebas concluyentes sería una locura. Daremos tiempo a los investigadores para que continúen haciendo su trabajo.

—El parlamento podría adelantarse a vos en este asunto, majestad —dijo Ranatunga—. Sobre todo si siguen produciéndose atentados.

—Los gremios también presionarán —añadió Nadashe.

—Comprendemos su urgencia —replicó Cardenia—. La nave de transporte de tropas *Profecías de Rachela* está apostada aquí, en Central. Podemos desplegar diez mil marines en Fin inmediatamente si es necesario. Pero esperamos que el comité recuerde al parlamento y a los gremios que nosotros fuimos el objetivo del primer atentado. Fuimos los primeros en perder personas cercanas. Fuimos los primeros que sufrimos. El sufrimiento aún pervive y aconsejamos que se tenga paciencia. El pueblo de Fin sufrirá, de una manera o de otra, si les arrebatamos la independencia. Eso es seguro.

—Sí, majestad —estuvo de acuerdo Ranatunga.

Nadashe permaneció callada. Cardenia dirigió a todos un gesto con la cabeza para indicarles que podían retirarse.

—Lady Nadashe, nos gustaría hablar un momento en privado con usted —dijo la emperox mientras el resto de los miembros del comité se dispersaban.

—Majestad —respondió con una inclinación de cabeza Nadashe, y permaneció sentada en su sitio.

—He recibido una carta de protesta por su incorporación al comité —dijo Cardenia cuando se quedaron a solas, dejando de lado el plural mayestático. Era una manera de indicarle a Nadashe que la conversación sería informal y no oficial.

—Permitidme que lo adivine —repuso Nadashe—. De la Casa de Lagos.

—La Casa de Lagos es una de las firmantes, pero no la única.

—¿Qué problema hay?

—Les preocupa que la Casa de Nohamapetan, entre su presencia en el comité, su compromiso previo con Rennered y los enérgicos intentos de su hermano Amit para me case con él, tenga demasiado trato conmigo.

Nadashe sonrió ligeramente.

—Con todos los respetos, majestad, «enérgicos» no sería la palabra que yo

utilizaría para describirlo. O, quizá sería más preciso decir que Amit es enérgico. Vos no tanto.

—Ya le he dejado claro a Amit que mi luto por Naffa Dolg duraría un año.

—Sí, ya lo sé. Es un periodo de luto muy largo, majestad.

—Era como una hermana para mí, lady Nohamapetan. Y el luto también es por el resto de las víctimas del atentado del día de la coronación. Acortarlo ahora sería una falta de respeto a su memoria. —Cardenia se guardó para sí la tercera razón, la de ganar tiempo antes de considerar a Amit Nohamapetan un candidato para convertirse en su esposo, pero tanto ella como Nadashe la daban por sobreentendida—. Sin embargo, sigue siendo real la percepción que tiene el resto de las casas de que quizá la influencia de la que usted preside es excesiva.

—Yo les recordaría que los gremios votaron a favor de mi nombramiento. Puesto que las casas controlan sus respectivos gremios, la mayoría de las casas me votaron.

—Es verdad. No obstante, en la carta se me recuerda que, si bien la tradición es que el emperox acepte los miembros elegidos por la Iglesia, los gremios y el parlamento para integrar el comité ejecutivo, el emperox tiene la potestad de rechazar o destituir a los miembros que considere inadecuados. En la carta también se me enumeran una serie de útiles ejemplos en los que se dio el caso en el pasado.

—¿Os planteáis destituirme, majestad? —preguntó Nadashe. Cardenia advirtió la tensión subyacente en su voz.

—No faltaría al respeto a los gremios de esa manera sin un motivo justificado —respondió Cardenia—. Pero ahora que se me ha llamado la atención al respecto, me doy cuenta de que la Casa de Nohamapetan ha estado presente en mi vida de un modo constante, y la apariencia de una influencia indebida es un problema. Podría ser inteligente para su familia decidir qué prefiere, si un sitio en el comité ejecutivo o la posibilidad de que uno de sus miembros se convierta en el consorte de la emperox.

—¿Puedo hablaros con franqueza, majestad? —preguntó Nadashe tras reflexionar un momento.

—Por favor.

—En realidad no estáis ofreciéndome que elija, ¿verdad? Si decido permanecer en el comité ejecutivo, tendréis una excusa para rechazar a mi hermano, y todavía conservaréis la potestad de echarme del comité si os causo problemas. Si en cambio, abandono el comité, aún podréis rechazar la proposición de mi hermano, una proposición que, y sigo hablando con franqueza, no creo que consideréis seriamente ni tengáis previsto hacerlo en el futuro. Si queréis deshaceros de mí o de mi hermano, adelante. Estáis en vuestro derecho y es vuestro privilegio como emperox. Pero no utilizéis esa tontería como excusa.

Cardenia sonrió y le causó un leve pesar que fuera tan categórica su preferencia por el sexo opuesto a la hora de elegir parejas y amantes. A diferencia de su hermano, Nadashe no era aburrida.

«Y te comería viva», le dijo una parte de su cerebro. Y, bueno, probablemente era cierto. Nadashe no sería una consorte que adoptara un papel pasivo; querría mandar. No obstante, si Cardenia era sincera consigo misma, eso no era necesariamente una pega. Ella nunca había querido ser emperox. Lo único que deseaba era convertirse en la benefactora de una pequeña asociación artística para personas desfavorecidas o algo así. La idea de tener un cónyuge ambicioso dispuesto a trabajar como un esclavo para gobernar un imperio tenía su atractivo.

«Siempre y cuando ese cónyuge estuviera al servicio de tus objetivos», apuntó su cerebro. Y ese sería el principal problema con Nadashe Nohamapetan. Desconocía sus planes, pero sabía que existían antes de que Cardenia fuera coronada. Eso la descartaba. Además, el nulo interés de Cardenia en mantener relaciones sexuales con ella era un problema. Con luto o sin él, hacía una barbaridad de tiempo que no se acostaba con nadie.

«Pero tampoco quieres acostarte con Amit», le recordó su cerebro. Y

también era cierto. Amit era del sexo correcto, pero tenía la personalidad equivocada. Además, resultaba tan obvio que no era más que un títere al servicio de las maquinaciones de su hermana que lo único que Cardenia pensaba en su presencia era: «¿Cuándo podré marcharme?». También era obvio para Cardenia que Amit la encontraba atractiva, o lo suficientemente atractiva, lo que significaba que se acostaría con ella sin pensárselo dos veces.

«Si no quieres acostarte con ninguno de los dos, quizá deberías casarte con el que tampoco quiere acostarse contigo», razonó su cerebro. Era un argumento excelente, salvo por el pequeño detalle de que no sabía nada sobre la sexualidad de Nadashe más allá de que era... ambiciosa. Era posible que, si se lo pedía, Nadashe aceptara casarse con ella. ¿Aceptaría todo lo que conllevaba ese matrimonio? Posiblemente. Pero no era eso lo que Cardenia quería.

«Podrías tener sexo cuando quisieras.» También era cierto. Los matrimonios de conveniencia eran lo que eran, y la Casa de Murn, que controlaba el gremio de los trabajadores sexuales, tenía una presencia notable en Xi'an. Cardenia podría disfrutar con absoluta facilidad de todo el sexo que aguantara su cuerpo. No sería el primer emperox que lo hiciera. Se había enterado de ello en la Cámara de la Memoria, donde había preguntado inocentemente a la recreación de su padre sobre su matrimonio, y Attavio VI le había revelado sus dilatadas actividades extramatrimoniales.

A Cardenia le dio mucho asco, no por el sexo en sí, sino porque, como la mayoría de las personas, prefería no imaginarse a sus padres practicándolo. Cardenia no se oponía al sexo de pago ni se escandalizaba porque alguien con una necesidad recurriera a él. Pero no quería que se convirtiera en una costumbre para ella. Tampoco quería tener amantes que cumplieran las obligaciones de un esposo. Si se casaba, quería un marido que la llenara en ese aspecto. Llamémosla tradicional, si se quiere.

Y más allá de todas estas tonterías sobre el sexo, estaba el asunto de los

hijos: el problema estaría solucionado, de una manera convencional, con Amit Nohamapetan; y la ciencia lo resolvería en el caso de Nadashe. Sin embargo, eso no respondía la pregunta de si quería tener hijos con alguno de los dos. Lo cierto era que los Nohamapetan le importaban más bien poco. Estaba segura de que amaría con locura a todos los hijos que alumbrara, pero le preocupaba la idea de que no le gustaran, de que la personalidad de los Nohamapetan fuera la dominante.

Y nada de eso cambiaba el hecho de que, cuando pensaba en ello, Cardenia no quería casarse con Amit ni con Nadashe Nohamapetan. No sólo porque no encontrara atractivo a ninguno de los dos, sino también porque la fastidiaba que la obligaran a contraer matrimonio por intereses políticos. La molestaba que los Nohamapetan presionaran para que consumara un acuerdo en el que no había participado. La molestaba que el comité ejecutivo, de manera tácita y explícita promoviera ese matrimonio. La molestaban las circunstancias políticas con los gremios que aconsejaban ese enlace para que la emperox conservara y ejerciera el poder. La molestaba que su hermano hubiera muerto y que su padre le sugiriera que, después de todo, no tenía la obligación de casarse con un Nohamapetan cuando el resto del mundo le sugería encarecidamente lo contrario.

«Mi vida es una mierda —se dijo Cardenia—. Soy la emperox de toda la humanidad y mi vida es una mierda.» Este pensamiento le provocó un poco de risa.

—¿Majestad?

Nadashe arrancó con su voz a Cardenia de su ensimismamiento.

—Perdón. Estaba pensando en nuestro dilema.

—¿Me permitís que os haga una sugerencia?

—Por favor.

—Por mi casa y por mi hermano, estaría dispuesta a renunciar a mi puesto en el comité, con la única condición de que accedáis a casaros. Permitidme que os sugiera que, mientras dure vuestro luto, paséis tiempo con Amit. No

me refiero a encuentros formales, sino a situaciones en las que los dos pudieran ser como serían si estuvieran juntos, en las que quizá aprenderíais a verlo como un compañero, un consorte, un esposo. En el aniversario de vuestra coronación, decidle si aceptáis desposaros con él o no. Si lo hacéis, renunciaré al comité ejecutivo. Pero si no, me quedaré, y por lo menos Amit y yo tendremos una respuesta. Sin embargo, necesito que me prometáis que no intentaréis expulsarme del comité. ¿Os parece aceptable?

Cardenia meditó un momento.

—Creo que sí.

—Bien. En ese caso, tengo una invitación para vos, de Amit. Nuestro astillero ha completado la construcción de la última *tenner* de la Casa de Nohamapetan, el *Si quieres cantar, canta*. Os invita a una visita privada a la nave con él.

—¿Cuándo?

—Pasado mañana.

—¿Y cuándo le entregó su hermano esa invitación para mí?

—Ayer. Se la habría enviado directamente, pero, como estoy en el comité, sabía que os vería.

—¿Había previsto esta conversación, Nadashe?

Nadashe sonrió.

—No, majestad. No se me había pasado por la imaginación que la Casa de Lagos convencería a otras casas para tratar de sacarme del comité, pero ahora que lo sé, no me sorprende. ¿Cómo iba a sospechar que vos y yo haríamos un trato a raíz de eso? No, majestad. Lo que pasa es que parece que le gustáis de verdad a Amit, así que me pidió que intercediera por él.

—Es usted una buena hermana.

—Soy una hermana conveniente —repuso Nadashe—. Es decir, de todos modos iba a veros. No he tenido que hacer ningún esfuerzo adicional.

Ambas rieron.

Poco después, Cardenia regresó a su ala privada del palacio acompañada

de Gell Deng.

—Me gustaría que me mantuviera al tanto de toda la información que se vaya conociendo sobre el atentado de hoy. No sólo de la que salga en los medios de comunicación.

—Por supuesto, majestad.

—Otra cosa. He aceptado asistir a una visita a una nueva nave con Amit Nohamapetan pasado mañana. Por favor, póngase en contacto con su oficina y encárguese de los preparativos. Dos horas más el tiempo de viaje. A última hora de la tarde.

Deng enarcó las cejas ligeramente, pero, por lo demás, no hizo ningún comentario al respecto.

—La Guardia Imperial me pedirá un plano y el itinerario propuesto.

—No creo que haya ningún itinerario propuesto. Será una cosa informal.

—A la Guardia Imperial no va a gustarle.

—Entonces díglele a la gente de Nohamapetan que tiene que haber un itinerario preestablecido, pero no me lo enseñe. Quiero que sea una sorpresa.

—Sí, majestad. Por cierto, pedisteis que se os informara si llegaban noticias del conde de Claremont de Fin.

—Sí. —En su primera semana como emperox, Cardenia había enviado una carta al conde para informarlo del fallecimiento de Attavio VI y solicitarle novedades sobre su investigación. Aún era muy pronto para que el conde le hubiera respondido.

—No se trata del conde de Claremont exactamente, sino de su hijo, lord Marce Claremont. Acaba de llegar en una *fiveer* de Lagos y estará en la Estación Imperial dentro de unas treinta horas. Ha solicitado una audiencia con vos.

—¿Su hijo?

—Sí, majestad.

—¿Estamos seguros del parentesco?

—La nota que ha llegado está redactada con el mismo código de seguridad

que el conde de Claremont emplea en su correspondencia. Es auténtica.

—¿Le ha pasado algo al conde?

—La solicitud no lo especifica. ¿Lo recibiréis o preferís que lo delegue?

En el gabinete del emperox había más de tres docenas de funcionarios de protocolo que recibían a funcionarios de bajo rango, burócratas y aduladores. Si alguno de estos resultaba ser más importante, Deng recibía un informe y decidía si merecía la atención del emperox.

—Lo recibiré.

—Puedo concederle quince minutos antes de vuestro paseo con Amit Nohamapetan, con independencia de la hora a la que esta sea. Lord Claremont tendrá tiempo suficiente para desembarcar y coger el transbordador hasta Xi'an.

—Envíe a alguien a esperarlo. Probablemente sea la primera vez que sale de Fin. No quiero que se pierda.

—Sí, majestad.

—¿Tengo algún otro compromiso en lo que queda del día?

—Sólo un par de cosas sin importancia. Nada que no pueda posponerse.

Cardenia asintió.

—Entonces voy a hablar con mis antepasados un rato. Sobre matrimonios de conveniencia.

—Lo saben todo sobre ese tema, majestad.

—Estoy segura de que sí. —Cardenia se despidió de Deng con un gesto de la cabeza y se dirigió a la Cámara de la Memoria.

## Catorce

—Tenemos dos problemas muy reales —le dijo Kiva a la condesa Huma Lagos, su madre y la matriarca de la Casa de Lagos—. Uno mayor que el otro.

—Empecemos por el menor —sugirió Huma.

—Los capullos de los Nohamapetan.

Huma se echó a reír.

Madre e hija estaban en las oficinas de la Casa de Lagos en la Torre de los Gremios, el mayor edificio comercial de todo Central, que se había construido hacía setecientos años y que ocupaban las casas más antiguas e influyentes de la Interdependencia. Las familias menos importantes se habían instalado en unos edificios más pequeños que se apiñaban en torno a él como devotos suplicantes. La proximidad de la sede de una familia en Central a la Torre de los Gremios era un indicador de su influencia política. La Casa de Lagos ocupaba las tres primeras plantas de la Torre de los Gremios. La Casa de Nohamapetan estaba un poco más arriba, pero sólo disponía de una planta propia y de otra compartida. La Casa de Wu, la familia imperial, poseía las últimas doce plantas, incluida la azotea, desde donde casi podía tocarse la cúpula del hábitat de Subcentral en el que se encontraba el edificio.

La condesa Lagos no solía aparecer por la Torre de los Gremios. Prefería dirigir los negocios de la familia desde Ikoyi, en el sistema natal de la familia Lagos, y había nombrado a un pariente próximo director de la casa para Central y Xi'an. Sin embargo, la condesa había llegado a Central una semana antes para participar en la última fase de las negociaciones para un acuerdo

de colaboración comercial con la Casa de Jemisin. El conde Jemisin tenía prevista su llegada dentro de dos días, así que, entretanto, Kiva prefería tratar los problemas con su madre antes que con lord Pretar, el director de Lagos en Central, a quien siempre había considerado un lameculos inútil.

—¿Qué problema hay con los Nohamapetan? —quiso saber Huma—. Aparte de los habituales.

—En primer lugar, estoy convencida de que ellos sabotearon nuestros productos en Fin introduciendo un virus, lo que ha hecho que el duque de allí nos embargue y bloquee nuestras cuentas. En segundo lugar, también estoy segura de que Ghreni Nohamapetan, su director en Fin, es quien ha convencido al duque para que lo haga y utilice nuestros fondos para financiar sus tropas en la guerra civil que ha estallado. En tercer lugar, estoy bastante segura de que los Nohamapetan, y concretamente Ghreni Nohamapetan, están detrás de la revolución en Fin, pero no puedo demostrarlo. En cuarto lugar, y lo más importante de todo, el cabrón de Ghreni Nohamapetan intentó hacer estallar una bomba en nuestra nave y luego nos echó encima a los piratas.

Huma reflexionó en silencio unos segundos sobre lo que su hija acababa de contarle.

—Sólo por curiosidad —dijo al fin—. Si este es el problema menor, ¿cuál es el mayor?

—La completa desaparición del Flujo, el final de la Interdependencia y la posible extinción de la raza humana.

Huma se la quedó mirando con perplejidad.

—¿Cuándo?

—A lo largo de los próximos años.

—¿De dónde has sacado esa información?

—De uno de los pasajeros de la *Sí, señor* que resultó ser un físico del Flujo.

—¿Y por qué te lo contó exactamente?

—Me lo tiré hasta que me lo dijo todo.

—¿Y le crees?

—Sí, le creo. No comprendo todo lo que me contó, pero no tengo ninguna duda de que al menos una parte de lo que me dijo es verdad. Estamos estupendamente jodidos, mamá.

—¿Dónde está ahora ese pasajero?

—En camino para exponer el problema a la emperox.

—Mmm... —Huma volvió a quedarse pensativa—. Bueno, ¿podemos hacer algo al respecto de esa putada del «final de la Interdependencia» antes de que firme el acuerdo con la Casa de Jemisin dentro de dos días?

—La verdad es que no.

Huma asintió.

—Entonces concentrémonos en los Nohamapetan de momento. Cuéntamelo todo.

Kiva le contó detalladamente la estancia de la *Sí, señor* en Fin, de manera vehemente y con abundantes comentarios de opinión. En cierto momento, lord Pretar las interrumpió entrando en la habitación, que de hecho era su despacho. La condesa Lagos le hizo una indicación para que se marchara sin siquiera mirarlo y lord Pretar salió y se sentó en la sala de espera adyacente. Tras aguardar allí una hora, se levantó y fue a buscar un café.

—¿Estarías dispuesta a testificar ante el Tribunal de Quejas de los Gremios y contar que Ghreni Nohamapetan ordenó que se pusiera una bomba en la *Sí, señor* y que fue el responsable del ataque de los piratas? —le preguntó Huma a su hija cuando esta concluyó su relato.

—Por supuesto.

—¿Y crees que la Casa de Nohamapetan está detrás de esto? ¿Estás segura de que Ghreni Nohamapetan no ha actuado en solitario movido por sus propias ambiciones y que lo ha hecho siguiendo las instrucciones de su familia?

—Conozco a Ghreni Nohamapetan, mamá. Nos enrollamos un par de veces cuando estaba en la universidad y visitaba a Nadashe. No es el

miembro más ambicioso de la familia. No sé qué papel juega exactamente en los intereses de la Casa de Nohamapetan en esa mierda de Fin, pero sé que no es el cerebro de la operación.

—¿Sospechas de Nadashe?

Kiva asintió.

—De hecho, fui con ella a la universidad.

—¿Eráis amigas?

—«Amigas» sería decir demasiado. Ella me soportaba cuando me tiraba a su hermano. Por lo demás, llegamos al acuerdo de que ninguna de los dos se metería en la vida de la otra por el bien de todos. Pero la respeto. Es una zorra lista como ella sola, y si te arroja por un precipicio, hará parecer que has saltado porque has querido. Si están tramando algo raro, ella es la que lo ha organizado.

Huma se quedó pensando de nuevo.

—¿Sabías que los rebeldes llevan un par de meses poniendo bombas aquí y en otros sistemas?

—No lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo? He estado fuera más de dos años, mamá.

—Comenzaron, o se presume que comenzaron, haciendo explotar una bomba en la coronación de la nueva emperox. Mataron a la mejor amiga de Grayland II y estuvieron a punto de acabar también con su vida. Desde entonces, cada vez que hay un nuevo atentado, es Nadashe quién agita los ánimos en los gremios y en el parlamento para que haya una respuesta militar. Y está saliéndose con la suya. Ya tienen una nave de transporte de tropas preparada para entrar en el Flujo con destino a Fin. Sólo están esperando la excusa propicia para enviarla.

—Eso encaja —repuso Kiva—. Si quiere que la envíen es porque ya tiene un plan para cuando llegue a Fin.

—Si van allí será para ayudar al duque, y tú piensas que Ghreni Nohamapetan está apoyando en secreto a los rebeldes.

—Sí. Y o planea que los soldados recién llegados se pongan a su servicio o hay algo que se nos escapa. O ambas cosas a la vez. Sí, probablemente sea eso.

Huma asintió, se puso de pie y dio una palmada.

—Bueno, pues averigüémoslo. ¿Vamos? —Salió del despacho y se dirigió a la zona de los ascensores.

Kiva también se levantó y la siguió.

Dos minutos después, madre e hija estaban en el vestíbulo de la sede de la Casa de Nohamapetan en el mismo edificio.

—Necesito ver a Amit Nohamapetan —le dijo Huma a la recepcionista.

—¿Tiene una cita? —preguntó la empleada.

Kiva sonrió y enseguida sintió lástima por ella.

—Soy la condesa Huma Lagos, querida. No necesito una cita.

—Lo siento, pero a menos que tenga una cita...

—Niña, voy a dejarte clara una cosa. —Señaló la puerta de cristal, que sin duda disponía de una cerradura magnética, que separaba la recepción del resto de las oficinas—. Estoy a punto de empujar esa puerta, y cuando la traspase, me dirigiré al despacho de Amit Nohamapetan y empujaré su puerta. Si ambas puertas no se abren cuando las empuje, haré dos cosas: la primera es que denunciaré a la Casa de Nohamapetan ante el Tribunal de Quejas de los Gremios por obstrucción a la investigación, una acusación que, como probablemente no sabrás, es muy grave y obligará a la Casa de Nohamapetan a invertir varios cientos de miles de marcos en abogados. Y perderá el juicio, lo que supondrá que millones de marcos serán transferidos de sus cuentas a las mías y tú serás despedida por haber provocado un conflicto entre las casas que podría haberse evitado fácilmente. La segunda es que también te denunciaré a ti y haré saber a la Casa de Nohamapetan que estaré encantada de retirar la denuncia contra ellos si te despiden. Y luego, las dos casas nos aseguraremos de que nunca vuelvas a encontrar un trabajo en ninguna de las oficinas y de que tengas que vivir el resto de su vida con el

subsidio mínimo de la Interdependencia. Y si por una casualidad recibieras un importe mayor que el subsidio mínimo, el excedente será retenido y enviado a mí. Y yo me lo gastaré en champán, con el que brindaré por tu desgracia. ¿He hablado claro?

La recepcionista se quedó con la boca abierta y desbloqueó la puerta.

—Gracias —dijo Huma, y entró. Kiva la siguió.

El despacho de Amit estaba en una esquina de la planta. Era grande, amueblado de una manera impecable y tenía unos grandes ventanales con vistas al distrito comercial de Subcentral. Él y otras dos personas estaban sentadas en unos cómodos sillones dispuestos alrededor de una mesa, y todos se sorprendieron al ver aparecer a Huma y a Kiva en mitad de su reunión.

Huma señaló a las dos personas que no eran Amit.

—Tú y tú, largo de aquí ahora mismo.

Las dos personas miraron a Nohamapetan, que asintió con la cabeza, y se largaron del despacho. Huma y Kiva se sentaron en los sillones que dejaron vacíos.

Amit las miró un momento y cogió la tableta que estaba sobre la mesa, en la que apareció el aviso de la llegada de un mensaje. Lo leyó.

—Al parecer, ha amenazado a mi recepcionista, condesa Lagos. Además, una denuncia por obstrucción a la investigación no se desarrolla como le ha explicado y lo sabe. —Lanzó la tableta a la mesa y observó a sus dos visitantes—. Ahora, díganme, ¿a qué debo este placer sinceramente inesperado?

—En primero lugar, su familia ha saboteado mis productos en Fin —respondió Huma.

—No sé nada sobre eso.

—Bueno, pues yo sí, y nuestros abogados tratarán el asunto con los suyos. En segundo lugar, su familia ha interferido en la capacidad de mi hija para administrar nuestros negocios en Fin. Ha influido en el duque de allí para que bloquee ilegalmente nuestras cuentas y utilice nuestros fondos.

Amit lanzó una mirada a Kiva.

—Ah, lady Kiva. Me había parecido reconocerla. Tengo entendido que era amiga de mis hermanos.

—«Amiga» no sería la palabra yo utilizaría —replicó Kiva.

—Tal vez —convino Amit, que devolvió su atención a Huma—. La interferencia en los negocios es una acusación grave, señora, así que supongo que nuestros abogados también tratarán ese asunto. No necesito recordarle que el Tribunal de Quejas de los Gremios es muy sensible cuando se siente utilizado por una casa para intimidar a otra. Así que, si presenta una denuncia y pierde, la Casa de Nohamapetan recibirá las costas de la defensa y el triple en daños y perjuicios. Y nuestros abogados son muy buenos y, por tanto, muy caros.

—No perderemos. También presentaremos cargos contra su hermano Ghreni por intento de asesinato y de secuestro y por conspiración para asesinar y secuestrar, por sabotaje de una nave de los gremios, por piratería y por extorsión.

—¿Cómo? —preguntó Amit de modo menos afable.

—Ese hijo de puta puso una bomba en mi nave y me envió a los piratas para que capturaran a uno de mis pasajeros —le aclaró Kiva.

—Y antes de que lo pregunte, sí, Amit, tenemos todas las pruebas que necesitamos para respaldar esas acusaciones —dijo Huma—. Kiva, la víctima del intento de secuestro y asesinato y la tripulación de la *Sí, señor* están dispuestos a testificar.

—Además de las grabaciones de las cámaras de seguridad del intento de asesinato, la confesión del sicario y las grabaciones de las comunicaciones entre la *Sí, señor* y la nave pirata—añadió Kiva.

Huma asintió.

—Existe la pequeña complicación de que Ghreni está a un año y medio de aquí, lo que complica su comparecencia en un juicio. Pero, con las pruebas

que tenemos en nuestras manos, no creo que tengamos dificultades para que los gremios y el parlamento emitan una orden de detención.

—Y como ese capullo era el representante autorizado de la Casa de Nohamapetan en Fin, nos aseguraremos de que la acusación se extienda a su familia —señaló Kiva, que estaba actuando un poco por libre a partir de lo que decía su madre, aunque creía saber qué se proponía y adónde quería llegar. Así que, ¿por qué cojones no iba a hacerlo?

—Puedo asegurarles que la Casa de Nohamapetan no ha participado en ningún plan para destruir una de sus naves —afirmó Amit.

—Ni lo intente, lord Amit —le advirtió Huma—. Todos sabemos que su hermano no destaca precisamente por su iniciativa. Tampoco usted, por cierto. Ghreni sólo podría estar actuando siguiendo instrucciones. Si no directamente de la Casa de Nohamapetan, sí de alguno de sus miembros. Cosa que, desde nuestro punto de vista, es lo mismo. No tenemos ningún reparo en pedir a los tribunales de los gremios y de la Interdependencia que amplíen la acusación de conspiración y los investiguen a usted, a su hermana y, de hecho, a toda la jodida Casa de Nohamapetan.

—Eso podría no ser tan sencillo como piensa —repuso Amit.

Huma resopló.

—No crea que su familia es inmune a la justicia sólo porque esté intentando casarse con la emperox, lord Amit. ¿Cuándo se producirá el enlace, por cierto? Los rumores dicen que ella se está resistiendo notablemente a sus encantos. Es posible que incluso se sienta aliviada cuando se entere de que usted y toda su maldita familia están siendo investigados.

—La víctima del intento de asesinato es el hijo de un buen amigo de su padre, el anterior emperox —apuntó maliciosamente Kiva.

—Oh, vaya, razón de más para que ella no quiera ser vista en público junto a su pérfido culo —aseveró Huma.

—De hecho, esta tarde voy a verla —replicó Amit, ligeramente malhumorado—. Va a visitar la nueva *tenner* conmigo.

—Oh, qué bonito —se mofó Huma, y dio una palmada—. Tal vez le pida a uno de nuestros empleados en Xi'an que le haga un resumen de nuestras quejas. Ya sabe, para que ustedes dos, tortolitos, tengan algo de lo que hablar mientras pasean por su nuevo y precioso juguete.

Kiva se quedó mirando a su madre con franca admiración. Huma Lagos siempre había sido una mujer a la que no era conveniente contrariar, y Kiva llevaba años observándola en sus discusiones y negociaciones para aprender de ella. Pero siempre era un espectáculo ver a su madre desplegar su habilidad para estrellar capullos como Amit Nohamapetan contra la pared y luego estrujarlos (o retorcerlos, como podría ser este caso). Era bonito poder mirar a un progenitor, incluso siendo ya adulto, y pensar: «Yo quiero ser como él cuando sea mayor».

Amit suspiró, se llevó una mano a la cara y se la frotó.

—De acuerdo, condesa Lagos. ¿Qué quiere?

—¿Cómo, lord Amit? ¿A qué se refiere?

—Me refiero a que si realmente deseaba presentar una denuncia al Tribunal de Quejas de los Gremios o a los tribunales de la Interdependencia, lo habría hecho y nosotros nos habríamos enterado por sorpresa. El hecho de que esté en mi despacho significa que quiere que esto se resuelva de otra manera. Vale. Dígame qué quiere.

—Quiero que la Casa de Nohamapetan se baje los pantalones.

—Ni siquiera comprendo qué significa eso —admitió Amit.

—Significa que quiero tres cosas de su familia, y ninguna de ellas le va a gustar.

—¿Qué tres cosas?

—La primera es que nos están jodiendo el negocio. Podemos litigar en un tribunal, pero no le gustará la resolución. —Huma se volvió hacia su hija—. ¿A cuánto ascienden los beneficios que esperábamos obtener de tu viaje?

—Cien millones de marcos —respondió Kiva.

—¿Quiere cien millones de marcos? —inquirió Amit.

—Quiero doscientos millones.

—¡Eso es ridículo!

—Nos jodieron el género, lo que ya es malo de por sí. Pero también han jodido nuestra reputación. Eso es lo que cuesta jodernos la reputación. Así que serán doscientos millones de marcos, ingresados en nuestras cuentas, antes de tres días.

Dio la impresión de que Amit iba a protestar, pero debió de pensarlo mejor.

—¿La segunda? —preguntó en cambio.

—Supongo que ya está al tanto de que firmamos una carta de queja por el hecho de que su hermana se sentara en el comité ejecutivo —dijo Huma.

—Algo me ha contado.

—Por tanto, no le extrañará que le solicite que presente su dimisión.

—Para ser sustituida por un miembro de la familia Lagos, claro.

Huma negó con la cabeza.

—No. Sinceramente, cualquier persona sería mejor que su hermana.

—Le trasladaré sus palabras a Nadashe.

—Hágalo, por favor. La tercera cosa es que le dirá a la emperox Grayland que ha cambiado de opinión respecto al matrimonio con ella.

—¡Venga ya! ¡Ya ha pedido la cabeza de mi hermana! ¡Déjeme a mí conservar la mía!

—Esto no es una negociación —dijeron al unísono Huma y Kiva. Las dos mujeres se miraron y sonrieron. Huma devolvió la atención a Amit—. No finjamos que no sabemos que cuando se convierta en el consorte de la emperox sólo será el títere de su hermana.

—Es cierto —dijo Amit sarcásticamente—. Soy un hombre sin personalidad.

—No la tiene, es evidente —recalcó Huma sin un atisbo de sarcasmo—. Puede intentar arreglarlo con un psicólogo, si quiere. Pero, mientras tanto, renunciará a emparentarse con la familia imperial.

—¿Y si Grayland desea casarse conmigo?

Huma se echó a reír.

—Pobre desgraciado. Eso no va a ocurrir.

Amit pareció abatido por el comentario.

—¿Y qué obtenemos nosotros a cambio?

—Nada —respondió Huma—. Nosotros no contaremos nada de lo que hicieron en Fin. Tampoco revelaremos sus planes para Fin.

—¿De verdad? —replicó Amit con sarcasmo.

Kiva se puso furiosa. Si había tenido alguna duda de que los Nohamapetan no tramaban nada bueno en Fin, en este momento desapareció de un plumazo. Notó una mano en la suya; era de su madre, que le pedía que contuviera la rabia que amenazaba con estallar en su interior.

—De verdad —respondió Huma.

—¿Qué garantías me da?

—¿Quiere un maldito contrato por escrito, Amit? ¿Tan estúpido es? Tenga clara una cosa: no tiene cartas para jugar. Gracias al chapucero de su hermano nosotros tenemos las necesarias para enterrarlos a usted, a su hermana y a toda su maldita familia. En el mejor de los casos, pasarán los próximos diez años defendiéndose de denuncias y de investigaciones. En el peor de ellos, usted acabará en la cárcel y el monopolio de su familia saldrá a subasta. Pero una cosa es segura, pase lo que pase, sus negocios se resentirán, Amit. Y su hermana perderá su asiento en el comité y usted no se casará con la emperox. De esta manera, sólo perderá dinero y recibirá un golpe en el orgullo. Pero recuperarán ambas cosas, se lo garantizo.

Amit reflexionó.

—Le daré una respuesta mañana.

—O podría darme una respuesta ahora —dijo Huma.

—Condesa Lagos, por favor. Como me ha hecho ver de manera humillante más de una vez a lo largo de esta conversación, no es una decisión

que yo pueda tomar solo. Y hoy tengo programado un encuentro con la emperox. No puedo aplazarlo.

—Entonces le propondré una cosa. Dentro de exactamente veinticuatro horas y un minuto, a menos que reciba noticias tuyas, haré llegar al secretario del comité ejecutivo y a la misma emperox una declaración jurada. A partir de ese momento, usted y su hermana tendrán que arreglárselas solos. ¿Le parece bien?

—«Bien» no es la palabra que yo utilizaría, condesa.

—Debería haberlo pensado mejor antes de comenzar toda esta estupidez, Amit —dijo Huma Lagos, levantándose del sillón. Kiva se puso en pie con ella—. Y antes de meterse con mi familia. —Hizo un gesto de saludo con la cabeza y salió sin que mediara otra despedida.

Kiva la siguió, y lo último que vio antes de salir del despacho fue a Amit Nohamapetan cogiendo la tableta y marcando un número para hacer una llamada.

—¡Joder, te amo, mamá! —le dijo Kiva a su madre cuando pasaban ante la recepcionista, que ni siquiera levantó la cabeza para mirarlas.

—Mmm... —Huma no dijo nada más mientras esperaban el ascensor.

—¿Crees que Nadashe aceptará? —preguntó Kiva cuando ya estaban dentro del mismo, solas.

—Eso da igual —respondió Huma.

—No me parece que doscientos millones de marcos den igual.

—El objetivo de la conversación no era chantajear a los Nohamapetan. Eso sólo es un beneficio secundario. El objetivo era descubrir qué traman y frustrar sus planes. Ahora sabemos lo que planean. Quieren tomar el control de Fin.

—Sí, pero ¿por qué?

Se abrió la puerta del ascensor.

—Porque saben algo que creen que nadie más sabe —respondió Huma, saliendo al vestíbulo.

Kiva rumió las palabras de su madre mientras caminaban.

—¿Crees que lo saben? —preguntó—. ¿Crees que saben lo que está pasando con el Flujo?

—Lo saben. O creen que saben algo igualmente importante. Están asumiendo muchos riesgos para conseguir una posición privilegiada en el culo del espacio, y creo que están dispuestos a renunciar a mucho para que se mantenga en secreto.

—Entonces, ¿piensas que nos darán el dinero?

Huma asintió. Llegaron a la puerta del despacho de lord Pretar. Cuando entraron, este se puso en pie y se dispuso a pronunciar unas palabras de bienvenida.

—Largo —le espetó Huma.

Pretar se tragó sus palabras amables y salió del despacho. Kiva cerró la puerta.

—El dinero es otra confirmación —añadió Huma.

—¿Y si no nos lo dan?

—Entonces nos recomendaría a ti y a mí que no nos acerquemos a lugares de los que podríamos caer. En cualquier caso, hemos puesto un obstáculo en sus planes. Será interesante ver qué hacen en los próximos días. —Huma se sentó al escritorio de Pretar—. Ese amigo tuyo, el físico del Flujo...

—Marce Claremont —dijo Kiva.

—¿Aún mantienes una relación aceptable con él?

—Podría decirse que sí. —Kiva recordó su reciente sesión de sexo y sonrió.

—Quiero conocerlo. Sé que crees lo que dice, pero necesito creerlo yo también. Y si me convence, quiero saber de cuánto tiempo disponemos exactamente antes de que todo se vaya a la mierda. Luego tendremos que averiguar qué beneficio concreto obtendrán los Nohamapetan de este asunto... y de qué manera nos jode a los demás. Quiero saber todo eso antes que nadie.

Kiva negó con la cabeza.

—Hoy lo recibe la emperox. No creo que ella se lo guarde para sí.

—No se trata de que lo mantenga en secreto —señaló su madre—. Se trata de que los demás la crean.

—Pero es verdad.

—Oh, hija mía —repuso Huma, y sonrió—. No me digas que no sabes lo poco que importa eso.

## Quince

Marce no se había dado cuenta de que era un pueblerino hasta que llegó a Central.

Una cosa era saber que Central, que abarcaba el planeta con el mismo nombre, la inmensa Estación Imperial y el igualmente inmenso hábitat autónomo de Xi'an, además de varias docenas de hábitats asociados, era la nación más poblada y desarrollada de toda la Interdependencia; y otra cosa muy distinta fue lo que Marce se encontró cuando desembarcó de la *Sí, señor* en la Estación Imperial de Central, cuyo tamaño era varias veces mayor que la de Fin, y se sumergió en el ajetreo de los miles de pasajeros en tránsito y de las personas que iban de un lado a otro absortas en sus quehaceres. Marce sabía además que en el planeta había más personas aún, en hábitats con una densidad de población mayor, que convivían apretadas en cúpulas subterráneas o en cilindros rotatorios de varios kilómetros de longitud de la tecnología más avanzada, ajenas por desconocimiento, o tal vez por despreocupación, a la cercanía del vacío extremo del espacio, de la superficie helada o de las radiaciones que podían matarlas en cuestión de minutos.

«Esta gente está loca», pensó Marce, y sonrió para sí. Eran pasmosas las situaciones en las que los seres humanos se ponían y aun así prosperaban. En la Interdependencia, con su escala de valores religiosos y sociales de interrelación combinados con una economía monopolista centrada en los gremios, se había materializado, casi con absoluta certeza, la idea más ridículamente compleja para garantizar la supervivencia de la especie. El hecho de que se sostuviera mediante un sistema de castas en el que los nobles

se interrelacionaban con la clase que ejercía el comercio complicaba aún más el asunto.

Y, sin embargo, funcionaba. Y lo hacía porque, en un plano social, la gente parecía desear que fuera así, y porque, en el fondo, los miles de millones de seres humanos que vivían en frágiles hábitats propensos a las averías mecánicas, las crisis medioambientales y la degradación, y con recursos naturales limitados, preferían confiar unos en otros que ir por su cuenta. Aun sin la Interdependencia, la colaboración mutua era la mejor opción para la supervivencia de la humanidad.

«Aunque ahora tendremos que encontrar otra manera de sobrevivir», dijo para sus adentros Marce. Recorrió con la mirada la Estación Imperial de Central, repleta de personas que iban en todas direcciones, y recordó que en menos de una década todas ellas podrían estar muertas, o a punto de morir. Incluido él.

—¿Lord Marce?

Se dio la vuelta y vio a un hombre joven, con el uniforme verde imperial, que lo miraba con un letrero en las manos en el que se leía: «Lord Marce Claremont».

—Sí, soy yo.

—Tengo que llevarlo a Xi'an —dijo el joven—. ¿Tiene equipaje? Tengo entendido que acaba de desembarcar de una *fiveer* de Lagos. ¿Necesita alojamiento?

—Enviarán mi equipaje al hotel Moreland, que está aquí, en la estación.

—Excelente elección, señor.

—Gracias.

El Moreland se lo había recomendado Kiva, «si es que puedes permitírtelo». Marce, que tenía en su poder la unidad de almacenamiento encriptada con ochenta millones de marcos, le dejó caer que se las arreglaría.

—Acompáñeme —dijo el joven, señalándole una dirección.

Marce siguió al muchacho, que se llamaba Verson Sohne, hasta una zona

de la estación imperial destinada a la terminal para los viajes a Xi'an. A Marce le revisaron dos veces los documentos y dos veces lo sometieron a un escaneo corporal. También dos veces, dos funcionarios distintos, le preguntaron por los asuntos que lo llevaban a Xi'an. Cada vez que respondía que iba a reunirse con la emperox, enseñaba la tableta con la confirmación oficial de la recepción y la autorización de seguridad. Nadie le pidió detalles sobre el motivo de la reunión, cosa que Marce agradeció, ya que «el final de la Interdependencia y la posible extinción de la especie humana» podría haber hecho saltar las alarmas.

Verson se disculpó por las medidas de seguridad.

—Son más rigurosas desde que esos horribles rebeldes de Fin pusieron la bomba el día de la coronación —dijo, y cerró de pronto la boca al darse cuenta de que Marce provenía precisamente de Fin—. No estaba insinuando nada sobre usted, señor —dijo unos momentos después.

Marce sonrió. Sólo hacía unas horas que se había enterado de que Attavio VI había muerto y de que lo había sucedido su hija Cardenia, ahora Grayland II, contra quien habían atentado el día de su coronación. Personalmente, dudaba mucho que alguien de Fin hubiera tenido algo que ver.

—No pasa nada —tranquilizó a Verson, que pareció claramente aliviado.

A pesar de que el viaje en el transbordador desde la Estación Imperial hasta Xi'an no ofrecía ningún atractivo, Marce lo siguió a través de su tableta y contempló la superficie de Central mientras el transbordador ascendía desde la línea que dividía la parte de la Estación Imperial que recibía la luz de la estrella de la que permanecía oscura, y se dirigía hacia Xi'an, diez grados al norte. Marce observó cómo iba creciendo Xi'an en su pantalla y distinguió los ríos de puntitos que representaban el tráfico de los vehículos que entraban en el hábitat y salían de él. Un poco más arriba y un poco más abajo de la línea que dividía la parte oscura de la iluminada de Central había otros hábitats más pequeños en los que residían los operarios que construían las naves espaciales en los cercanos astilleros suspendidos en el espacio.

El transbordador aterrizó y Marce y Verson se dirigieron al tren que atravesaba de punta a punta Xi'an. Claremont se sintió de nuevo asombrado cuando las vistas desaparecieron alrededor y encima de él según giraba la superficie interior de la estación cilíndrica para seguir el tren.

—¿Es la primera vez que visita, Xi'an, señor? —quiso saber Verson.

—Es la primera vez que visito un hábitat como este —respondió Marce—. He permanecido toda mi vida en Fin. En la superficie del planeta. No tiene nada que ver con esto.

—¿Cómo es, señor?

—Llano —respondió Marce sin despegar los ojos del suelo que ascendía bajo sus pies—. Incluso nuestras colinas son llanas comparado con esto. No entiendo cómo es que nadie puede mirar arriba sin sorprenderse de no estar cayendo ahora mismo al otro lado de la estación.

—Bueno, eso es por la rotación de Xi'an... —comenzó a decir Verson.

Marce lo interrumpió con su risa.

—Conozco las leyes físicas. No me refería a eso. Hay una diferencia entre tener un conocimiento racional de las cosas y la parte instintiva del cerebro que te suplica que te agarres a lo que sea. —Miró a Verson, que sonría educadamente—. ¿Tú has crecido en un hábitat como este?

Verson asintió.

—Soy de Ancona. Es una nación asociada del sistema Central.

—Vale, entonces estás acostumbrado. —Marce miró por la ventana—. Yo... no.

—¿Cree que alguna vez se acostumbrará, señor?

—Eso espero —dijo Marce—. Aunque, por otra parte, espero que no.

Se apearon del tren en la estación del palacio y Verson condujo a Marce hasta una zona para las personas que habían acudido al palacio imperial por algún asunto. Marce tenía una cita con la emperox, así que Verson lo llevó directamente al inicio de la cola, cosa que molestó a todas las personas que estaban esperando. Marce balbuceó algunas palabras de disculpa mientras se

dejaba llevar por Verson. Tuvo que presentar de nuevo los documentos, someterse a otro escaneo y a un breve interrogatorio, pero por fin pudieron entrar y Marce quedó en manos de una mujer joven, Obelees Atek, que era una funcionaria del palacio. Esta le entregó una identificación, que Marce tuvo que prenderse en la camisa, y lo invitó a acompañarla. Marce se despidió con la mano de Verson y siguió a Obelees.

Diez minutos después, tras pasar por varios espacios públicos que exhibían una opulencia como nunca había visto en su vida, Marce se sentó en la antesala del despacho de la emperox Grayland II. Hasta ese momento había pensado que el palacio ducal de Fin era el colmo de la opulencia, pero el palacio imperial hacía que, a su lado, el del duque pareciera el apartamento de un arribista, y su propia mansión familiar, una chabola. El palacio imperial estaba lleno de ornamentos dorados que revelaban el sumo interés por ellos de una familia y del sistema político que los sustentaba. La antesala, decorada con buen gusto, estaba igualmente atestada de tesoros, entre los que se incluía una estatua de la emperox profetisa Rachela I, obra del escultor Meis Fujimoro. Era famosa en toda la Interdependencia y probablemente valía más que la riqueza que generaba todo un hábitat humano.

Marce miró a su alrededor y se preguntó cómo la emperox, una persona tan íntimamente dependiente de la preservación de un sistema como la Interdependencia, reaccionaría a las noticias que le traía.

«Tú también eres un noble —le recordó a Marce una parte de su cerebro—. También dependes de él. Y aquí estás.»

«Sí, pero yo no soy la emperox. Yo me beneficio del sistema. Ella es el sistema.»

«Un emperox envió a tu padre a Fin para investigar esto.»

«Ese emperador está muerto.»

—Lord Marce.

Alzó la vista y vio que Obelees le indicaba con un gesto que se acercara. Había llegado el momento de la reunión con la emperox. Marce se levantó y

entró en el despacho.

—Cuando se presente ante la emperox, una reverencia es suficiente —le había dicho Obelees cuando entraron en la antesala—. A algunos les gusta arrodillarse, y puede hacerlo si quiere. Pero dispone de un tiempo limitado con ella y eso lo acortará. Después de la presentación, la emperox iniciará y dirigirá la conversación. Sólo hable cuando le hablen, para responder cualquier pregunta. Cuando se cumpla el tiempo que tiene asignado o si la emperox le pide que se retire antes, haga una reverencia y salga. Sea siempre respetuoso y reservado. La emperox no merece menos.

Marce entró en el despacho de la emperox, echó un vistazo alrededor y se echó a reír a carcajada limpia. Obelees Atek se lo quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Qué encuentra tan divertido, lord Marce? —preguntó una mujer joven que estaba de pie ante el escritorio. Iba vestida de verde imperial. Era obvio que se trataba de la emperox, e igualmente obvio que él la había pifiado con su entrada.

Marce hizo una reverencia.

—Os ruego que me disculpéis, majestad. Me ha sorprendido vuestro despacho.

—¿Y eso?

—Yo... bueno, majestad. Es como si hubiera explotado un museo dentro de él.

Obelees Atek contuvo la respiración y dio la impresión de que esperaba que la emperox ordenara la decapitación inmediata de Marce. Sin embargo, Grayland II rio abiertamente.

—¡Gracias! —dijo—. Eso mismo pienso yo desde hace nueve meses. A veces me da miedo moverme por aquí. Me preocupa chocar con algo y romper una antigüedad de un valor incalculable. Vivo aterrorizada por mi lugar de trabajo, lord Marce. Estoy reuniendo el valor para cambiar la decoración.

—Sois la emperox, majestad. Seguro que os permitirán hacerlo.

—No se trata de que pueda o no, sino de si debería hacerlo. —La emperox hizo una indicación con la cabeza a Obelees para que se retirara.

Obelees hizo una reverencia, lanzó una mirada de advertencia a Marce para que se comportara y salió del despacho. Él se dio cuenta entonces de que estaba a solas con la emperox, sin asesores, ministros ni secretarios.

—Dígame qué acaba de pensar, lord Marce —dijo ella, y lo invitó a tomar asiento en una silla que había ante el escritorio.

—Acabo de pensar que tenéis menos personal que el que esperaba, majestad. —Marce se sentó en la silla.

La emperox permaneció en pie, inclinada sobre el escritorio.

—Tengo más personal que el que imagino que esperabais —repuso ella—. Y en circunstancias normales están presentes en mis reuniones. Tengo un montón de reuniones, lord Marce. No lo creería si le dijera cuantas. Sería imposible seguirlas todas sin ayuda, así que asisten a ellas conmigo. —La emperox señaló el escritorio—. Y yo me siento detrás de esto y utilizo el plural mayestático, y todo el mundo es muy respetuoso y educado, y nadie se ríe nunca de este ridículo despacho cuando entra. Pero usted lo ha hecho.

—Sí, majestad. Lo siento.

—No lo sienta. Al contrario. Me alegra de que lo haya hecho. Pero me gustaría saber por qué se ha reído, si tiene a bien decírmelo, lord Marce.

—Supongo que por un exceso de estímulos, majestad.

—Habla como si fuera un niño de ocho años que ha tomado demasiado azúcar —dijo la emperox, sonriendo.

Marce también sonrió.

—No es una mala metáfora. He pasado toda mi vida en Fin, majestad. No es exactamente el lugar atrasado que todo el mundo piensa, pero tampoco es... esto. Central. Ni Xi'an. Ni este palacio.

La emperox arrugó la nariz y Marce pensó que esta reunión no estaba transcurriendo de ninguna de las maneras como podría haber esperado.

—Es terrible, ¿verdad?

—Eh...

La emperox volvió a reír.

—Lo siento, lord Marce. No quería darle la impresión de que trataba de tenderle una trampa. Yo tampoco crecí rodeada de... esto, como dice usted. Para mí es tan extraño como se lo pueda resultar a usted.

—Soy un noble, majestad. No es que me resulte extraño, sólo que es excesivo.

—Sí, sí. De nuevo quiero darle las gracias. Ha hecho un resumen perfecto de lo que está siendo mi vida desde hace un año.

—Aspiro a complaceros, majestad.

—Pues lo ha hecho —le aseguró la emperox—. De momento, esta podría ser mi reunión confidencial favorita hasta la fecha. —Volvió a sonreír y ladeó la cabeza—. Por eso me entristece tener que estropearla hablando del fin de la civilización.

Marce asintió con la cabeza.

—Así que lo sabéis.

—No pensaría que he aceptado recibirlo en audiencia porque tengo la costumbre de dar la bienvenida a nobles menores como usted, ¿verdad, lord Marce? Y, por favor, no se ofenda.

—No me ofendo. Es sólo que ignoraba cuánto sabíais y cuánto tendría que explicaros.

—Sé lo que sabía mi padre sobre las investigaciones del suyo en Fin. Por qué fue enviado allí y la importancia de su trabajo.

—De acuerdo.

—Ahora que lo hemos aclarado, ahí va mi primera pregunta: ¿las corrientes del Flujo van a extinguirse?

—Sí.

La emperox soltó un largo suspiro.

—¿Cuándo?

—Ya han comenzado a hacerlo. Calculamos que la corriente que trae a Central desde Fin ya ha desaparecido. Es probable que la *Sí, señor*, en la que he venido, haya sido la última nave en recorrerla.

—¿Cómo podemos saber si eso es correcto?

—Lo sabremos cuando otras naves que tenían prevista su llegada a Central no lleguen.

—Las naves suelen partir con retraso, así que también llegan con retraso.

Marce asintió.

—Pasarán un par de semanas hasta que la gente comience a echar de menos las naves. Incluso entonces, buscarán otras explicaciones a su desaparición.

—Como esa guerra civil suya.

—¡No es mi guerra civil! —replicó Marce, pero entonces recordó con quién estaba hablando—. Majestad.

La emperox no se lo tuvo en cuenta.

—¿Podemos utilizar de alguna manera la desaparición de esa corriente del Flujo? La que trae desde Fin.

—Puedo presentar la investigación y exponer las fórmulas matemáticas —dijo Marce—. Pero ya os adelanto que nadie que no sea físico del Flujo va a ser capaz de seguir mis explicaciones, y aun así, intentarán refutar el estudio. Se necesitará tiempo para que los físicos puedan revisar el trabajo de mi padre y su modelo de predicción. Pero para cuando lo hagan, ya dará igual.

—Porque se habrán extinguido más corrientes del Flujo y esa será la prueba.

Marce asintió de nuevo.

—Eso es.

—Ha dicho que sabe que la corriente de Fin ya ha desaparecido.

—Es muy probable, sí.

—Entonces puede predecir las desapariciones.

—Podemos daros probabilidades de qué corrientes van a desaparecer y

cuándo. No es una predicción. Se trata de consultar los datos y ofrecer el resultado más probable.

—¿Sabe cuál será la siguiente en desaparecer? Es decir, cuál es la más probable que lo haga.

—Sí. La que tiene más probabilidades de extinguirse es la que lleva desde Central hasta Terhathum. El modelo predice su extinción en las próximas seis semanas.

—¿Está seguro?

—No, pero es probable.

—¿Cómo de probable? Deme un porcentaje.

—Diría que hay un ochenta por ciento de probabilidades de que la corriente para viajar de Central a Terhathum desaparezca en las próximas seis semanas. A partir de entonces, la estimación es más imprecisa, pero calculo que hay un cien por cien de probabilidades de que desaparezca en menos de un año.

—¿Está hablando de las corrientes para ir y para venir?

Marce negó con la cabeza.

—No. Las corrientes del Flujo para ir a un sistema y para venir de él en realidad no están relacionadas. —Advirtió la cara de confusión de la emperox—. Lo sé, es un concepto difícil de comprender, pero es así. Nuestro modelo también ofrece una predicción de la corriente que parte desde Terhathum y llega a Central, pero es más vaga porque está mucho más alejada en el tiempo. Podría ocurrir no antes de treinta y ocho meses ni después de pasados ochenta y siete meses, que es cuando esperamos que desaparezcan las últimas corrientes.

—¿Cuáles serán las últimas corrientes en desaparecer?

—Ahora mismo, nuestro modelo de predicción indica que la corriente que va desde Central hasta Fin se extinguirá dentro de entre ochenta y ochenta y siete meses.

—¿Se sabe todos los números de memoria? —preguntó la emperox.

—No todos —confesó Marce—. Sólo los que pensé que me preguntaríais. Me han concedido quince minutos con vos, majestad. Quiero aprovecharlos.

—¿No le parece irónico que la primera corriente que desaparece sea de Fin y que la última también podría serlo?

—No es irónico, majestad, es una coincidencia. Pero me alegra que pueda ser así. Me gustaría poder regresar a casa.

La emperox se quedó mirando a Marce.

—Ha hecho un viaje de casi un año sin saber con certeza si conseguiría reunirse conmigo.

—Os ruego que me disculpéis, pero lo cierto es que no esperaba reunirme con vos. Esperaba encontrarme con vuestro padre. Mis condolencias, majestad.

—Gracias. ¿Qué habría hecho si hubiera decidido no recibirlo?

—Imagino que habría presentado mis datos a los físicos de la Universidad de Subcentral y les habría dicho que se preocuparan ellos de llevar la información a quien quisiera escucharlos. Luego habría dedicado un par de días a hacer turismo y habría vuelto a Fin en la primera nave que partiera hacia allí.

—¿Sigue siendo ese su plan? ¿Regresar a Fin inmediatamente?

—Mi plan acaba aquí, majestad. Ya he hablado con vos. Traigo el informe completo que preparó mi padre por encargo del suyo; yo simplemente lo he revisado. Vos podéis entregárselo a quien deseéis para que lo verifique y luego hacer lo que queráis en el plano político. No tengo la impresión de que necesite convencersos de la veracidad de los datos. Confió en que los utilizaréis sabiamente, aunque más dudas me genera que alguien siga vuestro ejemplo.

Se abrió la puerta y Obelees Atek entró en el despacho. Marce se puso en pie.

—Lord Marce, su plan ha acabado, pero aún podría necesitarlo. ¿Se quedará?

—Majestad, sois la emperox.

—No —replicó ella, y Marce advirtió por primera vez una nota de exasperación en su voz—. Lord Marce, no es usted un despacho que haya que redecorar. Estoy pidiéndole que se quede para explicarme en profundidad estos datos y para que me ayude a explicárselos a los demás. Estoy pidiéndole que se quede a sabiendas de que entraña un riesgo para usted, un riesgo que crecerá a medida que esto se alargue. Puedo obligarlo a permanecer aquí y ayudarme, pero estoy pidiéndole que me eche una mano.

Marce miró a la emperox y recordó de nuevo que esta reunión no tenía nada que ver con cualquier cosa que hubiera esperado.

—Majestad, será un honor para mí ayudaros en lo que pueda.

La emperox sonrió.

—Gracias, lord Marce. Ahora tengo que partir para visitar una nueva *tenner*, pero regresaré por la noche. ¿Cenará conmigo? Me gustaría hacerle más preguntas.

—Por supuesto —dijo Marce. Pero entonces vaciló.

—¿Qué ocurre? —preguntó la emperox al percatarse de su inseguridad.

—Estoy pensando en cómo organizarme. Me hospedo en un hotel de la Estación Imperial y mi ropa protocolaria para la cena está allí.

—En primer lugar, regresaré exhausta de la visita a esa maldita nave, así que la cena será muy informal. Y en segundo lugar, ahora trabaja para mí. —La emperox se volvió a Obelees—. He contratado a lord Marce como asesor especial para asuntos científicos. Envíe a alguien a buscar sus cosas a la Estación Imperial. Por favor, encuéntrele un alojamiento en el ala del personal acorde con su posición. —Miró de nuevo a Marce—. Asegúrese de que no parezca que dentro ha explotado un museo. Y póngale a alguien que lo oriente un poco.

—Sí, majestad —repuso Obelees.

—Hasta luego —le dijo la emperox a Marce.

—Majestad. —Marce le hizo una reverencia.

La emperox salió del despacho y, en cuanto puso un pie fuera, tres asesores y un guardaespaldas se pegaron a ella y la acompañaron mientras recorría la antesala.

Marce la observó mientras se alejaba y luego se volvió a Obelees.

—No tengo ni idea de lo que acaba de pasar aquí.

Obelees sonrió.

—Parece ser que su entrevista ha sido todo un éxito, lord Marce. Ahora, por favor, acompañeme. Vamos a ver qué encontramos para usted en materia de alojamiento.

## Dieciséis

Cardenia casi se sentía avergonzada por la alegría que se había apoderado de ella tras su encuentro con Marce Claremont.

Avergonzada porque, después de todo, la conversación, pese a su brevedad, confirmaba lo que había preocupado a su padre, una inquietud que ella había heredado: la especie humana corría el peligro de extinguirse, no de una manera abstracta ni en el transcurso de un largo periodo de tiempo, sino de un modo concreto y en un plazo de diez años. Dentro de menos de una década, todos los sistemas humanos estarían aislados, solos y obligados a sobrevivir con los recursos que les ofrecieran sus sistemas, y con la tecnología de la que dispusieran para obtener esos recursos. En teoría, los hábitats podían aguantar décadas, incluso siglos, antes de que comenzaran a sufrir averías, pero había que tener en cuenta el elemento humano. Las personas no reaccionaban bien cuando se enteraban de que estaban aislados y condenados a una muerte lenta por los fallos de su hábitat. Cardenia recordó lo que sabía sobre la pérdida de Dalasýsla. Los humanos se desmoronaron antes de que lo hiciera su hábitat.

No era motivo de orgullo alegrarse por la confirmación de que ese era el destino que aguardaba a cuatro docenas de sistemas humanos y a miles de millones de personas.

Pero Cardenia no podía evitarlo. No se alegraba porque fuera una fatalista y una misántropa, feliz porque por fin la humanidad iba a recibir su merecido. Estaba contenta porque, por fin, la figura imprecisa de su reinado, cuyo principal y exiguo cometido era impedir que el parlamento y los gremios

pisotearan al confiado planeta de Fin con una afluencia de botas militares, de repente aparecía con absoluta nitidez ante ella. Cardenia ahora sabía tres cosas:

La primera era que sería la última emperox de la Interdependencia.

La segunda era que consagraría su reinado a salvar tantas vidas humanas como fuera posible y con todos los medios a su alcance.

Y la tercera, que quizá esto suponía el final de la mentira de la Interdependencia.

Porque la Interdependencia no era otra cosa, como Cardenia había descubierto aquel día en el que hizo aparecer a Rachela I en la Cámara de la Memoria y le pidió que se lo explicara todo: cómo la inmensa mayoría de los sistemas estelares accesibles por el Flujo no eran habitables por el hombre y aun así no se dieron por vencidos; cómo esos sistemas independientes comenzaron a comerciar y se volvieron dependientes unos de otros porque necesitaban mutuamente sus recursos; cómo un grupo de comerciantes, encabezados por Banyamun Wu, se dieron cuenta de que el verdadero poder residía, no en el comercio, sino en el control de los accesos al Flujo, y se instalaron armados en el sistema de Central y comenzaron a cobrar peajes.

Cómo camuflaron y vendieron su actividad bajo unos inventados principios religiosos de «interdependencia», con Rachela, la hija de Banyamun, a la cabeza de la nueva Iglesia y del imperio incipiente. Cómo los Wu y sus aliados se deshicieron de quienes podían oponerse a ellos repartiendo títulos nobiliarios y monopolios comerciales, con lo que se creó el sistema económico de «familia y gremio» que garantizaba la pervivencia de un sistema de castas y ponía trabas a la diversificación económica dentro de cada sistema, cosa que podría haber colocado a la humanidad en una posición mejor para sobrevivir al inminente aislamiento.

Cómo, en resumen, la Interdependencia regulaba y manipulaba la necesidad real de la humanidad de un sistema de comercio y cooperación

interplanetario que sólo beneficiaba a las clases altas. Empezando por la familia Wu. Su familia.

Cardenia se había quedado estupefacta con la sangre fría y la absoluta ausencia de remordimientos y de compasión de Rachela I cuando le contó detalladamente la fundación de la Interdependencia. Hasta que recordó que la Rachela I de la Cámara de la Memoria sólo era una recreación informática carente de ego. Esa versión de Rachela I no tenía la necesidad de ponerse medallas ni de racionalizar los actos que ella, su padre, los antepasados Wu y sus aliados habían cometido. La simulación del ordenador no se avergonzaba.

En aquel momento, a Cardenia se le ocurrió que todos los emperox que había habido después de Rachela I debían de haber vivido la misma experiencia que estaba teniendo ella. Todos habrían entrado en la Cámara de la Memoria para charlar con sus antepasados sobre la esencia de la Interdependencia y se habrían enterado, relatado de la manera más desafectada, que la historia sobre la fundación que se contaba y enseñaba a todos los súbditos de la Interdependencia era una falacia. Cardenia imaginaba que todos ellos lo habían sospechado (después de todo, su propio sueño, en el que aparecía Naffa y le contaba que la Interdependencia era una estafa, era una manifestación de su subconsciente, no una visión sobrenatural), pero una cosa era sospecharlo y otra que te lo dijeran las recreaciones (simulaciones verificables) de tus antepasados.

Sólo por curiosidad, Cardenia le había pedido a Jiyi que hiciera aparecer emperox al azar para averiguar qué pensaron cuando se enteraron (o confirmaron sus sospechas) de que la Interdependencia se fundó principalmente para que la familia Wu y sus aliados se lucraran. Había querido saber cómo afectó a sus reinados. Algunos se sorprendieron del engaño de sus antepasados y se propusieron mejorar la vida de los ciudadanos de la clase media de la Interdependencia. Otros se deleitaron con el perverso ascenso al poder de sus antepasados y dedicaron su vida a afirmarlo para las generaciones venideras de la familia Wu. Dos emperox se

sintieron tan impresionados que abdicaron; uno de ellos se autoexilió en Fin y se hizo agricultor; el otro se entregó al nihilismo y dedicó su vida «a beber y a follar», como le explicó su simulación.

Pero la mayoría de los emperox simplemente se encogían de hombros y seguían adelante ejerciendo la autoridad en la Interdependencia. La manera como se creó y quién se beneficiaba de ella no tenía ninguna trascendencia en comparación con el hecho de que existía y había que administrarla, además de que nadie podía hacer nada para cambiarlo, ni siquiera un emperox. Los emperox de la Interdependencia no debían ser radicales en ninguna posición política; los que lo eran acababan discretamente depuestos y sustituidos por hijos o primos (si era necesario) más moderados.

Cardenia había pasado los primeros nueve meses como líder de la Interdependencia haciendo frente a la abrumadora inercia del cargo de emperox y a las tradiciones y obligaciones que la constreñían. ¿Acaso no estaba ahora mismo a bordo de un transbordador que la llevaba a visitar una nave que no le importaba lo más mínimo a petición de una familia con conexiones políticas que la desagradaba, con un hombre con el que todo el mundo menos ella quería que se casara? ¿No era esto una precisa metáfora de su vida actual?

Ahora, sin embargo, el final de la Interdependencia no sólo era inevitable desde el punto de vista de la física, sino deseable para la supervivencia de la especie humana. Cada sistema tendría que hacer acopio de recursos y prepararse para el aislamiento y los monopolios terminarían. La estructura de gremios y nobles tendría que desaparecer, ya que eran un impedimento para la pervivencia de la humanidad. Se acercaba el final (necesario y deseable) de la mentira de la Interdependencia, y Cardenia, que nunca había ambicionado ser emperox, sería quien acabara con ella. No podía hacerlo nadie más.

Casi le daba vértigo pensarlo.

—Estamos a punto de acoplarnos a la *Canta* —anunció el piloto del transbordador imperial.

Cardenia asintió. Viajaba con un completo séquito de ayudantes y guardaespaldas, pero se había acordado que al menos una parte de la visita la haría a solas con Amit para que pudieran conversar en privado sobre lo que quisieran. Cardenia suponía que Amit dedicaría ese rato a colmarla de torpes declaraciones de amor.

«Ahora no tienes que fingir que te casarás con él», le dijo una parte de su mente, y ese pensamiento le generó una sensación placentera. ¡Era cierto! El único fin de casarse con Amit, o con cualquier Nohamapetan, era fortalecer la posición de la casa imperial respecto a los gremios y el parlamento y mantener viva esa ambición desmesurada de su linaje, al menos teóricamente.

Pero ahora no había ningún futuro en el que pensar, por lo menos en lo que respectaba a la Interdependencia. Cardenia no tenía que preocuparse ya por garantizar el dominio imperial para la siguiente generación ni por ganarse el favor de los gremios ni del parlamento. Todo eso iba a desaparecer. Sólo tendría que volcar todos sus esfuerzos en mantener viva la humanidad tras la caída. Cardenia estaba convencida de que no necesitaba a Amit ni a ningún Nohamapetan para eso. Si Marce Claremont estaba en lo cierto, y ella no tenía ninguna duda de que lo estaba, dentro de unas semanas todo el mundo dispondría de las pruebas que quisiera para convencerse de que el universo estaba cambiando.

Cardenia pensó brevemente en Marce Claremont, con quien se había sentido cómoda desde el mismo momento en el que entró en el despacho y se rio de él. La intención inicial de Cardenia era mantener una reunión privada pero formal con Claremont, pero algo que había visto en él la hizo cambiar de opinión. Dejó de lado la formalidad y se paseó a su alrededor mientras charlaban, y luego manipuló la situación para poder seguir hablando más tarde, mientras cenaban.

«Lo encuentras atractivo, ¿eh?», le dijo su cerebro. Cardenia no podía estar en desacuerdo. Era un hombre inteligente, educado y bastante mono, y hacía mucho tiempo que Cardenia no mantenía ninguna clase de relación con

un hombre que reuniera esas cualidades y le hiciera tilín con el que no hubiera una diferencia de edad de diez años. Pero había algo más que una atracción sexual. Cuando el transbordador se acopló, Cardenia se dio cuenta de qué era: Claremont le había recordado un poco a Naffa. Un poco sabiondo, un poco irónico, y alguien que podía verla como Cardenia, no como la emperox Grayland II. O, por lo menos, como ambas.

«A lo mejor sólo necesito un amigo», pensó. Esbozó media sonrisa y salió del transbordador al hangar de la *Si quieres cantar, canta*, donde Amit Nohamapetan estaba esperándola junto con los más de doscientos operarios que habían construido la nave.

Todos la recibieron con una reverencia mientras descendía del transbordador.

—Majestad —dijo Amit Nohamapetan al mismo tiempo que volvía a enderezarse—. Es un placer veros de nuevo.

Entonces Cardenia se fijó en la expresión tensa pero complacida de su cara. Era obvio que ocultaba algo que lo preocupaba, y, muy a su pesar, Cardenia sintió una pizca de pena por él. Lo que quiera que fuera que lo inquietaba, parecía causarle un gran sufrimiento.

Cardenia le devolvió el cumplido y dejó que le presentara a los constructores de la nave. Estrechó la mano a los supervisores y saludó a los operarios. Cardenia ya se había acostumbrado a este aspecto de su trabajo; saludaba mucho y movía muchas veces la mano, y así sería el resto de su vida.

«Bueno, ya no», le dijo su cerebro.

Cardenia lo mandó callar y se volvió a Amit.

—¿Está preparado para iniciar la visita, lord Amit?

—Por supuesto, majestad —respondió él, que tomó la mano que Cardenia le ofreció de una manera formal pero no exenta de cordialidad, y juntos salieron del hangar, seguidos por el séquito de la emperox.

Una *tenner* es una nave grande y el recorrido planeado para la visita era

bastante largo. Entre los lugares que visitarían estaban el puente de mando y la cápsula de máquinas, en la sección principal de la nave, y luego las bodegas de carga y las fábricas en los anillos. Estaba previsto que Amit y Cardenia se quedaran solos cuando llegaran a las bodegas, con los guardaespaldas de la emperox apostados en las secciones del anillo situadas delante y detrás de la pareja. Naturalmente, su equipo de seguridad había llegado a la nave varias horas antes para que todo estuviera en orden cuando Cardenia pusiera el pie en ella, así que un paseo de un par de centenares de metros a solas con Amit era relativamente seguro.

Todo el recorrido duraría algo menos de dos horas. Después tomarían el té juntos, también en privado. Cardenia de pronto decidió que ese sería el momento en el que le diría a Amit que se olvidara de todo el asunto del matrimonio. Una vez tomada esta determinación, esperaba poder evitar los silencios incómodos durante la visita.

Sin embargo, cuando llevaban diez minutos de paseo por la nave, quedó claro que si alguno de los dos estaba demostrando una tendencia notable a sumirse en un silencio incómodo, ese era Amit Nohamapetan. Apenas hacía algún breve comentario jocoso y dejaba que los miembros de la tripulación que se encontraban en las paradas de su visita llevaran el peso de las explicaciones del funcionamiento de la nave. Amit no preguntaba nada, lo que podría haberse interpretado como una muestra de educación de no ser por lo distraído que parecía. En cierto momento, Cardenia incluso tuvo que darle un discreto toquecito para que agradeciera a un tripulante el tiempo que les había dedicado y se despidiera de él.

Cuando los dos traspasaron la puerta de la bodega de carga, cuya extraordinaria amplitud explicaba su inclusión en el itinerario con el fin de que los dos tuvieran unos minutos a solas, Cardenia decidió que ya había tenido suficiente.

—Lord Amit, si pretendía utilizar esta visita para expresarme su afecto personal, temo que está haciéndolo bastante mal —dijo mientras caminaban.

Amit esbozó una sonrisa triste.

—Sí, majestad. Creedme, soy plenamente consciente de ello.

—¿Existe alguna causa para su comportamiento?

—Temo que hoy he recibido un montón de malas noticias.

—Lamento oírle decir eso. ¿Alguna de carácter personal?

—En cierta manera, sí. La mayoría son sobre asuntos de negocios, si bien, como ya sabéis, a menudo cuesta separar los negocios de lo personal.

—He de decir que lo sé mejor que la mayoría de las personas.

—No lo dudo —repuso Amit, y continuaron adentrándose en la bodega, en silencio.

Cuando llegaron a lo que Cardenia calculó que era el centro de la bodega, Amit se detuvo y se volvió a mirarla.

—Vos no queréis casaros conmigo, ¿verdad, majestad?

Cardenia abrió la boca para pronunciar unas palabras apaciguadoras, pero en cambio dijo:

—No, la verdad es que no quiero casarme con usted.

Bueno, pues ya estaba dicho.

—De acuerdo —repuso Amit.

—Un momento, ¿cómo? —exclamó Cardenia, estupefacta—. Le ruego que me perdone, lord Amit, pero tenía la impresión, fomentada básicamente por su hermana, de que me había invitado para cortejarme. El hecho de que ahora parezca aliviado porque le he dicho que no deseo casarme con usted es... inesperado, como mínimo.

—Lo siento, majestad.

—Yo no —repuso Cardenia, y esta vez fue Amit quien mostró su sorpresa—. Me alivia que este tedioso politiqueo haya acabado de una vez. Así podremos disfrutar del té juntos. —Amit se echó a reír—. Pero no entiendo por qué, después de más de un año de presiones por parte de su familia y de usted, ahora se siente aliviado porque no tengo ningún interés en aceptarlo como esposo.

—Es complicado —afirmó Amit.

Cardenia señaló a su alrededor como queriendo decir: «Estamos completamente solos. ¿Qué mejor momento?».

—La versión breve es que se nos ha hecho notar el malestar del resto de las casas porque creen que ya ejercemos mucha influencia en vos. Llegados a este punto, estrechando nuestro vínculo con la casa imperial, corremos el riesgo de perder influencia en lugar de ganarla.

—Vaya, no sé qué decir, lord Amit.

—Lo comprendo, majestad. Basta decir que los equilibrios políticos en los gremios y en el parlamento ya son suficientemente complicados ahora, y tenemos razones para pensar que en el futuro van a complicarse aún más.

Saltaron las alarmas en la cabeza de Cardenia.

—¿Cómo es eso?

—A corto plazo está el asunto de Fin.

—¿Y a largo plazo?

—Bueno, quién pude predecir lo que ocurrirá a largo plazo —respondió Amit, y se puso a caminar de nuevo.

—No —dijo Cardenia sin moverse de donde estaba, lo que obligó a Amit a detenerse—. Discúlpeme, lord Amit. No me creo que la rebelión de Fin sea el motivo de que renuncie a sus planes de ascender al trono. Tampoco creo que su hermana hiciera algo así. Hay algo más, ¿verdad?

Amit Nohamapetan se la quedó mirando como si fuera un niño al que habían pillado asaltando el tarro de las galletas.

—Y esta renuncia al matrimonio no es una cosa que desee de verdad —añadió Cardenia—. Es decir, no es idea suya. Lo han obligado. ¿Ha sido su hermana?

—Ella no —respondió Amit.

—Pero no ha tomado usted la decisión por propia voluntad, ¿verdad? —insistió Cardenia—. Así que cualquier razón que me dé, está aprobada oficialmente por ella. Pero su hermana me dijo que estaba dispuesta a

renunciar a su sillón en el comité ejecutivo si accedía a casarme con usted. Ya que el matrimonio de un miembro de la Casa de Nohamapetan con la familia imperial que garantiza colocar un heredero en el trono supera con creces un sitio en el comité ejecutivo. De manera que ha sucedido algo entre el momento en el que hablé con ella y ahora. ¿De qué se trata, lord Amit?

Él se quedó callado.

—¿Tiene algo que ver con Fin? —aventuró Cardenia.

—Majestad...

—Su familia está involucrada de alguna manera con la rebelión de Fin, ¿no?

Amit parecía exasperado.

—Majestad, ¿por qué íbamos a hacer eso?

Cardenia no hizo caso de la condescendencia inherente en la exasperación de Amit porque tenía todos sus sentidos puestos en una pregunta más trascendental: ¿qué beneficio podían obtener los Nohamapetan de una rebelión en Fin? Si tenían algo que ver con ella era porque querían ganarse el favor del duque de Fin, colocar uno nuevo, o posiblemente sustituirlo por un miembro de la familia. Ghreni Nohamapetan, el hermano pequeño, tal vez.

Pero ¿por qué? Si se derrocaba al duque actual y se descubría la intervención de los Nohamapetan, el duque (o más probablemente sus herederos) podrían presentar una denuncia en los tribunales de la Interdependencia, así como una petición para que se bloquearan las cuentas de la casa hasta que se dictara sentencia. Eso sería malo para los negocios. Si los Nohamapetan colocaban a uno de los suyos como duque de Fin, en última instancia tendrían que renunciar a Terhathum, su sistema natal, del que era condesa Jedna, la madre de Amit.

«¡Terhathum!» La parte de la mente de Cardenia que se encargaba de construir los pensamientos ordenó todas las piezas y ofreció el rompecabezas completo a su consciencia.

—¡Dios mío, lo saben! —exclamó, mirando a Amit—. ¡Lo saben! ¡Saben

lo del Flujo!

—No sé de qué me habláis —repuso Amit, pero su expresión de absoluta sorpresa al oír que Cardenia mencionaba el Flujo lo delató.

—Saben que está a punto de desaparecer. Saben que Terhathum es el siguiente. Su familia pretende abandonarlo y huir a Fin. —Cardenia hizo una pausa y se quedó mirando a Amit con perplejidad—. Saben que va a desaparecer, pero no han hecho nada para salvar a su pueblo. ¿Por qué?

—No va a desaparecer, sólo va a moverse —comenzó a decir Amit, pero entonces cerró el pico.

Cardenia continuó mirándolo fijamente y entonces lo comprendió.

—Oh, no, lord Amit. Oh, no. Las corrientes del Flujo no están moviéndose, están desapareciendo por completo. Escúcheme. Tiene que enviar hoy mismo un mensaje a Terhathum. Tiene que avisarlos. Tienen que prepararse.

—¿Prepararse para qué?

—Para la extinción del Flujo, Amit. Para la extinción del Flujo.

Saltaron las alarmas y aparecieron guardias corriendo hacia ellos desde delante y a su espalda.

Amit miró a su alrededor, desconcertado.

—No es posible. A mí no. Ahora no.

—¿Qué ocurre, Amit? —preguntó Cardenia.

Nohamapetan la miró.

—Lo siento, Cardenia —dijo, y entonces los guardias los cogieron a los dos y se los llevaron a rastras; a Cardenia en la dirección de que la que habían venido, y a Amit, en la dirección hacia la que caminaban.

Los dos grupos ya casi habían llegado a sus respectivas puertas cuando un objeto atravesó el techo del fuselaje de la nave y voló oblicuamente hasta impactar con el suelo de la bodega y destrozarlo. Cardenia se volvió mientras corría y la arrastraban y vio lo que parecía un transbordador vuelto del revés deslizándose vertiginosamente por el suelo de la bodega en dirección a la

pared opuesta, donde Amit y sus guardias seguían corriendo. Cardenia gritó su nombre, pero su voz se perdió en el estruendo desgarrador de la desintegración del transbordador y en el ruido de succión del aire que escapaba por el gigantesco boquete que había en el techo de la bodega. Cardenia alcanzó a ver durante una fracción de segundo la parte posterior de la cabeza de Amit, a quien los guardias imperiales empujaban para que se agachara mientras corrían. Pero entonces todos fueron embestidos por los devastadores restos del transbordador.

Los sistemas de la nave, al detectar la pérdida de aire, comenzaron a cerrar secciones. Cardenia y los guardias que la protegían corrieron a toda velocidad hacia las puertas que descendían, pero la fuerza del aire que escapaba por el agujero los empujaba hacia atrás. Cardenia chilló cuando vio que las puertas casi se habían cerrado, convencida de que no lo conseguirían.

Y no lo consiguieron. No todos. Los guardias imperiales empujaron a Cardenia, que salió disparada con los brazos extendidos, y desde el otro lado apareció un brazo que le agarró una mano y tiró de ella para introducirla por el hueco de la puerta, con tanta brusquedad que Cardenia chilló de dolor con el hombro casi dislocado. Y entonces se encontró en el otro lado de la puerta, gateando para sacar el pie de debajo de ella justo cuando iba a chocar con el suelo para cerrarse. En algún momento había perdido el zapato.

Ayudaron a levantarse a Cardenia y la arrastraron rudamente por el pasillo curvo hacia el pasadizo del radio del anillo que los llevaría de vuelta a la sección principal de la nave. Cuando ya lo tenían a la vista, Cardenia miró a los tres guardias que la acompañaban, pero antes de que pudiera preguntarles qué había pasado, hubo un estrépito y se produjo una explosión que la arrojó con fuerza contra el suelo. Cardenia se rompió una muñeca y se rasguñó los brazos y la cara mientras se deslizaba por la dura superficie. El viento volvió a rugir. Uno de los guardias, que se había vuelto a poner en pie, salió volando de la sección del anillo antes de que otras puertas se cerraran con un golpetazo.

Cuando estaban tendidos en el suelo, Cardenia contó hasta diez antes de levantarse. Respiró con ansiedad; los dos boquetes habían dejado salir tanto oxígeno del anillo de la nave que Cardenia sentía que se asfixiaba. Uno de los guardias imperiales que quedaban con ella, una mujer, vio un botiquín de primeros auxilios en la pared y lo abrió a golpes. De su interior sacó dos bombonas de oxígeno presurizadas, le dio una a Cardenia y la enseñó a utilizarla. Cardenia aspiró una gran bocanada ; tan agradecida se sentía que comenzó a sollozar.

La guardia imperial se acercó a su compañero, que no se había levantado del suelo. Cardenia miró en su dirección y vio un charco de sangre en torno a su cabeza. Se había dado un golpe tan fuerte que había muerto desangrado.

Un crujido ensordecedor, como un estallido, se propagó por todas las superficies del segmento del anillo en el que se encontraban y por el aire.

—¿Qué es eso? —preguntó Cardenia.

—El anillo estaba rotando para mantener la gravedad —explicó la guardia—. Ahora está resquebrajándose. —Le tendió una mano a Cardenia—. Vamos, majestad. Tenemos que llegar al pasadizo del radio.

El pasadizo del radio estaba diseñado teniendo en cuenta el correcto funcionamiento de los campos de presión; una ancha pasarela que partía del suelo ascendía por lo que parecía la pared de la sección del anillo y luego se introducía en el radio; los campos de presión dirigidos sostenían a los tripulantes mientras caminaban por la pared para llegar al radio. Los pasadizos radiales desembocaban en la sección principal de la nave, y para llegar hasta allí también había campos de presión que ayudaban a avanzar.

—Vos delante, majestad —dijo la guardia. Cardenia avanzó renqueando por la pared con la bombona de oxígeno en la mano y entró en el radio. Se volvió para mirar a la guardia—. ¡Continuad! —le gritó el miembro de su escolta, haciéndole señas con las manos para que no se detuviera.

Pero entonces el crujido sonó mucho más fuerte y Cardenia vio que, debajo de la guardia, el suelo del segmento del anillo comenzaba a combarse

y a agrietarse. Una puerta que aislaba el pasadizo radial se cerró, y en la última imagen que Cardenia tuvo de la guardia, esta le gritaba que corriera.

No era necesario. Cardenia corrió con todas sus fuerzas por el radio hasta que los campos de presión se apagaron y quedó flotando en su interior. Se estrelló con la pared y siguió arrastrándose por ella para tratar de llegar a la lejana compuerta que daba paso a la sección principal de la nave.

Reptando por la pared del pasadizo llegó a un segmento transparente. Miró a través de él y vio el destrozo que había sufrido el anillo y cómo se desprendía del resto de la nave la sección opuesta a donde estaba ella; el radio que partía de aquel lado se hizo añicos. Observó cómo los fragmentos volaban hacia ella y luego se alejaban a su espalda. Delante tenía la compuerta que conducía a la sección principal de la nave.

Entonces se dio cuenta de que estaba cerrada.

El pasadizo dio una sacudida alrededor de Cardenia con un crujido estrepitoso. La emperox salió despedida contra la pared y comenzó a dar vueltas descontroladamente. Mientras giraba, oyó un estridente coro de silbidos y una línea de agujeritos que se extendía por lo menos tres metros apareció en la pared del radio. El conducto estaba perdiendo aire.

Cardenia apretó con fuerza la bombona de oxígeno y avanzó con desesperación hacia la compuerta que la separaba de la sección principal de la nave, se agarró al asidero que había junto a la compuerta y se puso a golpearla con la bombona. Siguió aporreándola mientras el aire a su alrededor se volvía más frío e irrespirable. Aspiraba de la bombona de vez en cuando para no perder el conocimiento y seguir golpeando la compuerta. Siguió así hasta que oyó o creyó oír que alguien respondía a sus golpes desde el otro lado.

Siguió así hasta que la venció el frío.

## Diecisiete

Miembros de la Guardia Imperial invadieron las oficinas de la Casa de Lagos en la Torre de los Gremios, lo que dio lugar a lo que Kiva juzgó la única reacción lógica a lo que estaba pasando.

—¿Qué cojones ocurre? —le espetó a lord Pretar, que estaba de pie en su despacho mientras los guardias y los investigadores hurgaban en sus archivos y en su tableta y en los archivos y las tabletas de todas las demás personas que había en las oficinas.

—Han intentado asesinar a la emperox —explicó Pretar.

—¿Qué cojones tiene eso que ver con nosotros?

—Lady Kiva, por favor —dijo Pretar, lanzando una mirada a los guardias que tenía alrededor—. Mantenga un tono respetuoso.

—¡A la mierda el tono! ¡Responda mi maldita pregunta!

Kiva reparó en que Pretar trataba de decidir si él, el director general de la Casa de Lagos en Central, estaba en disposición de dar un puñetazo a la hija de la matriarca de la familia. Al fin decidió que no, una elección que Kiva consideró correcta aunque decepcionante, porque ahora mismo se moría de ganas de tirarlo a la moqueta y molerlo a golpes, y eso le habría dado la excusa perfecta.

—La emperox estaba visitando una nave recién salida de los astilleros —dijo Pretar—. Alguien estrelló un transbordador contra la sección del anillo en la que se encontraba.

—Vale, ¿y?

—Y el transbordador es nuestro.

—¿Cómo? ¿De qué nave?

—De la *Sí, señor*.

—¿Estás quedándote conmigo? —preguntó Kiva.

Pretar miró a su alrededor y arqueó las cejas, un gesto que Kiva encontró especialmente irritante y que parecía decir: «Si estuviera quedándome con usted, estas personas no estarían aquí».

—Lady Kiva —dijo una voz a su espalda.

Kiva se dio la vuelta y vio a un pringado con pinta de lameculos mirándola fijamente.

—¿Quién es usted?

—Soy Hibert Limbar, jefe de la Guardia Imperial. Me gustaría hablar con usted.

—Perfecto, porque a mí me encantaría hacerlo con usted. —Kiva miró de nuevo a Pretar—. Largo.

—Es mi despacho —protestó Pretar—. Y usted no es su madre, lady Kiva.

—No, no lo soy. Llámela y quéjese a ella de mí si quiere. Hasta entonces, largo de aquí. Necesito su despacho.

Pretar se la quedó mirando un momento y luego salió. Los guardias y los investigadores que estaban en el despacho lo observaron mientras se marchaba.

—Díales a estos que se larguen también —dijo Kiva, señalándolos.

—Largaos todos —ordenó Limbar—. Dadnos quince minutos.

Todo el mundo se marchó y Limbar cerró la puerta del despacho cuando salió el último.

—¿Cómo cojones han robado uno de nuestros transbordadores para cometer este atentado? —preguntó Kiva mientras caminaba hacia la silla de Pretar y se dejaba caer en ella.

—Es curioso que me haga esa pregunta, lady Kiva —replicó Limbar—. Estaba a punto de preguntarle lo mismo. Posiblemente utilizando menos «cojones».

—Es evidente que no tengo ni idea.

—Usted era la representante de la empresa propietaria a bordo de la *Sí, señor*.

—Sí.

—Y en el viaje de vuelta a Central trajeron a un montón de refugiados de Fin que presuntamente huían de la guerra civil.

—Sí, ¿por qué?

—Porque es posible que alguno de esos refugiados tuviera planes para cuando llegara a Central.

Kiva resopló.

—¿Está sugiriendo que uno de esos capullos que hemos traído a Central sabía que la emperox, la nueva y radiante emperox, que fue coronada aproximadamente en la misma fecha en que partimos de Fin, iba a estar en una nave en concreto a una hora en concreto y cogió prestado el transbordador para cargársela?

—No me parece que eso sea probable. Más bien pienso que recibió instrucciones de alguien cuando llegó a Central e investigó el panorama político.

—¿Qué significa eso? —preguntó Kiva.

—Lady Kiva, ¿sabe qué nave fue atacada?

—No.

—La *Si quieres cantar, canta*, que era una nueva *tenner* encargada por la Casa de Nohamapetan.

Kiva no dijo nada.

—Lady Nohamapetan me ha contado que no mucho antes de que la nave de su familia fuera atacada —continuó Limbar—, usted y su madre, la condesa, amenazaron a Amit Nohamapetan por una disputa de negocios.

—No lo amenazamos. Sólo le dejamos claro nuestro malestar por ciertas acciones que su familia llevó a cabo contra nosotros en Fin, pero le ofrecimos resolver nuestras diferencias en los tribunales. Puede preguntárselo a él.

—Me encantaría hacerlo, pero estaba con la emperox cuando se produjo el ataque. La emperox sobrevivió. El pobre Amit Nohamapetan, no.

—Vaya, joder —murmuró Kiva tras permanecer en silencio un momento. Limbar asintió.

—Puedo enseñarle las fotos, si quiere. No obstante, no queda mucho de él. Lo que no acabó untado en el suelo de la cubierta salió despedido al espacio.

—No creerá que fuimos nosotros, ¿verdad?

—Bueno, lady Kiva, eso dígamelo usted. Llegó de Fin con una disputa de negocios con los Nohamapetan y con una nave llena de emigrantes de un planeta cuyos rebeldes han estado poniendo bombas por toda la Interdependencia... y que habían atentado contra la vida de la emperox anteriormente. Ahora se ha producido un atentado que no sólo tenía como objetivo a la emperox, sino que también ha eliminado al heredero de la Casa de Nohamapetan y ha ocasionado graves pérdidas económicas a su familia con la destrucción de su nueva *tenner*, justo antes de que iniciara su servicio. ¿En serio no se hace una idea de por qué he podido pensar que usted y esos terroristas de Fin podrían haber decidido matar dos pájaros de un tiro?

—Puede pensar lo que quiera —repuso Kiva—. Eso no significa que sea verdad. De todos modos, no tiene sentido. Necesitábamos a Amit Nohamapetan para conseguir el acuerdo que perseguíamos. Matarlo antes de firmarlo no nos convenía. Ahora no querrán saber nada de nosotros, sobre todo si creen que hemos tenido algo que ver.

Limbar sonrió.

—Eso es cierto. Lady Nadashe está furiosa, y sólo su búsqueda desesperada de apoyos para enviar tropas a Fin mantiene su atención alejada de la Casa de Lagos.

Kiva abrió la boca para decir algo sobre la relación de los Nohamapetan con los rebeldes de Fin y para preguntarle a Limbar por qué cojones no estaba investigándola, pero la cerró de una manera tan repentina que le entrechocaron los dientes.

—¿Sí, lady Kiva? —preguntó Limbar, que se percató de lo que había sucedido—. ¿Se le acaba de ocurrir algo?

—Me preguntaba si ha encontrado alguna prueba que justifique su presencia aquí.

Limbar señaló a su alrededor.

—Hay una razón para que estemos aquí. No creo que usted ni su madre sean tan estúpidas como para dejar una grabación en la que discutan sus planes, si tuvieran algo que ver. Pero tal vez no todos sus empleados sean tan cuidadosos. Si ese fuera el caso, lo descubriremos. Entretanto, lady Kiva, comprenderá que haya restringido sus movimientos a Subcentral por el momento y que se la vigilará de una manera discreta. No son unas medidas que se tomen sólo con usted. Su madre, lord Pretar y la mayoría de los ejecutivos de su empresa en Central y en Xi'an también tienen restringidos sus movimientos.

—Mi madre no va a tomárselo muy bien.

—En ese caso, dígame a la condesa, y puede citar textualmente mis palabras, que me importa una mierda. Alguien ha intentado asesinar a la emperox por segunda vez en un año. Le aseguro que encontraré al responsable. Y si es usted, o su madre, o alguien relacionado con la Casa de Lagos, me dará igual lo poderosos que sean ni su capacidad para intimidar a sus subalternos. Acabaré con usted y con su familia si es necesario.

—Se lo diré a mi madre.

—Hágalo. Y ahora, lady Kiva, si me disculpa, mis hombres tienen que volver al trabajo.—Se levantó y abrió la puerta para que sus guardias y los investigadores volvieran a entrar. Kiva los observó un momento y luego se levantó de la silla, salió del despacho y enfiló hacia los ascensores. Una guardia dejó lo que estaba haciendo y la siguió.

—¡Venga ya! —exclamó Kiva, dirigiéndose a la guardia—. El capullo de su jefe me ha dicho que serían discretos.

—Esto es ser discreto —respondió la guardia mientras se colocaba a su

lado.

Kiva resistió la tentación de poner los ojos en blanco.

—¿Cómo se llama?

—Sargento Brenja Pitof.

—Bien, sargento, ¿voy a tener algún momento a solas entre ahora y cuando quiera que esto acabe?

—La verdad es que no.

—¿Va a vigilarme mientras cago?

—No.

—Bien.

—Siempre y cuando el cuarto de baño no tenga una ventana o una segunda puerta.

Se abrió la puerta del ascensor y Kiva entró, seguida por la sargento Pitof.

—Apriete el botón de la planta baja —dijo Kiva.

—Yo sólo la sigo, lady Kiva. No soy su criada —replicó Pitof, pero de todas maneras apretó el botón.

—¿Dónde está? —le preguntó el capitán Blinnikka a Kiva a través de la tableta, la que la Guardia Imperial no le había confiscado.

—Estoy en el cuarto de baño de la habitación de un hotel.

—¿Qué es ese ruido?

—La ducha.

—¿Está llamándome mientras se ducha?

—No, sólo dejo correr el agua para poder hablar contigo. Tengo a una maldita guardia en la habitación.

—¿Qué hace?

«Está tirada en la cama después de una agotadora sesión de sexo», pensó Kiva, pero no lo dijo. Había decidido que, ya que iba a estar tan estrechamente vigilada, por qué no sacar algo de su situación.

—Está esperando a que acabe de ducharme, así que vayamos al grano.

¿Qué cojones ha pasado con nuestro transbordador?

—Estaba regresando de la Estación Imperial cuando perdimos la comunicación con él. Se dirigió al astillero donde estaban construyendo la *Canta* y se estrelló contra la maldita nave. La Guardia Imperial abrió fuego contra él cuando adivinaron sus intenciones, pero no lograron destruirlo.

—¿Quién era el piloto?

—Ling Xi.

Kiva hizo una mueca. Xi era una piloto completamente competente y absolutamente insulsa. Por lo que ella sabía, nunca había mostrado interés en la política.

—Es absurdo que quisiera estrellar el transbordador contra la nave.

—No creo que lo hiciera ella —dijo Blinnikka—. Tenemos los datos de la consola de mandos del transbordador. Muestra una actividad frenética durante el trayecto, pero no hay datos sobre el pilotaje... Para ser más precisos, datos que correspondan a ese trayecto. Todo lo que vemos es lo que se vería si un piloto estuviera intentando recuperar el control del transbordador, no si estuviera pilotándolo.

—¿Sugieres que la secuestraron?

—Sí. Creo que de algún modo piratearon los sistemas y que el transbordador se dirigió con el piloto automático o pilotado remotamente hasta la *Canta*.

—¿Le has contado eso a la Guardia Imperial?

—No me lo han preguntado, así que pensé que dejaría que lo descubrieran ellos solos. Han llegado a la nave hace un buen rato. Han descargado todo lo que han podido y se han instalado en una de las bodegas de carga. Aún están aquí. Nos han interrogado a mí y a los oficiales, pero de eso hace horas. No nos dejan salir de la nave. No sé qué están haciendo ahora exactamente.

—¿Xi estaba sola en el transbordador?

—Sí.

—¿Y antes? Pilotó el transbordador hasta la Estación Imperial, ¿no? ¿Iba

alguien con ella?

—Espere un momento —dijo Blinnikka.

Kiva esperó. Entretanto, decidió que le vendría bien una ducha. Tanto el sargento Pitof como ella habían estado bastante activas. Se desnudó, activó el manos libres de la tableta y se metió bajo el agua.

—Había un par de pasajeros —dijo Blinnikka cuando volvió a hablar—. Tres exactamente. Un matrimonio apellidado Lewwyn y un hombre llamado Broshning. Desembarcaban definitivamente de la *Sí, señor*.

—¿Sabemos adónde iban?

—No tengo ni idea.

—Pero alguien lo sabrá, ¿no? ¿Hay alguna manera de averiguarlo?

—No lo sé. Soy capitán, no detective privado.

—Pregúntale a Gazson Magnut. Si no se llevaron todo el equipaje en el transbordador, darían instrucciones para que se lo enviásemos.

—Nosotros sólo lo descargamos. La Estación Imperial se encarga de lo demás.

—Entonces envía a alguien para que pregunte.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo.

—La maldita Guardia Imperial piensa que intentamos asesinar a la emperox —gruñó Kiva—. Creo que podemos hacer un pequeño esfuerzo.

Blinnikka se quedó callado un momento.

—¿Está hablando conmigo con el manos libres?

—Quizá.

—Creía que me había dicho que no quería que nos oyeran.

—Al final he decidido que necesitaba una ducha.

—Preferiría no haber oído eso.

—Encuétrame a esas personas. Quiero saber dónde están.

—No le prometo nada.

—Entonces, supongo que nos veremos en la cárcel.

Kiva oyó el suspiro de Blinnikka.

—No volveré a llamarla. Me da miedo lo que pueda estar haciendo cuando responda. Le enviaré un mensaje.

—Encriptado.

—Obviamente —asintió Blinnikka, y colgó.

Kiva acabó de ducharse, cerró el grifo y se secó con la toalla. Cuando abrió la puerta del cuarto de baño se encontró de cara con la sargento Pitof.

—¿Sabes que hay una manera más sencilla de encontrar a esas personas? —le preguntó Pitof.

—¿Has estado escuchando a través de la puta puerta? —exclamó con incredulidad Kiva.

—Sí.

—¿Qué has oído?

—Casi todo lo que hablasteis desde que activaste el manos libres.

—Eres increíble.

—No voy a dejar de hacer mi trabajo sólo porque nos acostemos, lady Kiva.

Kiva abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

—No tengo una buena réplica para eso —dijo al fin—. Ahora cuéntame qué es eso de que hay una manera más sencilla de encontrar a esas personas.

—Todo el que llega a una estación imperial para quedarse tiene que informar en la aduana de dónde va a alojarse. Inmigración necesita tenerlos localizables hasta que se les conceda la residencia permanente.

—Entonces en la aduana saben dónde están.

—Probablemente.

—A veces la gente miente sobre el lugar en el que va a quedarse.

Pitof negó con la cabeza.

—Hay que presentar la reserva del hotel o el nombre y la dirección de las personas que van a hospedarte para poder pasar la aduana, y registrarse cuando llegas al lugar.

—Y luego sales por la puerta y nunca más se sabe nada de ti.

—Por lo menos estarás un paso más cerca de encontrarlas que ahora.

—Vale. ¿Cómo hablo con aduanas?

—Tú no tienes que hacerlo. Lo haré yo.

—¿Por qué ibas a ayudarme?

—Nada me impide ayudarte. Siempre y cuando te quede claro que informaré de todo lo que haga por ti a mi jefe.

Kiva enarcó una ceja.

—No creo que se lo cuentes todo.

—Pues sí. También lo informaré sobre el sexo.

Kiva se quedó muda.

—¿No es poco ético follarse a la persona que estás vigilando?

La sargento Pitof se encogió de hombros.

—Me ordenaron que no me separara de ti.

Kiva se echó a reír.

—Creo que me gusta usted, sargento Pitof. Es la clase de gilipollas que me gusta.

—Gracias, lady Kiva. Ahora repíteme esos nombres. No los he oído bien con el ruido de la ducha.

Taffyd y Chun Lewyyn se hospedaban en la Estación Imperial, en un modesto hotel llamado Primrose. Para Kiva era una mala noticia, porque no podía salir de Central. Decidió que se encargaría de ellos después. Estaba esperando información sobre Geork Broshning cuando oyó primero un golpetazo y luego unos gritos en el vestíbulo de su hotel. Cogió un albornoz del armario, abrió la puerta y se asomó al atrio del hotel desde el tercer piso, donde estaba su habitación. Vio un cuerpo tirado en el suelo, con la mirada fija en el techo del hotel, del que lo separaban dieciséis plantas.

—Lo he encontrado —dijo la sargento Pitof desde la habitación. Se puso la otra bata y salió al rellano para enseñarle a Kiva la información en la tableta, que incluía una fotografía de Broshning.

Kiva la miró.

—Yo también estoy bastante segura de que lo he encontrado —dijo, y señaló el cuerpo que yacía en el suelo del atrio, rodeado ahora por una multitud, y del que salía un reguero de sangre. Entonces reparó en otra cosa y enfiló hacia los ascensores con el albornoz puesto. Pitof la siguió.

Una vez en el vestíbulo, Kiva se adentró en el atrio, pasó de largo del cadáver y de la gente que se arremolinaba en torno a él y se detuvo frente a una maceta con exuberantes plantas artificiales. Allí encontró una tarjeta de acceso, entre las hojas de una enorme planta crasa. Kiva la cogió, volvió a pasar ante el muerto y la muchedumbre y se dirigió a la recepción, donde la atendió el subdirector del hotel, que parecía muy agitado.

—¿Sería tan amable de llamar a Geork Broshning? Está esperándome, pero he olvidado el número de su habitación.

—Sí... por supuesto —dijo el subdirector del hotel. Activó la pantalla para buscar el nombre y luego hizo aparecer un panel con números para teclear el código de la habitación—. No contesta, señora.

—Supongo que no puede decirme el número de la habitación, ¿verdad?

—Lo siento, señora, pero no se me permite facilitar esa información.

—Claro —dijo Kiva. Se dio la vuelta justo cuando Pitof llegaba donde estaba ella y echó a andar. Dejó atrás a la sargento y regresó a los ascensores. Entró y apretó el botón del duodécimo piso cuando Pitof entró siguiéndola. La sargento se fijó en la planta, pero no dijo nada.

Cuando llegaron al duodécimo piso, Kiva salió del ascensor y se dirigió a la habitación 1245, el número que había visto marcar al subdirector en la pantalla. Apretó la tarjeta contra la puerta y la cerradura se abrió.

—Probablemente no deberías seguirme dentro —le dijo a Pitof—. Podrían acusarte de manipular las pruebas... en bata.

—Cierra el pico y abre la puerta —contestó Pitof.

Kiva se encogió de hombros y entró.

La cama estaba revuelta, pero no la habían abierto; alguien se había

tumbado en ella, pero era posible que no hubiera dormido. Por lo demás, la habitación estaba ordenada. Las maletas y el resto del equipaje seguían cerrados. Kiva echó un vistazo al escritorio y se fijó en el cuaderno y en el bolígrafo. La primera hoja del cuaderno estaba escrita. Se acercó a la mesa y, sin tocar nada, leyó lo que estaba escrito con una letra menuda y apretada:

Cultivaba maíz y banu en Fin. Un hongo echó a perder el banu. Dicen que los cítricos tuvieron la culpa, pero creo que fue cosa del maíz, que también se estropeó. Lo perdí todo y entonces la guerra me obligó a irme. Intenté marcharme, pero no podía permitírmelo. Entonces Ghreni Nohamapetan quiso verme. Me dijo que me pagaría el pasaje. Me dijo que se sentía responsable por lo que le había pasado al banu. Me dijo que había sido un buen franquiciado.

Me dijo que cuando llegara a Central me pusiera en contacto con un funcionario de aduanas llamado Che Isolt, quien me diría lo que tenía que hacer. Isolt vino a verme a la nave y me entregó una caja transmisora. Me pidió que la dejara en el transbordador cuando me marchara. Eso hice. Entonces, cuando llegué al hotel, encendí la pantalla y descubrí lo que le había pasado al transbordador.

Sé que averiguarán lo que sucedió. Sé que me encontrarán. Sé que nadie me creerá. Ya lo había perdido todo y me han utilizado como a un tonto. Pensaba que podría empezar una nueva vida en Central. Me equivocaba.

Lamento la tragedia.

—Jodidos Nohamapetan —masculló Kiva. Se volvió hacia Pitof—. ¿Tienes la tableta? —Pitof se la mostró—. Llama a tu jefe.

—¿Qué quieres que le diga?

—Dile que hemos encontrado algo que demuestra que mi familia y yo somos inocentes.

—Una nota de suicidio no lo va a convencer —señaló Pitof.

—No es sólo una nota de suicidio —dijo Kiva.

—Aun así, no va a ser tan sencillo.

Kiva asintió.

—Ya. Cuando acabes, me gustaría usar tu tableta.

—¿Para qué?

—Porque necesito llamar a mi capitán para decirle que deje de buscar a Broshning. Y luego quiero llamar a otra persona.

—¿A quién?

—A alguien que estoy segura de que puede acelerar un huevo el proceso de demostrar que mi familia y yo somos inocentes.

## Dieciocho

El guardia imperial empujó la puerta y Marce Claremont entró en la ornamentada y vasta estancia en la que el comité ejecutivo estaba celebrando la primera reunión de la mañana. Marce, que llevaba una carpeta en las manos, contempló con asombro la inmensa sala y se dio cuenta de que probablemente no se acostumbraría a la ridícula suntuosidad del palacio imperial aunque permaneciera allí mil años. Era, en una palabra, excesiva.

Llegó a la mesa a la que estaban sentados todos los miembros del comité salvo la emperox, que aún estaba recuperándose del intento de asesinato. La persona que presidía la mesa (Grayland II le había dicho que sería la arzobispa Korbijn) lo escrutó en silencio. Marce le dedicó una reverencia y paseó brevemente la mirada por la mesa hasta que localizó a la persona que estaba buscando, Nadashe Nohamapetan. No la había visto nunca, pero la reconoció al instante; era la más joven del comité y guardaba un extraordinario parecido con su hermano Ghreni. Ella también lo miró con una expresión neutra, como no podía ser de otra manera, porque no tenía ni idea de quién era Marce ni lo que representaba.

—Usted es nuevo —le dijo la arzobispa Korbijn.

Marce asintió.

—Sí, eminencia. Soy Marce Claremont, el nuevo asesor de la emperox para asuntos científicos. Empecé ayer, recién llegado de Fin.

Esto despertó el interés de Nadashe, aunque lo disimuló bien. Si Marce no hubiera estado pendiente de su reacción, la habría pasado por alto.

Korbijn sonrió y dirigió la mirada al comité.

—Tal vez esto sea demasiado para el segundo día.

—Sí, eminencia. Es demasiado. Más de lo que imagina.

—Tengo entendido que trae noticias sobre la salud de la emperox —dijo Korbijn.

—Así es, y la emperox me ha expresado su deseo de que además presente a este comité otro asunto, si tiene a bien satisfacer su deseo.

—Naturalmente.

—La emperox está recuperándose satisfactoriamente —declaró Marce—. Aún está sufriendo los efectos del frío y de la hipoxia después de quedarse atrapada en el pasadizo radial de la *tenner*, pero afortunadamente sus guardias, o lo que quedaba de ellos, pudieron rescatarla antes de que sufriera daños que podrían haber puesto en peligro su vida. Tuvo suerte. Más suerte que los cinco guardias que murieron protegiéndola y los cuatro que trataron de rescatar a lord Amit Nohamapetan. Mis condolencias por su pérdida, lady Nadashe.

—Gracias.

—Claro que el doctor Drinin le ha pedido que se quede en la cama reposando y en observación un par de días más para que recupere las fuerzas, y le ha sugerido que deje en manos de este comité ejecutivo los asuntos que surjan durante ese tiempo. Creo que estaba insinuándole que este comité debería solicitar la autorización del parlamento para emplear la fuerza contra Fin y sus rebeldes.

—¿Qué ha respondido la emperox a esa sugerencia? —preguntó Korbijn.

—Ha respondido que, en su ausencia, el comité puede actuar en su nombre para aplicar la autorización...

—Más vale tarde que nunca —dijo Upeksha Ranatunga, que en el parlamento había votado a favor de que se enviara la nave de transporte de tropas *Profecías de Rachela* a Fin.

—... pero sólo después de que yo presente a este comité ese otro asunto que la emperox desea que comparta con ustedes.

—¿Y de qué se trata? —preguntó Korbijn.

—De esto —respondió Marce. Abrió la carpeta y sacó nueve documentos, cada uno de ellos compuesto por un buen número de hojas impresas grapadas. Los repartió a los miembros del comité.

—¿Qué es? —preguntó Ranatunga

—Es un primer borrador de una tesis doctoral que mi padre recibió hace algunos años de una estudiante llamada Hatide Roynold. Y se la envió porque, aunque mi padre era auditor imperial en Fin, estaba realizando allí otra tarea encomendada por el emperox Attavio VI. Mi padre es físico del Flujo, como yo, y el difunto emperox le pidió que recopilara datos sobre la salud de las corrientes del Flujo dentro de la Interdependencia. A Attavio VI le preocupaba que, a pesar de las palabras tranquilizadoras de casi todos los físicos del Flujo, esas rutas comerciales esenciales pudieran desaparecer.

—¿Y desaparecerán? —preguntó Ranatunga.

—Ya lo hicieron antes —respondió Marce—. El ejemplo más obvio es cuando se extinguió la corriente que nos unía con la Tierra, la cuna de nuestra civilización, hace más de mil años. Posteriormente, hace unos dos siglos, desapareció otra corriente, la del sistema Dalasýsla. Sin embargo, desde entonces las corrientes del Flujo se han mantenido extraordinariamente estables, un hecho que ha permitido el florecimiento y la prosperidad de la Interdependencia.

Korbijn agitó el documento en el aire. Ni siquiera se tomó la molestia de hojearlo un momento. Otros miembros del comité lo habían dejado en la mesa. Nadashe Nohamapetan lo había soltado para anotar alguna cosa en la tableta.

—¿Este informe sugiere que las corrientes del Flujo están desapareciendo? —preguntó la arzobispa.

—No —dijo Marce—. La tesis en realidad proponía que lo más probable era que las corrientes cambiaran, que sus trayectorias variaran a lo largo de unos pocos años. La mayoría de las corrientes del Flujo de las que ahora

disponemos desaparecerían, pero las sustituirían otras nuevas que permitirían la continuación del comercio dentro de la Interdependencia... pero con Fin como núcleo de las nuevas corrientes en lugar de Central.

—¿Y eso es exacto? —preguntó Korbijn.

—Eso es lo que Roynold pensaba, por eso le envió el borrador a mi padre, que había escrito un artículo anterior sobre la misma idea y cuyas conclusiones presentó a Attavio VI, con quien le unía una buena amistad. Precisamente a petición de Attavio VI mi padre dejó de investigar públicamente este asunto, pero ese artículo ya se había publicado. Roynold supuso que él era la única persona que la tomaría en serio.

—¿Y qué le respondió su padre?

—Nada. Él estaba investigando en secreto para el emperox. Creo que la única persona con la que compartió el borrador de la tesis fui yo, porque trabajaba con él en su investigación. Y, por lo menos públicamente, Hatide Roynold abandonó su investigación sobre ese asunto. Su doctorado se centró en otro tema que no tiene nada que ver. Sin embargo, la Guardia Imperial ha estado toda la noche hablando con ella y resulta ser que, como mi padre, Roynold tenía un mecenas anónimo que continuó financiando su investigación sobre el cambio de las corrientes del Flujo, Nadashe Nohamapetan.

Todos los ojos se fijaron en Nadashe, que sonrió.

—Sabía que esto iba a ocurrir —dijo. Y le habló directamente a Korbijn—. Hatide es una amiga mía de la universidad. Acudió a mí porque tenía problemas económicos y no quiso aceptar mi caridad. Así que financié su investigación sobre este tema. Le di un estipendio para que terminara este y su otro trabajo y ella me enviaba informes periódicamente sobre los avances en sus investigaciones, que yo no leía porque ese nunca había sido el objetivo.

—Lo siento, lady Nohamapetan, pero hay razones para pensar lo contrario —señaló Marce.

Nadashe se volvió hacia él, y le habría perforado el pecho con la mirada si eso hubiera sido posible.

—¿Y qué razones son esas, señor Claremont?

—Es lord Claremont, lady Nadashe —la corrigió Marce—. Y las razones son que su hermano sugirió otra cosa.

—¿A quién?

—A nosotros —dijo la emperox Grayland II desde la puerta.

Todos se pusieron en pie salvo Marce, que ya lo estaba. La inesperada aparición de la emperox le arrancó una sonrisa. No lo habían planeado cuando hablaron un momento antes, pero Marce había notado su agitación cuando le contó lo que le había dicho Kiva Lagos además de la propia información que poseía él. Cuando la emperox compartió con él lo que ella sabía, todas las piezas encajaron de una manera extraordinaria. Después de que la emperox hiciera unas llamadas para atar algunos cabos sueltos, juntos planificaron esta presentación, de la que debía encargarse Marce.

Pero Cardenia también lo había obligado a llevar un micrófono oculto para poder oír todo lo que se dijera. Por eso respondía ahora a Nadashe Nohamapetan, cuando habría sido del todo imposible que hubiera oído sus palabras mientras traspasaba la puerta. Marce tuvo que reconocer que su irrupción había tenido un interesante efecto psicológico.

Grayland enfiló lentamente hacia la mesa e indicó con la mano a los miembros del comité que volvieran a sentarse. La arzobispa Korbijn hizo el ademán de cambiarse a una silla que había cerca de la cabecera de la mesa, pero Grayland le hizo una seña para que permaneciera donde estaba y se acercó a Marce para apoyarse en él.

—Su hermano, lady Nadashe, nos reveló que su familia conocía el trabajo de Roynold—declaró Grayland—. Nos lo contó justo antes de morir aplastado por el transbordador que se estrelló contra su nuevo *tenner*. En aquel momento no supimos qué podía significar eso, pero entonces tuvimos una conversación con lord Claremont, y él sabía de qué hablaba su hermano,

porque conocía la investigación de Roynold. La conocía y también sabía que era incorrecta.

—Es incorrecta —puntualizó Marce—. Fue descuidada con las matemáticas. Aún no he visto su trabajo más reciente, pero si todavía defiende el cambio en el Flujo significará que no corrigió sus errores iniciales.

—Pero, naturalmente, eso no podía saberlo usted —continuó Grayland, dirigiéndose a Nadashe—. De manera que usted y su familia continuaron llevando a la práctica sus planes dando por sentado que Fin se convertiría en el nuevo centro de la Interdependencia, con el único objetivo de que cuando eso sucediera, ustedes, y no la Casa de Wu, controlarían el acceso al Flujo. Promovieron la rebelión en Fin, enviaron a su hermano Ghreni para que la orquestara, desarrollaron un virus que afectara a los cultivos para agitar los ánimos y culparon de su propagación a la Casa de Lagos para borrar sus huellas y desviar las miradas hacia una familia rival.

—En Central presionó para que se enviara ayuda militar al duque de Fin y luego utilizó piratas para que robaran las armas enviadas y obligar al duque a tomar medidas más desesperadas —añadió Marce—. Y con el fin de aumentar la presión para que se produjera una intervención militar, planeó y ejecutó ataques terroristas aquí y en el resto de la Interdependencia.

—Eso es mentira —soltó Nadashe.

—La Guardia Imperial ha detenido a Che Isolt, lady Nohamapetan —dijo Grayland—. Su hombre en las aduanas y en inmigración. La delató casi de inmediato. Nos ha contado cómo identificaba a los inmigrantes que llegaban de Fin y hacía de intermediario entre ellos y usted; cómo usted los utilizaba para que perpetraran los actos terroristas o como cabezas de turco. Incluso nos ha hablado del atentado de ayer. Nos ha contado que entregó a un inmigrante inocente un transmisor que pirateó el sistema del transbordador mediante un programa de mantenimiento para enviarlo contra su propia nave. ¿Sabe por qué no ha tenido ningún reparo en delatarla?

—Porque descubrió que usted había asesinado a su propio hermano deliberadamente para que pareciera un ataque a los Nohamapetan —dijo Marce.

Grayland asintió con la cabeza.

—Al parecer, el fratricidio fue llegar demasiado lejos incluso para él. Aunque aprobaba su intención de incriminar a la Casa de Lagos. Dijo que era un movimiento inteligente.

—No obstante, a la Casa de Lagos eso no le ha hecho gracia —señaló Marce.

—Ninguna —dijo Grayland—. Ni a nosotros, lady Nadashe. No nos hace gracia nada de todo esto.

En la mesa reinaba un silencio sepulcral. Todos los miembros del comité miraban fijamente a Nadashe Nohamapetan.

—Me aflige que creáis nada de esto, majestad... —comenzó a decir Nadashe.

—¡Oh, corte el rollo! —la interrumpió Grayland, colérica—. Ya ha terminado.

—No, Cardenia —dijo Nadashe. Se produjeron varios gritos ahogados cuando se dirigió a la emperox con su nombre personal, lo que se consideraba una flagrante insolencia—. No ha terminado. Quizá lo haya hecho para mí, pero no ha terminado para la Casa de Nohamapetan.—Levantó su tableta, que no había soltado en todo ese tiempo, y la dejó sobre la mesa. La señaló con un dedo—. En el mismo momento en el que tu lacayo me puso en la mano el documento de Hatide, envié un mensaje a la *Profecías de Rachela*, la nave con diez mil marines a bordo completamente equipados y pertrechados. Cuando apareciste en esta sala, la tripulación del puente de mando estaba encerrándose en él y comenzaba las maniobras para llevar la nave hasta el bajío del Flujo. Ya estaba en posición para una partida inmediata. En menos de quince minutos la *Rachela* habrá entrado en el Flujo y estará en camino a Fin. Es demasiado tarde para detenerla.

Grayland lanzó una mirada a Korbijn, que cogió su tableta y se puso a hacer llamadas. Luego miró de nuevo a Nadashe.

—Los tripulantes del puente de mando no pueden quedarse ahí eternamente.

—No seas estúpida —dijo Nadashe—. No son los únicos que están de mi parte. Llevo años preparando esto. Cuando la *Rachela* llegue a Fin, controlaremos el sistema. Primero tomaremos la Estación Imperial, y si para entonces mi hermano aún no controla el planeta, pronto lo haremos. Luego sólo es cuestión de esperar, ¿no? Ahora será fácil defender la salida del Flujo en Fin. Lo tenemos planeado. Y cuando las corrientes del Flujo cambien, comenzaremos las negociaciones.

—No lo entiende —intervino Marce—. Roynold se equivocó. Las corrientes no van a moverse. Van a desaparecer. Todas las corrientes del Flujo se extinguirán en la próxima década.

—Perdón, ¿cómo ha dicho? —inquirió Ranatunga.

—Por eso estoy aquí —continuó Marce—. Mi padre lo confirmó con los datos obtenidos de las naves que llegaban a Fin. Las corrientes están desapareciendo. Todas. Fin acabará tan aislado como el resto de los sistemas.

—Esa es su interpretación de los datos —replicó Nadashe.

—Ya está sucediendo —afirmó Grayland—. La corriente para viajar de Fin a Central ya no puede utilizarse. La corriente para ir de Central a Terhathum será la siguiente. Es el sistema de tu familia, Nadashe. Tu sistema natal.

Nadashe negó con la cabeza y sonrió.

—No. Y, de todos modos, da igual. —Señaló a Marce—. Si él tiene razón, miles de millones de personas están a punto de morir. Fin es el único sistema en la Interdependencia con un planeta habitable. Todos los demás sistemas son hábitats artificiales contruidos por el hombre. Durarán años, o tal vez décadas, pero al final fallarán. Todos fallarán. Salvo Fin, que controlará la Casa de Nohamapetan, si es que no lo hace ya.

La puerta de la estancia volvió a abrirse y entraron cuatro guardias imperiales que enfilaron directamente y con paso resuelto hacia la mesa del comité ejecutivo, seguidos por Hibert Limbar.

Nadashe Nohamapetan los miró y luego miró a la emperox.

—¿Vienen a por mí?

—Sí —respondió Grayland.

—Permíteme que te dé un consejo, Cardenia —añadió Nadashe cuando los guardias la rodearon—. Manténme viva y trátame bien. El final de la Interdependencia se producirá de una manera o de otra, pero en todos los casos, la Casa de Nohamapetan estará ahí, esperando su momento. Las cosas se pondrán feas para ti si me sucede algo.

—Lo tendremos en cuenta —dijo Grayland—. Mientras tanto, gracias por tu servicio al comité ejecutivo. Estás destituida.

Nadashe se levantó riendo de la silla y se marchó acompañada por los guardias. Todos los miembros del comité la siguieron con la mirada.

Upeksha Ranatunga se aclaró la garganta cuando Nadashe desapareció por la puerta.

—Me gustaría volver a ese asunto sobre que las corrientes del Flujo se extinguirán en la próxima década. —Miró a Marce y a Grayland—. ¿Es verdad?

—Es verdad —afirmó Marce.

—¿Y nos lo cuenta ahora? —exclamó con incredulidad Ranatunga.

Marce oyó el suspiro de Grayland y advirtió que le lanzaba una fugaz mirada de soslayo. Luego se volvió hacia Korbijn, que en ese momento regresaba a la mesa.

—La *Profecías de Rachela* ha partido —anunció la arzobispa.

—Sólo son diez mil marines —dijo Marce—. Y en la Estación Imperial de Fin no puede haber muchos más. Tenéis cientos de naves y cientos de miles de marines.

—Las naves tienen que salir de una en una por el bajío del Flujo —le

respondió Grayland—. Unas pocas naves y armas son lo único que necesitan para defenderlo.

—Parecéis muy segura de eso.

Grayland rio sin un asomo de alegría.

—¿Cómo cree que la Casa de Wu se convirtió en la casa imperial hace un milenio, lord Claremont? Mi familia hizo lo mismo aquí. En la región del espacio de Central. Controló los bajíos y obligó a pagar un peaje a todo aquel que quisiera utilizarlos. Los obligamos a pagar, lord Claremont. Eso es lo que tienen planeado hacer los Nohamapetan en Fin. Y todo terminará con la familia Nohamapetan convertida en el nuevo linaje imperial, o eso creen ellos.

—Entonces, aislad por completo Fin —sugirió Korbijn—. Si los Nohamapetan quieren exiliarse, que lo hagan.

—No es tan sencillo —dijo Marce.

—¿Por qué no?

—Porque Nadashe tiene razón en una cosa —respondió Grayland—. Sólo hay un sistema que reúna las condiciones para la supervivencia humana cuando desaparezca el Flujo, y es Fin. Podemos preparar todos los sistemas para su extinción, proporcionarles todo lo que podamos para que duren el máximo tiempo posible, pero Fin es donde los seres humanos sobrevivirán cuando todo lo demás falle. Necesitamos ese planeta. Hay que enviar allí a toda la gente que podamos del resto de los sistemas de la Interdependencia.

—Y los Nohamapetan son el obstáculo que se interpone en nuestro camino —apuntó Marce.

—Sí —asintió Grayland.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Upeksha Ranatunga tras unos segundos de silencio—. ¿Qué hacemos ahora?

## Epílogo

—¿No tienes nada mejor que hacer que perder el tiempo sentada aquí? —le preguntó Attavio VI a Cardenia en la Cámara de la Memoria.

—¿Estás juzgándome?

—Recuerdo que te hice esa pregunta una vez, cuando pasabas horas a mi lado en mi lecho de muerte. Es una repetición. Da la impresión de que me importa, que es lo que necesitas.

—¿Sabes que lo estropeas explicándolo así?

—Lo siento. Pero la pregunta sigue en pie.

—Tengo cosas mejores que hacer —dijo Cardenia—, pero voy a seguir sentada aquí un rato.

La recreación de Attavio VI asintió y se sentó a su lado, o al menos dio la impresión de que su simulación generada por ordenador lo hacía.

—Yo también venía aquí cuando me sentía superado o agotado, o simplemente cuando necesitaba estar solo. Venía y charlaba con mi madre, o con mi abuelo, o con cualquiera de los emperox anteriores.

—¿Y te ayudaba?

—Me ayudaba como está ayudándote a ti ahora. Pero la verdad es que me hacía sentir mejor.

Cardenia sonrió.

—Me hace sentir mejor.

—Últimamente no has venido mucho a la Cámara de la Memoria.

—¿Me echas de menos cuando me voy?

—No existo cuando te vas, así que no —dijo Attavio VI.

—Estoy muy ocupada con el final de todo. Le pedí a lord Marce Claremont que compareciera en el parlamento para presentar sus investigaciones. He ordenado al ejército que prepare un plan para recuperar Fin. He suspendido las actividades y los monopolios de la Casa de Nohamapetan y se los he cedido a la Casa de Lagos para que los administren.

—Estoy seguro de que todo ha ido bien.

—Ha ido bien para la Casa de Lagos, por lo menos. —Cardenia recordó la reunión con la condesa Lagos y su hija Kiva; ambas se mostraron encantadas con la caída de los Nohamapetan y el incremento de su fortuna. La condesa había delegado en lady Kiva la administración de los monopolios de los Nohamapetan, con el permiso de Cardenia—. La comparecencia de Marce no fue tan bien. Expuso sus investigaciones de la manera más sencilla y directa que podía hacerse y la mayoría de los parlamentarios todavía piensan que son tonterías, incluso con las pruebas en la mano.

—Pero aún no tenéis pruebas —repuso Attavio—. No hace ni dos semanas que lord Claremont llegó a Central. El retraso de las naves procedentes de Fin aún podría explicarse con la guerra civil. La corriente del Flujo a Terhathum sigue estando disponible.

—Dudo que ni siquiera cuando las tengamos sirvan de algo. Constantemente me estrello contra la tendencia humana a no prestar atención a los hechos y a negarlos hasta el último momento. E incluso durante algún tiempo después.

Attavio VI asintió.

—Por eso yo nunca dije nada.

—Ya. También están machacándome por eso, así que, muchas gracias, padre. El setenta por ciento del parlamento está furioso conmigo porque no creen que vaya a producirse la desaparición del Flujo. Y el cuarenta por ciento está furioso conmigo porque no lo conté antes.

—No me salen las cuentas —dijo Attavio VI.

Cardenia negó con la cabeza.

—Porque algunas personas forman parte de los grupos. Y luego están los aliados de los Nohamapetan, que creen que se ha incriminado injustamente a Nadashe. Nos acusan a mí o a la Casa de Lagos. También los hay que consideran que no hay que dar tanta importancia a un poco de traición y de rebelión. Otra cosa por la que tengo que darte las gracias, ya que tú permitiste que esa familia consiguiera tanta influencia.

—No puedes reprocharme eso.

—Claro que puedo. Acabo de hacerlo. Me lo reprochan a mí y yo te traspaso una parte de esos reproches. Espero que te sientas mal por ello.

—Estoy muerto. Nada puede hacerme sentir mal.

—Eso debe de ser genial.

—No lo es —respondió Attavio VI.

Cardenia cerró los ojos un momento y apoyó la espalda contra la pared de la Cámara de la Memoria.

—Nunca quise ser emperox, ya lo sabes.

—Sí. Lo recuerdo.

—Tú tampoco querías que yo fuera emperox.

—También lo recuerdo. Pero da igual lo que ninguno de los dos quisiera, ahora es un hecho. Eres emperox, probablemente el último de la Interdependencia. Y la pregunta que deberías hacerte es si preferirías que lo fuera otra persona.

—No —dijo Cardenia—. No lo preferiría.

Attavio VI asintió con la cabeza.

—No olvides que te sugerí el nombre de Grayland por un motivo. Para que recordaras qué era lo que había que hacer. Y para que te ayudara a convertirte en la persona que lo haga.

—¿Crees que está sirviendo de algo?

—Yo ya no tengo opiniones.

—Bueno, pues fíngelas —replicó Cardenia.

—¿Estás pidiendo a un programa informático de heurística que opine?

—Sí. ¿Crees que está sirviendo de algo?

Hubo un momento de silencio, y Cardenia habría jurado que vio oscilar la imagen de Attavio VI una fracción de segundo.

—Sí, creo que está sirviendo de algo —respondió al fin Attavio VI.

Cardenia sonrió.

—¿Ves? No ha sido tan difícil, ¿no?

—De hecho, sí que lo ha sido.

Cardenia rio y volvió a quedarse callada un momento.

—La Interdependencia se construyó sobre una mentira —dijo al cabo de unos segundos.

—Sí, lo sé. Si no sobre una mentira, tal vez sí que lo hizo sobre la proyección menos perversa de la que era la intención original.

—Es una mentira —insistió Cardenia—. Lo sé. Lo sabes. Todos los emperox lo saben. Todas las casas importantes, las que existen desde la fundación de la Interdependencia, lo saben, y las menos importantes también tienen la certeza de que es así. Todos hemos estado de acuerdo en convivir con ella y en prolongarla. Durante siglos.

—Sí —asintió Attavio VI.

—Ahora parece ser que se va a hacer justicia con esa mentira —dijo Cardenia, y levantó la mano—. Quiero dejar clara una cosa, sólo es una sensación. No hay nada objetivo que la respalde. Pero es una sensación muy intensa que tengo dentro de mí. El hecho de saber que creamos la Interdependencia para nuestro beneficio y que fingimos que era algo que beneficiaba a todos me hace pensar que este desmoronamiento es la manera que tiene el universo de decirnos lo que opina de lo que hicimos.

—No es eso.

—Lo sé. El Flujo no tiene nada que ver con nosotros. No le importamos. Sólo es algo que existe. Aun así, no puedo quitarme de encima esa sensación.

—Así es el cerebro humano —dijo Attavio VI—. Crea patrones cuando no existen. Imagina relaciones de causa-efecto que no se dan. Inventa un relato

ordenado donde no lo hay. Así está diseñado el propio cerebro. Está preparado para mentir.

—Y preparado para creer las mentiras.

—Sí —asintió Attavio VI.

Y entonces Cardenia tuvo una idea.

—Esto... —comenzó cuando la idea tomó forma dentro de su cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Attavio VI.

—La Interdependencia comenzó con una mentira.

—Sí.

Cardenia sonrió.

—Creo que debería terminar con otra.

*El fin del imperio*  
John Scalzi

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Collapsing Empire*

© John Scalzi, 2017

© Traducción de Simon Saito, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-450-0587-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta